

JUAN DE DIOS BOJORQUEZ

(DJED BORQUEZ)

HOMBRES Y ASPECTOS DE MEXICO

EN LA TERCERA ETAPA DE LA REVOLUCION



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTORICOS
DE LA REVOLUCION MEXICANA

PATRONATO

LIC. SALVADOR AZUELA (VOCAL EJECUTIVO).

SR. DIEGO ARENAS GUZMÁN.

LIC. ANTONIO DÍAZ SOTO Y GAMA.

SR. MARTÍN LUIS GUZMÁN.

PROFR. JESÚS ROMERO FLORES.

GRAL. FRANCISCO L. URQUIZO.

Oficinas: Plaza de la Ciudadela Núm. 6.

Esta publicación ha sido hecha por el Patronato del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, órgano consultivo de la Secretaría de Gobernación, cuyo titular es el Lic. D. Gustavo Díaz Ordaz.

COMISION NACIONAL
PARA LAS CONMEMORACIONES CIVICAS DE 1963

Presidente: Lic. GUSTAVO DÍAZ ORDAZ, Secretario de Gobernación en representación del Poder Ejecutivo Federal.

Vocal: Profr. y Sen. FEDERICO BERRUETO RAMÓN, en representación de la Camara de Senadores del Congreso de la Unión.

Vocal: Lic. y Dip. JORGE ABARCA CALDERÓN, en representación de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión.

Vocal: Lic. JOSÉ CASTRO ESTRADA, Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en representación del Poder Judicial Federal.

Secretario: Lic. SALVADOR AZUELA, Vocal Ejecutivo del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

JUAN DE DIOS BOJORQUEZ

(DJED BORQUEZ)

HOMBRES Y ASPECTOS DE MEXICO

EN LA TERCERA ETAPA DE LA REVOLUCION



SECRETARIA DE GOBIERNO
NACIONAL DE ESTUDIOS HISTORICOS
de la
REVOLUCION MEXICANA
BIBLIOTECA

MEXICO, 1963



LAS TRES ETAPAS

Con el esfuerzo y la tenacidad de sus abnegados hijos, México ha pasado por tres etapas, en el empeño de consolidar su emancipación. *La primera* se inició en Dolores, al tañido de la campana de la libertad. En aquella madrugada Hidalgo arengó a sus benditas chusmas y por derecho propio se convirtió en el padre de la patria. Le siguió Morelos, el más esforzado paladín de la Independencia, que en Apatzingán forjó la estructura de la nación mexicana. *La segunda* etapa se inauguró por el precursor de la Reforma, Gómez Farías; y recibió impulso demoledor e intransigente del gran Juárez, patriota sereno e inmutable, abanderado de la Constitución de 1857 y decidido defensor de los más caros derechos libertarios de México. *La tercera* tuvo como apóstol y encendedor a Madero y encontró en Carranza al varón fuerte que la hizo plasmar el triunfo en la Carta Magna de Querétaro. El paralelismo resulta simbólico y en los tres casos tuvimos la resolución del iniciador y el concurso del hombre capaz de encauzar el movimiento, hasta llevarlo al campo fecundo de las realizaciones. La Revolución Mexicana no nació el 20 de noviembre de 1910, sino un siglo antes: el 16 de septiembre de 1810.

Después del movimiento revolucionario de 1810, que culminó con el plan de Iguala, se sucedieron varios gobiernos inestables, comenzando por un imperio, hasta que Santa Anna llegó al poder, investido de Presidente de la República; pero con todas las características del dictador. La actuación de Santa Anna fue funesta para la patria. Su régimen cayó por el plan de Ayutla, que determinó la reorganización y predominio del partido liberal, encabezado por Juárez.

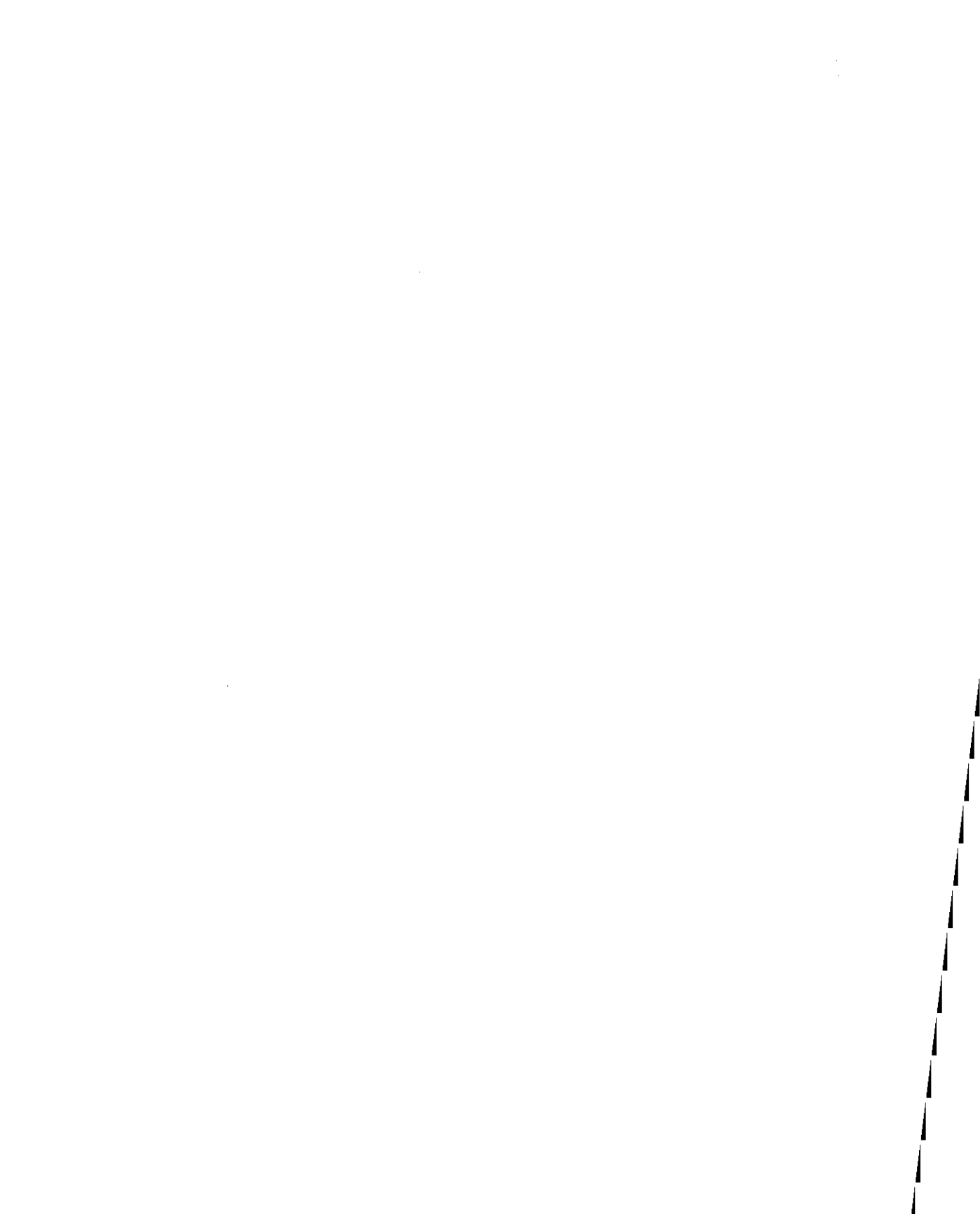
Un fenómeno similar se produjo, cuando se encumbró Porfirio Díaz, para reelegirse Presidente en seis ocasiones, hasta que el pueblo se cansó de él, y acuerpó a Madero, para iniciar la tercera etapa de la Revolución. En el curso de esta tercera etapa nos encontramos todavía, porque no se ha logrado satisfacer las ansias redentoras que permitan asegurar que la Revolución ha cumplido todas sus promesas.

PRIMERA PARTE

HOMBRES DEL MEXICO NUEVO



SRIA. DE GOBERNACION
INST. N-L. DE ESTUDIOS HISTORICOS
de la
REVOLUCION MEXICANA
BIBLIOTECA



Aficionado a los estudios biográficos, desde hace algún tiempo vengo publicando semblanzas de personalidades que he conocido en la escuela, en la Revolución, en los días de la lucha armada y en las épocas posteriores, en que se ha trabajado triunfalmente por la reconstrucción de nuestra patria. Estimo que las vidas de los hombres, que de alguna manera han contribuido al desarrollo del país, pueden proporcionar datos y enseñanzas de utilidad, que los historiadores interpretarán después para exponer la marcha de los acontecimientos, en días decisivos para el porvenir de México.

Considero que mis notas pueden tener interés para los estudiosos, porque son de primera mano. Nunca he tenido que recurrir a nadie para que me explique un suceso. Todo lo que escribo me consta o lo presencié y cuando me refiero a personas o a hechos, lo hago con la única preocupación de apegarme a la verdad.

No cometeré el error de decir que ésta es “mi verdad”, porque la verdad debe ser una, de todos y para todos.

LUIS ENCINAS, SENIOR

Al trazar la vida de este ciudadano de Hermosillo, me detengo en la descripción de los días de mi lejana juventud, que transcurrieron a principios del siglo, cuando me inicié como dependiente de comercio, en una tienda de medio mayoreo. Confieso que me invade la nostalgia al referir sucesos relacionados con mi entrada al mundo, es decir, cuando empezaba a darme cuenta de las cosas.

Los sonorenses hemos tenido una manera peculiar de vivir. Como en todos los lugares en que el verano es riguroso, allá la existencia transcurre en la vía pública. Se vive de puertas afuera. Las casas están abiertas día y noche: no hay peligro de que los cacos las visiten. (Estoy refiriéndome a unos años anteriores al 1910, cuando Hermosillo no llegaba ni a los quince mil habitantes). El pan, la leche y otros comestibles se entregan sin la intervención del dueño de la casa ni de su servidumbre. No se necesita leer el periódico para saber lo que ocurre en la ciudad. Las noticias corren de boca en boca y nada puede acontecer sin que se comente en seguida. Se vive como en familia y un poco a gritos. El mejor mentidero es la estación del ferrocarril, adonde acuden los viajeros, aquellos que los esperan o despiden y una multitud de gente que va por paseo o a vagar.

Eran otros tiempos. Los hermosillenses no conocían el automóvil ni se imaginaban que iban a venir inventos como la radio y la televisión, que en la actualidad no son ya novedades. Se usaban carruajes o berlinas para ir de un lugar a otro, o para pasear por aquellas calles pavimentadas al "macádam", que en los días de lluvia se convertían en salpicantes lodazales. Sonora era un Estado lejano del centro del país y con malas comunicaciones.

*
* *

Eran otros tiempos. Nuestro peso valía cincuenta centavos de dólar y tenía un alto valor adquisitivo. Los niños pedían centavos para sus dulces. Un traje caro costaba treinta pesos. Los zapatos para los escolares valían un peso setenta y cinco centavos. Una buena comida se conseguía en cincuenta o sesenta centavos. Había pocas diversiones. El cine no había hecho su aparición. Los pobres nos sentíamos felices yendo a la plaza a oír la serenata que daba una banda militar. Cuando llegaba un circo nos conformábamos con asistir a las gradas, donde hacíamos equilibrio para ver la función. Vida humilde, recatada, sin mayores preocupaciones. Todo nos parecía bien.

*
* *

En ese tiempo se disputaban las simpatías de los hermosillenses dos comerciantes muy populares: don Tirso Gámez y don Luis Encinas. Por el barrio de la Cohetera, y ocupando casi media cuadra, la tienda de don Tirso tenía una gran clientela. Era de abarrotes y estaba bien surtida. Tenía fama de ser barata y podía competir con los comerciantes chinos, que casi acaparaban el comercio al menudeo. Don Tirso era un hombre bueno y activo, que trataba bien a todos. Era un gran aficionado al beisbol y no faltaba nunca a los juegos en que participaba el “Hermosillo”, así se celebraran en Guaymas o en Nogales. Don Luis Encinas tenía una tienda más pequeña que la de Gámez; pero sus mercancías eran más selectas. En aquellas tiendas había de todo: comestibles, ferretería, vajillas, puros y cigarros, latería, perfumes, vinos importados, frutas secas y en conserva, escobas, dulces de todas clases, carnes frías y algunas medicinas de patente. El comercio no se especializaba todavía, como ahora.

La tienda de don Luis Encinas era considerada como de abarrotes finos. Los artículos que en ella se expendían se asemejaban a los que en la actualidad venden en los supermercados. Conocí mucho a don Luis, porque trabajé con él durante dos años. Ganaba un buen sueldo: treinta y cinco pesos al mes y el uno por ciento de lo que yo vendía al medio mayoreo. Por la mañana me iba en una carreta a recorrer los pequeños comercios de los suburbios. Una mula voluntariosa tiraba de la carreta, que manejaba un fornido auriga llamado “el Chapo”. En mi excursión, que a veces hacía por un rumbo y otras al rumbo opuesto, tomaba pedidos de los “changarros” que hacían el comercio en menor escala: una caja de fideos, diez kilos

de azúcar, media caja de jabón, cinco kilos de café, tres paquetes de almidón... Por la tarde teníamos que repetir el recorrido, para entregar los pedidos que se convertían en dinero, si eran al contado, o en firmas solventes, si se daba un plazo al comprador.

*
* *

Don Luis Encinas era popular en Hermosillo, a pesar de que muchos lo tenían por serio y hasta un poco hostil, por su continente exterior. Había que tratarlo, para apreciar su condición humana. Sus amigos eran numerosos y le profesaban estimación y cariño. Junto al escritorio de su tienda se formaba una tertulia, a la que casi siempre acudían el licenciado Taide López del Castillo, David Escobosa y el sordo Aztiazarán. Con frecuencia se veían ahí, además, a Bernardo Cabrera, don Ireneo S. Michel y a un tipógrafo de apellido Mariscal. La tertulia de Encinas se animaba mucho, tanto por la discusión de los sucesos locales como por los comentarios de acontecimientos políticos, que comenzaban a interesar en todo el país. Don Luis era agudo en sus juicios y sus amigos gustaban oírle sus salidas ingeniosas y sus atinadas observaciones.

Era don Luis un hombre de estatura regular, grueso, blanco y colorado a veces, la frente amplia y un bigote bien poblado, que gustaba de retorcer cuando se hallaba pensativo. Era un buen tipo. Tenía parientes en Rayón y en la calle de la Carrera vivían sus sobrinas, las señoritas Majochi. Para él no había otra ciudad como Hermosillo y nunca se preocupó por conocer poblaciones de mayor importancia. Su radio de acción era "la ciudad de los naranjos". Aunque tenía muchos amigos porfiristas, se advertía que no estaba de acuerdo con la forma en que entonces se gobernaba.

Encinas no tenía apego al dinero. Nunca aspiró a ser rico. Se conformaba con poseer lo suficiente para sostener los gastos de su hogar. En su tienda todos los días hacía obsequios a la clientela y a cuantos fueran a pedirle algo: una caja de cigarros, un dulce, centavos o una copa de *bacanora*. Nadie salía defraudado cuando acudía a él en demanda de un obsequio o de un servicio. Confieso que me contagié con esa manera suya de ser útil a nuestros semejantes y puedo declararlo sin sonrojos: don Luis Encinas me enseñó a dar.

*
* *

Cuando vino la Revolución, nuestro amigo Encinas simpatizó con ella y tuvo muchos amigos entre los jefes que la encabezaron en Sonora. Por elección popular llegó a ser concejal del Ayuntamiento de Hermosillo y desempeñó las funciones de presidente municipal, con acierto y beneplácito de los hermosillenses. Siempre había sido un ciudadano preocupado por que mejorasen los servicios municipales: los pavimentos, el agua potable, la luz eléctrica y todo lo que significara aseo de la ciudad.

*
* *

Nunca he olvidado la forma en que don Luis me despidió de su tienda, cuando supo que el gobierno me había dado una beca para la Escuela Nacional de Agricultura. Como sabía hacer el bien, me dijo:

—Te voy a regalar cien pesos; pero no de golpe, porque los gastarías en seguida. Te mandaré pequeñas cantidades, cada vez que te veas apurado.

Su gratificación me duró más de un año.

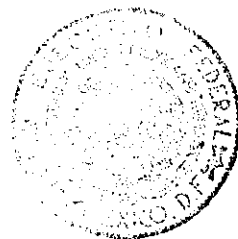
*
* *

Una vez, estando en su tertulia de las calles Garmendia y Obregón, alguien nos contaba:

—Estoy a cuatro horas de mi casa.

En el acto Encinas le hizo esta atinada observación:

—Así no puedes darnos idea de la distancia. Fíjate: el ejército federal hizo en ferrocarril quince días para venir de Guaymas a estación Torres. Cuando los derrotó Obregón, los federales regresaron violentamente al puerto, en tres horas.



SRIA. DE GOBERNACION
INST. N. L. DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
de la
REVOLUCION MEXICANA
BIBLIOTECA

RAFAEL R. ROMANDIA

Entre los buenos maestros de primaria que tuve en el colegio de Sonora, hay dos que ejercieron en mí una influencia decisiva: Rufo E. Vitela y Rafael R. Romandia. Estoy en deuda con Vitela y en fecha próxima voy a dedicarle un recuerdo. En esta vez voy a reproducir lo que escribí sobre Romandia, un preceptor de fuerte personalidad y gran talento, que puso su saber al servicio de la juventud estudiosa de Sonora.

Acaban de celebrarse en Jalapa los setenta y cinco años de vida de la Escuela Normal que, en una época, llegó a ser la de mayor prestigio de la República. Su fundador fue un famoso educador venido de Europa. Enrique C. Rébsamen, quien alcanzó gran renombre por su saber y por el método de enseñanza primaria que implantó en el estado de Veracruz y rápidamente fue adoptado por los educadores de todo el país. El método Rébsamen se impuso sobre los viejos sistemas seguidos para enseñar al niño las primeras letras y el nombre de su autor es considerado por los profesores normalistas mexicanos como el de uno de los apóstoles más notables de la nueva pedagogía. El profesor Rébsamen tuvo muchos discípulos de talento que después de recibir sus lecciones en Jalapa fueron a numerosos estados de la República a implantar el nuevo método de enseñanza primaria, ya que el renombre de este sabio ha trascendido tanto y ha permitido que sus fotografías o su retrato en mármol se conozcan en muy diversas ciudades. Sólo en Hermosillo, la capital de Sonora, se dio el caso de que un gobernador interino mandara borrar el nombre de Rébsamen de una escuela, para poner el de un profesor amigo suyo, de algunos méritos profesionales pero de ejecutoria intrascendente. Este acto insólito fue un atentado de lesa cultura.

Entre los discípulos de Rébsamen que tuve la honra de conocer

y tratar se cuentan don Abel S. Rodríguez, que adquirió prestigio y fama en Chihuahua y fue un honorable senador de la República, y los brillantes normalistas Leopoldo Kiel y Alfredo Uruchurtu, quienes lograron perfeccionar sus estudios en la docta Alemania.

*
* *

De tres prestigiadas escuelas normales fueron a Sonora notables maestros normalistas: de las de Jalapa, de Puebla y de México, D. F. En el desempeño de sus labores en el colegio de Sonora se distinguieron notablemente los maestros de Jalapa, tanto por su preparación científica como por el esmero que ponían al impartir sus enseñanzas en el alumnado sonorense. El colegio de Sonora era apenas una escuela de enseñanza primaria y superior, pero recibía atenciones de plantel de más elevada categoría. Llegó a tener hasta un séptimo año cuando se presentaba el problema de no tener otra escuela para los que terminaban el sexto. Estamos seguros de que ni algunas escuelas preparatorias tenían los elementos de trabajo y de estudio con que contaba aquel colegio. Uno de los gobernadores más ilustrados de Sonora, al alamense don Carlos Ortiz, dotó al colegio de Sonora de este valioso material: laboratorios de química y de física, un museo de historia natural en que se tenían disecados, a la taxidermia, animales de gran tamaño como leones, tigres y un elefante; una biblioteca bien seleccionada y aparatos de gimnasia tales como paralelas, trapecio, argollas y escaleras verticales.

Por el colegio de Sonora pasaron muy ilustres preceptores: don Carlos M. Calleja y don Felipe Salido, que la dirigieron; Francisco M. Angulo, Chapa, De la Rosa, González, Rufo E. Vitela, José Luis Carranco, Rafael R. Romandía, Alberto Sáinz, Luis G. Monzón... Muchos de los maestros que fueron del interior formaron sus hogares en Sonora y se quedaron allá. Entre los normalistas titulados y los profesores prácticos se fue creando una amistosa rivalidad, que por el buen juicio de unos y de otros nunca descendió a consecuencias lamentables. Fue una lucha sorda, pero noble, que sirvió para que los rivales se superasen en su labor y para hacerlos estudiar con mayor ahínco sus materias, poniéndose al día sobre los últimos descubrimientos científicos.

*
* *

Entre todos aquellos profesores de tan alto nivel intelectual se distinguió más que ninguno Rafael R. Romandía, quien se había dedicado al magisterio por vocación y, también, por ganarse la vida. Romandía no tenía título, pero sí méritos de sobra para dirigir con tino singular cualquier grupo de alumnos que se pusiese a su cuidado. Era un hombre alto, robusto, fornido. Vestía con esmero. Muy serio en apariencia, a poco de tratarlo aparecía el hombre bueno, accesible, simpático. Ancha y alta la frente, la mirada escrutadora; su sonrisa era irónica y ameno en la charla. Su cátedra era como una plática íntima, durante la cual iba intercalando los conocimientos. A sus lecciones conversadas daba interés, porque a cada paso introducía juicios agudos sobre personas o acerca de la situación política del país. Frecuentemente se burlaba del gobernador del Estado, del jefe político o del hotentote que se ostentaba como jefe de la policía. De sus colegas del colegio tenía un alto concepto y explotaba el prestigio del maestro José Lafontaine, de Ures, para “picar” a sus alumnos, haciendo elogios desmedidos de los discípulos de don José, a quienes atribuía mayores conocimientos que a los del colegio de Sonora, asegurando que los de años inferiores de Ures sabían más que quienes estábamos a punto de terminar la primaria en Hermosillo.

Por su capacidad para la enseñanza y los resultados que en los exámenes obtenían sus alumnos, seguramente Romandía fue el más destacado de los profesores del colegio de Sonora, en la época de mayor esplendor de esta casa de estudios. No parecían lecciones de primaria sino de preparatoria, las que se nos daban en aquel colegio: química, física e historia natural de Langlebert, geografía universal por Miguel Schultz, inglés de Appleton, lecturas traducidas del francés como “El año preparatorio de lectura corriente”, de M. Guyau. Así se explica por qué al llegar a la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, de San Jacinto, nos fueron revalidadas varias materias aprobadas con buen éxito en el colegio de Sonora.

*
* *

Debo a Rafael R. Romandía la oportunidad que tuve para venir a la capital, cuando yo era un estudiante pobre, sin esperanzas de aspirar a ser un profesional. Hasta la casa comercial en que yo trabajaba, fue a decirme el maestro Romandía:

—¿No quiere usted seguir estudiando en México? Hay la oportu-

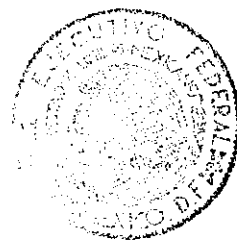
tunidad de que ingrese en la Escuela de Agricultura. El Gobierno le daría sus pasajes y una beca para que estudie agronomía.

Acepté en el acto y se corrieron con tal rapidez los trámites del viaje, que en menos de una semana veníamos ya con rumbo a la metrópoli cuatro estudiantes sonorenses. La travesía fue larga, pues tuvimos que hacerla por ferrocarril, vía Nogales, Benson, El Paso y Ciudad Juárez, donde tomamos el central que nos trajo hasta el Distrito Federal.

Pero no es sólo por lo que hizo en mi favor que yo tengo cariño y admiración por Romandía. Es que pocas veces he encontrado un hombre con facultades tan notorias para dedicarse a una profesión, como las que tenía aquel maestro de primeras letras, quien parecía haber nacido exclusivamente para ser un competente profesor. Romandía sabía de todo y conocía la vida en todas sus intimidades. Ahora que lo recuerdo bien, pienso que lo que más sabía era psicología y que muy pocos hombres como él eran capaces de conocer a sus semejantes tan a fondo como él los conocía. Esto explica por qué fue un maestro tan magistral (y que valga la redundancia).

Cuando comenzó a formar una familia y vio que con su sueldo de maestro de escuela no iba a tener ingresos suficientes para sostenerla, decidió dejar el magisterio. Se dedicó al comercio y, buscando un campo mejor para sus actividades mercantiles, se fue al Distrito Norte de la Baja California. Se instaló en Tijuana, cuando esta población turística comenzaba a prosperar. Romandía formó parte de un grupo numeroso de sonorenses que en la frontera bajacaliforniana se establecieron, inyectando nueva vida al Territorio. Entre ellos fueron comerciantes, agricultores y pequeños industriales. Allá hizo dinero Romandía y allá mismo pagó su tributo a la tierra.

Quedamos pocos discípulos de Romandía. Cuestión de edad. Nuestro maestro dejó el colegio de Sonora por 1910. Ha de haber algunos que lo veneran como yo. Para que su memoria no se pierda, hay un gran centro escolar de Hermosillo que lleva su nombre: *Rafael R. Romandía*. ¡El gran hombre de las tres erres!



SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
de la
REVOLUCIÓN MEXICANA
BIBLIOTECA

FELIPE SALIDO

Don Felipe Salido tenía porte militar; pero había renunciado al ejército cuando llegó a dirigir el colegio de Sonora. Le gustaba dar ejercicios militares; pero también le placía enseñar Matemáticas, Geografía, Lengua Nacional y Francés. Fue un gran maestro de enseñanza primaria y superior y supo dirigir colegios, en Alamos y Hermosillo.

Con ser tan respetable y admirado, don Felipe tenía un temperamento suave y era accesible a sus alumnos. Su gran obra trascendió y se le recuerda en Sonora con cariño y gratitud.

No hace muchos días, sorpresivamente, murió Pancho Salido. Hasta su última morada, en el viejo cementerio de La Piedad, lo llevamos a que descansara cerca de su hijo. De aquel muchacho que en pleno triunfo, cuando todo parecía sonreírle, sucumbió lejos de la patria, en Sudamérica. Desde que su hijo se marchó del mundo, Pancho Salido fue otro hombre. No reía ya como antes. No era ya ni bromista ni decidor. Parecía que un manto de tristeza lo arropaba. Se acabaron sus observaciones agudas y sus opiniones atrevidas. No fue ya el filósofo de otros tiempos, que causaba asombros por su manera peculiar de ver la vida y la forma en que desmenuzaba los hechos para interpretar el giro de los acontecimientos. Pancho Salido tenía pocos, pero grandes amigos. Sabía cultivarlos y poseía un concepto claro de la amistad. Hombre inteligente y con bastante cultura, Pancho Salido había llegado a disfrutar de los bienes materiales y de las satisfacciones que al espíritu ofrecen las artes y las lecturas de los libros fundamentales. En todo esto pensábamos cuando llevamos a Pancho hasta su última morada, una tarde estival en que brillaba el Sol; un Sol viviente sobre una tumba fría. Al dejar el cementerio, se me prendió el recuerdo del padre de Pancho Salido y desde entonces he venido dando vueltas en la imaginación, a tantas memo-

rias gratas que conservo del eminente educador sonorense que fue don Felipe Salido.

A principios de este siglo llegó a Hermosillo el ingeniero Felipe Salido, acompañado de cerca de un centenar de muchachos que estudiaban en su escuela de Alamos. Don Felipe acababa de ser contratado como director del colegio de Sonora y llevaba a él, en calidad de internos, a sus alumnos de la colonial y vetusta Alamos. Para hacer honor a su origen, pues era capitán de ingenieros surgido del famoso Colegio Militar, a don Felipe le gustaban las formaciones. Con frecuencia nos hacía desfilar por la ciudad, y para salir del colegio, con robusta voz de mando, nos ordenaba: —Fila de la derecha, por el flanco derecho; fila de la izquierda, por el flanco izquierdo... ¡marchen!

*
* *

El ingeniero Salido era un competente profesor, por vocación. Tenía facilidad para explicar sus lecciones y atraía e interesaba a sus discípulos en todas las materias que enseñaba. Era fuerte en matemáticas, geografía, historia, ciencias naturales, cosmografía, francés y lenguaje. Gustaba leer en voz alta, voz grave de mando, los textos que en el colegio ponían a nuestra disposición. Añoro un “Libro preparatorio de lectura corriente”, de M. Guyau, traducido del francés, que don Felipe nos leía con entusiasmo: “Ernesto ponía el mayor ardor en todo lo que emprendía; pero se desalentaba a la primera dificultad. Un día encontró a su hermano Esteban en el jardín, plantando retoños de hiedra al pie de una vieja pared, y al mismo tiempo que plantaba, decía:

—“Esta pared estará mucho más bonita cuando esté cubierta de hiedra.

—“Si esperas, hermano mío, a que esos trozos de hiedra cubran la pared, paciencia necesitas. En tu lugar yo sembraría capuchinas.

“Al rebatir a Ernesto, su hermano Esteban le hizo esta oportuna observación: —Porque si las capuchinas nacen pronto, mueren también pronto”.

Tan sencilla anécdota nos traía una serie de enseñanzas, que en lo íntimo nos producían satisfacción y deleite.

Durante más de diez años don Felipe Salido fue el director del colegio de Sonora, en una época en que allí se empollaban los fu-

turos gallos de pelea de la Revolución. De ese colegio surgieron muchos generales y hombres de prestigio, que engrosaron las filas de los luchadores por la transformación social de México. Para no incurrir en omisiones desisto de presentar una lista de los jefes egresados del colegio de Sonora, al precipitarse los acontecimientos a partir de 1910. Dichoso el hombre que, como don Felipe, puede dejar a la posteridad una obra imperecedera. En su tiempo sólo hubo otros dos educadores de su talla: José Lafontaine, el director de la escuela de Ures, y Fernando Dvorack, prestigiado maestro de Guaymas. En menor escala, pero también dejando huellas imborrables, estuvieron Ignacio Covarrubias, en Nogales; José Carmelo, en Caborca; e Ignacio Hernández, en Cananea. Una escuela secundaria del mineral, ostenta el nombre del profesor Hernández.

*
* *

He de detenerme un poco más, con el recuerdo de quien me enseñó las primeras letras, en mi pueblito nativo: San Miguel de Horcasitas. Don Ignacio Hernández era el director de la escuela de San Miguel, cuando inicié mis estudios. Lo recuerdo flaco, con un cuidado bigotillo, metido en un traje de fino paño y calzando unos zapatos puntiagudos, bien lustrados. Provenía del interior de la República, quizás de Jalisco, de donde fue también el maestro Agraz y Rojas. Mi escuela era muy humilde, pero el profesor Hernández la dio a conocer por el adelanto de sus alumnos. Era muy afecto a celebrar reuniones por la noche, en el salón de clases más grande, donde nos hacía recitar versos sencillos y fábulas de Iriarte y de Samaniego. Nos obligaba a mal hilvanar unas cuantas frases incorrectas, para enseñarnos a no temer al auditorio. En aquellas veladas de incipiente cultura, aprendimos de memoria poesías de Rosas Moreno y de Guillermo Prieto y hasta oímos hablar de Manuel Acuña. Desde entonces he retenido en la memoria “La flor y la nube”, “La avutarda” y “La carambola”; y se me grabó el nombre teutón de un poeta español: Hartzenbusch.

¡Qué distinta la enseñanza primaria del colegio de Sonora a la que se hace en la actualidad! Como no teníamos en Hermosillo ni Preparatoria ni Instituto Científico y Literario, como en otras capitales de provincia, en los años quinto y sexto de aquel colegio a la antigua, nos daban materias que correspondían cuando menos a estudios preparatorios. Estudiábamos inglés y francés, taquigrafía y

teneduría de libros y eran grandes y difíciles los textos de enseñanza científica: Álgebra y Trigonometría, de Manuel María Contreras; Geografía Universal, de Miguel E. Schultz; Física y Química, de Langlebert; Botánica y Zoología traducidas del francés; y otras muchas asignaturas que ni antes ni ahora se podían considerar de enseñanza primaria superior. Cuando vine a la Escuela de Agricultura de San Jacinto, me revalidaron algunas materias cursadas en el viejo colegio de Sonora.

*
* *

Don Felipe Salido dejó sus labores docentes para dedicarse a trabajos de construcción, como contratista. Entre otras obras que dejó, incluyendo algunas escuelas, se halla el Palacio Federal de Hermosillo, que cumplió ya sus bodas de oro. Don Felipe estuvo muy relacionado con los hombres del antiguo régimen, el porfirista; pero nunca fue considerado entre los favoritos del triunvirato que dominaba en Sonora. El señor Salido fue un hombre digno, que cuidaba de sostenerse limpio. Su conducta fue ejemplar y nunca transigió con las situaciones ambiguas. Su manera de ser correspondía a la del hombre erguido, quien con la cabeza en alto y la mirada al frente, se encontró en la dirección del colegio o por las calles de Hermosillo, cuando las recorría con su paso marcial. Don Felipe era respetado y querido cuando estaba en su cátedra, o cuando se presentaba en cualquier lugar público.

Al triunfar la Revolución, el señor Salido tuvo un apoyo no solicitado del general Obregón, quien era su pariente y admirador. Se le guardaron grandes consideraciones por los amigos y colaboradores del divisionario sonorenses, y el señor Salido llegó a ser senador.



SRIA. DE GOBIERNO
IND. N. L. DE ESTADOS UNIDOS
de la
REVOLUCIÓN MEXICANA
BIBLIOTECA
LOS CONSTITUYENTES
1916-1917

Tengo el orgullo de haber sido constituyente de Querétaro y me felicito de haber relatado con apego a la verdad, lo sucedido en la histórica asamblea que dio a México su Constitución Política, la de 1917, que logró unificar a los revolucionarios de todos los matices. Con su Carta Magna nuestra patria alcanzó la paz orgánica y la satisfacción de los más caros anhelos populares. Por eso prevalece, admirable y respetada.

El tiempo no se detiene. Es inexorable. Los años pasan y dejan sin piedad un saldo de vidas segadas. Los constituyentes nos vamos acabando, a veces a un ritmo acelerado y en ocasiones al cabo de una pausa un poco más larga. Caen los viejos camaradas de Querétaro, en forma inadvertida o con algún homenaje si llegaron a ocupar la atención pública. En la asamblea histórica fuimos 218. ¡Y estamos ya en los 36! Esto significa que más de las cuatro quintas partes de los constituyentes disfrutan del descanso eterno.

Ayer no más se nos fue el potosino Martínez Mendoza y acaba de abandonarnos el distinguido doctor López Lira, quien fue uno de los prosecretarios del Congreso. Viendo para atrás, la lista de los caídos nos parece interminable. Uno de los primeros en irse fue el general González Torres, segundo vicepresidente. Luis Manuel Rojas, el batallador presidente de la asamblea, murió hace mucho tiempo. En cambio, el primer vicepresidente, Cándido Aguilar, hace pocos años que falleció.

¡Cuántos nombres se agolpan en la memoria! El inquieto Palavicini, activo y contundente. El apacible don José Natividad Macías, lleno de erudición. Juan Aguirre Escobar, valiente y decidido. El poeta Alfonso Cravioto, sentimental y pensador, irónico e inclinado al epigrama. El agresivo e intransigente Francisco J. Múgica, alma

de la Primera Comisión de Reformas, que forjó la mayor parte de los artículos constitucionales. Don Amado Aguirre, ingeniero de minas y general, quien militó en las izquierdas. El profesor provinciano Luis G. Monzón, que con una vocecita atiplada decía las cosas de mayor importancia, sonriendo al lanzar sus más atrevidos desacatos. El terco general Esteban B. Calderón, que no transigía con las medias tintas ni con las resoluciones tímidas. El fogoso Martínez de Escobar, que era un incontenible torrente de oratoria con ideario radical...

A estas alturas va siendo ya difícil hacer memoria de todos los compañeros y de sus actitudes en los momentos culminantes de la lucha. Sobre algunos de ellos apuntaré las referencias que tengo a mano...

*
* *

Entre aquellos 182 camaradas de ultratumba se encuentran también: el ponderado y correcto Manuel Aguirre Berlanga y su hermano Joaquín, tan afecto al buen vivir; Alvaro Alcázar, prematuramente calvo; el valiente general Sebastián Allende, jefe de Estado Mayor del divisionario Diéguez; el ranchero norteño Manuel Amaya, inesperado jefe del Protocolo; el *boxito* Ancona Albertos, inteligente y cordial; el guanajuatense Manuel Aranda, y el humorista de Michoacán, Uriel Avilés, a quien no era fácil callar.

El general Bandera y Mata, el insinuante Antonio de la Barrera, el doctor Amadeo Betancourt, el circunspecto don Flavio A. Bórquez, Alfonso Cabrera, doctor y hermano de Luis; Nicolás Cano, en "puridad de verdad"; el poblano Cañete, el jalisciense Castañeda y Castañeda, con muy poco pelo; el coronel poblano Porfirio del Castillo, Martín Castrejón, michoacano; Ciro B. Ceballos, escritor y polemista del Distrito Federal; el zacatecano Antonio Cervantes, el brillante orador Enrique Colunga, el querido "Gato" Curiel, de San Luis Potosí; el jalisciense Marcelino Dávalos, poeta, bohemio y autor dramático; el potosino Cosme Dávila, Dinorín y Dorador, uno de Puebla y el otro de Durango; el buen amigo Carlos Duplán, Espinosa Bávara, del Nayar; el profesor guerrerense Francisco Figueroa, el terrible chiapaneco Luis Espinosa, el acucioso don Carlos Ezquerro, el soñador Luis Fernández Martínez, el abogado de polendas Ramón Frausto, el queretano cordial Juan N. Frías, el médico del Ejército del Noroeste, Gilberto de la Fuente.

Adolfo G. García, de Veracruz; el general fronterizo don Reinaldo Garza, el abogado del Estado de México, Juan Manuel Giffard; el divertido José Lino Gómez, el veterano en las lides del obrerismo, Victorio E. Góngora; don Alberto M. González, abogado hidalguense; el camarada del linotipo Carlos M. Gracidas, don Alfonso Herrera, distinguido profesor y tribuno; el ingeniero de ferrocarriles Federico E. Ibarra y el abogado del apellido inolvidable, Ilizaliturri Luis.

También se nos fueron Angel S. Juarico, de Veracruz; el ingeniero Labastida Izquierdo, el magnífico abogado, humorista y erudito Fernando Lizardi; Onésimo López Couto, michoacano, y el nortño don Amador Lozano, gran viejo y buen amigo.

Recordemos con emoción a gentes de tanto valimiento como Paulino Machorro y Narváez, Antonio Madrazo, Froylán C. Manjarrez, Epímenio A. Martínez y Rafael Martínez "Rip-Rip". A Manuel Martínez Solórzano, Alfonso Mayorga, Arturo Méndez, Enrique Meza, Bruno Moreno, al culto economista Rafael Nieto y al bravo general Emiliano P. Nafarrete.

Dignos de mención: el general sinaloense Antonio Norzagaray, Guillermo Ordorica, David Pastrana Jaimes, David Peñaflor, el sonorense Alberto Peralta, Ignacio L. Pesqueira, Ismael Pintado Sánchez y Manuel M. Prieto. Otros notables constituyentes fueron: Benito Ramírez Garrido, Carlos Ramírez Llaca, Enrique Recio, José J. Reynoso, Rafael de los Ríos, Crisóforo Rivera Cabrera, José Rivera, el literato e historiador Juan de Dios Robledo, José María y Matías Rodríguez, Alberto Román, Samuel de los Santos, Arnulfo Silva, José Silva Herrera, José María Truchuelo, Gerzayn Ugarte, Vicente M. Valtierra, el de la voz de trueno; el dulce poeta Rafael Vega Sánchez, José Verástegui, Héctor Victoria, Jorge E. von Versen, don Nicéforo Zambrano y el bardo sinaloense Pedro R. Zavala.

*

* *

No he de hablar de los 36 que quedamos, porque en estas notas acostumbro referirme especialmente a personas que pasaron a mejor vida. Recordando a tanto ciudadano ilustre en los fastos de la Revolución, se explica por qué del Constituyente de Querétaro pudo surgir una Carta Magna como la que nos rige. Había en aquella asamblea luchadores con la pluma y con la espada y muchos recién salidos de las cárceles de la dictadura. Varios generales y jefes de

menor graduación; muchos maestros de escuela, abogados, médicos, ingenieros, escritores y periodistas. Fue verdaderamente una Cámara en que estuvieron representados todos los organismos activos y de mayor impulso en el país. Hubo también agricultores grandes y pequeños, industriales y comerciantes. Si se hubiese querido tener el congreso representativo de la población mexicana, quizás no se hubiese podido constituir uno mejor.

El mérito mayor de nuestra Constitución de 1917 estriba en que todavía ahora —a cuarenta y seis años de su promulgación—, tiene vigencia porque en su articulado se encuentran todas las disposiciones que norman la vida de la nación y porque además en la Carta Magna de México hay artículos que aún no se ponen en práctica, pues se adelantaron a su época. Con pequeñas reformas o adiciones, nuestra Constitución podrá prevalecer en el país durante muchos años más.



SRIA. DE GOBERNACION
INST. NAL. DE ESTUDIOS HISTORICOS
de la
REVOLUCION MEXICANA

BIBLIOTECA
ESTEBAN B. CALDERON

Mis simpatías por el general Calderón nacieron desde que supe que había sido huelguista en Cananea, en 1906. Lo conocí de coronel en las fuerzas de la gloriosa División de Occidente, que mandaba el querido viejo Diéguez. Revolucionario de principios y obrerista de corazón, Esteban B. hizo un papel distinguido en Querétaro. Fue de los diputados de izquierda, jacobinos e intransigentes.

He de hacer la semblanza de este notable revolucionario, que mereció la medalla "Belisario Domínguez" y dejó una huella de rectitud, caballerosidad y hombría de bien.

Esteban B. Calderón nació en el antiguo territorio de Tepic, que pasó a ser otro Estado de la República por acuerdo del Congreso de 1917. En su tierra actuó como maestro de primeras letras y muy joven emigró hacia el norte, para ir a establecerse en el mineral de Cananea y trabajar como empleado de la compañía de las cuatro C. Allí estaba en 1906 y tomó parte en la histórica huelga como uno de los dirigentes sindicales. Desde entonces se unió a Manuel M. Diéguez, jefe de aquel movimiento obrero. De Diéguez fue después, desde 1913, uno de los jefes que lo siguieron en la campaña de norte a sur, que culminó con la toma de Guadalajara en julio de 1914.

Fue diputado constituyente por el 17º distrito electoral de Jalisco, que tenía como cabecera a Colotlán. En Querétaro desempeñó un papel destacado y figuró entre los diputados radicales que formaron la izquierda de aquella memorable asamblea. En el Constituyente defendió los artículos que favorecían a los obreros manuales y a los peones del campo; se interesó por asegurar las garantías para el funcionamiento del nuevo ejército y fue un defensor decidido de la autonomía de los municipios, abogando por que se les diera libertad, sobre todo, para el manejo de los ingresos que les corres-

ponden y que deben respetárseles. Su huella quedó en los debates del artículo 115 constitucional.

*
* *

Posteriormente, Calderón fue senador de la República. Estaba en Sonora en 1917 y se sorprendió de que la tribu yaqui siguiera siendo combatida, pues creía que la Revolución le había hecho ya justicia. Hizo gestiones ante Calles y De la Huerta para que a los yaquis se les dotara de tierra y agua, asegurando que después de esas dotaciones vendría la paz completa a la región yaqui. La campaña a los indios fue decreciendo año con año, hasta que el Presidente Cárdenas dio a la tribu tierras del valle y aguas del río. Desde entonces la pacificación ha sido total, definitiva.

Fue notable la obra que el general Esteban B. Calderón realizó al frente de la Junta de Mejoras Materiales de Nuevo Laredo. Antes había sido gobernador de su Estado natal, Nayarit, donde su obra se había perdido entre los vericuetos de una política excesiva.

En Laredo manejó con honestidad los fondos de la Junta de Mejoras, sorprendiendo en la frontera por la rapidez con que resolvió el problema más ingente de la población: tuvo fondos para adquirir potentes bombas, construir tanques de almacenamiento y adaptar una planta purificadora del agua, que desde entonces funciona con regularidad en Laredo. Además amplió la red de la distribución. Su recuerdo se guarda en la importante ciudad fronteriza como el de un funcionario que supo administrar y cuidar los fondos públicos.

El caso del general Esteban B. Calderón es digno de ser estudiado. Hombre de la provincia, con una cultura regular, supo destacar en los planos más elevados de la política. Hizo honor a la clase media, de donde procedía. Nunca fue un potentado ni tampoco un obrero. Aunque se quiera dividir el ambiente social en dos secciones, falta bastante tiempo para que eso suceda. No puede haber solamente explotadores y explotados. Hay quienes no son una ni otra cosa. El individuo de la clase media, tan abundante todavía entre nosotros, no puede codearse con los obreros, quienes lo consideran demasiado elegante por su ropa o enemigo porque sirve en puestos de confianza a un patrono; ni le es dado figurar entre los de la "high" porque le faltan maneras y el dinero necesario para alternar con los ricos. Colocados entre esos extremos antagó-

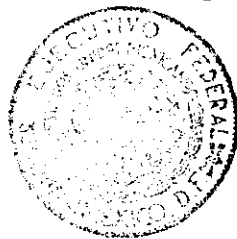
nicos, el numeroso grupo de la clase media desempeña un papel muy importante en México. Si se examina, por ejemplo, de qué sector social salió un número mayor de hombres de acción a engrosar las filas revolucionarias, se encontrará que de la clase media surgieron: el nuevo ejército, los empleados, los funcionarios y hasta los más destacados estadistas de nuestro movimiento armado y social.

*
* *

Lo mismo en el gobierno de Nayarit, como cuando tuvo algún cargo destacado en la administración pública —el de senador, por ejemplo—, el general Esteban B. Calderón se preocupó por aliviar de la miseria a los pobres, de conseguir ocupación a los trabajadores útiles y de ayudar a las organizaciones obreras y campesinas en su lucha constante por su mejoramiento. Era un hombre que sabía servir, con desinterés y eficacia. Tenía el bolsillo abierto para los menesterosos y se conmovía ante los sufrimientos de los desheredados. Nunca olvidó que había sido pobre y hasta en los puestos más encumbrados siguió considerándose como un hombre de la clase humilde.

Con los atributos enunciados, no es raro que el general Calderón haya sido considerado, en los últimos años de su vida, como un veterano de una gran dignidad y que se le hayan guardado consideraciones en los centros políticos y sociales. Si examinamos su vida, encontraremos que siguió una larga línea recta, desde que fue magonista (o precursor) en los albores de la Revolución, hasta que vio a su patria libre y respetada, disfrutando de la paz orgánica.

El general Esteban B. Calderón nos dejó el ejemplo de una vida honorable, puesta toda entera al servicio de la patria. Vivió y murió como un gran mexicano.



SRIA. DE GOBERNACIÓN
INST. NAL. DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
de la
REVOLUCIÓN MEXICANA
B 31

ANGEL FLORES

Traté al general Angel Flores en Navojoa, durante los años 1918 y 1919. Sembrábamos fracciones de la hacienda de Rosales, él por un lado y por el otro Alberto Uruchurtu y yo. La primera siembra de trigo se nos dio muy bien y la cosecha fue abundante. Al siguiente año, aunque teníamos buen trigo en las sementeras, perdimos la mayor parte; pues una lluvia prematura nos llevó las parvas, sin darnos tiempo a trillar.

Entre los revolucionarios mexicanos de mayor hombría y que más se distinguieron en los campos de batalla, se encuentran algunos que después no triunfaron en las lides políticas ni desempeñaron puestos de relieve en la administración pública. Podrían citarse muchos de estos casos; pero en esta vez solamente voy a referirme al bizarro general Angel Flores, uno de los más heroicos soldados de la Revolución. Angel Flores surgió de los muelles de Mazatlán y por relevantes méritos en campaña alcanzó sus grados en el ejército, hasta llegar al más alto: general de división. General y muy respetado, nunca perdió sus contactos con el pueblo y sus compañeros del puerto lo siguieron tratando con la vieja confianza:

—¿Cómo te va, Angel?

Era un hombre de estatura regular, moreno, robusto, la mirada franca y el bigote bien poblado. Por sus movimientos denotaba ser un hombre de acción. Suave en sus maneras. No necesitaba hablar mucho para hacerse de su interlocutor. Supo ganarse a la gente y por eso lo siguieron los pescadores, los jornaleros de la ciudad, los campesinos, los dependientes y otros jóvenes de muy diversa condición social, que nunca habían pensado convertirse en soldados. Por seguir a su amigo Angel Flores se hicieron individuos de tropa. A las fuerzas que organizó gracias a su simpatía personal, pudo darles organización y espíritu militar con su ejemplo de rectitud, desinterés y hombría de bien. Se conducía como un verdadero ciu-

dadano armado. Sólo en casos indispensables vestía el uniforme militar. Enemigo de toda ostentación gustaba de confundirse entre sus camaradas los trabajadores del puerto.

*
* *

¡Angel Flores! ¡Y qué elemento tan valioso fue para la Revolución en Sonora y en su Sinaloa natal! Tomó parte en innumerables acciones de guerra, demostrando valentía y ardor. Era incansable en la lucha. En campaña estuvo siempre listo y no conoció la fatiga ni el temor. Era arrojado en el combate y figuraba en las vanguardias a la hora de atacar. Nadie resistía tanto como él, en las penosas caminatas o ante el fuego del enemigo. Se le respetaba con devoción y se le admiraba con cariño. Y fue siempre el mismo: tranquilo, sereno, sonriente. Era, indudablemente, hombre de una pieza.

Angel Flores figuró a la vanguardia de las tropas que mandaba el arrojado general Ramón F. Iturbe, cuando los constitucionalistas tomaron Mazatlán, en agosto de 1914. Su nombre fue citado con elogio por el comandante de aquella notable acción de guerra y referida por el general Alvaro Obregón en sus "Ocho mil kilómetros en campaña".

De entre los numerosos y bravos generales sinaloenses de aquella época, sólo uno podía ganarle en popularidad: Juan Carrasco. El nombre de este Juan era el tema para las canciones y los corridos que los trovadores de Sinaloa cantaban al pueblo. Carrasco era el motivo de muchas narraciones, anécdotas y hasta fábulas populares. Carrasco fue un tipo de leyenda, que excitó la fantasía de poetas y escritores. En otro plano y también llegando al corazón de los sinaloenses. Angel Flores era un conquistador de multitudes.

*
* *

En 1915 Angel Flores tuvo en Sonora dos acciones de guerra que lo immortalizan: el sitio de Navojoa y el combate de Hermosillo.

Sobre la jornada de Navojoa, ninguna opinión mejor que la del general Obregón. He aquí lo que dice de Angel Flores y de su gente:

"Entre las operaciones de la Columna Expedicionaria de Sina-

loa resalta como de mayor trascendencia la defensa de Navojoa, pues su heroica y abnegada resistencia en aquella plaza fue la infranqueable barrera que tuvieron los infidentes de Sonora capitaneados por José María Maytorena, que les impidió extender sus dominios al sur, invadiendo el Estado de Sinaloa. Y el mérito de esa defensa se acrecienta, si se considera que aquellas bravas fuerzas estuvieron siendo atacadas por un enemigo tenaz, decidido y en número abrumador, con elementos que los nuestros estaban muy lejos de igualar; que el aislamiento de nuestras tropas en aquella plaza era completo, sin tener comunicación con ninguna otra plaza, ni con ningún otro núcleo de fuerzas constitucionalistas; sin recibir provisiones de boca o de guerra, ni refuerzos, ni noticias de lo que pasaba en el resto del país, obligadas a estar atenuadas exclusivamente a los escasos recursos que podían allegarse en la plaza sitiada”.

*
* *

En noviembre de 1915 la ciudad de Hermosillo estuvo a punto de ser tomada por Francisco Villa y sus fuerzas, que habían sido derrotadas al sitiar Agua Prieta a principios de ese mismo mes. La plaza era defendida por el general Manuel M. Diéguez, jefe de la División de Occidente, que había recibido refuerzos del sur. La situación se tornó seria, grave, porque los villistas llegaban en gran número y deseosos de desquitarse de su derrota en la frontera. A su sed de venganza se agregó una proclama en que Villa ofrecía a sus forajidos que, al tomar la ciudad, se les concederían tres días para saquearla.

Ante los avances del enemigo y porque a su tropa se le agotaban las municiones, el general en jefe dio instrucciones de preparar la retirada. Al conocerse en la ciudad las intenciones de los villistas y las providencias que se tomaban para abandonarla, un grupo nutrido de damas se acercó al general Angel Flores y le dijeron:

—¿Van a dejarnos en poder de esas chusmas? ¿No habrá manera de impedir los atropellos que se preparan?

El general Flores les prometió que se haría el último esfuerzo para no dejar que la plaza fuese tomada. Acompañado de algunos de sus principales jefes y de miembros de su Estado Mayor, fue en busca del general Diéguez y le propuso:

—Tengo un grupo de tropas que todavía no entran en acción.

Le suplico que me permita hacer con ellas un movimiento envolvente sobre el enemigo y ¡a ver qué pasa!

Autorizado para ello, Flores organizó rápidamente una columna de avance, a la que siguieron muchos soldados impulsados por su ejemplo y en menos de tres horas cambió el panorama de la batalla. Los villistas fueron arrollados y se les hizo huir en dispersión hacia el norte y el este de la ciudad. Hermosillo se había salvado.

Al recordar esta brillante acción de armas, se piensa que la capital de Sonora ha respondido en alguna forma al gesto viril e impresionante del general Flores. Pero no: apenas una calle de las más humildes, pegada al cerro de la Campana, lleva su nombre. ¿No sería justo darlo a una de las principales avenidas de Hermosillo?

*

* *

Cuando el general Francisco J. Múgica era gobernador de Michoacán, preguntó al Presidente de la República, general Alvaro Obregón:

—En su concepto, ¿quién ha sido el mejor general de la Revolución?

Sin meditarlo mucho, el general Obregón contestó:

—¡Angel Flores!

JOSE DOMINGO RAMIREZ GARRIDO

Luchador infatigable en las contiendas de la Revolución, Ramírez Garrido no fue solamente un ameritado general, sino también un hombre de pensamiento. Nutrido en la doctrina revolucionaria, Ramírez Garrido fue un hombre de mitin y de barricada. Fue un orador de combate y polemista enterado y valiente. En la tribuna parlamentaria dejó huellas de su valer como ideólogo y pensador.

He ido a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística por oír a un hombre de ciencia, a un estudioso que entiende de cuestiones económicas y estadística matemática, y me encontré con que el nuevo socio de la benemérita institución era un hombre entrado en años, de oficio agricultor y con palabra fácil para decir verdades a puños. Don Basilio Rojas es un luchador y denota en seguida al hombre de acción. Versado en los acontecimientos de los últimos años, ha traído al seno de una sociedad científica el tema palpitante del problema agrario, sin duda el que ha preocupado más a los revolucionarios de México. Cambió con su discurso el ambiente de la asamblea, de suyo tranquila y propicia a la meditación, para convertirla en algo así como un mitin en que se permitiera la discusión libre, no importa que se caldearan los ánimos. A pesar de que fue dura la requisitoria de don Basilio, no molestó a nadie y provocó sólo algunas aclaraciones comedidas.

Al terminar la sesión, acudí a felicitar al señor Rojas, con la sospecha de que fuese pariente del Basilio que yo buscaba. "Mírelo, ahí está...", y me señaló a su hijo. A las claras se veía que el vástago estaba orgulloso de su padre. Lo felicité también y, al despedirme, quedé satisfecho por haber aclarado una confusión.

Cuando salía del recinto de sesiones, me atrajo el título de un libro: "La soberana convención de Aguascalientes". Su autor, Basilio Rojas. Lo compré y me puse a hojearlo. En una de sus prime-

ras páginas trae esta agresiva dedicatoria: "Como estigma a todos los simuladores de la libertad y la grandeza de México, proclamadas por los héroes de la Revolución Mexicana". Con estas palabras se autorretrata don Basilio y resume su discurso de admisión en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

En la siguiente página, el señor Rojas asienta su reconocimiento a las personas que le ayudaron a producir la obra. De ahí tomo estos dos renglones: "al extinto caballeroso general José Domingo Ramírez Garrido, permitiéndome consultar en el Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional".

Precisamente de Ramírez Garrido voy a ocuparme.

*
* *

Del sudeste de la República, Tabasco ha sido uno de los estados en que se luchó más duramente en los años sangrientos de la Revolución: 1913, 1914 y 1915. De esa entidad surgieron figuras destacadas, como fueron, desde luego, José María Pino Suárez, el fiel discípulo martirizado con Madero, quien dejó su huella en Yucatán como poeta inspirado y periodista de combate; Rafael Martínez de Escobar, fogoso y batallador tribuno del Constituyente de Querétaro; Tomás Garrido Canabal, blanco permanente de la reacción, quien luchó por su tierra como pocos, implantando reformas de carácter social e imprimiendo un ritmo progresista a la administración pública; y José Domingo Ramírez Garrido, soñador y resuelto, hombre de una pieza que siguió una trayectoria recta y limpia en su azarosa vida.

*
* *

La carrera política de Ramírez Garrido comienza en los albores de la Revolución, cuando ser magonista era un delito castigado con la cárcel o la expatriación. Colaboró en los periódicos en que se admitían las admoniciones de los hombres libres, contra el porfirismo en auge: "El Hijo del Ahuizote" y "Regeneración". Se afilió al maderismo en 1910. Fueron los años de juventud, en que todavía no alcanzaba a desempeñar puestos de relieve. Combatió en las filas revolucionarias contra el huertismo. En tiempos del general Salvador Alvarado, que gobernó con insuperable éxito a Yucatán,

Ramírez Garrido figuró con el cargo de director general de Educación Pública. Posteriormente, fue subsecretario de Gobierno en Tabasco, durante el período preconstitucional del general Múgica. En su mismo Estado natal fue secretario de Gobierno, cuando el ejecutivo estuvo a cargo del general Greene. Fue diputado constituyente en el Congreso Local de Tabasco. Algunos años más tarde se le encuentra al frente de la Inspección General de Policía de la ciudad de México. Se le eligió diputado al Congreso de la Unión en las legislaturas XXVII y XXIX, donde descolló como orador y por su radicalismo. Amigo de los trabajadores y simpatizador de los agraristas, el general Ramírez Garrido se definió durante todas sus actuaciones como un funcionario ecuánime que buscaba la forma legal de ayudar a los hombres más débiles económicamente. Siempre se inclinó en favor de los pobres. Tuvo un corazón abierto a las buenas causas.

Por su cultura y sus merecimientos cívicos, fue designado ministro de México en Colombia. Desempeñó su misión con acierto y dignidad. Sus gestiones se encaminaron a fortalecer los lazos de amistad entre mexicanos y colombianos y a dar a conocer en esa culta República la obra realizada por la Revolución en pro de nuestro pueblo y en favor de la solidaridad latinoamericana. Fue amigo de la intelectualidad colombiana y tenía a orgullo haber tratado con asiduidad al maravilloso poeta Guillermo Valencia.

*
* *

En el terreno militar desempeñó muchas comisiones de importancia. Fue mayor de órdenes de la plaza de México en 1923. Posteriormente pasó a la dirección del Colegio Militar, que renunció con toda valentía y caballerosidad, cuando abrazó la causa del delahuertismo. Estuvo algún tiempo en el extranjero, donde trabajó en la prensa. Reingresó al ejército en 1935. En 1945 fue jefe del Noveno regimiento de conscriptos y jefe de la zona militar de Tabasco en 1949, pasando después a la de Campeche, donde estuvo de 1951 a 1957. A fines de ese mismo año se le nombró director del departamento de Archivo e Historia de la Secretaría de la Defensa Nacional. Ocupaba este importante puesto cuando ocurrió su deceso, en febrero de 1958.

*
* *

Del general J. Domingo Ramírez Garrido dijo el escritor y periodista Arenas Guzmán: "Entregaste a la Revolución los tesoros de tu intelecto y de tu pundonor militar". En la península del Sudeste, el director del "Diario de Yucatán", don Carlos R. Menéndez, lo definió así: "Gran mexicano, el soldado valiente e incorruptible que jamás sacó su espada sin motivo ni la envainó sin honor". Dijo de él otro periodista, Gabriel Cházaro Pous: "Como revolucionario abrió hondo surco y sufrió prisiones". Por último, para dar idea de su sinceridad, he aquí el fragmento de un discurso del mismo Ramírez Garrido: "Decididamente soy un mal político, pues olvidando a Maquiavelo tengo por costumbre decir la verdad y exhibirme de cuerpo entero". Y tenía este lema, que lanzó en su opúsculo "Cimas y Simas": *Vivir con honra o morir dignamente.*

*
* *

Así fue José Domingo Ramírez Garrido, hombre del trópico, apasionado y recio, de conducta limpia, caballeroso y cordial... Dejó muchos amigos que le recuerdan con cariño y una familia digna de su nombre, que venera su memoria.

JUAN G. CABRAL

Juan G. Cabral, con el grado de coronel, fue la figura sobresaliente del maderismo en Sonora, en 1910 y 1911. Hasta los últimos años de su vida, ya con el grado de divisionario, gustaba de ensalzar a sus amigos con este epíteto, para él de un valor inapreciable: ¡libertador! Porque ése era el título que más apreciaba el general Cabral desde el estallido de la Revolución en Sonora, cuando pudo colocarse sobre la toquilla del sombrero, un listón tricolor.

Por una agradable coincidencia, hemos encontrado que el último 20 de noviembre (1961) en que se inauguraron atrevidos tréboles desde el Molino del Rey hasta donde arranca la supercarretera a Querétaro, una de las avenidas a que puede llegarse es la que ostenta este nombre: "General Cabral". A pesar de que corresponde a uno de los costados de la Secretaría de la Defensa Nacional, tal avenida no había llamado nuestra atención, ni siquiera sabíamos que existiese. ¡Qué bien que el nombre evocador de Cabral haya surgido precisamente en uno de los aniversarios de la Revolución!

Porque Juan G. Cabral representó en Sonora, al estallar el movimiento de 1910, el mismo papel que Ramón F. Iturbe en Sinaloa y Pascual Orozco en Chihuahua. Fueron los primeros jefes militares, con el grado de coronel, que designó el apóstol Madero para iniciar la lucha armada en aquel rincón de la República. Junto a ellos figuraron tres jefes civiles, que también fueron personajes de relieve al producirse la gran conmoción nacional: Maytorena en Sonora, el ingeniero Manuel Bonilla en Sinaloa y don Abraham González en Chihuahua.

Juan G. Cabral fue de origen minero. Se inició en el rudo trabajo de la mina, cuando La Colorada estaba en su apogeo. Pasó después a Cananea, atraído por la fama y las facilidades que se daban a los obreros para que se establecieran en la ciudad del co-

bre, que prometía ser el principal centro de trabajo de Sonora. Siguió así la ruta que recorrieron muchos sonorenses, en pos de colocaciones mejor remuneradas. De Cananea pasaron al ejército.

Fue muy notable el contingente de mineros de Cananea que engrosaron las filas de la Revolución. Los mismos que hicieron la famosa huelga de 1906, tomaron las armas en 1910 y en 1913 para responder al llamado de Madero y para vengar su muerte. Si fueron muchos los mineros maderistas, fueron muchos más los mineros soldados que se afiliaron al constitucionalismo y que bajo las órdenes del gran jefe Diéguez tomaron parte en las importantes acciones de guerra que el Cuerpo de Ejército del Noroeste inició en Sonora, de norte a sur, hasta culminar con la toma de Guadalajara. Entre aquellos jefes que secundaron al general Diéguez en Cananea podemos recordar a Melitón Albáñez, a Juan José Ríos, a Pablo Quiroga, a Juan Domínguez, a Jesús M. Aguirre, a Máximo Othón, a Esteban B. Calderón. . . Todos ellos tenían a su lado a hombres de acción que los seguían por doquiera. Los "cananeas" fueron soldados valientes y abnegados, que entraron a la pelea por convicción y dispuestos a conquistar el bienestar social a que aspiraron, desde que tomaban parte en las discusiones del sindicato de mineros. Precursor de hombres de tal contextura fue Juan G. Cabral, indiscutiblemente el primero de los sonorenses que empuñó las armas en 1910.

*
* *

Cuando Cabral se hizo soldado era un hombre joven. No llegaba a los treinta años. Era casi chaparro y usaba ya un bien poblado bigote. La frente alta. Suave en sus maneras. La sonrisa fácil y el hablar pausado. A los amigos que más quería, les daba el título de *libertadores*. A mucha honra tenía haber sido un libertador y le gustaba ostentar con orgullo la banda tricolor, a guisa de toquilla, en el sombrero tejano. Por lo demás, la principal característica de Cabral era su bondad. No parecía indicado para el ejercicio del mando militar ni para el manejo de las armas. Sin embargo, cuando sus convicciones lo hicieron ir a la guerra, demostró decisión, valor y entereza. Fue un jefe cumplido, muy estimado entre la tropa.

Al producirse la horrenda cuartelada huertista, todos los maderistas de Sonora, con Cabral a la cabeza, se aprestaron a la lucha. No hubo armas suficientes para dotar de ellas a los contingentes que de todos los rumbos del Estado acudieron a Hermosillo. Cuando

los trenes militares salieron al norte a iniciar la campaña, los gritos de júbilo y la algarabía de los soldados se rubricaban con los disparos de fusil que se lanzaban al aire en señal de regocijo. Cabral acompañó a Obregón en la toma de Nogales, de Cananea y de Naco.

Obregón tenía una estimación especial por Cabral y lo distinguía al realizar sus planes militares. En su parte sobre la toma de Nogales, dice: "El coronel Cabral y yo entraríamos por el frente, con 15 dragones del coronel Cabral, para iniciar el ataque y llamando la atención del enemigo, facilitando así el ataque general".

Para ocupar la plaza de Nogales, desalojando a los federales que la tenían, Obregón había hecho un violento movimiento de tropas desde Hermosillo y había sorprendido al enemigo con la rapidez de varios ataques por diversos rumbos. Fue la iniciación de sus victoriosas campañas en el constitucionalismo.

Al referir la forma en que se operó para tomar a Cananea, Obregón asienta: "El coronel Diéguez, con la fuerza que era a su mando, atacaría por el lado de los tanques; el coronel Alvarado, con su cuerpo, atacaría por el lado de la población; y Cabral y yo, con los cuerpos 47, Voluntarios de Hermosillo y una fracción del 5º, por Luz Cananea..."

En el parte de la batalla de Santa Rosa, el general Obregón consigna estos hechos: "...y el asalto quedó resuelto en la forma siguiente: por el frente, coronel Juan G. Cabral con las siguientes tropas: 4º Batallón Irregular de Sonora, y ex insurgentes y Guardias Nacionales del Estado, y fracción del 3er. Batallón Irregular..."

"Me siento orgulloso de comandar una columna como esta. A los coroneles Cabral, Alvarado, Diéguez, Sosa y Camacho, nada hubo por ordenarles: obraron con verdadera iniciativa y oportunidad..."

*
* *

Por méritos en campaña y por las simpatías que había conquistado en el ejército nuevo, el general Juan G. Cabral fue nombrado Comandante Militar de la Plaza de México, a la entrada del constitucionalismo, en agosto de 1914. Vinieron después las luchas políticas en la Convención, que trajeron el distanciamiento entre el Primer Jefe y el general Villa. Cabral pudo haber formado parte, en aquel momento, de una comisión conciliatoria. Tenía muchos y muy grandes amigos en los dos bandos. Se precipitaron los acontecimientos

y fue imposible evitar la contienda armada. Decepcionado, y sin decidirse a tomar partido entre los contendientes, Cabral se marchó a los Estados Unidos. Estuvo algunos años, trabajando en lo que podía, en los Estados de Arizona y de California. Permaneció allá hasta que en México se serenaron los ánimos.

Cuando regresó al país, se dio cuenta de que sus viejos amigos no lo habían olvidado. Fue acogido con simpatía por los sonorenses que estaban en el poder. Pronto le fueron ofrecidos cargos y comisiones de importancia. Representó a México en el servicio exterior. Ocupó la jefatura del Departamento del Distrito Federal y durante varios meses estuvo como subsecretario encargado del Despacho de Gobernación.

Juan G. Cabral quedó como un alto valor de los revolucionarios sonorenses, que supieron servir a la patria en momentos de prueba. Cuando murió se le hicieron merecidos honores y fue acompañado hasta su tumba por numerosos ciudadanos que conocieron sus luchas, sus inquietudes y la bondad inalterable de su corazón.

MIGUEL M. ANTUNEZ

Entre los héroes olvidados que Sonora aportó a la Revolución, se encuentra Miguel M. Antúnez, uno de los hombres del río de Sonora que tomó las armas para vengar a Madero y castigar a Huerta. Cuando las fuerzas sonorenses avanzaban sobre el estado de Sinaloa, Antúnez era uno de los comandantes de mayor prestigio, por su valor militar y la fuerza de sus convicciones revolucionarias. Murió cuando peleaba por un ideal de redención y tenía conquistado un brillante porvenir.

En algunas ocasiones, al referirme al movimiento popular que estalló en Sonora, cuando se conocieron las noticias de la cuartelada de Victoriano Huerta, he manifestado mi admiración hacia los hombres surgidos del campo, vaqueros y campesinos que abandonaron sus villorrios o sus ranchos y acudieron presurosamente a Hermosillo en demanda de armas para combatir la usurpación. He referido varias veces el disgusto de muchos de aquellos hombres que no alcanzaron rifles ni municiones para convertirse en soldados. De las márgenes de los dos ríos del centro del Estado se alistaron grandes contingentes de tropa y en los primeros partes militares del general Obregón se mencionan los Voluntarios de Horcasitas y a los Batallones Irregulares formados con gente del río de Sonora.

Desde su nacimiento en Cananea, el río de Sonora tiene en sus márgenes pueblos que adquirieron renombre a raíz de los combates sostenidos para arrojar del Estado al ejército federal. En seis meses se hizo la limpia, gracias a la pericia militar de Obregón y al valor y disciplina de los jefes que estuvieron a sus inmediatas órdenes. En aquel río están Arizpe, Banámichi, Cumpas, Sinoquipe, Huépac, La Estancia, Baviácora y Ures. De esa región surgió el pundonoroso general Francisco Contreras, quien murió heroicamente en el combate que ganó en 1915, en Valle de Santiago, estado de Guanajuato. De allí surgieron también Jesús M. Padilla, Othón Bórquez, Ar-

menta, Holguín, Piña y muchos otros denodados jefes que se distinguieron en las campañas de Obregón en la costa noroccidental del país y en los fértiles campos del Bajío.

*
* *

Numerosos de aquellos ciudadanos armados de Sonora se quedaron en el camino. En las batallas de Santa Rosa y de Santa María —mayo y junio de 1913— se perdieron estos tres valientes, que fueron aguerridos y tenaces: Luis Bule, Jesús Gutiérrez y Félix Romero. Por aquellos días, Luis Bule era el jefe indiscutible de los contingentes yaquis del general Obregón; Gutiérrez y Romero habían demostrado su capacidad y su arrojo en las campañas realizadas en el norte de Sonora. En el camino quedó también, cuando se consumaba la toma de Culiacán, el abnegado y noble coronel Gustavo Garmendia.

En la ruta de norte a sur, por las cercanías de la costa, tuvo su tumba el coronel Miguel M. Antúnez, esforzado luchador surgido de Cumpas, población del río de Sonora de donde salieron muchos patriotas a engrosar los ejércitos de la Revolución. El padre del coronel Antúnez, que llevaba su mismo nombre, fue durante largos años el Agente de Minería en Cumpas. Lo conocí a través de los expedientes que se tramitaron por la naciente Secretaría de Fomento, cuando el ingeniero Ignacio Bonillas fue el Encargado del Despacho de esa Secretaría. La Agencia Minera en Cumpas era entonces —1913— la que enviaba mayor número de solicitudes para explotar fundos mineros.

Traté a Miguel M. Antúnez cuando era capitán primero y mostraba en su quepi tres gruesas franjas doradas. Pertenecía a las fuerzas del coronel Benjamín G. Hill y era muy amigo del mayor Alejandro Mange. Tendría alrededor de treinta años y era de regular estatura, de color blanco, tostado por el sol. Lucía un bigote bien cuidado, muy poblado y de largas guías. La frente amplia, la mirada franca. Poseía una cultura un poco superior a la que pudiera concederse a un hombre salido de la provincia y de un pueblo tan arrinconado como Cumpas. Tradicionalmente se sabía que en el noreste del Estado, Moctezuma era la población conservadora y llena de prejuicios. Cumpas, por lo contrario, era liberal y tenía gente enterada de los progresos de la ciencia. Por Cumpas pasó, de-

jando huella imborrable, un profesor expulsado de San Luis Potosí por sus ideas radicales: Luis G. Monzón. Entre sus discípulos se contó a este capitán primero que se llamó Miguel M. Antúnez.

*
* *

El capitán Antúnez era un tipo agradable, buen conversador y con muchos amigos en Hermosillo. Gustaba de referir sus experiencias en los combates y, a quienes no le conocían bien, daba la impresión de ser presuntuoso. Tomando contacto con él se le cobraba gran estimación y se advertía que sus hazañas guerreras eran muy superiores a lo que de ellas refería. Su valentía fue algo natural en su vida. Antúnez era de aquellos soldados que tomaron las armas para responder al ideal que inflamaba sus pechos. Sabía que luchaba por una causa justa y que sus sacrificios redundarían en beneficio del pueblo mexicano. Pocos militares de Sonora hicieron una carrera tan rápida como Antúnez. Era capitán primero antes de Santa Rosa y de Santa María y llegó al grado de coronel en octubre de 1913. Este hecho inusitado se debió a que Antúnez, en casi todas las acciones de guerra en que tomó parte, resultaba herido y conquistaba un ascenso.

En los partes militares de Obregón se cita con elogio a Miguel M. Antúnez. Hay uno en que se lee: "tuve conocimiento de que el general Alvarado, obrando con toda actividad, había reunido las fuerzas de caballería del teniente coronel Trujillo y del mayor Antúnez y emprendido una batida con rumbo a Cruz de Piedra". En el parte de la batalla de Santa María, con fecha 13 de junio de 1913, el general Obregón rinde tributo de admiración a estos tres mayores: Lino Morales, Antúnez y García... Al hacer su crónica de la toma de Culiacán, Obregón cita con elogio al teniente coronel Antúnez.

Triste destino el de algunos hombres. Después de haber andado entre las balas, hasta acabar por perderles el miedo, un buen día se mueren de fiebre, en su cama, sin que su desaparición sea advertida ni por sus compañeros de armas. Así cayó el valiente coronel Antúnez, a la retaguardia, por allá en Navojoa, cuando su tropa avanzaba victoriosa por las tierras de Tepic.

*
* *

Nunca he sabido a dónde irían a parar los restos mortales del coronel Antúnez. Quizás reposan en Hermosillo o los llevaron hasta su natal Cumpas. Su nombre y su fulgurante actuación no se han borrado de la mente de sus compañeros de armas. Del general Francisco Contreras sí conocí la tumba y en La Estancia se levantó un monumento para perpetuar su memoria. Una noche lo visité, viniendo de Huépac con Máximo Othón, y me pareció verlo otra vez como lo veía en la hacienda de El Resplandor, cerca de Trinidad. Contreras era un hombre alto, bien plantado y muy valiente. Los yaquis lo querían mucho.

El nombre del coronel Antúnez no se perdió del todo. En los combates de Celaya figuró al frente de las líneas de fuego la brigada Antúnez, que comandó el destacado y severo general Antonio Norzagaray, gloria del estado de Sinaloa.

LA GESTA HEROICA DE JESUS GARCIA

Para mí, México no tiene otro héroe civil como Jesús García. Queda solo, sobre un plinto imaginario, porque todavía no hemos sabido dedicarle un monumento digno de su portentosa hazaña. Ni nuestros más inspirados poetas han producido el poema que responda a la magnitud de su sacrificio.

Pero ha de llegar el día en que México, orgulloso de su gloria, diga al mundo lo que fue y lo que hizo el humilde maquinista de Nacozari.

Triste condición la de los pueblos que se fundan para extraer riquezas de la tierra. Los hemos visto nacer y desarrollarse vertiginosamente, hasta que se acaban las vetas remuneradoras o surge otro lugar en que la explotación de minerales rinde mayores ganancias. Así pasó con Nacozari, el pueblo que a principios del siglo estaba en su apogeo. Con mejor ley de cobre en sus montañas y con inagotables yacimientos cupríferos, la fabulosa Cananea acaparó la atención de las grandes empresas y se ha quedado sola como productora de cobre en gran escala, en Sonora. Otras poblaciones surgidas junto a las bocaminas han ido desapareciendo en diferentes rumbos del Estado: El Tigre, La Colorada, Minas Prietas, El Boludo, Minas Nuevas, Pilares de Teras...

*
* *

En 1907 Nacozari tenía alrededor de ocho mil habitantes. Era grande su movimiento comercial. Circulaba la moneda fácilmente, en transacciones algunas veces cuantiosas. Su ferrocarril a la frontera llevaba y traía con regularidad a personas y mercaderías del país o del extranjero. Se tenía por seguro que la pequeña ciudad

duraría muchos años, pues sus vetas de cobre eran tenidas por inagotables.

En Nacozari había varias tiendas importantes, descollando la de la Compañía Minera; un hotel confortable, dos sucursales bancarias y un club para los obreros que, además de salón de baile, tenía una buena biblioteca. Dos orquestas servían en los saraos o en las serenatas que los jóvenes llevaban a sus prometidas. Con frecuencia iban a las fiestas del mineral corporaciones musicales de Arizpe, Cumpas o Moctezuma.

Un recogido valle, como una poza, sirve de asiento a Nacozari. Lo circundan montañas por todos lados y lo cruza un río de escaso caudal, que sirve para sacar del pueblo los desperdicios y las aguas contaminadas que arroja la planta de beneficio. Hay un ramal de ferrocarril que, serpenteando, sube hasta el pie del cerro en que se levanta Pilares de Nacozari, donde hay varias minas que alimentan a la concentradora de Nacozari.

*
* *

El 7 de noviembre de 1907, como a las dos de la tarde, varios obreros que charlaban en el patio de la estación vieron que dos furgones de dinamita estaban a punto de estallar, pues uno de ellos había comenzado a incendiarse con las chispas de una máquina estacionada a corta distancia. En el grupo de trabajadores había un maquinista, que estaba de descanso. Cuando vio el peligro que se cernía sobre la población, corrió hacia la máquina y la puso en movimiento. Otros compañeros quisieron ayudarlo; pero él lo impidió con energía:

—¡Apártense! —les dijo—. Yo solo engancharé los carros, para llevarlos lejos de aquí.

Sus amigos enmudecieron y, con estupefacción, contemplaron las maniobras que a sangre fría ejecutó el maquinista, quien hizo retroceder su locomotora, se bajó a enganchar los furgones y escapó a toda velocidad hacia Pilares de Nacozari.

A los pocos minutos se escuchó una detonación ensordecedora. Un fuerte temblor de tierra sacudió a Nacozari. Todos los vidrios de las ventanas del caserío estallaron en mil pedazos. Al otro lado de los cerros se había producido un enorme resplandor rojo, cuando los carros volaron sobre el monte y la máquina del ferroca-

rril se hizo añicos. Por efecto de la explosión murieron doce personas, entre trabajadores de la vía y sus familiares. La catástrofe había tenido como centro el kilómetro 5 del ramal a Pilares.

Así murió Jesús García, por salvar a su pueblo. Si la dinamita hubiera estallado en la estación de Nacozari, en vez de trece personas se pensó que hubiesen muerto más de cinco mil. Desde entonces habría desaparecido el mineral, sin necesidad de que las malas condiciones económicas de ahora lo hicieran, como desafortunadamente ha sucedido.

Desde que Jesús García entregó su vida por salvar a su pueblo, Nacozari ostentó su nombre. Con toda justificación se venía llamando Nacozari de García. Ahora decimos: podrá borrarse del mapa a Nacozari; pero nada ni nadie podrá borrar el gesto heroico del maravilloso maquinista que en un momento de lucidez inimaginable entregó su vida para alcanzar la categoría de héroe indiscutible, limpio, ejemplar.

*
* *

Se ha escrito poco sobre Jesús García y su admirable hazaña. En 1926 publiqué en La Habana su biografía, con datos y fotografías que hasta allá me fueron enviados por el H. Ayuntamiento de Nacozari. Mi pequeño libro sobre este gran héroe fue reproducido por el entonces secretario de Educación doctor José Manuel Puig Casauranc, en una edición de veinte mil ejemplares, distribuidos entre el magisterio nacional.

Aunque parezca increíble, el sacrificio ejemplar del Héroe de Nacozari es desconocido hasta en círculos de ferrocarrileros mexicanos. El 7 de noviembre de 1961, ya la bandera del gran sindicato del gremio no ondeó a media asta en su edificio de la avenida Hidalgo.

*
* *

Hay en la República tres monumentos al Héroe de Nacozari: el primero es una columna como de seis metros de altura en la plaza de Nacozari, que en su base conserva los restos mortales del héroe, según dispuso el gobernador de Sonora, Plutarco Elías Calles, en 1916. El segundo es un pequeño monumento al trabajo, del escultor Domínguez Bello, que desde hace muchos años lo dedicaron las auto-

ridades de la ciudad a Jesús García, en la plaza que lleva su nombre y que antes se llamaba de Santa Catarina. El tercero está en Hermosillo, precisamente en el sitio en que nació García. Queda al centro de una rotonda construida en el parque "Francisco I. Madero", dando frente a la avenida Serdán. Es una columna cuadrangular, sobria, de líneas armoniosas, que tiene dos alegorías, un bajo relieve con la figura del héroe y una inscripción que dice: "...murió por salvar a Nacozari en 1907". Este monumento se debió a la iniciativa del Bloque de Obreros Intelectuales y para su ejecución aportaron fondos varios sonorenses, algunos ferrocarrileros y la empresa de los Ferrocarriles Nacionales de México. El proyecto fue del malogrado pintor Fermín Revueltas, a quien acompañó el escultor Ignacio Asúnsolo para erigirlo. En opinión del poeta y crítico de arte Manuel Maples Arce, este monumento es uno de los más bellos de la República.

*
* *

Queda mucho por hacer en pro de Jesús García, para que su nombre y su inmolación se conozca ampliamente y sean motivo de orgullo para todos los mexicanos. Los miembros del BOI nos proponemos no descansar hasta obtener estos tres homenajes al Héroe de Nacozari:

Primero. Que en todas las escuelas primarias de México, al llegar al cuarto año, los alumnos lean, como lección cívica, la biografía de Jesús García, cuando menos en el aniversario de su muerte: el 7 de noviembre.

Segundo. Que en la capital de la República se levante un monumento grandioso al Héroe de Nacozari, que corresponda a su gloriosa hazaña.

Tercero. Que el cine nacional haga una película sobre la vida de Jesús García, culminando con su muerte radiante que lo llevó a la inmortalidad.

Todo eso y más merece el abnegado maquinista de Nacozari, que es uno de los héroes mayores de México y quizás del mundo en el siglo xx.

ADALBERTO TEJEDA

Salido de la Escuela Nacional de Ingenieros, como Enrique Estrada y Rafael Buelna, el veracruzano Adalberto Tejeda formó en las filas de la Revolución, como uno de los valores más firmes y decididos. Fue radical en toda su actuación, lo mismo en el ejército que cuando ocupó elevados cargos en la administración pública. Callado y de suaves maneras, fue inflexible cuando se trató de imponer las leyes y reformas revolucionarias. Fue de los hombres más odiados por los enemigos del progreso de México. Cayó de pie.

Cuando el pueblo respondió al llamado de Madero, alistándose para combatir la dictadura de Porfirio Díaz, las escuelas profesionales dieron un contingente apreciable de jóvenes preparados a la lucha. Surgieron soldados de la Escuela de Agricultura, de la Normal de Profesores, de Bellas Artes, de la Escuela de Ingenieros (Minería), de Medicina y de Jurisprudencia. Recordados al azar diré algunos nombres: de Agricultura, Guillermo Fuentes, José Llorenas y Segundo Iturrios, que partieron al norte a participar en la toma de Ciudad Juárez; Nemesio Vargas y Ezequiel Betanzos, que se fueron a Veracruz, a incorporarse con el general Rafael Tapia, y Alfonso Miranda, con un hermano cuyo nombre escapa a mi memoria, que se fueron a Morelos, con Zapata. De los combatientes de la Normal sólo recuerdo a quienes ingresaron a la lucha en 1913 y 1914. Igual cosa me sucede con los revolucionarios de Bellas Artes. De la Escuela de Ingenieros hay que acordarse de Enrique Estrada, quien fue uno de los primeros maderistas estudiantiles y que, junto con Rafael Buelna, llegó a ser un destacado jefe del ejército: dos generales que dejaron un distinguido historial. De Medicina tendríamos que recordar a quienes formaron parte de la Cruz Blanca Neutral, organizada por Elena Arizmendi y dirigida por el doctor Rosendo Amor. Otro médico que comenzó a figurar en la Revolución desde 1910 es José Siurob.

El estudiante de Ingeniería Adalberto Tejeda, fue de los que abrazaron la causa de la Revolución en los primeros tiempos. Nacido en el norte de Veracruz, en Chicontepec, un pueblecillo que está en la sierra, muy cerca de los límites con el estado de Hidalgo, Tejeda era un hombre de campo. Acostumbrado a trabajar al aire libre, como agricultor y en labores de agrimensura, estaba preparado a formar en las filas de los libertadores, ya que ni el clima, ni el Sol, ni las más pesadas jornadas le producían cansancio o debilitaban su ánimo. Era hombre vigoroso y resistente, buen jinete y con dotes de mando. Así se explica que en poco tiempo comenzó a sobresalir entre sus compañeros de armas, hasta alcanzar el grado de jefe de corporación, es decir, coronel. Como nunca fue militarista ni le atrajo el uniforme militar, en coronel se quedó, vistiendo siempre el traje de civil. Cuando las necesidades de la campaña lo obligaban a llevar prendas de militar, nunca portó insignias. Por eso, aun cuando en los últimos años de su vida fue ascendido, nadie le llamó el general sino el coronel Tejeda.

*
* *

Adalberto Tejeda fue hombre de una pieza. Su vida describió una línea recta, sin interrupciones ni resquebraduras. Observando la rectitud de su carácter, se tenía la sensación de que aquel caballero de suaves maneras no tenía sino una palabra y que nada ni nadie podría hacerle torcer el camino que se había trazado. Imponía respeto y simpatía. A pesar de ser muy serio habitualmente, su sonrisa era cordial, acogedora.

Tejeda tuvo muchas oportunidades para demostrar su valer y la fuerza de sus convicciones. Cuando fue gobernador de Veracruz, pasó serenamente por un período de convulsiones y de peligros. Nada le arredraba y con toda calma recibía los insultos de sus enemigos y hasta las balas que le dispararon a quemarropa. Era hombre que despertaba pasiones violentas: de sus adversarios, que lo odiaban hasta la muerte; y de sus amigos que hubiesen dado sus vidas por salvarlo. El gobernador Tejeda tuvo serias dificultades con las compañías petroleras, que explotaban los yacimientos del subsuelo en el norte de Veracruz. Esas empresas no se resignaban a cumplir las leyes emanadas del artículo 27 constitucional y se habían propuesto mantener la inquietud en los campos petroleros, para lo cual organizaron guardias blancas que se oponían a las autoridades y a

las fuerzas del gobierno. Sin embargo, la voluntad de Tejeda se impuso y la autoridad local fue respetada.

En 1916 Tejeda resultó elegido diputado por el tercer distrito electoral de Veracruz, al Congreso Constituyente de Querétaro. Desafortunadamente no pudo ocupar su curul, debido a que necesidades de la campaña reclamaban su presencia en territorio veracruzano. Lo sustituyó su suplente, Enrique Meza, quien hizo un papel decoroso en Querétaro y perteneció a las izquierdas del Constituyente.

Tejeda ocupó cargos importantes en la administración pública federal. Durante pocos meses fue secretario de Comunicaciones y Obras Públicas y durante varios años secretario de Gobernación. En este delicado encargo, a las órdenes del Presidente Calles, realizó Tejeda una obra acertada y bien definida. Era un revolucionario radical y cuidó de hacer cumplir los postulados que en nuestra Constitución ordenan vigilar el cumplimiento de los artículos 3, 27, 123 y 130. Con entereza, patriotismo y voluntad inflexibles, hizo que se respetaran y cumplieran las leyes que afectan al clero, a los latifundistas y a los empresarios que tienen a su servicio numerosos trabajadores. La nueva legislación tenía que imponerse y en aquel momento hacían falta hombres de la contextura moral de Tejeda para lograrlo.

*
* *

Aunque para muchos Tejeda parecía un hombre rudo, sin educación, quienes lo conocimos teníamos datos para asegurar que se había cultivado bien y que era un enamorado del arte y de las buenas letras. Estuvo a punto de recibirse como ingeniero y dedicó mucho tiempo al estudio de la música. Tocaba un poco el violín y preferentemente el violonchelo. Asistía a los conciertos, sobre todo si eran sinfónicos. Gustaba del ballet y admiraba a los grandes maestros de la pintura y del cincel. Además, leía mucho y era un hombre de bastante cultura científica. Todo esto lo hacía en silencio y rara vez se explayaba ante sus interlocutores para hacer gala de sus conocimientos. Callado y modesto, era más bien un hombre dedicado a la observación que a la oratoria.

Cuando en 1929 una fracción del ejército se levantó en Veracruz contra el gobierno, el coronel Tejeda —sin pedir permiso a nadie—, se fue al monte a organizar grupos de sus amigos agraristas y en poco tiempo tuvo un contingente respetable, que puso a disposición de las autoridades constituidas.

Tejeda representó a México, decorosamente, al frente de representaciones diplomáticas en Alemania y el Perú.

En 1961 bajó a la tumba y su recuerdo, en vez de perderse en el olvido, parece que día a día se acentúa más. Porque cuando se trata de evocar a los verdaderos paladines de la Revolución Mexicana, surge el nombre del coronel Tejeda: limpio, sereno, conquistador.

RECUERDOS DE DON VENUSTIANO

Me precio de ser uno de los escritores revolucionarios que han reconocido siempre la gran obra y los relevantes méritos de don Venustiano Carranza.

Desde que me incorporé al constitucionalismo, el 14 de octubre de 1914, hasta su muerte, fui amigo y colaborador del Primer Jefe. Mi obregonismo no me impidió nunca seguir teniendo al señor Carranza como a uno de los más insignes forjadores de la patria nueva. Su labor titánica al frente del movimiento de 1913, lo coloca en la línea de los héroes y mártires que lucharon más y mejor por el bienestar de México.

No es sino con un gran cariño, que yo hablo siempre del Primer Jefe, don Venustiano, el de Coahuila.

El tiempo vuela. Han pasado más de cuarenta años desde la muerte del egregio varón y su recuerdo me llega nítido y preciso. No he de escribir lo que me contaron, sino lo que me consta. Lo traté poco; pero tuve la honra de acompañarlo en su gira triunfal de Hermosillo a la metrópoli. La primera vez que oí su nombre fue en la Escuela de Agricultura. El compañero Juan Garza García, que era de San Buenaventura, Coahuila, nos lo dijo un día:

—Ya verán quién es don Venustiano Carranza. Es un hombre que va para lejos.

Su retrato apareció entre los jefes revolucionarios que tomaron Ciudad Juárez. En la fotografía resaltaban su barba y su bombín.

La caída de Madero vino violentamente. Lo traicionó el general en quien había depositado su mayor confianza. Pasó el estrépito de la Decena Trágica. En una noche tenebrosa los más altos jefes del país fueron asesinados. El usurpador pretendió entonces dominar todo el vasto territorio nacional. Dos entidades norteadas lanzaron las voces de rebeldía: Coahuila y Sonora. El gobernador de Coahuila convocó a sus jefes para formular las bases de la campaña, en la

hacienda de Guadalupe. De esa reunión surgió el histórico Plan de Guadalupe en que se convocó al pueblo a luchar contra los pretorianos, para hacer que volvieran a la nación la dignidad y el honor y posteriormente la paz orgánica. Sonora acogió el Plan de Guadalupe con entusiasmo y fue el Estado que más pronto pudo arrojar de su suelo a los partidarios del usurpador.

Don Venustiano era un magnífico jinete y eran muy pocos los jefes que podían acompañarlo, cuando se trasladaba de un lugar a otro, al trote largo de su caballo. Era un hombre de campo, amante de la vida al aire libre y conocedor como pocos, de la forma de sortear obstáculos, vadear ríos o trasponer una montaña. Sabía interpretar los cambios de temperatura, la influencia de los vientos y el significado de la posición de las estrellas. Sobre todos esos conocimientos, don Venustiano poseía el don de atraer a los hombres, de hacerlos amigos y subordinados y sin el menor esfuerzo se hacía el jefe de grupos al comenzar o de grandes contingentes poco más tarde, hasta convertirse por derecho propio en el jefe de todos: el Primer Jefe.

Con ese honroso título organizó su ejército en el norte de la República y sus soldados entonaban con emoción esta copla popular:

*Don Venustiano Carranza,
gobernador de Coahuila,
por defender a la patria
anda exponiendo su vida.*

*

* *

Dando una prueba de su fortaleza como caballista, emprende desde La Laguna un viaje arriesgado y difícil, con su escolta y un grupo de colaboradores. Así atraviesa la Sierra Madre y un buen día se le ve llegar a El Fuerte, entre las aclamaciones y los vítores de los revolucionarios de Sonora y Sinaloa. Ahí están los principales jefes militares de ambos Estados, con sus comandantes Alvaro Obregón y Ramón F. Iturbe. Desde El Fuerte don Venustiano viaja en ferrocarril hasta Hermosillo, donde una noche de septiembre la población entera se vuelca sobre la estación, para recibir en triunfo al Primer Jefe y darle el tratamiento que merece como caudillo y guía de la Revolución.

Es en Hermosillo donde Carranza organiza su primer gabinete

y donde dispone la formación de los tres grandes Cuerpos de Ejército que avanzarán al sur para derrocar a Huerta: el Cuerpo de Ejército del Noroeste, al mando del general Alvaro Obregón; el Cuerpo de Ejército del Norte, al mando del general Francisco Villa; y el Cuerpo de Ejército del Noreste, al mando del general Pablo González. A Hermosillo llegaron en aquellos días los prohombres de la Revolución de todo el país: intelectuales, militares, periodistas, profesionales, gobernadores, políticos, etc. Se encontraban allá gentes de Tamaulipas, Veracruz, Puebla, Tabasco, Yucatán, así como de Chiapas, Oaxaca, Colima y Michoacán. Los revolucionarios iban a pedir órdenes, instrucciones, o elementos para combatir a la reacción que representaban Huerta y sus secuaces. El Primer Jefe estudió a todos y les dio orientaciones e ideas para intensificar la campaña por todos los rumbos. De esta manera Hermosillo se convirtió en la primera capital de la República, del gobierno que surgía de la Revolución. Hermosillo era una pequeña ciudad, con diecisiete mil habitantes y escasos medios de vida. Todavía no nos explicamos cómo pudo albergar y sostener a tanta gente, en aquellos días de privaciones y sacrificios.

En dos ocasiones saludé al señor Carranza en Hermosillo, la primera cuando nos hizo el favor de repartir juguetes y dulces a los pobres, en la Navidad de 1913, y me correspondió presidir la Asociación Filantrópica de Jóvenes; y la segunda, cuando me presenté en su oficina para ofrecer mis servicios a la Revolución: de ahí salí nombrado secretario particular del ingeniero Ignacio Bonillas, encargado de las Secretarías de Fomento y de Comunicaciones. Después, con la comitiva del Primer Jefe, estuve en Nogales y en Agua Prieta. Lo esperamos en Ciudad Juárez, cuando él atravesó el Cañón del Pulpito para internarse en el estado de Chihuahua. Con arcos triunfales, bandas militares, alegría popular y estallido de cohetes, don Venustiano llegó a la margen derecha del río Bravo. Estaba en Ciudad Juárez cuando vino la terrible toma de Torreón por Pancho Villa. En las calles resonaron otra vez las dianas y los vítores. Fueron disparadas muchas armas de fuego, en honor de la victoriosa División del Norte.

*
* *

Permanecimos en la capital de Chihuahua poco más de un mes. En esa época comenzaron las dificultades con Villa. Sin consultar

al Primer Jefe, Villa depuso al general Chao como gobernador de Chihuahua. Don Venustiano lo llamó a cuentas. Le reprochó su proceder y, a pesar de que Villa tenía en esos momentos cerca de doce mil hombres y el señor Carranza apenas unos cuatrocientos, la voluntad del Primer Jefe se impuso y Chao volvió a su puesto de gobernador. Sin embargo, el incidente dejó resabios y posteriormente Villa desconoció a Carranza.

De Chihuahua pasamos a Torreón, después a Saltillo, y luego a Monterrey. De la capital de Nuevo León la comitiva del Primer Jefe vino hacia el sur, hasta San Luis Potosí. De San Luis a Querétaro y en seguida a Teoloyucan, donde se firmaron los tratados sobre la rendición de la ciudad de México y la disolución del apollado ejército federal. Llegado el rompimiento con Villa, don Venustiano se retiró a Veracruz, desde donde siguió dirigiendo las operaciones militares y el gobierno constitucionalista. En el puerto jarocho lanzó su famoso decreto del 6 de enero de 1915, que sirvió de base a la reforma agraria y de preparación al artículo 27 constitucional.

El señor Carranza convocó al IV Congreso Constituyente de México, encargado de redactar la Carta Magna de 1917. A pesar de que su proyecto de Constitución fue modificado radicalmente, el Primer Jefe no puso ningún reparo al firmar y promulgar la nueva carta fundamental de México. Su gesto al respetar la obra de los legisladores, que era un trasunto de voluntad popular, lo elevó a la categoría de grande hombre de Estado. La forma de tratar los diversos problemas internacionales que surgieron durante su gobierno, demostró la fuerza de su carácter y la firmeza de su patriotismo.

Don Venustiano Carranza pasó por la vida como un viejo noble y austero, enérgico y al mismo tiempo condescendiente con la juventud, apacible y a la vez contundente en el momento preciso, duro para reprimir atropellos o injusticias, suave para encauzar a los hombres por el buen sendero. En resumen: don Venustiano fue un hombre extraordinario. No merecía morir como murió.



SEIA. DE GOBERNACION
INST. NAL. DE ESTUDIOS HISTORICOS
de la
REVOLUCION MEXICANA
BIBLIOTECA

EL GENERAL FRANCISCO T. CONTRERAS

Hombre del río de Sonora, el general Francisco T. Contreras nació en La Estancia y su tumba está mirando al río, a pesar de que su muerte en combate se produjo en el Valle de Santiago, del estado de Guanajuato.

Lo recuerdo alto, bien plantado, alegre y decididor en las trincheras de El Resplandor, frente a la ciudad de León. Fue uno de los jefes predilectos del general Obregón y la acción de armas en que pereció fue ganada por sus propias fuerzas: aquel noveno batallón de Sonora que Contreras formó y que conquistó tantos laureles. ¡Gran jefe este sonorense ilustre!

Una vez más he de referirme a la actitud patriótica del pueblo de Sonora cuando, para responder a la cuartelada de Victoriano Huerta, se lanzó hacia la capital del Estado en demanda de armas para combatir al usurpador. Nunca he vuelto a ver tanta gente decidida a combatir, como en aquellos días en que de todos los rumbos llegaban a Hermosillo grandes grupos de ciudadanos, que habían abandonado sus hogares y pedían imperiosamente convertirse en soldados de la Revolución. Del centro del Estado y bajando por las cuencas de los ríos de Sonora y San Miguel, se reunieron muy pronto las fuerzas que en aquellos momentos podía poner en pie de guerra el gobierno local. Pero sobraron muchos hombres, que tuvieron que regresar a sus pueblos para esperar una nueva oportunidad de servir a México.

Entre los poblados que casi quedaron solos, porque sus hombres marcharon a la guerra, recordamos los pertenecientes al río San Miguel, Cucurpe, Rayón, Meresichi, Opodepe y San Miguel de Horcasitas. Los del río de Sonora que enviaron contingentes más numerosos fueron: Cananea, Bacuachi, Cumpas, Suaqui, Sinoquipe, Huépac, La Estancia, Baviácora y Ures. Sería larga la lista de los generales y jefes militares que salieron de esos dos ríos, que unen

sus caudales a las puertas de Hermosillo. Sólo mencionaremos unos cuantos nombres de revolucionarios sonorenses que surgieron de aquella zona, a principios de 1913: Juan G. Cabral, Ignacio L. Pesqueira, Miguel M. Antúnez, Francisco R. Noriega, Leonardo C. Holguín, Miguel Piña, Francisco T. Contreras, Jesús M. Padilla, Jesús Bórquez, Alfredo Martínez y Antonio R. Armenta.

Los ciudadanos de Sonora que en aquella memorable ocasión se hicieron soldados en su mayoría eran gente de campo, rancheros con poca cultura, pero preparados a hacer vida de campaña: eran buenos jinetes y estaban acostumbrados a realizar grandes jornadas por regiones agrestes, además estaban preparados en el manejo de las armas, sea por haberse aficionado a la cacería o porque vivieron en regiones frecuentemente atacadas por los “yaquis alzados”, a los cuales había que combatir con buenas armas de fuego, ya que los indios las tenían de procedencia norteamericana y no perdonaban a nadie. A la guerra del Yaqui y las consecuencias que traía aparejadas, se debió que los sonorenses estuvieran versados en el uso de las armas, cuando tuvieron que empuñarlas para combatir la usurpación. Sonora había sido maderista desde 1910, porque allá las autoridades porfirianas habían tratado cruel y despectivamente al apóstol de la democracia cuando se lanzó a combatir contra la larga dictadura. Madero fue una víctima de la tiranía imperante. Con su actitud valiente y decidida conquistó a los sonorenses.

*

* *

Entre los hombres que en Sonora se levantaron en armas en 1913 hubo, como en otras entidades del país, dos categorías: unos que entraban a la lucha por su afán de aventuras, porque se creían muy valientes o porque a toda costa querían figurar para que se hablara de ellos; los otros porque un ideal inflamaba sus pechos, porque creían que era necesario transformar la vida entera del país, para servir mejor a los desheredados, a los más pobres; y porque deseaban influir para que la riqueza y el poder se distribuyeran más equitativamente. Es decir, unos iban a luchar por el dinero, en su propio provecho; los otros combatirían por mejorar el gobierno y las instituciones democráticas, luchando más por los intereses colectivos que por su beneficio personal. Sería inútil y extemporáneo señalar ejemplos. Cada día se conocen mejor las vidas de los hombres que participaron en la Revolución. Ahora deseo referirme a

un hombre sencillo y cumplido, que luchó como bueno en los días más aciagos de la contienda y que por haber sido modesto y recatado es poco conocido: se llamó Francisco T. Contreras y murió en campaña.

Contreras era el tipo del norteco: alto de estatura, fornido, agradable la cara y pocas preocupaciones en el vestir; era amable y dicharachero y gustaba de conversar sobre lo que sería el triunfo de “la causa”: una época en que habría mayores oportunidades para todos, con gobiernos interesados en el bienestar del pueblo. Estaba seguro de que la victoria vendría en un plazo breve y gustaba de celebrar, junto con los soldados de su batallón, los triunfos de las armas constitucionalistas. Así hizo la campaña de norte a sur, junto a la costa del Pacífico, formando parte del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Para entonces su nombre y sus hazañas eran sólo conocidos por la gente de Sonora.

*
* *

En los combates de Celaya participó con su batallón, el Noveno de Sonora, ostentando el grado de coronel. El general Obregón lo menciona en sus partes militares. Yo lo conocí después, cuando estábamos frente a la plaza de León, en las trincheras de la hacienda El Resplandor. Fue a visitar a sus amigos yaquis, Lino Morales y José Amarillas, quienes le tenían admiración y cariño. Porque Contreras, por su hombría de bien, inspiraba confianza y se daba a querer.

Cuando Villa envió una columna volante, al mando de Canuto Reyes y de Fierro, a posesionarse de Querétaro, el general Obregón personalmente trajo desde San Luis Potosí siete trenes militares, con tropas suficientes para impedir que los villistas en derrota pudieran hacerse de las vías del Ferrocarril Nacional. Desde que emprendió su viaje en la capital potosina Obregón previó que Reyes y Fierro no le presentarían resistencia en Querétaro y que el combate se daría en Valle de Santiago. En esta población guanajuatense se libró una batalla, en la que las fuerzas de Obregón, mandadas por el general Francisco T. Contreras, tuvieron la peor parte. Allí murió el bizarro general sonorenses. Obregón lo recuerda en sus “Ocho mil kilómetros en campaña”. “Las pérdidas de nuestra parte —dice el general invicto—, fueron aproximadamente de 100, entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el general Francisco T. Contreras,

cuya muerte es altamente lamentable, pues con ello nuestro ejército perdió a uno de sus más pundonorosos y valientes jefes”.

Los vecinos de La Estancia, en las márgenes del río de Sonora, orgullosos de su héroe, reclamaron sus restos y los colocaron en un modesto monumento que perpetúa la memoria del denodado general Francisco T. Contreras.

SALVADOR ESCUDERO

Salvador Escudero cultivaba la humildad. Era jalisciense y de San Gabriel. Entró a la Revolución porque le simpatizaba "la causa" y porque en ella encontró al hombre que fue su protector y amigo: Adolfo de la Huerta.

Escudero fue un vate exquisito, excelente sonetista y uno de los más inspirados bardos de la Revolución. Su vida fue humilde. Nunca aspiró a posiciones elevadas y si llegó a gobernador de Jalisco, fue por unos días y porque lo llevaron a la fuerza.

Fundamentalmente, Salvador Escudero fue un poeta.

Alguna vez nuestro gran poeta Enrique González Martínez, al hacer el elogio de otro bardo, me hizo esta confidencia:

—Es casi tan buen sonetista como Salvador Escudero.

Con esto, don Enrique expresaba su admiración por su contemporáneo, el valioso y modesto portalira nacido en San Gabriel, cerca de los linderos entre Jalisco y Colima. Escudero venía de aquella región en que nacieron otros dos distinguidos revolucionarios: Basilio Vadillo y Primo Villa Michel. Escudero fue un poeta exquisito, romántico y humilde. No buscaba ni creía merecer los elogios. Por inclinación natural escribía versos y no tenía que esforzarse mucho para recibir los efluvios de la inspiración. Era un hombre sencillo, bueno y amigable. En su afán de servir a los pobres, formó en las filas de la Revolución y mereció la confianza de jefes muy importantes. Un día comenzó a trabajar con Adolfo de la Huerta y desde entonces nunca se separó de él. Adolfo lo estimaba y sabía guardarle delicadas consideraciones.

Con De la Huerta, Escudero se fue a Veracruz a fines de noviembre de 1915. Allí colaboró en la Secretaría de Gobernación. Con una modesta ayuda oficial, Salvador publicó en el puerto una revista literaria. Le puso por nombre "Faros", para presentar y enaltecer

continuamente la residencia oficial del Primer Jefe. Escudero desempeñaba funciones de secretario particular de De la Huerta y con ese cargo lo acompañó a la región del Bajío, a visitar al general Alvaro Obregón. Hicieron un viaje tan a tiempo, que en las cercanías de León les tocó estar entre las balas, en una de las más terribles acometidas de Pancho Villa. La acción se desarrolló el 22 de mayo de 1915 y se conoce con el nombre de “combate de Nápoles”. No acostumbrado a ese género de actividades, el vate Escudero pasó uno de los sustos más impresionantes de su vida y tuvo una de las experiencias que le dejó honda huella. Un hombre nacido para cantar las bellezas de su pueblo y al amor de recatadas doncellas, en los balcones coloniales de Guadalajara, había tenido que escuchar el ronco rugido de los cañones, los silbidos agudos y ululantes de las balas y tuvo también que pasar por el campo de batalla, poblado de cadáveres insepultos y por los hospitales en que se debatían con la muerte los soldados heridos en la lucha. ¡Dura jornada para un poeta de corazón sensible y de temperamento recatado y tímido!

*
* *

En los periódicos de Veracruz y en la revista “Faros” se publicaron muchos poemas de Escudero, que en su mayor parte eran sonetos bien forjados, pues sabía encerrar en los catorce versos ideas elevadas y conceptos dignos de la meditación. Sería difícil para mí recordar algunos poemas del vate, de aquella época feliz pasada en el atrayente puerto jarocho. Cantó a las cosas humildes y tuvo expresiones de simpatía para los pájaros y el buey cansino que sufre en la sementera. De las aves dijo:

Cómo envidio a los pájaros, me aflijo de no poder cruzar el firmamento...

En nuestros días no hubiese padecido ya tal envidia, pues el hombre ha encontrado la forma de traspasar el infinito. De los ruminantes más olvidados se expresó así:

El buey es resignado, el buey trabaja con rudeza y tesón... y se conduele de esos pobres seres que viven desolados, añorando su “época de celo y de bravía”.

Al pensar en la condición humana, que no ha podido sustraerse a la maldad y al engaño, cuando se pierden las esperanzas de que

desaparezca la guerra y siguen encumbrándose los malvados, sin otro argumento que su audacia, el vate Escudero lanzó esta exclamación angustiosa:

¡Qué estéril fue tu sangre, Nazareno!

Salvador Escudero fue un hombre en que resplandecían la verdad y la pureza de intención. Se esforzaba por ser útil a los demás y por no molestar a nadie. Nunca ambicionó tener posiciones de relieve y no le afectaba la falta de dinero. Vivía decorosa pero humildemente. Fue enemigo de la publicidad y ambicionaba que no se ocuparan de él. Cuando estuvo como diputado, en una de las legislaturas revolucionarias, sólo una vez subió a la tribuna y fue para defender las corridas de toros. Era un apasionado de la fiesta brava. Al comenzar su discurso, el vate pidió excusas por subir a la tribuna y tuvo este arranque de hombre sincero:

...me espanta la notoriedad.

Entre los numerosos sonetos magistrales de Salvador Escudero, hay uno que todavía conservo en la memoria. Se intitula: *Ya no te pido más, Naturaleza.*

Voy a transcribir solamente unos fragmentos de ese poema:

*...róbame mi bordón, mi pan, mi vino,
déjame mi dolor y mi tristeza.*

Más adelante insiste en su conformidad con la vida:

*Amor, oro y laurel, no los procuro;
ignorado, durmiendo en lecho duro,
no sé si la mujer engaña o besa.*

*
* *

Cuando De la Huerta fue gobernador de Sonora, allá estuvo su dilecto amigo Salvador Escudero. El vate vivió en una casa antigua, cerca del palacio de Hermosillo. De allí surgieron muchos de sus bellos poemas. Encantado con la vida hermosillense, se dedicó a

cantar el carácter de la gente fronteriza y los naranjos que dan su fisonomía peculiar a la capital de Sonora. Como era un romántico, le impresionó la belleza de las muchachas de aquella tierra y se propuso dedicar un soneto a cada una. Su obra quedó inconclusa. Al iniciar la serie, produjo una composición para todas las hermosillenses, que comenzaba así:

*Tienen vaivén de junco sus andares
y arrullos de cristal sus risas locas.*

Pero la obra capital de Salvador en Hermosillo fue un bello poema en seis sonetos, que mandó para unos juegos florales de la capital de la República, con este título: *No escuche quien no sabe de estas cosas.*

En la casa de aquella calle semioscura en que vivía, Escudero me recitó al anochecer la composición que acababa de enviar al concurso. Cada soneto se iniciaba con una frase capital: *No escuche quien no sabe de estas cosas / Tal vez la vio pasar esa montaña / Prefiero verla infiel antes que muerta / Corderilla evangélica y nevada.* Cuando terminó de recitar sus versos, que yo escuché con delectación al través de una reja de hierro, tuve la seguridad de que aquel poema iba a ganar el premio y le dije al vate:

—Te van a dar la flor natural.

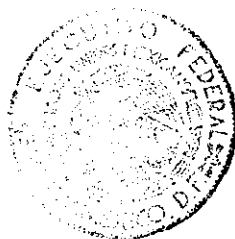
Escudero no lo creyó. Al poco tiempo llegaron a Sonora las noticias de su triunfo. Toda la República aplaudía. Era su consagración. Sin embargo, él siguió con su inveterada modestia, considerándose apenas como un poeta provinciano. Reproduzco en seguida el primero de los seis sonetos:

*Como nadie, me siento solo y triste;
pienso en la vida y siento que la vida
no va a ninguna playa conocida,
ni sabe por qué hiere y por qué existe.*

*Qué huraño y silencioso me volviste,
esperanza de ayer desvanecida;
¡qué dolor tan punzante el de mi herida!
Como nadie, me siento solo y triste.*

*¿En dónde está mi ensueño tan florido,
dónde estará mi fe, a dónde ha ido
la novia infiel que de azucenas viste?*

*Si la sombra me huyó de sus pestañas,
oh muerte, ven a mí, tú nunca engañas.
Como nadie, me siento solo y triste.*



SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN
INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS
de la
REVOLUCIÓN MEXICANA
BIBLIOTECA

TEOFILO ALVAREZ BORBOA

Verdadero amigo fraternal fue para mí Teófilo Álvarez Borboa. Nos conocimos desde la escuela, jugando beisbol: él por la Normal de Maestros y yo por la Escuela de Agricultura.

La Revolución nos unió en las campañas del Bajío: en un carro expreso él tenía la pagaduría del 20º batallón de Sonora y yo la oficina del detall de la propia corporación.

En el ejército él ascendió a general de división; yo llegué a diputado constituyente y a desempeñar elevados cargos en el terreno administrativo. Nos quisimos toda la vida.

Cada día somos menos. De aquellos soñadores que anduvimos en el Ejército de Operaciones quedamos muy pocos. ¿Quién se acuerda ya de José Lozano Reyes, el autor de la *Venganza India*, que recitaba en vísperas de los combates de Celaya? ¿Y de Adolfo Cienfuegos y Camus, el discípulo de Leopoldo de la Rosa en los campos de la poesía? Se fueron Francisco Castillo Nájera y Carlos Roel, un poeta romántico y un prosista sesudo, macizo. ¿Qué fue de Jesús M. Garza, inmejorable amigo, el de la charla jovial y los arrestos cyranescos? Gustavo Villatoro también partió, dejando sus huellas en el teatro. Saracho y su guitarra son cosas del pasado. La risa cordial de Serrano y su talento resplandeciente pasaron a la Historia. Sin embargo, no estamos solos. Rodeados de nuestros penates, seguimos en el mundo cargados de ilusiones y de recuerdos, vívidos, gratos al corazón. Se han ido muchos, casi todos. Un día nos tocará el turno. Lo sabemos de sobra y la cercanía del momento no nos intimida.

Acaba de partir uno de los mejores: Teófilo Álvarez Borboa. Qué larga fue nuestra amistad con este general de División. Compañeros desde la primera juventud, cuando él era "filder" en el club de la Normal y yo en el de Agricultura. Nuestras escuelas esta-

ban frente a frente y fuimos buenos vecinos. El impulso revolucionario se sintió con igual fuerza en ambos planteles. La huelga estudiantil de Agricultura repercutió en la Normal. Después... inevitablemente nos volvimos a encontrar en el escenario de la gran Revolución. Con un grupo de compañeros normalistas, Teófilo Álvarez se incorporó al ejército del Noroeste, cerca de Mazatlán. Principió como subteniente, a las órdenes del bravo general Iturbe.

*
* *

No volví a encontrar a Teófilo hasta que nos tocó salir de esta capital, en el mismo tren y a las órdenes del mismo jefe, hacia el norte, cuando el general Obregón iba a enfrentarse al temible Pancho Villa. En el 20º batallón de Sonora, que mandaba el general yaqui Lino Morales, el puesto de pagador lo cubría Teófilo Álvarez, y yo era el jefe del *detall*. Vivíamos en un coche expreso: una mitad servía como pagaduría y habitación del pagador; la otra mitad la ocupaba yo, con el *detall*. Un tercer "yori" figuraba en el Veinte: el doctor Erasmo González Ancira, que en los últimos tiempos se ha perdido para la medicina y ganado para la literatura: es un escritor "novelero", que figura entre los autores de populibros.

Los miembros del ejército salidos de las escuelas, nos reuníamos frecuentemente a la hora del vivac, con los estudiantes que formaban parte de los Estados Mayores de los generales Obregón, Diéguez, Hill, Laveaga y algunos más. Eran juntas informales en que se discutía de todo, pero preferentemente sobre el programa de la Revolución. De esas reuniones partió la organización de actos de propaganda de nuestras ideas, que verificamos en jardines públicos o en los portales de las plazas de las ciudades del Bajío. Algunas veces tomaron la palabra, para explicar al pueblo los objetivos de la Revolución, ameritados jefes militares y hasta el propio general en jefe, don Alvaro Obregón.

Durante los combates de Celaya, así como en la larga lucha en los campos de Trinidad, frente a León, el general Lino Morales, que había observado la conducta y las facultades guerreras de Teófilo Álvarez, lo escogió como su jefe de Estado Mayor, obteniendo que se le reconociera el grado de teniente coronel, que le correspondía por méritos en campaña. Así fueron después todos los ascensos de Teófilo y llegó hasta el grado más alto en el escalafón militar, cuando sus hechos de armas pasaban de ciento cincuenta.

Teófilo Álvarez fue un jefe muy querido de los yaquis. Después de Lino Morales, quien le guardó las mayores consideraciones, fue José Amarillas, segundo en mando del 20° batallón, un jefe que lo distinguió. Entre otros amigos yaquis que lo trataron con afecto estaban Pancho Flores, Hesiquio Chávez, Antonio y Dolores Amarillas, Joaquín Valencia, José María Bacasegua y Juan González. Todos los “yoremes” tenían gran simpatía por Teófilo. Su ascendiente entre la indómita tribu fue muy grande y en los últimos años nadie podía considerarse con mayor influencia en los pueblos del Yaqui, especialmente en estación Vícam, donde estaba el cuartel general. Dos de los jefes “yoris” que más han sentido la muerte de Teófilo Álvarez son el general Juan Vega, quien fue su representante en Vícam, y Salomón López, un comerciante en pequeño de Santa Julia, que siguió al general Álvarez en todas sus campañas, terminando por establecerse en la Ciudad Militar, allá por el río Muerto, en el prodigioso valle del Yaqui.

*
* *

Nacido en el norte del estado de Sinaloa, por Badiraguato, el general Álvarez tenía aspecto y maneras de norteño. Sin hablar la lengua cahíta, llegó a ser gran amigo de los yaquis, quienes le tuvieron estimación y atendieron con entusiasmo cuantas indicaciones les hacía. En los últimos años fue el mejor conducto para tratar con los jefes de la tribu, porque los indios confiaban en él y sabían que era un hombre incapaz de engañarlos. La amistad de Teófilo con los “yoremes” había nacido en las campañas del Bajío y se sostuvo cuando vino la pacificación definitiva de la tribu en el valle del Yaqui.

En las palabras pronunciadas por el senador Salazar ante la tumba de Álvarez Borboa, hay un pensamiento en que se define al hombre recién fallecido: “Supo mandar, porque sabía obedecer”. No hay mejor manera de definir la personalidad del distinguido profesor normalista, que en las lides de la Revolución alcanzó el grado más alto. Era subordinado y cumplido con sus superiores, y, cuando se trataba de actuar como jefe, podía hacerlo con tino y seguridad.

Teófilo Álvarez Borboa fue un hombre modesto, tranquilo, a quien nunca preocupó que se ocuparan de él. Vivía consagrado a cumplir sus obligaciones, a cuidar de las tropas que tenía a sus

órdenes y a procurar que se hiciera justicia a sus soldados, a los campesinos y en general a todos los ciudadanos de pocos recursos económicos, que casi nunca cuentan con defensores desinteresados. Teófilo era un hombre que se preocupaba porque la Revolución triunfara, no solamente en los campos de batalla y en las leyes escritas, sino de una manera práctica en el ejercicio de la vida cívica, que requiere procedimientos de justicia estricta. Como huía de toda propaganda, no le interesaba la política en sí. Tuvo oportunidades para ser gobernador de Sinaloa; pero eso no le inquietó ni le hizo cambiar su manera de ser.

Si se buscara definir en tres palabras cómo fue Teófilo Alvarez Borboa, su vida quedaría sintetizada así: *modestia-integridad-rectitud*.



SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
de la
REVOLUCIÓN MEXICANA

MIGUEL OTHÓN ROBLEDÓ

La semblanza que sigue constituye un tema muy distinto a los tratados hasta aquí. Ahora me ocupo de un vate atormentado, que vivió de milagro los días más azarosos de la Revolución. Periodista a ratos y bohemio en todo momento, a Miguel Othón Robledo no le importaba la vida y por eso no la perdió en los días de mayor agitación.

Le fue más difícil vivir en paz y un día, sin que nadie se enterara, murió entre desconocidos y lo enterraron en la fosa común. Un día lo desenterrarán sus propios versos.

Será cuestión de la edad; pero ya no veo a mi alrededor a bohemios de tanta categoría como aquellos que traté durante los años 1915 a 1920. O será que en la actualidad los bohemios viven de otra manera. No usan chambergos de anchas alas, ni melenas espesas, ni corbatas de plastrón. No se les encuentra, como antes, en las barriadas populares o en los cafés tradicionales, o en las cantinas con taquerías incitantes. Son otros los tiempos. Ahora triunfan las torterías en que se enriqueció Armando, el precursor; los bares a la americana, con whiskey que, si nos va bien, sabe a humo y sandwiches muy higiénicos pero insípidos. En los cafés a la española, que son los clubes del pobre, en vez de tertulias literarias se tienen "peñas", en que se discute de fútbol o de toros, pero no sobre asuntos que interesan al país. La existencia transcurre en un ambiente de frivolidad, que contrasta con la vida intensa que nos tocó disfrutar hace cuarenta años. Ahora todo marcha aprisa, como los aviones, y nos falta tiempo para meditar sobre lo que ocurre, o para discernir acerca del porvenir incierto de la Humanidad, que vive alarmada con las explosiones nucleares y sus efectos letales. Ciertamente vivimos con mayor rapidez; pero estamos expuestos a morir a un ritmo más acelerado e imprevisto.

¡Qué diferente era la capital de la República, cuando todavía

circulaban por Plateros las carretelas de bandera blanca o azul! El tránsito era doble en la angosta avenida, que recibía entre una y dos de la tarde, y de las siete a las ocho de la noche, a todo el México paseador, que necesitaba exhibirse en el *boulevard* de moda. Al trote cansado de los caballos de tiro se arreglaban negocios de un coche a otro, se concertaban entrevistas o se lanzaban piropos a las encopetadas damas que atraían con su palmito, o por sus vistosos trajes enjoyados, a los *lagartijos* que se tenían por dueños de la calle principal. Al paseo acudían las más famosas artistas de comedia o de la zarzuela, cantantes de ópera y los toreros de más cartel en aquellos días. También solían concurrir políticos de relieve o generales de prestigio, que surgieron del movimiento revolucionario.

*
* *

Cerca de aquella vida al exterior, había otra también peculiar: la de las cantinas y restaurantes de moda en que discurrían, entre otros grupos sociales, los bohemios que fueron quizás los últimos representativos del romanticismo en México, los que tuvieron como mentor indiscutible a Gutiérrez Nájera, el admirado *Duque Job* que ensalzaba a su dama “desde la esquina de la Sorpresa hasta la puerta del Jockey Club”. Entre los intelectuales que siguieron las huellas del *Duque*, se contaron muchos bohemios que fueron poetas, escritores o periodistas. Entre ellos podríamos recordar a Díaz Dufoo, al doctor Flores, a Fernández Granados, a Luis G. Urbina, a Federico Gamboa, a Rafael López, a Cravioto, a Henríquez Ureña, a *Micrós*, a Manuel de la Parra, a Rebolledo. . . . Entre los bohemios más notables que se conocieron en plena Revolución recordaremos a Chucho Villalpando, a José D. Frías y a Miguel Othón Robledo. Los tres fueron populares en los cafés de moda, como “La Granja”, el “Principal” y el “Inglés”; frecuentaron también los bares de mayor renombre: “La Fama Italiana”, “El Gallo de Oro”, “El Submarino” y el “Salón París”, que estaba en la contraesquina del correo mayor. Debo ocuparme ahora, siquiera brevemente, del gran poeta bohemio que fue Miguel Othón Robledo.

Lo recuerdo bien: era chaparro, bastante moreno, la mirada vivaz, la boca grande, la frente alta, los cabellos lacios formando una melena rebelde, el vestir descuidado, interesante en la conversación y amable con sus interlocutores. Era de Jalisco. Había pasado por la Escuela Preparatoria. Había leído mucho. Su preparación

cultural, amplia. Tenía entrada en periódicos y revistas. Su obra literaria nunca fue coleccionada: permanece en *Revista de Revistas*, en *El Pueblo* y en la *Revista Nacional*. Yo lo traté mucho, sobre todo en las veladas del Café Inglés, que pasábamos bebiendo agradablemente el coñac en tazas. (Los licores estaban prohibidos sin servicio de comidas... y nosotros no íbamos a comer.) Recuerdo que una noche, ya muy noche, Othón Robledo me llevó a una cantina llamada "Sinaloa", frente al teatro Lírico.

—Te vas a tomar un *Villalpando* —me dijo.

Acepté, sin saber qué era aquello. El cantinero revolcó en un vaso más de ocho bebidas diferentes, las agitó bastante y puso en una copa grande el *Villalpando*. Sin pensarlo mucho engullí aquel mejunje y a los diez minutos yo estaba "pando", verdaderamente "groggy". No supe cómo llegué al hotel.

*
* *

En "El Submarino", esquina de Allende y Donceles, famosa cantina con tacos apetitosos, Othón Robledo me recitó dos veces el prólogo de su libro de versos que iba a publicar. Un poema bellísimo, con algo de autobiografía y mucho de ideas originales y rebeldías. El libro nunca salió a luz y se quedó en proyecto. Miguel Othón Robledo pensaba que iba a causar sensación en toda la América Latina:

—Después del "Fiat Lux" de Chocano y los "Cantos de Vida y Esperanza" de Darío, mi libro será el mejor de los publicados en este Continente.

La verdad es que a Othón Robledo se le tenía como a uno de los poetas de altos vuelos. Se codeaba con Ramón López Velarde. Era inspirado, original y fecundo. Sin embargo, su obra se perdió en las redacciones de periódicos y revistas. Alguna vez el poeta Leopoldo Ramos se propuso coleccionar la obra de Othón Robledo; pero no llegó a encuadernar las bellas producciones del bohemio jalisciense.

Para dar una idea de la poesía del atormentado bardo que fue Miguel Othón, voy a transcribir algunos fragmentos de su "Antigua plegaria" y de otra composición cuyo título no recuerdo:

*Haz el milagro, Virgen María,
de que me miren sus ojos claros,
de que me amparen sus rubias trenzas,
de que me nombren sus rojos labios.*

*Ya que me cabe la insigne gracia
de ser poeta, seré tu bardo
para inclinarme sobre las aras...
Tú, que vigilas cuando ella duerme,
entra en sus sueños más encantados
para decirle que soy el héroe,
del cuento rosa con que ha soñado.*

Por ese tenor va el canto lírico que aprendieron de memoria los recitadores de oficio. Veamos ahora algunos versos de un poema rebelde de Othón Robledo:

*No estoy descontento de mi siglo;
pero estaría mejor en otro pasado
más aventurero.
Filósofo claro, me sé que la vida
no es grata ni ingrata,
sino como el hombre la tiene vivida.
Por eso repudio la plebe insensata
y si mal poeta, no banderillero
chulo ser quisiera, sino buen pirata.
Si a mi sien diadema negara poesía,
las blandas sirenas sabríanle dar
y en vez de bohemio sin patria, sería
bohemio del viento, del sol y del mar.*

Y este gran poeta funambulesco, que vivía aferrado a una milonga perpetua, se murió un sábado, que es el día de la semana más inapropiado para morir. Casi todos los amigos pasan sin advertir a los que mueren a fines de semana. Así cayó Miguel. Nadie se enteró de su muerte, y como vivía solo, en el corazón de una barriada, allá lo recogieron las ambulancias que no cobran y entre otros muchos cadáveres fue a parar a la fosa común. Enterado de su muerte, Samuel Ruiz Cabañas, su compañero de andanzas nocherniegas, averiguó el suceso y anduvo en comisarías y cruces hasta verificar en qué forma se había ido Miguel.

¡Y pensar que Othón Robledo, en unos versos fantásticos que tiraban a proféticos, había soñado para sí un sepelio bastante concurrido, en el cual iba a participar él mismo! Fue un poema lúgubre que terminaba así:

*...y voy como un fantasma
detrás de mi cortejo.*

FERNANDO LIZARDI

Abogado, cuidadoso en el vestir y con una piochita maderista, el compañero Lizardi se nos presentó en Querétaro muy amigo de Palavicini y de Macías. Al principio no nos caía bien; pero le fuimos tratando y se ganó nuestras simpatías.

A pesar de ser un hombre culto y erudito, Fernando Lizardi era sencillez y comprensivo. Podía uno confiar en él. En la tribuna demostró que descendía del autor del Periquillo: sus cuentos y la aplicación que les daba, produjeron carcajadas y alegría. Era una forma de propagar sus ideas.

Fernando Lizardi nos dejó un gran recuerdo y, la verdad, le tuvimos cariño.

Guanajuato es tierra de intelectuales. Su Colegio del Estado (ahora Universidad) dio muchos hombres de valía, que se distinguieron antes de la Revolución, durante la Revolución y en el período posrevolucionario; hombres de estudio y de talento que han sobresalido en la prensa, la tribuna y la cátedra. Para no cometer omisiones, procuraré no decir nombres. El lector puede repasarlos de memoria, al hacer referencias sobre el papel que desempeñaron. El estado de Guanajuato, situado en el corazón de la República, es uno de los que presentan, en todas las épocas de la vida nacional, mayor número de políticos inteligentes y sagaces. Desde hace mucho tiempo, en la administración de los negocios públicos figuran siempre guanajuatenses en cargos de primera importancia. Son funcionarios eficientes y hábiles, que se ayudan mutuamente en el momento oportuno. A veces se pelean allá en su tierra; pero eso queda en familia y no trasciende al escenario nacional. En tiempos del Presidente Cárdenas, un secretario de Estado me dijo:

—¿Qué tal, amigo? Antes puro Sonora; ahora puro Michoacán. Tal aseveración, la rectifiqué en seguida:

—¡Antes y ahora, Guanajuato!

El secretario reflexionó un momento y asintió convencido:

—¡Tienes razón!

Guanajuato ha dado a México muchos hombres ilustres, comenzando con el Padre de la Patria, Miguel Hidalgo y Costilla. Tuvo en la Reforma a un luchador valioso, de talento refulgente y palabra demoledora: Ignacio Ramírez, *El Nigromante*. Durante la Revolución los guanajuatenses pudieron presentar a varios ciudadanos con preparación cultural y cívica, que dieron fama y renombre a la tierra del *Pípila*, entre ellos a Enrique Colunga y Fernando González Roa.

*

* *

De la cantera guanajuatense surgió Fernando Lizardi, intelectual de muchos quilates, con amplia cultura y brillante preparación en diversas disciplinas. Descendía de *El Pensador Mexicano*, hacía gala de un gracejo sutil y gustaba de los chascarrillos intrascendentes. Llegó al Congreso Constituyente de Querétaro del brazo de Palavicini y, aunque al principio formó en las derechas, pronto gozó de grandes simpatías entre los hombres de la izquierda. Tenía la edad ideal para ser diputado: de treinta a cuarenta años. Era pulcro en el vestir y agradable en el trato. Lucía una barba maderista, esmeradamente cuidada. Fácil de palabra y con agradable voz, cautivaba al auditorio en sus intervenciones parlamentarias. Era abogado de polendas y creía en la Revolución.

Los discursos del licenciado Lizardi, en las jornadas de Querétaro, eran correctos y casi siempre regocijados. Veamos cómo comenzó una vez en la tribuna: “Señores diputados: Cuando pedí la palabra en pro, lo hice sintiendo uno de nuestros viejos impulsos que tanto han levantado a la raza latina: defender al débil. He visto sencillamente que se le achaca a la comisión un crimen enorme: volver al centralismo. Yo creo en la inocencia de la comisión y vengo a defenderla, y vengo sencillamente a decir que estos ataques que se le han hecho no son sinceros, sino el fruto de una locuacidad costeña; y si no llamo costeño al señor Palavicini, es sencillamente porque no se ponga celoso el señor Martínez de Escobar. Ambos tienen la locuacidad costeña, ambos atacan, ambos se excitan, ambos critican, y sencillamente, ¿qué atacan?, ¿qué critican?, ¿qué exigen? Santo y muy bueno que se hubieran dicho horrores ambos, puesto que ambos no se quieren (risas); ninguna obligación tenemos nosotros de hacer que se quieran; pero, sencillamente, señores, ¿vamos a tolerar que ese talento del señor Palavicini, que yo res-

peto; que esa facilidad de palabra del señor Martínez de Escobar, que yo admiro, vengan a ensañarse en contra de una comisión que está exponiendo su criterio correcto y honrado sobre un asunto que es más de forma que de fondo?”

*
* *

Al discutirse en el Constituyente la pena de muerte, el licenciado Lizardi pronunció un discurso que empezó de esta guisa: “Señores diputados: No vengo a defender la pena de muerte en general, porque ya sabemos que el discurso más elocuente que se puede hacer en favor de la pena de muerte lo hizo el cerro de las Campanas, que al mismo tiempo que ha sido el cadalso de un intruso, ha sido el Tabor del pueblo mexicano y de las dignidades nacionales”.

Cuando se discutió el artículo 28 Constitucional, sobre los monopolios, Lizardi tuvo un altercado oratorio con el diputado Zavala, quien le hizo varios cargos que nuestro amigo fue a rebatir en la tribuna; y arremetió a su contrincante así: “Señores diputados: No me extraña que mi estilo disguste al señor Zavala y la razón es obvia: al distinguido reaccionario vendedor de Texas, don Lorenzo de Zavala, le disgustaba el estilo del “Periquillo”; por consiguiente, es perfectamente explicable que al descendiente de Zavala le disguste el estilo del descendiente de Fernández de Lizardi. Mas sea lo que fuere, yo creo de mi deber manifestar con absoluta franqueza mis opiniones”.

Asomó la ironía de Lizardi, al discutirse las facultades de la Suprema Corte de Justicia. Inició su intervención en esta forma: “Señores diputados: Después del brillante discurso hecho por el señor Lic. Truchuelo, en el que ha demostrado sus conocimientos en Rabasa (risas) y en derecho, no me va a ser posible entrar muy detalladamente en la cuestión, porque él ha expuesto ya los razonamientos generales y me bastará, sencillamente, analizar cuáles son los puntos del dictamen que ha objetado”.

Fernando Lizardi fue un eficiente secretario de la mesa directiva del Constituyente. Trabajó sin descanso día y noche en redactar las actas y darles lectura, en dar cuenta de los asuntos en cartera, en leer los proyectos de ley y hasta en tomar las votaciones. Fue una labor agobiante que, sin embargo, no llegó a fatigarlo. Sin lugar a duda, Lizardi fue uno de los diputados que rindieron más y mejor labor, en la asamblea de Querétaro. Como el plazo señalado para discutir la Constitución era angustioso, Lizardi se preocupó por no

extenderse en sus intervenciones parlamentarias. Le preocupaba, además, que en el texto constitucional se incluyeran los puntos de doctrina sostenidos por la Revolución: atacar la cuestión clerical en los Artículos 3º y 130; dar bases sólidas para la resolución del problema agrario, por medio del artículo 27; y establecer las normas de la nueva legislación obrera, no en un artículo sino en todo un título de la Constitución: el artículo tiene el número 123 y el título es “Del trabajo y de la previsión social”.

*
* *

El diputado Lizardi nació en el mineral de Guanajuato, convertido actualmente en atractivo centro turístico. Estudió en el Colegio del Estado, hasta los primeros años de su carrera profesional, que terminó en la capital de la República. Fue un abogado de polendas, respetado y consultado en la judicatura. Ejerció el magisterio durante largos años: enseñó Derecho y tuvo muchos discípulos que lo admiraron y lo quisieron. Fue director de la Facultad de Jurisprudencia. Sólo esporádicamente desempeñó cargos oficiales. Formó una familia simpática y dejó a sus hijos con buenas armas para luchar en la vida: educación esmerada, preparación técnica y conducta intachable.

El recuerdo de Lizardi es grato a los pocos constituyentes que van quedando. Nunca se perderá del todo.

JUAREZ Y LINCOLN

De las figuras incommensurables de la humanidad, tengo para mí que la de Lincoln es de las más resplandecientes. Desde hace muchos años que lo admiro y reverencio. Fue un luchador civil, que pudo dirigir ejércitos; y un enamorado de la libertad y de la democracia, que abolió la esclavitud. No hay palabras suficientes para exaltar su gloria excelsa.

Tan humilde en su cuna como Lincoln, nuestro admirable indio de Guclatao también se formó solo y de una humilde cabaña pudo ascender todos los peldaños del poder público, hasta alcanzar la Presidencia de la República. Pero más que Presidente, Juárez supo ser un reformador insigne, a quien no arredraron las artimañas ni las malas artes de la reacción: aplastó al clero malo y corrompido.

A mediados del pasado siglo XIX los pueblos de México y de los Estados Unidos sufrieron conmociones terribles. En ambas naciones hizo estragos la guerra civil. Fueron días aciagos de luto y llanto. La lucha entre elementos antagónicos alcanzó vastas proporciones; y después de mucho tiempo terminó con un arreglo ventajoso y mejores perspectivas. Al acabar el choque de las pasiones más violentas, se impuso el triunfo de nuevas ideas y los dos países tomaron derroteros semejantes, en el desarrollo de su vida institucional.

En 1854, para sacudirse la nefasta tiranía del oprobioso Santa Anna, el pueblo mexicano acudió al llamado del Plan de Ayutla y rápidamente derrocó al dictador. Don Juan Alvarez ocupó la Presidencia de la República y entre sus colaboradores figuró Benito Juárez. El Partido Liberal iniciaba la contienda contra los reaccionarios, quienes en unión del clero habían sido los sostenedores del régimen santanista. Al triunfar el Partido Liberal se convocó al Congreso Constituyente y el 5 de febrero de 1857 se promulgó la Carta Magna. Por primera vez México tenía una verdadera Constitución. Incapaz de sostener los postulados del nuevo código fundamental, el

Presidente Comonfort dio su golpe de Estado y provocó la sangrienta Guerra de Tres Años. Juárez había llegado a la Presidencia y con su gobierno ejercía el poder desde el puerto de Veracruz. En 1859 Juárez lanza las Leyes de Reforma. Al triunfar los liberales en Calpulalpan, comandados por el general González Ortega, en 1861 el Presidente Juárez puede volver a gobernar desde el Palacio Nacional.

*

* *

¿Quién era Benito Juárez? Un indio de raza pura zapoteca, nacido en Guelatao, sobre la sierra de Ixtlán. Un hombre nacido en la mayor pobreza, quien con grandes sacrificios pudo educarse, hasta obtener el título de abogado y que, por su talento, capacidad y energías había llegado a ocupar el cargo de gobernador de Oaxaca.

Por su inteligencia y su voluntad indómita, Juárez ascendió en la judicatura hasta llegar al puesto más elevado: la presidencia de la Suprema Corte de Justicia. A la caída de Comonfort, por ministerio de ley Juárez llegó a la Presidencia de la República.

Durante la cruenta lucha entre liberales y conservadores, que encarnizadamente se prolongó por más de diez años, Juárez fue el caudillo indiscutible de las fuerzas de la revolución, que tuvieron como soldados representativos a los denodados *chinacos*. Sobre los generales de mayor renombre y de reconocidos méritos se alzaba la figura de este civil impasible y austero: Benito Juárez.

El Partido Conservador, con el apoyo del clero, llegó hasta la ignominia: trajo de Europa, con la ayuda del último Napoleón, a un príncipe que coronaron como emperador. Apoyaban al imperio las fuerzas francesas de invasión y algunos malos mexicanos. Juárez no cedió ante nadie. Fue con su gobierno por todo el país y siguió alentando a los *chinacos* contra los advenedizos. La situación política de Francia en Europa obligó a Napoleón a concentrar allá sus tropas de México. Sin esa ayuda, en poco tiempo cayeron los conservadores ante el impulso de los liberales. El sitio de Querétaro. La capitulación del imperio. ¡El cerro de las Campanas!

Juárez volvió al palacio nacional y desde allí siguió gobernando a México, con la Constitución de 1857 y la colaboración de los miembros más preclaros del Partido Liberal.

*

* *

Paralelamente a la lucha armada de México, nuestros vecinos del Norte, los Estados Unidos, estuvieron empeñados en la guerra de Secesión, que fue enconada y tremenda. Allí también contendieron los hombres que representaban el progreso —los del Norte— y los campeones de la reacción —los del Sur—. Con el propósito de conservar prebendas y consideraciones indebidas, los hombres del Sur se lanzaron contra el Presidente de los Estados Unidos, proclamando una confederación separatista. En el fondo luchaban por sostener el más inhumano de los privilegios: la esclavitud. Afortunadamente el Norte contaba con un caudillo civil para sostener la Unión: el propio Presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln.

¿Quién era Abraham Lincoln? Un hombre surgido del pueblo, de la gente más humilde. Había nacido en Kentucky, durante la marcha que hacia la conquista del Occidente habían emprendido los colonizadores de aquella región de América. El padre de Lincoln, con toda su familia, era de aquellos intrépidos colonizadores que avanzaban hacia donde el Sol declina, derribando grandes árboles y combatiendo contra indios y fieras. En una cabaña de trozos de madera nació Abraham Lincoln. De niño pocas veces asistió a la escuela. Sin embargo, su afán de lecturas lo convirtió en autodidacto.

Fue dependiente en un comercio pequeño. Se enganchó como marinero para ir en una almadía a llevar whisky por el río Mississippi hasta Nueva Orleáns, para cambiarlo por algodón y tabaco. Entonces pudo apreciar hasta qué grado era inhumana y deprimente la esclavitud. Vio sufrir a los negros y prometió que alguna vez lucharía por libertarlos.

Con mucho esfuerzo y grandes privaciones Lincoln se convirtió en agrimensor y varios años después se hizo abogado. Ejerció como defensor de los pobres en Springfield, un pueblo de Illinois en que pasó la mayor parte de su vida profesional. Fue diputado y al estallar la guerra con México puso en aprietos al Presidente Buchanan, al pedir se dijera dónde se había dado el primer combate de aquella guerra injusta. Los partidarios de la contienda sostenían que México era el agresor y la interpelación de Lincoln tendía a demostrar lo contrario, pues la primera batalla se había librado en territorio mexicano.

*

* *

Lincoln fue un hombre limpio, puro, amante de la justicia y de la verdad. Se desvivía por hacer el bien y era el mejor amigo de los

pobres. A pesar de haber manejado las armas en su juventud, nunca ostentó ningún grado militar. No obstante, en la gran Guerra Civil estuvo sobre todos los generales e hizo un brillante papel. Primero escogió a MacCellan como general en jefe de todos sus ejércitos, y cuando ya no le convino lo visitó intempestivamente en su campamento. Poco después lo destituyó y en su lugar nombró al general Grant, quien supo llevar a la victoria a las fuerzas de la Unión, es decir las del Norte. Dos fueron las grandes realizaciones de Lincoln: preservar la Unión, impidiendo que la nación se dividiera; y abolir la esclavitud en todo el territorio de los Estados Unidos, en el momento oportuno.

Ni cuando fue Presidente de los Estados Unidos perdió Lincoln su sencillez, su bonhomía. Para todos fue "el honrado Abe". En sus mocedades había hecho versos y era un buen escritor; pero sus mejores lauros los había conquistado en la tribuna. Orador formidable, sabía salpicar sus discursos con anécdotas interesantes o gracejadas que provocaban risas y aplausos. Era temible como polemista. Fue sensacional la dilatada polémica en que venció al famoso parlamentario Douglas, considerado como el más grande de los tribunos norteamericanos.

Acerca de Abraham Lincoln se ha escrito mucho. Su bibliografía es muy extensa y quizás no haya en los Estados Unidos ningún hombre sobre quien se hayan publicado tantos libros, biografías, semblanzas y artículos periodísticos. Lincoln murió a manos de un cómico, enajenado y fanático, que lo sorprendió en una función de teatro. Fue asesinado por la espalda. La nación entera se conmovió y condenó el crimen. El mejor responso por su muerte lo produjo el mayor de los poetas americanos, contemporáneo suyo: Walt Whitman. Hasta nuestros días la mejor biografía de Lincoln se debe a otro enorme poeta y escritor: Carl Sandburg.

*

* *

Juárez y Lincoln brillaron en la misma época y casi bajo el mismo cielo. Nacieron con tres años de diferencia y murieron a siete años de distancia. Se escribieron con afecto y simpatía. Se admiraron recíprocamente. El recuerdo de ambos paladines insignes nos une a mexicanos y angloamericanos, en los ámbitos de la gran patria continental.



SRIA. DE GOBERNACION
INST. N.º 1, DE ESTUDIOS HISTORICOS
de la
REVOLUCION MEXICANA
BIBLIOTECA

CAYETANO ANDRADE

De los mejores amigos que tuve en Querétaro, cuando el Constituyente, es este doctor Cayetano Andrade, que se nos murió cuando nadie lo esperaba.

Cayetano era un hombre fundamentalmente bueno. Por eso curaba a los pobres sin cobrarles y hasta les daba medicinas, cuando podía. Fue un poeta suave, que se pasó el tiempo cantando a la novia imposible, decidido a realizar su ideal, concentrado en esta frase: "enmendaré mi vida".

El Dr. Andrade no tenía nada que enmendar.

Anteriormente las cifras aplicadas a los constituyentes de Querétaro se contaban en ascenso. Así sucedió hasta que el número de los fallecidos fue bastante más alto que el de los sobrevivientes.

Este Cayetano Andrade que acaba de partir, era uno de los compañeros más estimables: bueno y noble, sencillo y humilde. Supo ser filántropo, poeta y médico de los pobres. Vivió para hacer el bien. Pasó calladamente, sin hacer ruido. Sin embargo, en la hora de su muerte se vio rodeado de numerosas gentes: sus compañeros de escuela, sus camaradas de Querétaro, sus amistades literarias y una infinidad de amigos ignorados, a quienes atendió solícito en sus enfermedades o en los casos de apremio, cuando se vieron más necesitados. Cayetano sabía servir a los demás y nunca nadie llamó a su puerta sin encontrar ayuda o consuelo. Era un hombre callado, apacible, con la sonrisa amable a flor de labios y la mirada serena del soñador. Y a pesar de haber hecho de su existencia un apostolado, a este poeta torturaba la obsesión de mejorarse y tenía muy metida esta idea fija: "Enmendaré mi vida..."

Diputado por Morelia en el Constituyente, y nicolaíta de corazón, en Querétaro teníamos a Cayetano por oriundo de Michoacán. Mucho tiempo después supimos que había nacido en Guanajuato,

en uno de los pueblos más famosos por sus carnitas: Moroleón. Desde principios del siglo comenzó a figurar entre los opositores a la dictadura del general Díaz y fue maderista en 1910. En los periódicos de la provincia, principalmente en Morelia, fue redactor de notas y artículos de contenido revolucionario. Así fue como en 1916 pudo figurar como candidato a diputado constituyente y llegar a Querétaro con una credencial limpia. Fue de los primeros en intervenir en los debates en la histórica asamblea: lo hizo para aclarar ciertas prácticas parlamentarias.

Cuando en el Constituyente se discutió el artículo séptimo, sobre la libertad de prensa, el diputado Andrade habló en pro, diciendo el siguiente discurso:

“Quiero exponer mis ideas a este respecto, porque tengo el derecho de defender a los periodistas de provincia. Creo justo que ya que se ha oído a los príncipes de la elocuencia, se nos oiga a los humildes hijos del pueblo, que estamos arrinconados por allá lejos. . . dando nosotros este paso que nos propone la comisión en su dictamen, aseguramos el establecimiento de un gobierno democrático, porque los gobiernos democráticos siempre tienen como base la opinión pública. . . En tal virtud, señores, es urgente que dictemos esta medida: ya la soñaron los constituyentes del 57 y nosotros debemos convertirla en una hermosa realidad y que esa realidad como una inmensa floración, la despliegue en sus páginas gloriosas la Constitución de 1917”.

*
* *

El diputado Cayetano Andrade figuró en las mayorías del Constituyente, es decir en las izquierdas, al lado de sus colegas michoacanos Francisco J. Múgica y José Alvarez.

Al discutirse el artículo 55 de la Constitución el doctor Andrade tomó la palabra y se expresó así:

“Señores diputados: voy a ser muy breve, porque hay que tener presentes las palabras de un compañero nuestro, cuando dijo que lo lacónico es lo económico. Al venir a impugnar la fracción tercera del artículo 55, no me guía el sentimiento de un personalismo que, semejante a una muralla china, cierre la puerta a toda influencia del exterior y principalmente a alguna personalidad de otro Estado, dándose a veces el caso de que no se admita a personas que pudieran llevar gérmenes de progreso y que serían benéficas para aquella entidad, aunque no hubieran nacido allí. Vengo nada más respon-

diendo a sentimientos nacionales que han operado una profunda reacción en ese sentido, porque aún estamos impresionados por el recuerdo de épocas dictatoriales en que, no hay para qué repetirlo, muchos señores diputados ni siquiera conocían a la entidad que representaban, y además, porque el movimiento constitucionalista lleva la gran tendencia, sintetizada en unas hermosas palabras del C. Primer Jefe, que merecen esculpirse...”.

El diputado Andrade intervino en la discusión del artículo 115 constitucional, que se refiere al municipio libre. A continuación transcribimos unos párrafos de su bello discurso:

“Señores diputados: es indudable que todos nuestros esfuerzos en pro de la libertad, que todas nuestras aspiraciones y todos nuestros sacrificios para construir la autonomía del pueblo serían sueños vanos, fracasarían de una manera completa si no tuvieran la base esencial de todas las libertades, que es la base económica. Es por demás que soñemos en la soberanía de la República, de los Estados y del municipio si no concedemos a estos últimos, a los municipios, la base fundamental del régimen republicano, que es la libertad económica del municipio; porque si bien es cierto que ha pasado de moda la teoría de la sicología biológica en que el Estado se comparaba a un organismo, en que los municipios venían a ser las celdillas, y por lo mismo, sujetos a movimientos generales; esta historia ha pasado de moda, repito, pero permítasenos, al menos, tener una idea gráfica del funcionamiento del gobierno. Los municipios no son entidades independientes y autónomas que no tengan que ver nada con el Estado, y en un límite superior con la nación, vienen a ser celdillas de ese organismo que se llama Estado y, por lo mismo, deben estar sujetas a él. Por otra parte, todos estos esfuerzos de que he hablado en pro de la libertad, fracasarían si no tuviéramos esta otra base esencial: la educación popular”.

*

* *

Además de haber figurado en el Constituyente, el doctor Andrade formó parte de una legislatura federal posterior a Querétaro y en dos ocasiones colaboró como diputado local en su estado de Guanajuato. En las Cámaras fue siempre un hombre preocupado por contribuir al mejoramiento y al progreso de las clases populares y su voto fue en favor de las causas nobles y todo lo que tendiera a impartir la justicia social. Sirvió, además, en comisiones de la Secretaría de Salubridad y en la de Gobernación fue director de Pu-

blicidad y del *Diario Oficial*. Fue cumplido y correcto en el desempeño de funciones públicas. No tuvo ni ambicionó el dinero. Murió pobre.

Igual que el ilustre novelista don Mariano Azuela, Cayetano vivió en la metrópoli como si no hubiera salido de la provincia. Gustaba de los barrios que tuviesen más parecido con las poblaciones del Bajío y en su casa no se vieron los adelantos y el confort de las habitaciones modernas. Instaló su consultorio en un suburbio proletario, por la ex Penitenciaría, en las calles de Peña y Peña. Allá ejercía como los médicos antiguos. A la mayoría de los enfermos que visitaba, además de darles la receta tenía que entregarles el efectivo para que pudiesen pagarla. Por eso en su sepelio se vio a tanta gente del pueblo, que espontáneamente había ido a despedir a su “doctorcito”.

Ante la fosa que guardará sus restos, en el lote de los constituyentes, hablaron dos oradores notables: el historiador Jesús Romero Flores, camarada constante de Cayetano durante sesenta años; y el profesor Aurelio Manrique —de bien cuidada barba blanca—, quien fue compañero legislador de Andrade, en una turbulenta legislatura. Ambos oradores estuvieron magistrales en sus despedidas a Cayetano y, además de mostrarse eruditos, tuvieron que esforzarse mucho para contener su emoción.

Sería muy larga la lista de los asistentes; pero conviene consignar algunos nombres: ingeniero Jorge Villaseñor, presidente de la Asociación de Constituyentes; los doctores Ignacio Chávez, Manuel Martínez Báez, Miguel Alonso Romero y Fidel Guillén; licenciado Luis Echeverría, subsecretario de Gobernación; como quince diputados constituyentes de Querétaro; licenciado José María Mendoza Pardo, ex gobernador de Michoacán; licenciado Alberto Bremauntz, el parlamentario Agustín Arroyo Ch., orador fácil y periodista de polendas; don Jesús Guiza y Acevedo, hombre del otro bando; el escultor J. M. Fernández Urbina; licenciado Enrique de Gortari, Eduardo S. Díaz y muchas personas más.

Al regresar del sepelio, me pareció oír el *ritornello* de la frase que torturaba a Cayetano:

—Enmendaré mi vida. . .

Y no podía evitar la respuesta que, *in mente*, yo le daba:

—Tú no tienes que enmendar nada, porque tu existir fue limpio, recto, sin desviaciones ni errores que corregir. Puedes irte tranquilo. . .

JUAN C. ZERTUCHE

En plena revolución, cuando a cada momento había que entrarle a los balazos, un joven teniente coronel predicaba la buena nueva: vendrían tiempos mejores, se impondría la democracia, los obreros vivirían mejor y se acabaría la esclavitud en el agro mexicano. Era un fronterizo que pasó temporadas en el sur de los Estados Unidos, donde se dedicó a observar y a estudiar la vida de los norteamericanos.

Sustentaba ideas socialistas y sabía que la educación popular era básica para llegar al mejoramiento social y económico del pueblo. El batallón de estudiantes con que fue a los combates del Bajío, además de ser disciplinado y poder presentar oradores y poetas para un mitin, fue capaz de cubrir trincheras en Celaya y Trinidad, contra Villa.

He dicho algunas veces que a la Revolución fue un grupo de hombres sin programa, que se tenían por valientes y buscaron la oportunidad para demostrarlo. Sin embargo, fue más numeroso el grupo de ciudadanos conscientes de su misión, que sabían para qué peleaban y cuál era el objetivo principal de la contienda. A este último sector pertenecieron los viejos precursores, como Juan Sarabia y Antonio Villarreal, y los estudiantes que dejaron el libro por el rifle, como José Lozano Reyes, Juan C. Zertuche y Carlos Roel. Las filas del Cuerpo de Ejército del Noroeste se engrosaron con jóvenes salidos de las aulas. No había tiempo para estudiar; eran días de acción en que había que "dar color". Al Estado Mayor del general Alvaro Obregón ingresaron como tenientes los aspirantes a abogados Roel y Lozano Reyes. Posteriormente, Roel terminó su carrera; Lozano Reyes no, porque fue a morir en un combate. Juan C. Zertuche, venido del Noreste y precisamente de las fuerzas de don Pablo González, fue comisionado por Obregón para formar un cuerpo especial de estudiantes, que saldría a combatir al Norte, nada menos que contra la temible división comandada por Pancho Villa.

Hombre activo y de rápidas resoluciones, Zertuche pudo organizar aquel batallón singular en que fue muy raro que figuraran soldados de más de treinta años; eran muchos los que no llegaban a los veinte.

Juan C. Zertuche ostentaba en su texano dos estrellas doradas. Era, pues, teniente coronel. Pero un teniente coronel especial, apto para discutir con buenos argumentos sobre el ideario de la Revolución. Era un estudioso. Por sus manos habían pasado muchos centenares de libros, especialmente de Historia, ciencias y cuestiones sociales. Sabía que la Revolución Mexicana traería inexorablemente el mejoramiento de las clases más desvalidas y que los gobiernos que de ella emanaran trabajarían por implantar la justicia social.

*

* *

Juan Zertuche soñaba con el ejercicio del Poder por un gobierno emanado directamente del pueblo, como había sido el de Madero. Pensaba en la organización de los obreros, para que pudiesen defender sus derechos por medio de sus sindicatos. Creía en la reforma agraria, con un número cada vez mayor de ejidatarios y la formación de colonias agrícolas que funcionaran bajo el sistema cooperativo. No se trataría de obtener solamente la tierra, sino también el agua y créditos oportunos para el ejidatario. Entreveía el aumento asombroso de la producción de nuestros campos de cultivo, por medio de la moderna maquinaria agrícola y el uso adecuado de abonos y fertilizantes. Pensaba en las grandes obras hidráulicas, en un sistema extenso de carreteras y en la difusión constante de la enseñanza primaria, con base en buenas y numerosas escuelas. Todo lo que soñaba Zertuche a principios de 1915, lo ha venido realizando la Revolución a gran prisa. Se ha logrado mucho; pero queda mucho más por hacer.

*

* *

En el Cuerpo Especial Reforma, organizado por Zertuche, figuraron estudiantes que en el transcurso de los años fueron profesionales o alcanzaron los más altos puestos en el escalafón militar. Algunos fallecieron en campaña y otros de muerte natural. Aquel batallón de jóvenes imberbes contaba con más de doscientas cincuenta plazas. Entre los oficiales más distinguidos estuvieron: Antonio Tamez, Ignacio Méndez Hurtado, Ezequiel Betanzos, Guillermo Padilla, Ignacio Trujano, el tenor Argumedo, Ramón Rodríguez Familiar y Manuel Esparza. De ellos viven algunos: como el ahora

general Ignacio Méndez Hurtado, quien fundó la revista ilustrada "Armas", dedicada al ejército, con valiosas colaboraciones de temas militares; y Rodríguez Familiar y Esparza, generales también, que figuran entre los más destacados del instituto armado. Tamez murió en combate y el agrónomo Ezequiel Betanzos en su cama, después de haber servido devotamente al Banco Ejidal: por su conducta y celo al jefaturar varias agencias de ese banco, fue condecorado y puesto como ejemplo al personal empleado en la organización agraria. Guillermo Padilla también es un buen agrarista, salido de la Escuela de Ingenieros. En los campos del Bajío, a la hora del vivac, se escuchaban las canciones que entonaba el sargento Argumedo y las melodiosas notas de la guitarra que tañía el Cheque Betanzos, quien se recreaba al tocar música hawaiana o cuando recordaba "La Sandunga", de su tierra chiapaneca, o el vals que es himno de Oaxaca: "Dios nunca muere".

El Cuerpo Especial Reforma recibió su bautizo de sangre en el primer combate de Celaya y sus muchachos estuvieron a la altura del deber. No desentonaron entre los veteranos de las campañas revolucionarias. Pertenecieron a la Primera División del Noroeste, que mandaba el general Juan José Ríos, en la que estaban el 21º Batallón de Sonora y los batallones 3º y 4º de Obreros, llamados también *batallones rojos*. En los partes de las batallas de Celaya son citados los servicios del Cuerpo Especial Reforma y se menciona con elogio a su jefe, el teniente coronel Zertuche. Al concluir las jornadas del Bajío, el Reforma fue enviado como guarnición al Estado de Colima, donde el general Ríos desempeñó las funciones de comandante militar y gobernador interino.

*

* *

Por su cultura y por su inclinación a los estudios cívicos y sociales, hubiera de esperarse que Zertuche hubiese vuelto a ser un civil; pero sucedió lo contrario: nunca se separó del Ejército, en el que, por sus servicios y antigüedad, ascendió a coronel y a los tres grados del generalato. Fue jefe de operaciones en varias entidades de la República y desempeñó comisiones de importancia en la Secretaría de la Defensa Nacional. Parece que a Zertuche no le atrajo la política o que sufrió en ella alguna decepción. Con sus antecedentes y el conocimiento que tenía de las necesidades del pueblo mexicano, habría sido un buen gobernador o un colaborador inmediato de algu-

no de los presidentes de la República posteriores a la Constitución de 1917.

Ya como general de división, Juan C. Zertuche seguía siendo el soñador y entusiasta revolucionario que fue en su juventud; pero no tuvo la oportunidad para poner a prueba sus dotes de estadista. Fue un elemento no debidamente aprovechado y sin que sepamos por qué causas dejó de figurar en la época de la reconstrucción de México. Los ideales de Zertuche eran los mismos que tuvieron algunos de los dirigentes más capacitados de la política nacional.

*
* *

Entre los méritos que Zertuche tuvo como revolucionario figura el haberse iniciado como maderista; su labor como propagandista del ideario del pueblo mexicano, en español y en inglés, durante los recorridos que hizo por la frontera en los años 1911 y 1912; y su labor como miembro activo de la Confederación Revolucionaria, fundada por el Dr. Atl en Veracruz en diciembre de 1914. Zertuche fue también artillero y al frente de una sección de ametralladoras colaboró en la toma de Puebla, en 1915.

Es lástima que un hombre nacido para conductor de multitudes se haya quedado en la organización del histórico Batallón Reforma. El general Zertuche pudo haber llegado mucho más lejos. Su destino fue otro. La adversidad le cortó las alas.

ENRIQUE G. NAJERA

He aquí una breve semblanza de mi gran amigo Enrique G. Nájera, compañero en la Escuela de Agricultura de San Jacinto y en la primera Comisión Local Agraria, fundada en Sonora en 1916.

Nájera fue revolucionario de manera muy peculiar. Era enemigo de cónclaves y de los rebaños. Con frecuencia se encontraba solo ante la incomprensión de sus semejantes. Hubiera deseado vivir en un medio más civilizado, sin compromisos con nadie, pero entendiéndose con todo el mundo. Era enemigo del alcohol y de la ociosidad. Cultivó su cuerpo y su cerebro asiduamente. Nunca dejó de estudiar. Le interesaban los problemas sociales y económicos. Era un andarín incansable. Alguna vez se retrasó mucho el tren que iba a salir de Manzanillo a Guadalajara y se molestó tanto que se fue a pie desde el puerto del Pacífico hasta la perla tapatía.

Cuando el señor licenciado Emilio Portes Gil se refiere en sus escritos al gremio agronómico, con frecuencia hace alusión al “cabezón Nájera”; pero nunca ha dicho quién fue aquel cabezón. Yo lo voy a decir.

En 1908 entramos en la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria. De cada Estado de la República veníamos cuando menos cuatro alumnos nuevos. Aunque se nos había prevenido que la edad mínima de admisión era de dieciséis años, se nos colaron algunos que sólo llegaban a quince y quizás uno que otro de catorce apenas cumplidos. Así se explica por qué formaron desde los primeros días algunos muchachos de pantalón corto. Citaremos entre ellos a Miguel R. Ceceña, el “little” José Figueroa, Paco Salazar y Enrique Nájera.

Desde que se abrieron las clases comenzó a llamar la atención Enrique Nájera, porque era feo y bastante parecido a don Benito Juárez, parlanchín, inteligente y alegador, y por que tenía su cabeza un poco desproporcionada en relación con el cuerpo. No fue difícil

encontrarle apodo: *el cabezón* Nájera. algunos años después, ya de profesional, Luis León lo definió así: "un hombre que tiene tres pesos de cabeza y dos reales de cuerpo".

Entrado el año escolar, nos dimos cuenta de que Enrique Nájera tenía talento. Sobresalía en sus clases y los profesores le guardaban consideraciones. Estudiaba mucho. Tenía sentido de responsabilidad. Sabía que su beca, otorgada por el gobierno de Durango, se la había ganado en buena lid, entre muchos estudiantes aprovechados que tenían grandes deseos de venir a la capital. Sabía siempre sus lecciones y a la hora del recreo tenían que cuidarse de él. Ameno conversador, en la primera oportunidad provocaba una discusión. Para iniciarla tenía un tema escogido de antemano, entre los asuntos tratados en clase, o sobre la vida en la escuela, o acerca de la política nacional. Buscaba sus "pichones" para ponerles "toritos". Era vehemente en la réplica y con frecuencia se acaloraba, pues tomaba muy a pecho no perder nunca en las controversias.

*
* *

Se dio a conocer en la sociedad de alumnos de la escuela, porque, como sabía mucha Historia, con frecuencia citaba episodios nacionales o de algún país europeo, o frases célebres de escritores y pensadores de aquí y de allá. Tenía una memoria extraordinaria y gustaba de recitar páginas enteras de los libros que caían en sus manos, para asombrar a sus interlocutores. Pronunciaba discursos candentes, con ideas propias y originales, y nunca cedía ante el adversario, por fuerte que pareciera. Cuando se le metía en la cabeza una opinión, por nada del mundo la cambiaba. Era intransigente y honrado en sus dictámenes. Nunca rehuía la pelea verbal. Como creía siempre que tenía la razón, a menudo se le encontraba combatiendo contra todos los compañeros de la escuela. Si la mayoría se mostraba contraria a un profesor, él lo apoyaba con decisión y lo defendía calurosamente. Otras veces estaba en favor de algún maestro o del prefecto superior, cuando todo el alumnado andaba pidiendo su remoción. Así defendió a un director de la escuela, a quien repudiaba la gran mayoría de estudiantes de Agricultura, y, naturalmente, perdió la partida.

Pero en sus estudios seguía siendo uno de los mejores alumnos. Era una potencia en matemáticas. Estudió con ahínco hidráulica

y topografía. Fuerte en geología, en lógica y en tecnología, fue también un apasionado de la economía política. Se empenó mucho en los estudios de química orgánica, agronomía y fitotecnia. Estaba en el último año de su carrera cuando la escuela fue cerrada, al entrar en México el constitucionalismo. Unido a un grupo de compañeros, capitaneados por Briceño Ortega, colaboró en la fundación del Ateneo Ceres, donde los viejos maestros les siguieron dando clase, para que completaran sus estudios. Así pudo recibirse de ingeniero agrónomo e hidráulico.

Enrique Nájera, ya ingeniero, siguió siendo un tipo pintoresco. No dejaba de discutir. Se fue a Veracruz para colaborar con el ingeniero Pastor Rouaix en la Secretaría de Agricultura y Fomento. Era a fines de 1914 y México se encontraba encendido por la Revolución. Aunque *el cabezón* presumía de ser conterráneo de Pancho Villa, entraba a colaborar en las filas del Primer Jefe Carranza. Villa y Nájera habían nacido en San Juan del Río, pueblillo de escasa importancia del Estado de Durango.

*
* *

A principios de 1916, Nájera formó parte de un grupo de agrónomos —entre veinte y treinta— que fueron a Sonora a formar parte de la primera Comisión Local Agraria que funcionó allá. Lo comisioné para que seleccionara a los compañeros que integraron aquel grupo y cumplió su cometido con celo y eficacia. En Sonora, Nájera se dio a conocer desde luego y le tuvieron gran estimación Adolfo de la Huerta y el general Calles. Durante el viaje y en los primeros meses de permanencia en Sonora, *el cabezón* llevaba como libros de cabecera *Los Girondinos* de Lamartine, y *El tumulto* de George D'Esparbés. Se pasaba los días hablándonos de la Revolución francesa, de los grandes oradores como Mirabeau, Vergniaud y Barnave, de las heroicas medias brigadas y de los mariscales de Napoleón. Citaba actitudes y discursos de Robespierre y de Dantón y hacía el panegírico de los Derechos del Hombre.

Estaba en vigencia en Sonora el decreto número uno del gobernador Calles, que prohibía terminantemente la fabricación, tráfico y consumo de bebidas embriagantes. Una noche invitamos a cenar al propio general y nos atrevimos a llevar dos barriles de cerveza, para animar el agasajo. El gobernador nos perdonó el desacato y a la

hora de los brindis *el cabezón* Nájera, a quien acababan de informar que la banda del Estado no tocaba La Marsellesa, lo increpó de esta manera:

—Parece increíble que una banda de música de la Revolución, no sepa el himno de la libertad. Pido a usted que en estos momentos ordene al director que aprendan La Marsellesa.

El general Calles atendió sonriendo la petición y ordenó lo que *el cabezón* pedía airadamente.

*
* *

Durante muchos años Nájera trabajó como ingeniero de la Comisión Nacional Agraria y estuvo al frente de delegaciones en varias entidades. Su labor fue muy conocida y apreciada por sus jefes y su expediente en el Departamento Agrario es limpio y meritorio. Pasó una larga temporada en Michoacán: fue profesor en la Universidad de Morelia y trabajó por la agricultura en el valle de Zamora. En Morelia hizo amistad con el general Lázaro Cárdenas y en Zamora fue muy amigo del general Manuel Avila Camacho. Sin embargo, ni cuando estos dos generales llegaron a la Presidencia de la República, Nájera llegó a ocupar una posición destacada en el gobierno. El cargo más importante que desempeñó fue el de subgerente del Banco Ejidal.

El ingeniero Nájera, después de una larga estancia en Nayarit, lanzó dos iniciativas cuya realización se produjo seis u ocho años después: la primera, que se intensificara la producción de maíz en la hacienda de Navarrete, que debería fraccionarse y colonizarse, asegurando que con ello Nayarit llegaría a ser el primer Estado maicero de la República; y la segunda, que se promoviera el estudio intensivo del cultivo del maíz, tendiendo a mejorar las semillas y aumentar la producción por hectárea, para lo cual tendría que fundarse una Comisión Nacional del Maíz. Los dos proyectos se realizaron; pero nadie recordó al precursor Nájera.

De seguro que eso nunca preocupó al *cabezón*, que vivió como un soñador y jamás tuvo buen concepto del dinero.

DOS PROCERES HERMOSILLENSES

Hay dos figuras de mi tierra de las que nunca me cansaré de hablar. Una es la de Jesús García, el héroe civil más puro y legítimo que se ha producido en México y seguramente uno de los más excelsos del mundo. La otra corresponde a un maestro músico, inspirado y a veces genial: Rodolfo Campodónico.

Pasan los años y no me explico por qué no se ha levantado el monumento que Jesús García merece: una obra de arte digna de la portentosa hazaña. ¿Será que todavía no nace el escultor capaz de interpretar el sublime sacrificio del Héroe de Nacozari?

Me proponía demostrar que la ciudad de Hermosillo merece llamarse “de Campodónico”, cuando se presenta un aniversario más de la muerte heroica de Jesús García, el maquinista que dio su vida por salvar la de todo su pueblo: Nacozari. Desde que ocurrió la portentosa hazaña, el mineral del noroeste de Sonora se llama, merecidamente, *Nacozari de García*. Hermosillo podría también serlo, por haber sido su cuna. El otro hermosillense ilustre es Rodolfo Campodónico y su mérito estriba en haber dado a la popularidad numerosas composiciones musicales. Un héroe inmenso y un artista célebre, ¿con cuál de esos hombres se quedará Hermosillo?

Jesús García nació en la antigua calle de Rosales, en un lote que actualmente forma parte del Parque Francisco I. Madero. A pocos metros de su monumento hay una placa que señala el sitio exacto en que vino al mundo, dedicada por la Sociedad de Artesanos “Hidalgo”, a la que pertenecía el mártir. La calle se llama, desde hace varios años, Jesús García.

Nacozari era un mineral próspero, con una población de diez a doce mil habitantes. Sus minas de cobre, tan ricas como la Cananea, se explotaban intensamente. El metal se llevaba por ferrocarril hasta la población fronteriza de Douglas, Arizona, y después de

ser tratado en la fundición se enviaba a los mercados del norte. Se decía que Nacozari tenía en sus montañas mineral de cobre para más de cien años. Pero el precio del cobre bajó de pronto a tal grado, que resultaba incoesteable seguir las explotaciones de Nacozari. Se retiró la compañía minera. Se dispersaron los trabajadores. En la actualidad aquel pueblito antaño próspero, que tenía un magnífico casino para obreros y una biblioteca bien escogida, está casi totalmente deshabitado. En el centro de su plaza se yergue todavía el monumento al héroe, y en él están los restos del hombre que en los días de bonanza dio su vida para salvar las de aquella población en que moraban su madre, su novia, sus hermanos y todo sus compañeros de labor. Con su sacrificio, Jesús García salvó varios centenares de gentes y realizó un acto de magnitud extraordinaria, que se celebra y admira dondequiera que se conocen los detalles de su inmolación.

Cuando Jesús García se dio cuenta de que dos furgones del ferrocarril estaban a punto de volar en el centro de Nacozari, que habían ya comenzado a arder y se hallaban cargados de dinamita, corrió por su máquina, la enganchó a los carros de la muerte, pidió a sus amigos del riel que se retiraran, dejándolo solo, y salió con el convoy fatal hacia Pilares de Nacozari. Apenas había traspuesto los primeros cerros cuando, a cinco kilómetros del pueblo, se produjo la tremenda explosión. Doce trabajadores de la vía murieron con el héroe; pero se salvó Nacozari, donde se hicieron añicos todos los vidrios de las casas y se sintió una vibración intensa, como si hubiese sido producida por un temblor de tierra.

Así murió el maquinista Jesús García, muchacho nacido en Hermosillo el 13 de diciembre de 1883. Su advenimiento a la inmortalidad ocurrió el 7 de noviembre de 1907. No había cumplido los veinticuatro años y con él se confirmó la verdad del conocido apotegma: "Joven sucumbe el que los dioses aman".

*
* *

También en Hermosillo nació el famoso maestro músico Rodolfo Campodónico. Vino al mundo en la calle General Yáñez, llamada antiguamente "calle del piojo". Rodolfo fue hijo de don Juan Campodónico, de origen italiano, nacido en la provincia de Génova. Su mamá era sonorense, de apellido Morales y descendía de una

familia de Oposura, pueblo que ahora se denomina Moctezuma. Don Juan fue músico y tocaba varios instrumentos. A principios de siglo tenía la mejor orquesta de Hermosillo y en ella Rodolfo tocaba el cornetín. Pasados los años, el viejo Juan dejó de tocar y Rodolfo quedó como director del conjunto. Pronto se dio a conocer el joven Campodónico como un inspirado compositor. Su especialidad fueron los vales. Desde el principio resultó notable su producción musical. Compuso más de un millar de melodías, de las cuales como seiscientas fueron vales. Entre las piezas musicales debidas a la inspiración y el talento de Rodolfo Campodónico hay muchas que, como dice el moderno *slogan* de la televisión, “llegaron para quedarse”. Son trozos inolvidables que ganaron fama y popularidad desde que comenzaron a darse a conocer. Dígalos si no *Club Verde*, que se difundió por todos los ámbitos de México y se conoce ventajosamente en el extranjero. ¿Quién puede olvidar el vals *Blanca*, después de escucharlo una vez? Como esas dos joyas hay otras muchas en el acervo musical de Campodónico. Recordemos *Luz*, *María Luisa*, *Constanza*, *Emilia*, *En tu día*, *Elenita*, *Mi güerita*, *Emma*. . . y tantas y tantas más bellas producciones dedicadas a las muchachas de Hermosillo. Evoquemos aquella marcha que se tocó repetidas veces durante la Revolución: *Viva Maytorena* y el *Himno Constitucionalista*, que dedicó al Primer Jefe Carranza en 1913.

Campodónico fue un tipo simpático, decididor, chancista. Sus amigos formaron legión. Era obligatoriamente un invitado a todas las parrandas; pero jamás tomaba una copa. Su único vicio era el café negro. Mientras los demás bebían alcoholes, él se deleitaba con una taza de buen café caliente. En los tiempos de Campodónico, puede afirmarse que él era el tipo más popular en Hermosillo. Sus bromas eran de buen gusto y corrían de boca en boca. Destacó en una época en que Hermosillo era la ciudad de los naranjos, con menos de veinte mil habitantes, berlinas con jamelgos flacos y calles acabadas al “macádam”; polvorientas durante las secas y lodosas después de la lluvia (tenían que recoger el lodo a paletadas y llevarse en las carretas municipales). Rodolfo floreció en Hermosillo, cuando en la pequeña ciudad todos se conocían y había muchos tipos populares, unos con razón para ello, los otros sin saber por qué. Entonces sí que había buenas “coyotas”: las de don Manuel Rosas. El mejor pan era el de Becerril. El merolico más parlanchín se llamaba Polito Ibarra. Las carcajadas más estruendosas salían de Juan Platt. Los chistes más malos se atribuían a Espergencio Mon-

tijo. En los bailes figuraban casi siempre como bastoneros Felipe Seldner o Enrique Rivera, porque sabían dirigir “las cuadrillas”. Don Juanito hacía la mejor nieve de leche. Buen poeta y maestro del epigrama era Facundo Bernal. El *cuico* más “perro” era “el negro”. Un cochero estimable se llamaba Emiliano. La gente se reía del “choro” Valencia. Entre los elegantes sobresalían Jorge Miles e Ignacio Hopkins. Había buen bacanora, de Batuc y Suaqui Grande. En el beisbol se distinguían los *pitchers* “chango Espinosa” y el zurdo Gilroy. Un Hermosillo en que el sitio de reunión más visitado era la estación del ferrocarril, donde antes de la llegada de los trenes podían encontrarse a las damitas más bellas de la ciudad, saberse todas las noticias del momento y conocerse los últimos chascarillos, que muchas veces nos hacían reír del vecino o del amigo ausente. Confesamos que Hermosillo era entonces una “tierra pequeña y murmuradora”.

*
* *

De pronto Hermosillo se ha convertido en una gran ciudad. El descubrimiento del manto acuífero de su costa ha atraído a la capital de Sonora una gran afluencia de agricultores y negociantes. Una región antes semidesértica es ahora un emporio agrícola. El trigo y el algodón se producen por cientos de miles de toneladas anuales. Se han multiplicado los “despepites” y los molinos harineros. La ciudad tiene una base de riqueza estable. En el censo de 1960 pasó de los noventa mil habitantes. Ahora ha de andar por los cien mil. Nos regocija que la ciudad de nuestra infancia sea actualmente un centro agrícola y de negocios prósperos así como un foco de cultura con una universidad de primer orden.

Progresista y modernizada, Hermosillo no debe olvidar nunca a sus dos gloriosos hijos: Jesús García y Rodolfo Campodónico. ¡Un héroe y un artista!

LA MARCHA DE LOS CONSTITUYENTES

Ojalá se tratara aquí de una marcha militar o cuando menos de una marcha deportiva. Desgraciadamente se trata de una marcha fúnebre, de la final.

Cuando me propongo repasar la lista de los constituyentes, aquella lista que tantas veces pasé en la tribuna de Querétaro, me pongo triste y me abrumba la melancolía. Tanto compañero vigoroso, en la plenitud de sus facultades físicas y mentales, ha caído inexorablemente en los abismos del más allá. Se fueron muchos de los más jóvenes, cuando parecían de vida más duradera. Se marcharon muchos tribunos, escritores, poetas y no pocos profesionistas. Los generales cayeron como los demás. De 218 que fuimos en el Constituyente sólo quedamos 35. ¿Quiénes serán los últimos tres? ¿Quién será el finalista?

Fue Rubén Darío, el poeta máximo de habla española, quien descubrió la terquedad del tiempo. Es clásica su manera original de tratar este asunto:

*. . .pero a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin.*

El tiempo es como la muerte: terco, fatal, inexorable. Por más que el hombre procure disimular los destrozos que en su naturaleza va causando el tiempo, los efectos de la edad se manifiestan en la vista, en la cabellera, en la debilidad de las piernas. Cuando le fallan los órganos primordiales, el cuerpo humano decae y termina por precipitarse en la muerte. No hay ningún remedio para la enfermedad definitiva. Por eso no debemos darle vueltas: si la desaparición es inevitable, preparémonos a recibirla con gallardía, sin desfallecimientos ni protestas inútiles.

*

* *

Apenas habían terminado las labores del Constituyente de Querétaro, cuando se inició la marcha hacia el más allá. Uno de los primeros en partir fue el general Salvador González Torres, segundo vicepresidente, que estaba en la plenitud de la vida y no parecía ser un predestinado a irse entre los primeros. González Torres era alto, robusto, bien plantado y con bigote kaiseriano. Se marchó sin decir adiós, cuando parecía que lo iríamos a encontrar más adelante, en los caminos de la vida. Otro de los que se adelantaron, a pesar de su juventud, fue Joaquín Aguirre Berlanga, un buen tipo que simulaba estar preparado a evadir las contingencias del tiempo.

En un desafío inaudito murió Luis Espinosa, chiapaneco de verba fácil y de inagotable imaginación. Y se marchó Juan Aguirre Escobar, tan temido por don Manuel Amaya, el de la frase que hizo época: “agua pasada no mueve molino”. Y enmudeció también el *boxito* Ancona Albertos, con su manera peculiar de decir las cosas y su apego a la memoria del discípulo fiel: José María Pino Suárez. Calló Sebastián Allende, caballeroso y cordial amigo, así como Uriel Avilés, el de los cuentos regocijados y tendenciosos. Con ellos se fueron don Amado Aguirre, el ingeniero de minas que no había terminado de contarnos sus experiencias de la “Cuesta de Sayula”, y el general Cándido Aguilar, meritísimo revolucionario.

*

* *

Si nos detenemos en la *B*, tendremos que recordar a don Flavio A. Bórquez, que fue prototipo de bondad y bonhomía. De la *C* hablaremos comenzando por Esteban B. Calderón, quien surgió en Cananea para alcanzar el generalato en las huestes de Diéguez; seguiremos con Nicolás Cano, que hablaba “en puridad de verdad”; haremos recuerdos de Cañete, Castañón, Marcelino Cedano, Porfirio del Castillo, Ceballos *Cirobé* y aquellos dos distinguidos intelectuales que nos entusiasmaron con sus piezas oratorias: Enrique Colunga y Alfonso Cravioto, poeta y pensador.

En la *D* estuvieron el dramaturgo Marcelino Dávalos, Cosme Dávila y Dinorín Francisco, así como el pulcro y atildado escritor Carlos Duplán. De la *E* se nos fueron Rafael Espeleta, tan manoseado por Palavicini, don Francisco Espinosa y don Carlos M. Ezquerro. Fueron muchos nuestros amigos de la *F*: Fajardo, Fernández Martínez, Ramón Fraustro, Frías Juan N. y Gilberto de la Fuente. De los que se fueron con la *G* contamos a García Adolfo,

el general Reynaldo Garza, Giffard Juan Manuel, José Lino Gómez, al obrerista Victorio Góngora, a don Alberto M. González, al linotipista Carlos L. Gracidas y a don Antonio Guerrero.

*
* *

De la *H* partieron Alfonso y Manuel Herrera y los de la *I*, que eran Federico Ibarra y Luis Ilizaliturri. De la *J* recordamos a Juarico Angel S. De la *L* a Labastida Izquierdo, al talentoso y cordial amigo Fernando Lizardi, a Onésimo López Couto, a don Amador Lozano y al doctor Jesús López Lira. De la *M* mencionemos a Paulino Machorro y Narváez, a don José Natividad Macías, al ingeniero Madrazo, al talentoso periodista Froylán C. Manjarrez, al coronel Epigmenio Martínez, a Rafael Márquez, al abogado Rafael Martínez Mendoza y al fogoso orador parlamentario Rafael Martínez de Escobar. Hubo otros grandes amigos de la *M*: Manuel Martínez Solórzano, Ernesto Meade Fierro, el ironista y virulento orador Luis G. Monzón y el mejor batallador del Constituyente, cuya labor abarcó las principales conquistas revolucionarias en las asambleas de Querétaro: ¡Francisco J. Múgica! De la *N* citaremos al erudito financiero potosino Rafael Nieto y al noble y discreto general Antonio Norzagaray. Entre los de la *O* se fueron: Enrique O'Farril, Guillermo Ordorica y Francisco Ortiz Rubio.

*
* *

Palavicini encabeza a los de la *P*. Félix Fulgencio fue uno de los iniciadores del Constituyente y en el Congreso se distinguió por su actividad, energía y práctica parlamentaria. David Pastrana Jaimes fue otro diputado batallador. De este grupo fueron Perusquía y Pintado Sánchez, el bondadoso general Pesqueira y mis amigos fraternales: Alberto Peralta y Manuel M. Prieto. En la *R* se encontraron muchos elementos valiosos: Benito Ramírez G., Enrique Recio, José J. Reynoso, Rafael de los Ríos, Crisóforo Rivera Cabrera, José María y Matías Rodríguez, Alberto Román, don Ramón Ross y el periodista, presidente de la asamblea, hombre honorable, capaz y dotado de un gran valor civil: Luis Manuel Rojas.

*
* *

Con su *S* marcharon Samuel de los Santos, don Lorenzo Sepúlveda, Arnulfo Silva, Alfredo Solares, José I. Solórzano y Silva Herrera José. De la *T* recordemos al laborioso secretario José María Truchuelo. De la *U* a Gerzayn Ugarte, y de la *V*, que también fue numerosa, a este grupo de diputados: al poeta de la barba maderista, Rafael Vega Sánchez; a José Verástegui, al notable ferrocarrilero yucateco Héctor Victoria y al obrerista del Norte, que subía a la tribuna con una pistola agresiva, siempre a punto de salirse de la funda: Jorge E. von Versen. De la *Z* mencionaremos a don Nicéforo Zambrano y me guardo el nombre de Zavala Pedro R. para juntarlo con el de Valtierra Vicente M., porque los dos, cuando se pasaba lista hacían estremecer la sala, lanzando con voces graves, sonoras, militares, su exclamación: ¡presente!

No he olvidado a otros dos compañeros que se distinguieron en las asambleas de Querétaro; Manuel Aguirre Berlanga y Pastor Rouaix. Ambos tuvieron una labor memorable: Aguirre Berlanga al instalar el Congreso y en varias intervenciones en la tribuna. Rouaix fue factor de primera importancia en la confección de los artículos 27 y 123 de la Constitución. Los dos fueron trabajadores activos y tomaron muy en serio su papel. Ambos eran hombres de bien.

*
* *

Entre los últimos caídos se cuentan dos médicos que tuvieron destacada actuación. Uno fue Cayetano Andrade, nacido en Moreleón, que parecía de Morelia. Era de Guanajuato; pero se educó en Michoacán. Son tan vecinos estos Estados, que a Cayetano pudo haberle sucedido lo que al general Rauda, que haciendo su propaganda para gobernador de Michoacán se dedicó a repartir maíz en Acámbaro, sin advertir que estaba ya en Guanajuato. No importa dónde haya nacido: el doctor Andrade fue un buen mexicano. Hombre probo, callado y servicial, realizó una labor meritoria durante su ejercicio profesional: supo ser “médico de los pobres”. Respondió así a su calidad de poeta. Se nos fue llevándose una ambición lírica, condensada en su poema *Enmendaré mi vida*.

El otro doctor fue de Puebla. Era hijo del Colegio del Estado, de donde surgió un grupo de estudiantes revolucionarios: Sánchez Pontón, Quintana, Alarcón y los hermanos Andreu Almazán. Varios de ellos formaron en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes. En Querétaro, el doctor Salvador R. Guzmán fue uno de los dipu-

tados de mayor valer intelectual. Con Pedro A. Chapa publicó durante el Congreso un periódico interesante y ameno que se llamó *El Zancudo*. Posteriormente, ingresó al servicio diplomático, figurando entre los aspirantes a la carrera que se presentaron a examen: en las pruebas alcanzó el primer lugar y se comentó por mucho tiempo la forma brillante en que ingresó al cuerpo diplomático de México. Por riguroso escalafón llegó a ocupar el rango más alto en este servicio: el de embajador. Hizo papel importante en las misiones diplomáticas que tuvo a su cargo. Durante toda su vida fue un funcionario valioso y muy estimado.

*
* *

A pesar de que hice desfilar solamente algunos de los constituyentes que se marcharon a la tierra incógnita, parece que traje a un batallón. Ello se debe a la calidad de las figuras presentadas. Al enunciar sus nombres, parecía que se les estaba enaltecendo ya. Pero tuvieron que partir. No hubo otro remedio.

Un día desaparecerá el último de los diputados de Querétaro. Entonces los constituyentes sobrevivirán... ¡a pesar del tiempo terco!



SRIA. DE GOBERNACION
INST. N. L. DE ESTUDIOS HISTORICOS
de la
REVOLUCION MEXICANA
BIBLIOTECA

RAFAEL LOPEZ

No me cansaré de protestar por qué una calle o un jardín de la ciudad de México no lleva el nombre de Rafael López. Este hombre que sabía tanto y a quien consultaban los más ilustres literatos, permanece en el olvido a pesar de su obra poética y de su entrañable amor por todo lo mexicano. Estuvo muchos años al frente del Archivo General de la Nación y sus amigos nunca pensamos que su nombre iba a ser archivado durante tanto tiempo.

¿Cómo haríamos para enseñar a la juventud moderna lo que fue Rafael como escritor, como maestro de la crónica o como poeta épico para exaltar las virtudes de nuestros próceres mayores?

¿Por qué se habla tan poco de este ilustre poeta, que fue maestro y guía de muchos literatos mexicanos? Olvidado por quienes le debieron enseñanzas y estímulos, desconocido por los intelectuales jóvenes, Rafael permanece en la penumbra y un espeso velo de indiferencia impide que se le recuerde con simpatía o que volvamos a leer su nombre en libros y revistas que ayer lo publicaron con orgullo, admiración y respeto. Rafael López fue uno de los últimos prosistas que cultivaron la crónica, la crítica o el ensayo, para regocijo de los lectores acostumbrados a recibir periódicamente las lecciones amenas de los poetas y escritores más eminentes de México. Aquella prosa que inmortalizó Gutiérrez Nájera, a través de "El Duque Job", y que ennobleció el *Viejecito* Luis G. Urbina, no tuvo continuador más brillante que Rafael López, cuando bajo el seudónimo de *Lázaro P. Feal*, publicó unas *hebdomadarias* que fueron encanto y deleite de los lectores en los años veinte.

De Rafael López, su amigo y contemporáneo Alfonso Reyes, dijo:

"...aunque he tratado de Rafael López en varios lugares, siempre tuve la impresión de que me había yo quedado en deuda con

su memoria, y esta impresión se confirma ahora en la deliciosa relectura, pues declaro que cada vez hallo esta poesía más viva y perdurable”.

“¡Qué alegría artística! ¡Qué donaire por dondequiera que pellizque las páginas! ¡Qué resuelta voluntad de hacer bien las cosas! ¡Qué garbo en las frases! ¡Qué vigor monumental! ¡Qué sentido de la unidad poemática! ¡Qué alma en constante vibración de esperanza! ¡Qué mexicanidad espontánea y no traída por los cabellos, tan por encima de los pobres recursos del costumbrismo y tan bien trabada en las perturbaciones universales! ¡Cuánto amor, cuánta luz, fiesta de palabras, cosecha de versos inolvidables, estatuario encanto parnasiano y, a la vez, honda respiración nacional! La musa de Rafael no se avergonzaba de ser patriótica...” Así lo describe, con maestría y entusiasmo, el más alto representante de la intelectualidad mexicana de los últimos años.

He tomado la cita anterior, del prólogo que para la *Obra poética de Rafael López*, escribió Alfonso Reyes. De las frases con que presenta los poemas de ese mismo libro, recojo estos dos párrafos iniciales de Rafael:

“Esta inconformidad es común en la gente de mi tiempo, en la generación que todavía supo considerar la poesía como parte integrante de la propia vida. En el culto del arte, se procedía religiosamente y así, al escribir, lo hacíamos con austeridad y reverencia, con la idea de que entrábamos a un sagrado recinto poblado de sueños, de ideales, de humana ansiedad. Y aunque visto todo esto a través del intelectualismo contemporáneo parezca demasiado ingenuo, para mí tiene la virtud de los imperativos que nos vienen del corazón.

“Pero aparte de ser este un medio de ejercitar la nostalgia, me atrevo a dedicar este libro a quienes puedan tomar de él su espíritu, en la obra llena de grandeza, sentido y pasión, de crear la fisonomía propia de nuestro solar. Para ello, cuento con la actual sensibilidad poética que vuelve un poco a los supuestos de nuestra tarea y que puede entenderla mejor. Por mi parte me sentiría satisfecho —en lo que a cada uno de nosotros toca en la obra colectiva—, con sólo dejar como ejemplo la voluntad que sacudió las hojas y las ramas de ese endeble árbol musical que he llevado conmigo.”

*

* *

Hubiese querido transcribir en seguida algunos párrafos inspirados de sus notables "prosas transeúntes", o de los artículos que publicó con el seudónimo de *José Córdoba*; pero ello alargaría esta recordación que hago del caro amigo Rafael López, que fue muy mexicano y muy guanajuatense. Hace varios años, y cuando él cumplió diez de haber fallecido, los miembros del Bloque de Obreros Intelectuales le rendimos un homenaje, en que ensalzamos sus merecimientos el recordado y cordial camarada Pedro de Alba y un servidor. Los del BOI no hemos podido obtener que el nombre de Rafael López, de tan alto prestigio para las letras nacionales, sea dado a una calle, a una plaza, a una escuela o una biblioteca de la gran ciudad de México, que él exaltó en sus crónicas con cariño devoto. Cuando en la colonia Santa María se pusieron los nombres de Amado Nervo y de Ramón López Velarde a sendas calles, fue Rafael López el primero en elogiar aquellos actos en dos bellos poemas. Se advierte que hubiese deseado que una arteria de la ciudad llevara su nombre, cuando al referirse a la calle de Amado Nervo, dice:

*Ser nombre de una calle, esto es, en una vena
de la ciudad sentirse como un pulso cautivo,
es una eternidad palpitante y amena
para un poeta espiritual y sensitivo.*

Sería prolijo traer aquí fragmentos de la producción de Rafael. Sin embargo, no resisto al deseo de traer unos cuantos. Veamos dos tiradas de versos, de su *Loa humorística*:

*¿Me pedís versos nacionales?
Id a Silveti, el matador
de toros bravos y puntales;
es él, por méritos cabales,
el amo de nuestro folklore.
.....
.....
Juan merece para recuerdo
de su memoria en el futuro
(ven, consonante, que me pierdo)
que lo musique Miguel Lerdo
y que lo modele Panduro.*

*
* *

Fue amigo fraternal de Nicolás Rangel, historiador y simpático camarada, a quien sus colegas del Archivo General de la Nación llamaban *Nico*. Le dedicó un soneto que comenzaba así:

*A Nicolás Rangel, historiador de bella
paciencia, que en el polvo de ilustres cricones,
dialoga con virreyes, o bien marca la huella
que en el mundo dejaron Heredías y Alarcones.*

En *El beso de la Malinche*, que Rafael López dedicó al escritor Alejandro Quijano, queda así definida la figura de la voluble india:

*Tórtola que arrulla bajo la procela
y labra entre tumbas su nido de amor.
Frágil y olorosa raja de canela
en el chocolate del Conquistador.*

Dos recuerdos precisos conservo del maravilloso literato que fue Rafael López: su destartalada oficina en el Palacio Nacional, cuando él era director del Archivo General de la Nación y tenía colaboradores tan valiosos como don Luis González Obregón, Alfonso Toro, Nicolás Rangel y tres o cuatro más historiógrafos e investigadores competentes. Allí íbamos a visitarlo José D. Frías, Samuel Ruiz Cabañas, Xavier Sorondo, Vera de Córdoba y algunos compañeros más, para oír las sabias observaciones de Rafael y escuchar sus sabrosas reflexiones sobre los acontecimientos del día. Cómo se le llenaba la boca al vate Frías, al decirle con énfasis: ¡Rafael!

El otro recuerdo es de la primera Caravana Lírica, que organicé en compañía de él y de Jesús B. González. En lo alto del cerro de La Bufa, en Zacatecas, Rafael recitó el bello poema dedicado a Ramón López Velarde, que principia de esta manera:

*Bajo los diáfanos capelos
que mixtifican estos cielos,
desde hoy vivirá tu memoria;
ave radiante a sol y a bruma,
sin otra mancha entre la pluma
que el polvo de oro de la gloria.*

LOS FIELES DIFUNTOS DEL B.O.I.

Y seguimos con los muertos. Ahora son los del Bloque de Obreros Intelectuales de México. El primero en partir fue su fundador: el doctor Margarito Solís. Le siguió el general Jesús M. Garza, mosquetero de la Revolución, fuerte en el pensamiento y en la acción.

Muchos bloqueros notables han caído. Bastará citar unos cuantos para reconocer la importancia que han tenido estos obreros intelectuales: Miguel Othón de Mendizábal, historiador, etnólogo, sociólogo y un decidido defensor de los indios; Jesús S. Soto, poeta y oficial de Estado Mayor, que estuvo en la Cuesta de Sayula; Carlos Gutiérrez Cruz, el poeta del proletariado que fue escritor socialista; y Francisco Rojas González, maestro del cuento que gustaba de los temas campiranos y defendía a los ejidatarios.

En otros finales de año, como para hacer un recuento de sus socios, el Bloque de Obreros Intelectuales organizaba una velada del recuerdo, en que se ponían en relieve las virtudes y las capacidades de los hombres que formaron en las filas de esta organización fraternal y veterana, que nació para exaltar el programa y la obra de la Revolución de México. El B.O.I. surgió en 1922 y entre sus fundadores estuvieron el doctor Margarito Solís, el dibujante Clemente Islas Allende, el general Jesús M. Garza, los periodistas Nove-lo y Alfonso Rosado Avila . . . y fue reorganizado en 1926, para dar señales potentes de vida en 1929, con la aparición de la revista *Crisol*, que duró más de ocho años y dejó huella imperecedera. Muchos ciudadanos distinguidos pasaron por el B.O.I., que dio a México varios altos funcionarios y dos presidentes de la República: Emilio Portes Gil y Adolfo Ruiz Cortines.

En esta vez voy a referirme, con algún desorden, a varios de los hombres notables que fueron socios del B.O.I. y que hicieron una labor considerable o realizaron actos sobresalientes, cuyos nombres alcanzaron proyecciones nacionales.



Rojas González. He de empezar por uno a quien acabamos de visitar en su modesta tumba, adornada con frescas flores y con la presencia de su amorosa familia: Francisco Rojas González. Rodeando al mausoleo estaban la esposa, Lilia; las dos hijas, el hijo varón y el nietecillo que no conociera a su abuelo, con dieciocho meses de nacido. Otros parientes y amigos acompañaban a la familia del autor del *Diosero*; y estaba también el ensayista y filósofo Sommers, quien estudió a fondo la vida de Rojas González para producir una tesis profesional que será libro de consulta sobre el escritor tapatío.

Rojas González sigue conservando el título de “el mejor cuentista mexicano”, pues llegó a dominar el género literario del cuento como nadie, en lo que va del siglo. Se inició también en la novela y dejó dos que conquistaron lauros y pasaron al cine. Sobre su tumba velaban, en el undécimo aniversario de la muerte del escritor, las figuras de *La Negra Angustias* y de *Lola Casanova*.

Miguel Othón de Mendizábal. Por asociación de ideas el nombre que surge en seguida es el de Miguel Othón de Mendizábal, amigo entrañable y mentor de Rojas González. Hombre de ciencia e investigador acucioso, Miguel Othón inició a Rojas en los misterios de la antropología y lo hizo etnólogo. Lo llevó por las montañas de México, para estudiar las poblaciones indígenas en sus hogares y lo hizo sentir amor y comprensión por los desheredados del campo. Rojas siguió los pasos de Miguel Othón y llegó a producir estudios importantes sobre los indios de Sonora y de Michoacán, de Hidalgo y de Oaxaca.

Miguel Othón de Mendizábal fue uno de los historiadores más eminentes de México. Profundizó en el conocimiento de las razas prehispánicas y de la época colonial. Era un investigador por temperamento y el producto de sus minuciosos estudios lo traducía en prosa inspirada, accesible a todos y llena, sin embargo, de gran sabiduría.

Miguel Othón fue un convencido indigenista, que luchó incansablemente por el mejoramiento de las razas mártires que pueblan extensas regiones del país y viven sin haber alcanzado los rudimentos de la civilización. Miguel era hombre ciudadano; pero le atraía tanto el campo y le interesaban en tal forma los problemas de los

indios, que hubiera sido capaz de pasar toda su vida entre los pimas de Sonora, los otomíes del Mezquital o los mijes de Oaxaca.

La valiosa obra escrita por Miguel Othón de Mendizábal, recogida en siete volúmenes, fue publicada por Francisco Rojas González merced a la ayuda que prestó Jesús Silva Herzog cuando fue subsecretario de Hacienda. Esa colección de libros es el mejor monumento levantado a la memoria de Othón de Mendizábal.

*
* *

Martín Paz. Ahora hablemos de un poeta humilde, que vino de la cordial Honduras: la tierra de Juan Ramón Molina, Froylán Turcios y Heliodoro Valle.

Martín Paz había nacido para ser hombre de letras y a ellas se dedicaba en Tegucigalpa; pero quiso ser abogado y se vino a México. Aquí estudió un poco y al cabo de muchísimos años obtuvo su título. No ejerció la profesión, naturalmente. Siguió siendo poeta. En su tierra y aquí produjo poemas y prosas en profusión. Tenía gran facilidad para versificar y lo hizo de muy diversa manera. Fue romántico, modernista, rubendariano y estridentista. Era original. Muchos diarios y revistas publicaron sus versos; pero no los encuadernó. En *Crisol* aparecieron algunos de ellos. De momento no recuerdo sino fragmentos de su poema titulado *El reloj*, que principia así:

*El reloj público de mi barrio
de algún tiempo a esta parte anda mal,
y muestra en su arañoso carota
de borracho
síntomas inequívocos de algún
profundo malestar*

.....

Dice después que el reloj se enamoró del humo de la chimenea de una fábrica lejana, porque en el cielo aparecía con las formas de un cuerpo de mujer y relata las lamentaciones del reloj, que al final confiesa:

*que la única mujer que para sí
deseaba,
era humo que la escoba del Viento
deshojó.*

Sin ruido, como había llegado de Honduras, Martín Paz Soto murió humildemente. Fue bohemio y sentimental. Lo lloró José Muñoz Cota.

*

* *

Juan de Dios Robledo. Fue de los jóvenes que en Guadalajara se incorporaron al Estado Mayor del general Diéguez, en 1914. Lo conocí de capitán segundo, a las órdenes de Sebastián Allende. Antes había pertenecido al Círculo Bohemio, en que figuraron Zuno, Díaz de León, Alfaro, Izábal y Juan Angel Córdova. Tomó parte en muchos combates: en Guadalajara, la cuesta de Sayula, Trinidad, etc. Pasados los días de la guerra, se dedicó a escribir. Era un prosista admirable. Tratando temas históricos demostró capacidad y conocimiento. Pero murió prematuramente, cuando tenía un brillante porvenir en los dominios de la literatura.

*

* *

Jesús S. Soto. Compañero de Robledo en las letras y en campaña. Fue un valiente que se distinguió en varias acciones de armas. Años después, apagada su fogosidad bélica, recordaba sus hazañas, afirmando:

*Soldado fui,
las balas respetaron mi brío.*

En el campo civil, Soto fue periodista, diputado, funcionario de Estadística y hasta gobernador interino de Guanajuato. Dejó un libro de poemas y una magnífica biografía de don Manuel Orozco y Berra. Su prosa era agradable, correcta y hubiese llegado lejos como historiador y crítico, pero murió joven, cuando se esperaba todavía mucho de él.

*

* *

Carlos Roel. Fue otro poeta de la Revolución. Tenía un estilo macizo en todo lo que escribía y parecía que en él íbamos a tener a un gran filósofo. Se perdió entre los códigos, pues se dedicó a la abogacía. Tenía talento y convicciones decididas. Sin embargo, no llegó a realizar lo que se esperaba de su pluma. Recuerdo siempre su autorretrato lírico, que empezaba de esta manera:

*En su frente como un campo de Montiel,
en que inician mil quijotes
sus quiméricas salidas...*

*
* *

El vate Frías. Otro bohemio que se nos fue prematuramente. Era un artista. Además de literatura sabía música, conocía de pintura, hablaba latín y entendía de mitologías. En la prensa figuraba como crítico y escribió reseñas taurinas. José Dolores Frías, era, además, un buen amigo y compañero. Estuvo relacionado con hombres de letras de México, América y Europa. Fue corresponsal de guerra en la primera conflagración mundial. Vivió enamorado de París. Allí entabló amistad con Enrique Gómez Carrillo y Ventura García Calderón.

Gran tipo, el vate Frías. A pesar de no haberse tomado en serio como poeta, escribió un delicioso poema que termina en esta forma brillante:

*Misa nocturna de San Severino
en la que ardieron, como sacro aceite,
mi dolor sin virtud, mi amor sin trino
y la ceniza en flor de mi deleite.*

*
* *

Gutiérrez Cruz. Fue el poeta del proletariado. Escribió con tinta roja anatemas contra los ricos. Exaltó las virtudes de los trabajadores. Amenazó a los burgueses y fue amigo de mineros y de ejidatarios. Suya fue esta copla popular, que sirvió a Lerdo de Tejada para hacer una canción:

*Sol redondo y colorado,
como moneda de cobre:
de diario me estás mirando
y a diario me miras pobre.*

Fue un hombre humilde y abnegado, que con frecuencia renegaba de los patronos y de las injusticias sociales. Fustigó a los líderes que olvidan su misión, en estos versos:

*Malos líderes que clamáis
contra los explotadores,
mientras explotáis
a los trabajadores.*

Carlos Gutiérrez Cruz murió muy joven. Pudo haber llegado lejos por sus rebeldías y convicciones revolucionarias.

*

* *

Otros amigos idos. Sin espacio para extenderme en más recordaciones, diré que me hubiese gustado hablar de dos hombres buenos, que fueron grandes artistas: el poeta, músico y pintor Rafael Vera de Córdoba, y el dibujante magistral de periódicos y revistas Clemente Islas Allende. Me habría referido además al inolvidable amigo que tuvo un gran corazón: el periodista Alfonso Rosado Avila.

Lo más triste es que en el B.O.I. son más los muertos que los vivos. Y desgraciadamente no hallamos todavía sustitutos para que continúen nuestra labor. Así estamos.

JOSE DE JESUS IBARRA

De los artistas que la Academia de San Carlos lanzó a la Revolución, uno de los de mayor capacidad combativa fue José de Jesús Ibarra. Oriundo de Jalisco, había nacido para ser conductor de hombres y en muchas ocasiones desempeñó con bríos un papel de líder enterado e impetuoso. Fue brillante en la tribuna y conceptuoso en el periódico. Luchó denodadamente por la Revolución y no tuvo punto de reposo cuando se trató de defender a obreros o campesinos, y a los compañeros que había tratado en los campos de batalla.

Como buen revolucionario, Ibarra tenía como arma para aplastar al enemigo esta palabra clave: intransigencia. Por eso lo odiaron algunos; pero lo quisimos los más.

Reconozco que entre los muertos a que me referí en mi nota necrológica sobre miembros del B.O.I., me faltaron algunos de primera importancia; pero hubiera sido imposible citarlos a todos de una sola vez. Entre los que se quedaron en el tintero, se hallan el general Francisco J. Múgica, líder de las izquierdas en el Constituyente de Querétaro; el pintor Fermín Revueltas, inspirado y genial colorista; el maestro músico Mario Talavera, autor de melodías románticas y famoso humorista que sabía deleitar en regocijadas charlas; el doctor Héctor Pérez Martínez, que en su brillante juventud llegó a escalar elevados puestos en la política nacional; y José de Jesús Ibarra, periodista y orador a quien voy a recordar con mayor extensión.

Sin que pueda precisar en qué población nació, estoy en aptitud de asegurar que José de Jesús Ibarra era jalisciense. Sus amigos le llamaban, por costumbre familiar y por abreviar su nombre, *Chucho Ibarra*.

Lo conocí en 1911, cuando los estudiantes de Agricultura fuimos a ofrecer nuestro apoyo a los huelguistas de la Academia de

San Carlos. Una comisión de cinco alumnos de Bellas Artes nos recibió en su escuela y después de largas conferencias, en que se discutieron tácticas de lucha, los compañeros que estudiaban para artistas nos invitaron a comer en un restaurante de chinos, en la calle Santa Teresa. La comida no les resultó muy cara: con un huevo valía veinticinco centavos y con dos costaba treinta y siete. Por no ser gravosos a los compañeros, pedimos del menú más económico.

Yo no podría precisar los nombres de los cinco futuros artistas que nos atendieron aquella vez; pero me acuerdo con claridad que, además de Ibarra, uno de los que hablaban con mayor vehemencia era el escultor en ciernes Ignacio Asúnsolo. Mi amistad con ellos data de aquellas reuniones en que los alumnos de Agricultura fuimos a conferenciar con los de San Carlos, para sostener la huelga contra la dictadura porfiriana. Los movimientos huelguísticos de ambas escuelas, aunque decían ir contra los planes de estudio y los directores de los establecimientos educativos, tenían un fondo político y se llevaron al cabo cuando se iniciaba la efervescencia revolucionaria.

*

* *

Posteriormente, en 1915, encontré a *Chucho* Ibarra con las fuerzas del general Manuel M. Diéguez. Con Rafael Aveleyra y Francisco Valladares, Ibarra dirigía el diario *Acción*, de Guadalajara. *Acción* era un periódico de combate y órgano de propaganda revolucionaria. Sus páginas aparecían vibrantes, apasionadas y demolidoras, a tono con la época. Eran los días de tremendas guerras, en que un día la plaza de Guadalajara estaba en poder de los constitucionalistas, capitaneados por Diéguez, y al siguiente entraban las fuerzas villistas, al mando de Julián Medina. Se habían puesto de moda los albazos y los tapatíos se acostaban a veces bajo el dominio de los villistas, para amanecer entre constitucionalistas madrugadores, o viceversa.

Desde que entró en Jalisco, viniendo de su tierra adoptiva, Cananea, el general Diéguez se rodeó de un grupo de jóvenes revolucionarios, con los que formó su Estado Mayor y el personal administrativo del Gobierno de Jalisco. A ese grupo pertenecieron Allende, Amezcu, Robledo, Alfaro, Morán, Soto, Fernandez Somellera, Liekens, Ibarra, Aveleyra, Abitia, Bouquet y algunos más, todos de empuje y con grandes entusiasmos por "la causa". Los muchachos estuvieron en muchos albazos, pelearon en el cerro del Cuatro y tomaron parte en la sangrienta batalla de Sayula. A ese grupo de

luchadores selectos perteneció *Chucho* Ibarra. Puede afirmarse que todos eran instruidos, valientes y con gran capacidad intelectual. Del Estado Mayor de Diéguez surgieron legisladores, artistas, periodistas y muy buenos oradores. Entre estos últimos figuraron Morán e Ibarra.

Pasaron los años y a *Chucho* Ibarra lo encontré con los discípulos del maestro Ramos Martínez, en la Escuela de Arte de Coyocacán. Sus compañeros eran ahí Raziel Cabildo, Miguel Angel Fernández, Francisco Díaz de León, Fermín Revueltas, el *negro* Ugarte, Amado de la Cueva, Ramón Alva de la Canal y algunos otros futuros artistas. Con ellos iba yo a charlar algunas veces, llevando viandas y refrescos para comer al mediodía. De sobremesa venían las canciones. El *negro* Ugarte tañía la vihuela. Recuerdo su voz, así como las de Ibarra y Díaz de León, entonando los corridos más populares. Con qué emoción decían las sentidas palabras de aquella melodiosa canción con esta letra:

*Aquí traigo un sentimiento
que me agobia y que me mata,
de acordarme de la ingrata.*

.....
*Pobrecita de la palma
con el Sol se marchitó:
así se marchita mi alma
cuando le falta tu amor.*

*

* *

Los grandes artistas que preparó Ramos Martínez para interpretar en sus pinturas los ideales de la Revolución, se acercaban a toda manifestación de lo mexicano y estimaban y aplaudían lo que nuestro pueblo produce: las artes populares, la artesanía, las lacas e instrumentos musicales, los sarapes, la música vernácula, los bailes regionales, etc. Así contribuyeron los pintores a dar personalidad y mayor importancia a lo que surge de nuestra manera de ser. A ellos se debe en buena parte que las nuevas generaciones reconozcan el valor de las pinturas mexicanas, los *ballets* folklóricos y la música regional que se vistió de gala para presentarse en los conciertos, gracias a los maestros que supieron imprimirle categoría, como Revueltas, Chávez y Moncada.

Ibarra no llegó a consagrarse pintor; pero sí como crítico de la

pintura y del arte en general. Sus mejores arrestos se manifestaron en publicaciones periodísticas y en la tribuna parlamentaria y en el mitin popular. Tenía facilidad de palabra y era conceptuoso en sus disertaciones. Su cultura era vasta, de suerte que frecuentemente intercalaba citas oportunas. Llamaba la atención como erudito y el calor con que defendía los anhelos populares. Era un gran revolucionario, intransigente y resuelto a la hora de la lucha. Tuvo enemigos; pero sus amigos fueron muchos más, formaron legión. Ibarra discutía los problemas del trabajo con los líderes obreros, que con frecuencia acudían a él para pedirle orientaciones. Era amigo de los campesinos y de los ejidatarios y formó entre los hombres de la Revolución que se enfrentaron al nefasto predominio de la casa Aguirre, de Tepic.

Además de *Acción*, que nació en los días azarosos de la contienda armada, Ibarra fundó en Guadalajara otro diario, *El Occidental*, que sobrevive todavía. En esta capital, llegó a dirigir con acierto *El Nacional*, que ha sido y es el verdadero intérprete de la Revolución Mexicana, ahora en su período reconstructivo. En el seno del Bloque de Obreros Intelectuales, Ibarra fue de los luchadores más decididos y competentes. Fue estimado por todos y llegó a ocupar la secretaría general del B.O.I.

He dicho antes que *Chucho* Ibarra fue un apasionado de la causa libertaria. Por sostener sus ideas tuvo algunos tropiezos; pero nunca perdió la fe ni decayó su ánimo. Fue admirador y amigo fiel del profesor Basilio Vadillo, a quien siguió en su aventura de Jalisco: figuró entonces a su lado como un eficiente secretario particular. Uno de sus mejores amigos fue el novelista Francisco Rojas González. Por iniciativa de Ibarra, el B.O.I. realizó un homenaje en vida al doctor Pedro de Alba, cuyo panegírico produjo el mismo *Chucho*.

Aunque ostentó una cabellera cana prematura, Ibarra no murió viejo. Cayó en plena actividad, erguido, enérgico y valiente, como había actuado durante toda su larga y fecunda vida.

LA MUERTE DE MADERO, APOSTOL Y MARTIR

Al director de la cárcel preventiva de la ciudad de México, se le ocurrió que yo hablara ante el obelisco que en la antigua penitenciaría señala el sitio en que fueron rematados Madero y Pino Suárez. Esto me hizo releer el notable libro de mi querido amigo el doctor Manuel Márquez Sterling: Los últimos días del Presidente Madero y de ahí nació el escrito que se leerá a continuación.

Cuando me topo con revolucionarios que niegan a Madero, dudo de que hayan sido sinceros simpatizadores de la redención del pueblo. Porque si alguna vez ha habido un hombre que haya llegado al corazón de los mexicanos más pobres, de los más humildes representantes de la gleba, ese hombre fue Francisco I. Madero.

Hace cincuenta años —medio siglo— estábamos en plena decena trágica. Uno de los períodos más negros e ignominiosos de nuestra Historia se desarrollaba en la capital de la República. Los enemigos de la Revolución, por no haber sido decapitados, volvían al poder y se ensañaban con los románticos de la gesta revolucionaria, que perdonaron a quienes, por estar emponzoñados, volverían a la carga para tomar la revancha. En política las transacciones casi nunca llegan a buen fin. La Decena Trágica traería de nuevo el predominio de los hombres del porfirismo, que de una manera tonta creían que el impulso tomado por las clases populares iba a detenerse. Afortunadamente el triunfo de la reacción iba a durar sólo unos meses. En cambio, los crímenes de Huerta y sus secuaces habían hecho enardecer las energías de los revolucionarios, cuyos ímpetus se agigantaron. A partir del fatídico mes de febrero de 1913, el pueblo se levantó en armas por todas partes. No fueron ya cuatro o cinco Estados los que pidieron pelear contra la reacción: fue el país entero, de Baja California a Chiapas, de Veracruz a Nayarit. Hay un adagio vulgar que no por repetido pierde certidumbre: “No hay mal que por bien no venga”.

*

* *

El hombre que viniendo del campo y del mundo de los negocios dio al traste con la prolongada dictadura de Porfirio Díaz, no fue militar ni tuvo ningún puesto de mando en la administración pública. Venía de un sector acomodado y de hacer estudios encaminados a mejorar los sistemas de trabajo en las empresas de su familia. Le atraían la economía, la agronomía y la mecánica, y le preocupaban la historia, la sociología y otras ciencias relacionadas con la vida del ser humano. En los Estados Unidos y en Europa pudo comparar las condiciones en que prosperaban aquellos pueblos, con la triste condición en que vegetaban las gentes de su tierra. Se afanó por escrutar las causas del atraso de los mexicanos y llegó a la conclusión de que lo más urgente para nuestra nación era un cambio de gobierno. Con esa idea regresó al país y desde principios del siglo hizo ensayos democráticos en la región vitivinícola de Coahuila. En los ámbitos de la política nacional, su nombre fue conocido cuando publicó su famoso libro *La sucesión presidencial de 1910*. Con esa obra inició Francisco I. Madero sus luchas por la emancipación del pueblo mexicano.

*

* *

Al presentarse la campaña por la renovación de los Poderes Federales, Madero fue el más decidido organizador del Partido Antirreleccionista. Celebrada la convención de este partido, en el Tívoli del Elíseo, en abril de 1910, surgió la candidatura de Madero a la Presidencia de la República. Los hombres del Poder no tomaron en cuenta ese movimiento democrático y se olvidaron de Madero. No les preocupaba la candidatura de un hombre surgido así, casi sin ruido y sin charreteras. Al más popular de los generales, don Bernardo Reyes, se le había nulificado fácilmente, con la inteligente acción del partido "científico". A Madero lo tildaron de incauto, de iluso y hasta lo tomaron por un demente. ¡Qué lejos estaban los aristócratas del *Jockey Club*, de advertir el peligro que les traía un desconocido sin antecedentes en la alta política!

*

* *

Con verdadera fe de apóstol, Madero se lanzó a la propaganda de su candidatura, yendo a todos los rincones del país, sin temor a la represión de las policías de la dictadura, ni miedo a los rurales

o a las tropas de línea. Los caciques pueblerinos sí temieron su actitud y la resolución con que hablaba al pueblo. Madero tenía facilidad de palabra y entusiasmaba a las multitudes con sus conceptos patrióticos y el valor natural con que emitía sus pensamientos, aun cuando fueran hirientes o demoledores. En todas partes fue hostilizado. Recordemos que en Sonora se prohibió a los hoteleros que le alquilaran alojamiento. Ni por consideraciones a su esposa, quien le acompañó siempre, Madero pudo conseguir una posada en qué pasar la noche, en varias ciudades del Estado fronterizo. Fueron sus más ardientes partidarios quienes lo llevaron a vivir en sus casas. En Navojoa, Benjamín Hill y Flavio A. Bórquez estuvieron a sus órdenes. En Hermosillo tuvo que vivir en la fotografía de Jesús H. Abitia, un revolucionario que no temía al gobierno.

Sonora se volvió maderista, desde que el pueblo pudo ver la forma en que lo trataban los esbirros del nefasto gobernador Izábal. Cuando Madero quiso hablar en la plazuela del Parián, la policía y unos cuantos léperos pagados interrumpieron su discurso y varios empleados del gobierno lo insultaron y lo befaron. Entre ellos estaban Brígido Caro, Espergencio Montijo y Pedro N. Ulloa.

No fueron en vano las prédicas de Madero. Sus campañas sirvieron para que los antirreeleccionistas se organizaran en toda la República. Cuando la dictadura se dio cuenta de que era un peligro, lo mandó a la cárcel de San Luis Potosí, dando lugar a que los maderistas decidieran lanzarse a la lucha armada. Lo demás ya se sabe: Puebla y Aquiles Serdán; Chihuahua y Abraham González; Sonora y Juan G. Cabral. Y así sucesivamente. Se tomó Ciudad Juárez. Se firmaron los tratados. Don Porfirio huyó. El 6 de noviembre de 1911, Madero tomó posesión de la Presidencia de la República.

*

* *

La reacción no se dio por vencida. Madero concedió todo género de libertades y, entre ellas, la libertad de expresión. Vino una campaña enconada contra el hombre que había llegado a luchar por la democracia y la dignificación del ciudadano. Su gestión no fue entendida o no quisieron comprenderla. Arreció la campaña de insultos, de diatribas, de mentiras y de alarmantes rumores. Los vencidos de ayer se reorganizaron y el “glorioso” Ejército Federal —el guardián de las Instituciones— defeccionó en forma alarmante. Los militares antiguos perdieron la decencia y el decoro. Casi todos fue-

ron traidores. Son muy pocos los que se salvan de aquella vergonzosa deserción.

Huerta, Reyes, Félix Díaz y Mondragón fueron los cabecillas de la asonada contrarrevolucionaria. Con engaños, traiciones y crímenes se hicieron del Poder. Madero tenía un buen concepto de casi todos los hombres y nunca creyó que pudiera haber tanta felonía y deshonor en un ser humano. Con todo su admirable valor y la sonrisa en los labios, vivió los negros y últimos momentos de su paso por la Presidencia de la República. Fue al martirio creyendo todavía en la bondad y en el desinterés de los hombres. Conoció a Huerta después de que el chacal había ordenado su muerte.

Las nuevas generaciones de México no alcanzan a comprender la portentosa hazaña de Madero, al enfrentarse a la que parecía incommovible dictadura. Don Porfirio contaba con todo: dinero, ejército, propaganda, relaciones internacionales y fama de enérgico y poderoso. El profeta de Coahuila sólo tenía su fe en las clases populares, seguro de que al despertarlas nadie podría contenerlas. Y así sucedió. La contrarrevolución nacida en la Ciudadela, sirvió para fortalecer y tornar incontenible el movimiento revolucionario. ¡Y Madero sigue en pie!



SERIAL DE COORDINACION
INST. N.º DE COORDINACIONES
de la
REVOLUCION MEXICANA
BIBLIOTECA

LA HAZAÑA DE AURELIO MANRIQUE

Aurelio Manrique ha sido siempre un hombre raro. Fue un estudiante de mucho mérito, que pudo haber obtenido el título en cualquiera de las carreras en que se inició: derecho, ingeniería o medicina. No se preocupó por ser doctor en alguna de esas tres disciplinas y se quedó en profesor. Fue maestro en varias asignaturas. Fue un lector incansable, en muy diversos idiomas. Sin embargo, en donde mayores triunfos alcanzó, fue en la tribuna parlamentaria.

Vida agitada y llena de incidentes a veces plenos de peligro; Manrique es un hombre tranquilo, sereno, bien educado, que sólo en momentos de prueba demuestra su férrea voluntad y su valor indomable.

La hazaña de Manrique es su vida misma. Toda la existencia de este hombre extraordinario, es una hazaña ininterrumpida. Nació para luchar. No ha tenido punto de reposo, aun cuando a veces parece un soñador. Sensible a todas las manifestaciones del espíritu, es una antena receptora en la cual los problemas ajenos se convierten en inquietudes propias. En su niñez y con los primeros libros que cayeron en su mano, principiaron las vicisitudes de este varón que pudo llegar al retiro de un convento y prefirió lanzarse al mundo, decidido a llevar su vida acorde con su conciencia, sin importarle la opinión del medio en que actuaba, ni las ideas o los prejuicios de sus semejantes.

En la escuela elemental fue un niño prodigio, que aprendía sus lecciones con un solo repaso y era admiración de los maestros por la facilidad con que entendía sus explicaciones, su portentosa memoria y las preguntas que les formulaba, en su afán de comprender y asimilar los conocimientos científicos. Pasó por la universidad sin encontrar su vocación: a veces le atraían las matemáticas y después se inclinaba hacia la literatura o el derecho, o bien se preparaba a ejercer la medicina, atraído por la idea de servir a la Humanidad. Fue semiingeniero, cursó la mitad de la carrera de abogado y estu-

vo a punto de hacerse médico. Con tan vastos y tan diversos estudios, se convirtió en un competente profesor universitario. Así fue como el título que ha merecido mejor, ha sido el de maestro y, sin haber pasado por la Escuela Normal, se le conoce como el Profesor Manrique. Con entusiasmo y desinterés ha ejercido el magisterio en varias etapas de su vida.

Durante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, celebrado en los últimos días de la dictadura porfiriana, Manrique se distinguió como orador y polemista. En 1910 era de los hombres que pedían la renuncia del dictador. Era ya revolucionario. En aquella asamblea se dieron a conocer algunos estudiantes que figuraron después en política: Atilano Guerra, Jesús Acuña, el *panzón* González, Gustavo P. Serrano, José Mares, Basilio Vadillo, Luis Sánchez Pontón, Guillermo Zárraga . . . y una señorita Garza que lanzó esta lapidaria declaración: "los hombres son muy volubles". Una de las principales figuras de aquel congreso fue Ricardo D. Alduvín, estudiante hondureño que desplegó gran actividad, sobresaliendo como tribuno y orador de combate.

*

* *

Cuando Pascual Orozco se convirtió en el segundo hombre del movimiento maderista, vino a México después de la toma de Ciudad Juárez. Se le hizo una manifestación espontánea y popular, que fue a saludarlo a su hotel, en la esquina de las calles Isabel la Católica y 5 de Mayo. Desde un balcón del tercer piso, Manrique hizo la presentación y el panegírico de Orozco, con un fogoso discurso que le fue muy aplaudido. Conquistó a la multitud con sus conceptos, la armonía de su voz potente, y el ademán correcto del hombre iniciado en el ejercicio de la tribuna pública. Esto significa que desde 1911 Manrique era ya un líder de las masas populares.

Trabajó por la candidatura del general Alvaro Obregón a la Presidencia de la República, durante la primera postulación del héroe de Celaya. Fue una campaña dura, independiente, en oposición al candidato oficial. Manrique fue entonces uno de los partidarios más entusiastas y decididos, así como uno de los mejores tribunos del obregonismo. Acompañó al candidato en muchas de sus giras y en Tampico sufrió un ataque artero de un esbirro de la imposición que lo besó en público, atreviéndose a mutilarle las barbas. En su larga e intensa actuación política, Manrique sufrió persecu-

ciones y fue amenazado de muerte. Nunca le arredraron los peligros y en más de una ocasión lo salvó su admirable sangre fría.

Sin que su aspecto físico denote corpulencia o vigor, Manrique es un verdadero atleta. Anteriormente acostumbraba dar la mano apretándola de tal manera, que quienes lo saludaban tenían que inclinarse y defender sus dedos de la garra que los oprimía. Sus brazos y sus bíceps son musculosos y resistentes. Podría cargar cien kilos en la espalda. Su deporte favorito es el de hacer largas caminatas a pie, con un paso abierto y seguro. Hace algunos años acostumbraba acompañar al general Heriberto Jara —otro peatón infatigable— yendo en animada charla del bosque de Chapultepec a Peralvillo.

*
* *

Si hemos de buscar cuál ha sido la actividad favorita de Manrique, tendremos que verlo como orador parlamentario. Porque a pesar de no haber llegado México a implantar el régimen parlamentario en el Gobierno, sí hemos tenido períodos en que las Cámaras legislativas han actuado como en un parlamento. Así aconteció con la XXVI Legislatura, cuando el apóstol Madero logró que se hicieran elecciones libres y que en aquel Congreso se encontraran representantes de todas las tendencias políticas: desde los revolucionarios más radicales hasta conservadores ultramontanos. Después del congreso maderista hubo cuatro o cinco Legislaturas más, en las que se oyeron las voces de la oposición y en las que los legisladores hablaron con toda libertad. Durante esos períodos los señores Secretarios de Estado tenían la obligación de acudir a las Cámaras cuando eran requeridos para explicar el alcance de las disposiciones que dictaban o se les interpelaba sobre la forma en que interpretaban algunas de las leyes en vigor. Varios de los señores Secretarios se tambalearon después de una hábil interpretación y hasta hubo quien dejara el puesto cuando algún diputado lo puso en evidencia.

Durante aquellas interesantes jornadas de las Legislaturas 27, 28, 29, 30 y 31, se escucharon discursos valientes y conceptuosos, pronunciados por muchos de nuestros más famosos tribunos. *Chucho* Urueta, Luis Cabrera, Enrique Bordes Mangel, Basilio Vadillo, Manuel García Vigil, Antonio Díaz Soto y Gama, Luis L. León, Eduardo Vasconcelos, Alfonso Cravioto, Enrique Colunga, Luis G. Monzón, Aurelio Manrique, José Castillo Torre y otros muchos que de momento escapan a mi memoria. En la 29 Legislatura quienes dieron la mejor pelea fueron Soto y Gama y Manrique, paladines

del agrarismo y dirigentes del Partido Nacional Agrarista. ¡Qué bien hablaban y con cuánto tesón y conocimiento defendieron a los campesinos! Manrique y Soto y Gama dieron honra y categoría a la Cámara de Diputados que inauguró sus labores el 1º de septiembre de 1920. No sólo fueron dos tribunos: alcanzaron renombre de parlamentarios.

Posteriormente, Manrique fue gobernador de San Luis Potosí. Hizo un gobierno *sui generis*, repartió muchas tierras y se portó con honradez. Al final tuvo dificultades con el general Cedillo, que era un tipo de cuidado. Manrique siguió en la brega y, habiendo perdido en la oposición, tuvo que expatriarse. En el extranjero sufrió privaciones; pero eso no quitó fuerza a su carácter intransigente, ni le hizo perder su fe en México. Volvió al país y de nueva cuenta marchó al extranjero; pero entonces con la representación diplomática de su patria.

Ahora, un paréntesis:

(Después de largos años de permanencia en Europa, Manrique ha vuelto a México. Es el mismo de siempre: atento, cordial y lleno de sabiduría y de buenas ideas. Mis nietos lo han encontrado amable y atrayente y gustan de charlar con él. Se ha vuelto tan amigo de ellos, que los más pequeños lo miran como a un camarada al que tratan con la mayor confianza. Aurelio goza cuando la menor de mis nietas le llama cariñosamente “Manriquito”).

*

* *

Y, para finalizar, referiré, como me consta, el incidente que para muchos que no lo conocen a fondo, es el hecho culminante en la carrera del profesor.

El 1º de septiembre de 1928, el Presidente Calles fue al Congreso para dar lectura a su último informe presidencial. La Cámara estaba llena a reventar: diputados, senadores, gobernadores, todos los comandantes militares de los Estados y muchísimos generales de uniforme. El resumen del general Calles, presentado poco después de la muerte del general Obregón, tenía especial significación. Era como un testamento político. El Presidente que iba a entregar el poder, se había esmerado en consignar sus ideas sobre los nuevos gobiernos de México y sostenía que en nuestro país había terminado la era del caudillismo. Cuando menos se esperaba, por el pasillo central del salón de sesiones apareció un hombre. Se detuvo un

momento y sólo pronunció esta palabra: ¡Farsante! Calles lo miró sin inmutarse y continuó la lectura. Manrique avanzó unos pasos y repitió la palabra. Así continuó avanzando, hasta decir al Presidente cinco o seis veces la misma ofensa. Frente a la tribuna parlamentaria se detuvo por última vez y volvió a llamar farsante al general Calles señalándolo con el dedo. El presidente de la República continuó, imperturbable, su lectura. Manrique dio media vuelta y pausadamente se retiró por el mismo pasillo central. Ninguna manifestación de la concurrencia produjo el inopinado incidente. Nadie aplaudió o reprobó la acción del profesor. Manrique se retiró de la Cámara sin ser molestado.

Unos días después, el Presidente Calles y cinco o seis de sus amigos, altos funcionarios del Gobierno, escuchaban un violento discurso en que Manrique atacaba rudamente al general. Los amigos del mandatario se indignaron y alguno de ellos propuso:

—Ya nos cansó este barbón. Hay que encarcelarlo y darle agua.

El general Calles, molesto por aquellas palabras, contestó en seguida:

—No debe permitirse una tarugada así. Déjenlo que hable todo lo que quiera. Tiene derecho. ¡Es un hombre!

*
* *

Manrique tiene talento, una esmerada ilustración y una gran modestia. Ha vivido con dignidad. Es recto y justiciero. Si se pretendiera definirlo en una frase breve, no encontraríamos otra mejor que esta:

¡Manrique es Manrique!

ALFONSO ROSADO AVILA

Entre los fundadores del Bloque de Obreros Intelectuales, que acudieron al llamado del doctor Margarito Solís en 1922, uno de los más estimados era Alfonso Rosado Avila, periodista yucateco y literato de amplia y sólida cultura. Rosado Avila, con el sonorese Corona Rojas, fundó el Diario del Aire, apoyado en la Agencia ANTA. Durante 21 años, a las ocho en punto de la mañana, las hon-das sonoras difundían un periódico ameno, útil y oportuno. Mu-chos lo oían al rasurarse, otros cuando tomaban el café.

Un día de tantos, sin saber lo que el Diario del Aire significaba, un ministro lo suprimió con una orden tonante, inapelable...

Y Rosado Avila se murió de pena.

He de referirme ahora a uno de los fundadores del Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa y también del Bloque de Obre-ros Intelectuales de México, sociedad que principió sus labores en 1922 gracias a la iniciativa del doctor Margarito Solís, poeta y bohe-mio de la época, popular en el barrio de Loreto. Con el doctor Solís sesionaban en los albores del bloque muchos escritores desapareci-dos ya y uno que otro todavía en circulación. Digamos nombres: Aristeo Martínez de Aguilar, Clemente Islas Allende, Adonay No-velo, Miguel D. Martínez Rendón, Gilberto Ruvalcaba, Antonio Gil Pihaloup, doctor Carlos León (venezolano) y Alfonso Rosado Avila. Precisamente sobre el último voy a tratar.

Como su nombre lo indica, Rosado Avila vino de Yucatán. Nació en una ciudad de la península, cercana al mar. Fue un provinciano toda la vida, a pesar de que casi siempre habitó en la gran metró-poli. Pudo haber dicho lo que el sinaloense Estrada Rousseau ex-presó orgullosamente en un inspirado soneto:

*No puede conquistarme la febril Babilonia...
me atormenta el recuerdo del nativo solar...*

Desde muy joven se inició en el periodismo. Dejó la Preparatoria para emborronar sus primeras cuartillas. De esa manera siguió los impulsos de su vocación. La blanca Mérida conoció su iniciación literaria. Cuando vino a la capital, tenía ya un nombre. Aquí robusteció sus impulsos de periodista y pudo adquirir la madurez en la difícil tarea de ser un reportero capaz y demostró tener aptitudes y conocimientos para ser un buen jefe de redacción. Llegó a dirigir revistas y diarios de importancia. El último que tuvo a su cargo fue el *Diario del Aire*.

Rosado Avila fue un hombre de trabajo. Laboraba incesantemente. Fue el creador del primer periódico transmitido por radio y en el medio intelectual pudo ser crítico y ensayista. Seguramente que también fue poeta; pero en sus últimos años sólo cultivó la prosa literaria y la prosa de la vida. De un discurso que pronunció sobre el general Jesús M. Garza, que también fue fundador del BOI, tomo los siguientes párrafos:

“Si, como afirma el maestro, *honrar honra*, pongamos toda la limpidez de nuestra sentimentalidad, toda la cristalina emotividad de que seamos capaces, en este momento en que honramos la memoria de un hombre que fuera ápice de merecimientos, síntesis de virtudes, antena dispensadora y dispersadora de inquietudes”.

“... Jesús M. Garza, caballero de blanco penacho lírico, soldado soñador bajo las luminarias celestes en los campamentos guerreros...”

“Jesús M. Garza, cadete en el Cuartel de la Gloria, teniente bisoño, borracho de ensueño, ¿quién no te recuerda, hecho ya general, negándote a disparar contra el pueblo amotinado que pide agua agua, ante este que fuera, en aquel entonces, Palacio Municipal?”

*

* *

Tierra de poetas y trovadores es Yucatán, que a fines del siglo pasado nos dio a Peón Contreras y en el actual a portaliras como Mediz Bolio y Rosado Vega, y a trovadores musicales como Guty Cárdenas, Palmerín. Al grupo Zamná, en que figuran hombres de letras como Sosa Ferreyro, Tommasi López, Esquivel Pren y López Méndez, perteneció Alfonso Rosado Avila. Los hombres del Zamná han publicado interesantes libros, como para formar una pequeña biblioteca en homenaje y honra de Yucatán.

Rosado Avila fundo el *Diario del Aire* en compañía del escritor sonorenses Benigno Corona Rojas y durante veintiún años fue escuchada su voz por uno de los canales de radio más populares de México. Casi sin interrupción, Alfonso había pasado sus mensajes por el micrófono más de quince mil veces. Los servicios que prestaba *Diario del Aire* al país eran evidentes y se apreciaban sobre todo por los hombres de negocios, que en ocasiones no tienen tiempo para leer la prensa diaria. El periódico aéreo lo escuchaban en la cama, o en el baño o al desayunar. Sin embargo, esta fuente de trabajo tan útil fue suprimida de una plumada. Se le cortó sin piedad el subsidio que recibía en pago de sus servicios, por una dependencia semioficial. Esa fue la catástrofe de Rosado Avila e indirectamente la causa de su muerte.

Un hombre que con mil sacrificios y privaciones había llegado a tener una empresa que era toda su vida, porque a ella dedicaba su esfuerzo cotidiano, sin escatimar horas ni minutos para que nunca faltase el *Diario*, porque era institución creada con tesón, requería vigilancia constante, y obligaba al director y redactores a estar listos desde las cinco de la mañana. De un solo golpe se vino abajo todo aquello, cuando alguien dio una orden terminante, sin saber lo que hacía. El mazazo recibido por Rosado Avila fue terrible. Lo vimos desfallecer y, aunque él lo ocultaba y aparentemente no perdía las esperanzas de volver a estar en el aire, se advertían sus sufrimientos y las hondas preocupaciones que la gran injusticia habían producido en su ánimo.

*

* *

En la noche fatal, una de agosto de 1961, Alfonso salió de su despacho más abrumado que nunca. Iba a tomar un camión para Tacuba, donde tenía su domicilio. Con la cabeza al suelo, sin ver ni oír nada, bajó de la acera para atravesar la calle del Puente de Alvarado, cerca de la plaza de San Fernando. Un camión de pasajeros, sembrador de la muerte, lo impidió de súbito. Sin tiempo para esquivar la embestida, Rosado Avila cayó violentamente sobre el pavimento y quedó sin sentido. Una clavícula estaba rota, una pierna herida y amoratada y tenía sobre todo, una contusión en la frente que casi le producía la salida de un ojo. Con todos esos padecimientos se lo llevó la Cruz Roja, cuando él, en un último gesto de nobleza, perdonó por escrito al chofer. En la Cruz Roja no lo

trataron bien. Después, con la generosa intervención de su amigo el general Gomar Suástegui —director del Colegio Militar— en la misma noche de la tragedia Rosado Avila fue llevado al Hospital Central Militar, donde fue tratado con interés y se le guardaron atenciones, recordando que Alfonso había sido, en su juventud, adscrito al Estado Mayor del general Salvador Alvarado y director de una revista de temas castrenses. Otro militar que ayudó a nuestro amigo fue el caballeroso general Tomás Sánchez Hernández.

Así cayó este luchador infatigable, quien no tuvo otra preocupación que la de ser útil a sus semejantes y trabajar intensamente por el bienestar de su familia. Fue un hombre bueno y noble. Era la personificación de la bonhomía. Tenía alma de poeta, un corazón grande y una mente sana, limpia, de la que no brotaron sino pensamientos puros.

ADRIAN RECINOS, AMIGO DE MEXICO

Adrián Recinos fue un prominente abogado, que dedicó gran parte de su tiempo a estudiar, con devoción y cariño, las costumbres y los antecedentes de las razas aborígenes de Guatemala. Le interesaron, sobre todo, los indios de Huehuetenango y de Momostenango, pertenecientes a la región en que él nació. Este ilustre guatemalteco sirvió a su país como Ministro de Relaciones y como Embajador en los Estados Unidos y en España.

Le tuve simpatía porque pude advertir en él un gran cariño por México.

En un artículo anterior, publicado en febrero de 1962, recordé al licenciado Adrián Recinos, prominente hombre de Guatemala, como uno de los buenos amigos que México ha tenido en nuestra vecina república del sur. Nunca imaginé que en menos de un mes después tan esclarecido varón fuese a pagar su tributo a la madre tierra. A su sepelio acudieron particulares y elementos oficiales, encabezados por el Presidente, general Miguel Ydígoras Fuentes. Se decretaron tres días de luto nacional por la muerte de este hombre ilustre que sirvió a su patria con entusiasmo, eficiencia y desinterés. Durante mi visita a Recinos, en su casa de Guatemala, el 10 de febrero del mismo año, no advertí en él síntomas de enfermedad. Al contrario, lo encontré de buen semblante, sereno y optimista y con proyectos para realizar próximamente un viaje a México. Quedamos de vernos en esta capital. Tuvo que ser un mal del corazón el que se lo llevó a la tumba.

Mi amistad con Adrián Recinos venía desde un pretérito remoto. Lo conocí al ir a presentar mis credenciales como ministro de México. Entonces él era ministro de Relaciones en el gabinete del Presidente José María Orellana. Dije antes, y lo repito ahora, que Orellana fue uno de los mandatarios de Guatemala que más quiso a nuestro país. La forma en que resolvió los asuntos que se presentaron durante mi gestión allá, puso de manifiesto la buena voluntad

y la simpatía que Orellana tuvo para México. En esa labor contamos, además, con el interés y la capacidad del ministro de Relaciones. El licenciado Recinos facilitó todos los trámites para que las relaciones entre nuestros dos países fueran amistosas y cordiales. En prueba de esa labor inteligente de Recinos, voy a referir un incidente que se nos presentó en aquellos días.

El gobierno de Orellana tenía pocos enemigos. Entre ellos se contaban los miembros de la Federación Obrera Unionista. Una tarde, en los momentos en que se abría la puerta de la Legación de México, penetró precipitadamente un obrero, quien pidió hablar conmigo.

—La policía me persigue —dijo—. Si ustedes me arrojan a la calle, seré muerto en seguida.

—No tenga cuidado —le respondí—. Ya está usted en México.

Y al trabajador aquel, como era afecto a los libros, lo comisioné para que arreglara nuestra biblioteca.

El ministro de la Guerra, general Jorge Ubico, quería a toda costa que le entregásemos aquel refugiado y, naturalmente, me opuse. Ubico pedía que lo lleváramos a cualquier lugar de la República, para encargarse de él inmediatamente. Yo le respondía:

—Ese señor ya está en México. Olvídense de él.

Mientras tanto, por conducto del ministro Recinos, hacíamos gestiones para que se nos permitiera sacar al líder obrero hacia México. Recinos pidió un plazo para acceder a nuestra petición. Ubico continuaba vigilando la casa de México; pero poco a poco fue perdiendo las esperanzas de hacerse del fugitivo. Por fin, al cabo de tres meses, el señor Recinos me comunicó:

—Ya pueden llevarse al refugiado.

Llamé entonces al cónsul de México en Ayutla y lo comisioné para que trajera al obrero hasta nuestra frontera, poniéndolo libre en la población de Suchiate, en el Estado de Chiapas.

*
* *

Pocos años después encontré a Recinos en Wáshington, donde desempeñaba el cargo de embajador de Guatemala. Nuestra entrevista fue muy cordial y fui su huésped, cuando me invitó a un almuerzo en su residencia. Posteriormente supe que desempeñó otros puestos diplomáticos en el extranjero y que la última emba-

jada que tuvo a su cargo fue la de España, donde representó a Guatemala durante tres años. Recinos fue, además, profesor en la Universidad de San Carlos, en su país. Se dedicó a la investigación histórica y se estimaron mucho sus estudios como etnólogo y antropólogo. Nacido en una región en que predomina la población indígena, con acuciosidad y cariño se dedicó a estudiar las razas aborígenes del occidente de Guatemala, y publicó libros y folletos sobre la cultura maya y quiché en Huehuetenango y Momostenango. Sus trabajos en esta materia lo pusieron en relación con los principales indigenistas de México, entre ellos Mendizábal, Gamio, Rojas González y Alfonso Caso. El licenciado Recinos perteneció a un grupo de estudiosos que enaltecieron a Guatemala en los últimos tiempos. Entre otros figuraron don Vicente Martínez, historiador, y los jurisconsultos Carlos Salazar, Manuel Valladares y José Matos, este último, autor de un libro de Derecho Internacional que ha servido como texto en la Universidad de México.

Mi última visita al licenciado Recinos, en su casa de la quinta avenida de Guatemala, parecía que iba a reverdecer nuestra amistad, iniciándose una nueva etapa de trato y de correspondencia. Apenas pudimos cruzarnos las primeras cartas y él se ha ido ya sin realizar el viaje a México que preparaba. No puedo imaginar cómo habrá quedado doña María, la abnegada esposa y compañera constante de Recinos, a quien saludé con gran respeto y simpatía la última vez que vi al eminente hombre de Guatemala.

*
* *

No resisto a la idea de transcribir algunos párrafos de la carta que el licenciado Recinos me escribió el 21 de febrero, pocos días antes de su muerte:

“Agradezco a usted sus líneas del día 17 y el recorte de *Excelsior* que contiene sus impresiones de Guatemala y los recuerdos del tiempo en que tuvimos el gusto de tenerlo como representante de México. Su lectura me ha causado mucho placer y le agradezco especialmente el envío.

“Pablo Campos Ortiz me escribió también, diciéndome que usted había tenido la bondad de transmitirle nuestro saludo y enviándonos sus recuerdos y los de su esposa, ambos muy queridos amigos nuestros.

“Vea usted cómo, por pura simpatía, sigue usted trabajando

en la grata misión de mantener y estrechar las amistades entre nuestros países. Para mi esposa y para mí fue mucho gusto saludar a usted y de nuevo le agradecemos su simpática visita. Cuando vayamos a México se la corresponderemos con especial placer”.

Esta fue la última noticia directa que recibí de Recinos, poco antes de su partida definitiva. En los renglones que he copiado de su carta se advierte una gran cordialidad y el interés que el hombre tenía por que las relaciones entre nuestros pueblos fuesen amistosas y estrechas.

Es significativo el hecho de que al estudiar a los indios de su país, Adrián Recinos haya aumentado sus simpatías por México. Nuestra historia precortesiana es la misma. Los mayas fueron a establecerse en importantes regiones de Guatemala y de Honduras, y los aztecas llegaron a colonizar hasta algunos lugares de Nicaragua. Pedro de Alvarado combatió e hizo sus fechorías en México y en Guatemala. Las musicales notas de la marimba nacieron allende y aquende el Suchiate.

Guatemala acaba de perder en Adrián Recinos a uno de los hombres que mejor cumplían su papel en la vida, que honraba a su patria y luchaba por lograr un mejor entendimiento entre los pueblos hermanos de América. En México conservaremos su recuerdo con beneplácito, porque sabemos lo que quiso y sirvió a nuestro país. Hagamos votos por que su conducta sirva de ejemplo y estímulo a los hombres de aquí y de allá, que se esfuerzan por que haya siempre un buen entendimiento recíproco entre México y Guatemala, naciones unidas por la historia y la geografía.

EVARISTO ARAIZA

En mis Forjadores de la Revolución Mexicana se me colaron dos hombres que todavía alientan: Samuel Ruiz Cabañas y Roberto V. Pesqueira. En esta vez se me metieron otros dos: Aurelio Manrique jr. y Evaristo Araiza. No me arrepiento de que haya sucedido así; al contrario, me felicito.

Tengo un concepto tan elevado de mi paisano Evaristo Araiza que por más que lo elogiara yo no podría demostrar lo mucho que vale. A pesar de que casi toda su vida la ha pasado en el Valle de México, suspira por Sonora y sueña con volver a su vieja casona de El Altar. Es el caso del hombre fiel al terruño y a sus tradiciones.

Cuando en el estado de Veracruz comenzaron a ponerse en práctica las disposiciones revolucionarias derivadas de la Constitución de 1917, el pánico se apoderó de los enemigos abiertos y emboscados, y se tuvo por demasiado radicales y extremistas a los gobiernos que se atrevieron a cambiar las leyes y reglamentos que regían la vida de las instituciones políticas del país. Tuvieron que hacer gran acopio de resolución y de energías el coronel Tejeda y el general Jara, para lograr el respeto y acatamiento de sus acuerdos, encaminados a proteger y vigorizar a las organizaciones obreras y campesinas del Estado, que habían surgido decididas a defender sus derechos gremiales. Eran los días en que Herón Proal, al agrupar a los inquilinos del puerto de Veracruz, indignados por el alza inmoderada de las rentas de las casas, puso a temblar a los propietarios con una huelga *sui generis*: no pagarían los alquileres hasta que los bajaran a un nivel aceptable. En esa época los campesinos se agruparon en el seno de una poderosa Liga de Comunidades Agrarias, que fue tenazmente dirigida y defendida por un líder de fuerte personalidad: Ursulo Galván. Los obreros de la zona textil de Orizaba, descendientes de los huelguistas de 1907, reclamaron la firma

de mejores contratos colectivos, en los que se aumentarían las prestaciones a los trabajadores sindicalizados.

En aquel momento de agitación y de amenazas, en que los patronos de las fábricas no hallaban la forma de entenderse con sus obreros ni con las autoridades, hubo un hombre que pudo resistir la tormenta y encontrar el modo franco de salvar los intereses que tenía a su cargo y para hacerse querer y respetar por sus trabajadores: Evaristo Araiza, director de la fábrica de hilados y tejidos de Santa Rosa. Pasaron muchos años y, al rememorar los sucesos de los días turbulentos, el general Jara me decía:

—Si todos los patronos hubiesen sido inteligentes, comprensivos y humanos como el ingeniero Araiza, todo se habría arreglado sin ninguna dificultad. Durante su gestión Araiza jamás tuvo una huelga ni emplazamiento siquiera.

Cuando estuve al frente del Departamento de Trabajo, se me presentaron obstáculos y molestias en mi trato con la mayoría de los patronos y algunos de los líderes que iban a exponer sus conflictos. Sin embargo, recuerdo con agrado la caballerosidad y correcta actitud con que acudieron a mi despacho el ingeniero Evaristo Araiza y los abogados Max Camino y Fernández Landero. Con ellos nunca tuve dificultades y pude arreglar cuestiones complicadas de trabajo, evitando las huelgas.

*
* *

Mi simpatía por Evaristo Araiza viene de muy lejanos tiempos. No recuerdo ya cuándo lo vi por primera vez. Fue de los pocos estudiantes sonorenses que vinieron a seguir su carrera en México, a principios del siglo, en una época en que hacer el viaje desde Sonora a la capital era una hazaña. El recorrido se hacía por ferrocarril, con muchas escalas: Nogales, Benson-Arizona, El Paso-Texas, Ciudad Juárez y todo el Ferrocarril Central durante 48 horas. Con los dedos podían contarse los estudiantes sonorenses compañeros de Araiza: Ricardo Caturegli, Arturo H. Orcí, Joaquín Bustamante, Julián Morineau, Manuel J. Morales, Adolfo de la Huerta, Eugenio y Roberto V. Pesqueira.

Evaristo Araiza nació en El Altar, pequeña población situada cerca del desierto de su nombre. A pesar de su río, El Altar es un lugar de escasa vegetación, en que sólo prosperan los mezquites, las palmas datileras y los "órganos". Estos "órganos" son pitahayas

gigantescas, de formas caprichosas, que a veces se presentan como figuras humanas, de largos brazos extendidos que parecen implorar al cielo agua para no morir.

El ex distrito de Altar, donde nació Evaristo, es tierra triguera. Su trigo se distingue porque es muy resistente a las plagas. Tiene buen mercado. La gente de Altar conserva costumbres ancestrales: es atenta, un poco ceremoniosa y muy dada a respetar ciertas fórmulas de convivencia. La familia Araiza es de las más antiguas del pueblo y el padre de Evaristo fue un verdadero patriarca. Don Evaristo, un respetable y agraciado anciano, tenía una barba luenta y blanca; alcanzó a vivir muy cerca de los cien años. Murió a los noventa y nueve.

Recién recibido de ingeniero civil, entre los primeros trabajos que realizó Evaristo Araiza, fue un canal, construido en la hacienda de Santo Domingo, en Chiapas. Su obra sirve todavía para regar el café en las faldas del Tacaná, cerca de la frontera con Guatemala.

*
* *

Encontré a Evaristo Araiza en Europa, la primera vez que crucé el Atlántico. Nos saludamos en París, ciudad que él conocía bien, por lo cual me ayudó a orientarme. Hombre de vasta cultura y de inquietudes intelectuales, Araiza me hizo conocer algunos rincones de la Ciudad Luz, en que yo no había reparado. Buen *gourmet*, me dio una lista de los restaurantes en que se podían encontrar los mejores platillos franceses: la rosticería del Cardenal, el figón de La Reina Patoja y el restaurante del “Vieux Colombier”, junto a la plaza de San Sulpicio, donde se comía una *bullabesa* como en Marsella. Nos proporcionó guías para visitar los museos famosos y noticias sobre los grandes conciertos que en aquella temporada se daban en París. A mi inolvidable esposa y a mí nos era muy grata la compañía del matrimonio Araiza. En todas partes se presentaba Evaristo con su dulce compañera, Natalia, a quien placía darnos el tratamiento de “paisanos”, porque se sentía tan sonorense como su marido. (En la actualidad mi paisano Araiza y yo sufrimos el mismo dolor, nos tortura una pena semejante.)

Como Araiza hizo sus estudios profesionales en tiempos de los libros de texto en francés, se familiarizó con el idioma de Balzac y conocía a fondo la Historia y la literatura de la nación gala. No solamente en París estaba como en su casa; también le entusiasmaba

Lyon, por sus industrias prósperas y porque allí había encontrado que preparaban el guisado de gallina mejor del mundo. Había recorrido los castillos del Loire y se detuvo en las viejas ciudades de la Provence, como Nimes y Carcassone. Conversador admirable y erudito sin presunciones, Evaristo Araiza interesaba lo mismo cuando discutía cuestiones científicas o técnicas que cuando abordaba temas literarios, históricos o artísticos. Es decir, era un hombre dotado de todos los recursos culturales, para asimilar como pocos la vida íntima de Francia, en sus grandes épocas de gloria o infortunio.

*
* *

Y este Evaristo Araiza, tan enterado del mundo moderno, tiene prendido en lo íntimo el recuerdo permanente de la tierra nativa. Como buen altareño, no dice que su pueblo se llame Altar, sino El Altar. Se place en recordar a sus gentes, familiares y amigos, que siguen allá en el pueblito, indiferentes al progreso universal, a los adelantos de la civilización y a las transformaciones sociales que con tanta celeridad cambian el curso de la vida. Allá se preocupan más por la vaca y su ternera, porque no caigan el chahuixtle sobre el trigo ni el picudo al algodón, y siguen en las esquinas, en cuclillas, ante la "lumbrada" que encendieron para protegerse del frío, pintando con los dedos y en el suelo los fierros con que hierran sus animales los amigos rancheros o los caporales del compadre, que acaba de cercar su rancho. Lo demás importa poco. Cuando va a visitarlos Evaristo, en el mes de abril, porque no hace ya tanto frío, o en octubre, porque pasó ya el calor, lo miran con indiferencia y con la mayor naturalidad le preguntan:

—¿Qué tal, Evaristo? ¿Sigues sin enfadarte en la capital? ¿No has pensado volverte definitivamente a tu tierra?

*
* *

Y Evaristo Araiza, medularmente un sonorenses, sufre la nostalgia del terruño. Todo lo de Sonora le llega al corazón: sus hombres rudos, enteros y decididos; sus campos yermos, en que sólo prospera la *gobernadora*; sus mezquites y el palo fierro, que mella las hachas, por su peso se hunde en el mar y convertido en brasa puede calentar toda la noche; los ríos que convierten en grandes oasis los

valles prolíficos dedicados a la agricultura; sus ganados, que enriquecen a los dueños aunque los abandonen; sus productos marinos, en que sobresalen los ostiones del Yaqui, la cabrilla de Guaymas y la totoaba de Bahía Kino y de Tastiota.

Evaristo es un hombre alto, bien plantado, de maneras suaves y, aunque entrado en años, vive tan optimista como un joven. Es modesto y afable, dispuesto siempre a estimular a los estudiantes, gusta de colaborar en obras de beneficio social. Desempeña el cargo de director general de una de las industrias nacionales de mayor importancia y ha sido o es presidente o consejero de muchas empresas e instituciones financieras. Sobre todos los honores que tiene recibidos y los cargos que ha desempeñado, prevalece en él un dejo de orgullo que lo hace exclamar con énfasis: *soy sonorenses y de El Altar.*

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Es difícil encontrar un hombre tan comprensivo y ponderado como Enrique Díez-Canedo. Nacido en Badajoz —de la provincia de Extremadura— se dijera que vino a tierras de América para contrarrestar la negra labor que sus conterráneos Cortés y Pizarro realizaron en este continente. A base de bondad, sabiduría y corazón, Díez-Canedo, hombre de letras, tuvo abiertas de par en par las puertas de nuestra hospitalidad: llegó con el libro en ristre y no con la mortífera espada de sus belicosos antepasados.

Permítaseme tratar como a mexicano a este insigne hombre de letras que tanto quiso a México. Durante largos años fue nuestro defensor y propagandista en España. A él se debe el conocimiento que de nuestros intelectuales se tuvo en Madrid. Fue quien introdujo en los cenáculos peninsulares a dos de nuestros grandes valores literarios: el erudito maestro Alfonso Reyes y el poeta excelso Enrique González Martínez. Podemos afirmar que desde su amada tierra española, don Enrique Díez-Canedo comenzó a ser mexicano. Lo fue después, cuando obligado a salir al destierro, buscó en México un refugio y vino hasta acá con toda su familia. Su amor a nuestra patria culminó al morir aquí, en este Valle de Anáhuac, que lo conserva como un tesoro. El Popo y el Ixta, en lo más alto del firmamento, velan su sosegado sueño.

*

* *

¡Enrique Díez-Canedo! Lo he buscado en una antología de *Cien autores contemporáneos*, publicada en Chile y en ella encontré esta referencia entre unas páginas sobre “Azorín”, el maravilloso escritor José Martínez Ruiz, de larga y fecunda vida.

“A pedido de Valle Inclán, con su insurgencia habitual, «Azorín»

publicó una protesta firmada por él mismo, por Miguel de Unamuno, por Rubén Darío, por Gómez Carrillo, por Pío Baroja, por Enrique Díez-Canedo, frente al proyectado homenaje nacional tributado a don José Echegaray. La protesta, clara y concisa, comenzaba así: «Parte de la prensa inicia la idea de un homenaje a don José Echegaray, y se arroga la representación de toda la intelectualidad española. Nosotros, con derecho a ser comprendidos en ella —sin discutir ahora la personalidad literaria de don José Echegaray— hacemos constar que nuestros ideales artísticos son otros y nuestras admiraciones muy distintas»”.

*

* *

Desde su juventud, Díez-Canedo se interesó sobremanera por la literatura de Hispanoamérica y en las redacciones de la prensa en que escribía sus crónicas y referencias tenían como tema la personalidad de los escritores de este lado del Atlántico. Su obra *Letras de América*, que publicó como libro póstumo el Colegio de México (y no lo fue, porque posteriormente apareció otro, con algunos epigramas inéditos), se abre con esta elocuente noticia del editor, Alfonso Reyes:

“El libro póstumo de Enrique Díez-Canedo que hoy publica el Colegio de México es clara muestra de aquel espíritu generoso y robusto que nunca se sintió estorbado por fronteras artificiales y para quien el orbe de la lengua era una inmensa patria común.

“Tal actitud comienza hoy a parecer obvia, pero ya era en Díez-Canedo una actitud espontánea desde los comienzos de su vida literaria, cuando realmente puede asegurarse que resultaba inusitada entre la gente de su tiempo y de su pléyade. A hombres como él debemos el actual entendimiento y la mayoría de edad a que hemos llegado en materia de universalidad hispánica”. Pero no resisto la atracción del certero juicio de Alfonso Reyes, cuando añade sobre el mismo Díez-Canedo: “Asombrarán algún día la curiosidad y la minuciosidad de sus notas y recortes sobre todas las manifestaciones de la literatura de nuestra lengua, en las regiones más apartadas, si es que recobramos al fin ese precioso archivo, tal vez perdido entre los desastres españoles”.

*

* *

¿Cuántos escritores, poetas, ensayistas y hombres de letras en general, fueron dados a conocer en España por Enrique Díez-Canedo? Sería difícil enumerarlos a todos; pero haremos la relación de los que ahora vienen a la memoria. Antes digamos que sus opiniones aparecieron en la revista *España*, en la *Revista de Occidente* y en los diarios *El Sol* y *La Voz*. Entre los escritores de América dados a conocer o citados por Díez-Canedo, figuran:

De México: Ermilo Abreu Gómez, Mariano Azuela, Antonio Castro Leal, Ezequiel A. Chávez, Salvador Díaz Mirón, Genaro Estrada, Jenaro García, Enrique González Martínez, Carlos Gutiérrez Cruz, Manuel Gutiérrez Nájera, Martín Luis Guzmán, Francisco A. de Icaza, Juan B. Iguíniz, Rafael Lozano, Manuel Maples Arce, A. Méndez Plancarte, Francisco Monterde, Amado Nervo, Manuel José Othón, Octavio Paz, Carlos Pellicer, Efrén Rebolledo, Alfonso Reyes, J. Rubén Romero, José Juan Tablada, Jaime Torres Bodet, Manuel Toussaint, Luis G. Urbina, Xavier Villaurrutia...

De la América Central: José Batres Montúfar, Rubén Darío, Joaquín García Monge, Enrique Gómez Carrillo, Andrés Bargaes-pada, Rafael Heliodoro Valle...

De las Antillas: Avellaneda, Julián del Casal, José María Chacón, Max y Pedro Henríquez Ureña, José María Heredia, Alfonso Hernández Catá, José Martí, Fernando Ortiz, Roig de Leuchsenring...

De Sudamérica: Ricardo Arenales, Hugo Barbagelata, Rufino Blanco Fombona, Jorge Luis Borges, Arturo Capdevila, José Eusebio Caro, Ronaldo de Carvalho, Francisco Contreras, José Santos Chocano, Leopoldo Díaz, Fernández Moreno, Julio Flórez, José Gálvez, Ventura García Calderón, Alberto Ghirardo, Gómez Restrepo, Herrera y Reissig, Luis Carlos López, Leopoldo Lugones, Gabriela Mistral, Juan Montalvo, Pablo Neruda, Victoria Ocampo, Ricardo Palma, Horacio Quiroga, Ricardo Rojas, Florencio Sánchez, B. Sanín Cano, Felipe Sassone, José Asunción Silva, Alfonsina Storni, Arturo Torres Ruiseco, Guillermo Valencia, el Inca Garcilaso...

*
* *

En un homenaje que se rindió en México en 1939, a Enrique González Martínez, hizo una breve glosa de su obra Díez-Canedo, quien terminó con estas palabras: "No es elogio de un poeta, que no

los necesita, esta excursión rápida por sus versos, señalando algunas cualidades que a mí, lector, me lo definen y ponen en relieve, y que tú, lector, puedes encontrar, las mismas o más sutiles, entrándote en sus libros... Yo sé que, cuando busco a Enrique González Martínez y no me encuentro inmediatamente con su rostro sereno, su risa franca y su mano amiga, tomo un libro suyo y al instante estoy delante del hombre; porque esto es su poesía, ni más ni menos: el hombre. Actual y eterno, el Hombre en toda la extensión de la palabra”.

*
* *

En unas facetas de Alfonso Reyes, en que presentó juicios muy acertados sobre este gran erudito mexicano, Enrique Díez-Canedo descubre su cariño y admiración por el poeta y filósofo de Monterrey. Don Enrique comienza por dedicarle el siguiente envío: “Ahora, mi querido Alfonso, que está usted en París hablando de México, me propongo, libre de su influencia, evadido de nuestra amistad, decir algo de su libro último. Esa amistad de todos los días, anudada desde que la vida le trajo a Madrid, me ha quitado muchas veces la pluma de la mano que se me iba hacia ella después de haber leído unas páginas suyas. Yo creo que no sabré escribir nada acerca de usted mientras le tenga a mi lado. ¿Tendré que afirmarle después de esto, que no me corre prisa escribir acerca de usted?”

*
* *

Entre los recuerdos más gratos de mi vida, de uno de mis viajes a Madrid, conservo el de una cena rumbosa que el ministro de México, Enrique González Martínez, me ofreció en “Botín”, famoso restaurante madrileño. La comida apetitosa, a base de lechón y buenos vinos, no fue lo más importante de aquella invitación. Me atrajo, sobre todo, la calidad de la concurrencia. Esa noche conocí y traté a personalidades de la intelectualidad española que yo no soñaba entrevistar nunca: Valle Inclán, “Andrenio”, el pintor Quintanilla, el crítico de arte Juan de la Encina, Luis Bello, Saborit, Araquistáin, Alvarez del Vayo, León Rollin, una veintena de personas más que se me han perdido en la memoria, y este hombre que desde entonces fue mi amigo cordial: don Enrique Díez-Canedo. Después de la animada reunión, tuve la honra de acompañar por las calles

de Madrid, al admirable don Ramón María del Valle Inclán, autor del *Romance de lobos*, libro que me raptó Santos Chocano.

*
* *

Antes de que Díez-Canedo se llegara definitivamente a radicar en México, había venido invitado por nuestra Universidad, a dar conferencias literarias. Entonces volví a tratarlo, sin intimar con él. La verdadera amistad se afirmó cuando él fue asistente asiduo a la peña del Café Colón, que presidía el doctor Ignacio Chávez y animaba el estimado galeno español Tomás G. Perrín. Por esa peña, que después se reunió en el café del Hotel Reforma, pasaron muchos personajes de relieve. Entre los mexicanos estuvieron ocasionalmente los doctores Castillo Nájera y Baz, y casi nunca faltaban estos otros médicos: Nacho González Guzmán, Manuel Martínez Báez y Guillermo Montaña. Muchos españoles distinguidos se reunieron en la peña: don José Giral, Madariaga, Juan de la Encina, Juan José Domenchina, el doctor Jesús Jiménez, Medina Echavarría, Recaséns Siches, León Felipe, Joaquín Xirau. . .

Una tarde en que Díez-Canedo charlaba animadamente con un contertulio, el poeta Domenchina le mostró un libro de bolsillo, diciéndole:

—Mire, Enrique, es el *Romancero del Cid*, de Menéndez Pidal.

Don Enrique no hacía caso y el poeta insistía:

—Acaba de salir. Me lo mandaron de la Argentina.

—Ya lo conozco —respondió Díez-Canedo.

—¡Cómo! ¿Lo ha leído ya?

—Sí, hombre; ¡yo lo hice!

Este diálogo que escuché, sorprendido, demuestra hasta dónde llegaba la modestia de Enrique Díez-Canedo. Fue autor y colaborador de muchas obras que no firmó. Trabajó en libros y en enciclopedias que no llevaron su nombre. Ayudó a muchos escritores noveles con enseñanzas y consejos, y fue consultado hasta por los maestros más eminentes, sobre temas literarios, históricos y filosóficos.

*
* *

Cuando don Enrique volvió a México para siempre, era un sabio de prestigio sólido, no solamente en los pueblos de habla española,

sino también en Inglaterra y Francia. Gran poeta, se distinguió por sus traducciones fieles del francés y del inglés, de los más bellos poemas escritos en esos idiomas. Díez-Canedo fue uno de los hombres más ilustres que han venido a México. Con toda su familia, en el destierro lo acompañó Teresita —su bella, dulce y abnegada esposa. A ella dedico estas líneas sobre quien tanto bien me hizo con su amistad: ¡Enrique Díez-Canedo!

MARIANO AZUELA

No perdió nunca Mariano Azuela su condición de provinciano. Su porte, su cordial ademán y sus maneras suaves, tenían puntos de semejanza con la conducta de otros hombres del interior, como Ramón López Velarde, Pedro de Alba, Jesús B. González, Enrique Fernández Ledesma y Manuel M. Ponce. Cuando le visité en su casa de la Colonia Santa María, tuve la impresión de llegar a un hogar acogedor del norte del país, donde las personas no son ceremoniosas ni empalagan con fingidas atenciones: se entregan a los amigos con la mirada, el saludo discreto y la sonrisa afable.

Por más que nos empeñemos en creerlos, en México no habíamos tenido verdaderos novelistas. A fines del siglo pasado estuvieron de moda los novelones semihistóricos de Payno, Mateos y Riva Palacio. Llegaron a triunfar, hasta cierto grado, las novelas románticas como *Carmen*, de Pedro Castera, y de ambiente regional como *La Calandria*, de Rafael Delgado. A principios del siglo xx, la novela que alcanzó mayor popularidad entre la juventud fue *Santa*, una obra pecaminosa del malogrado escritor Federico Gamboa. Y paremos de contar...

La anemia literaria que padeció México durante la dictadura porfiriana fue la consecuencia obligada de la falta de garantías para la libre expresión del pensamiento desde que los dirigentes de aquella época hicieron que se olvidara el Artículo VII Constitucional. Al producirse la Revolución, además de otorgarse a los ciudadanos el derecho de exponer libremente sus ideas, se presentaron al escritor temas atrayentes: la lucha civil dio margen a muy diversas interpretaciones y abundaron los actos de heroísmo para dar argumentos dignos del libro y del cine.

La base de las obras publicadas en la posrevolución, es casi siempre un combate, una huelga, una manifestación popular o las

protestas de los ejidatarios por la inicua explotación de que son víctimas.

*
* *

De los novelistas mexicanos surgidos de la Revolución, el que ha llegado a la cumbre es Mariano Azuela. El libro que más fama le dio, entre los veintitantos que llevó a la imprenta es sin duda alguna *Los de abajo*. Esta novela de Azuela, conocida en todos los pueblos de habla española y traducida a muchos idiomas, ocupa un lugar de distinción en Hispanoamérica. Se le sitúa al lado de libros tan notables como *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, y *Don Segundo Sombra*, del argentino Ricardo Güiraldes.

Desde la aparición de *Los de abajo*, en México podemos decir que contamos con un novelista de primera categoría. Por su libro precursor, consideramos a Mariano Azuela como un punto de partida. Si se nos pregunta: ¿Desde cuándo tiene México novelistas?, la respuesta es fácil y contundente.

—A partir de Mariano Azuela.

*
* *

Me creo con derecho a entender el libro *Los de abajo* mejor que algunos críticos, porque en la Revolución Mexicana me tocó vivir una época similar a la de los personajes de Azuela. El paralelo es perfecto entre Luis Cervantes y Demetrio Macías, de *Los de abajo*, con Esteban Enciso y Bartolo Bacasegua, de mi libro *Yórem Tamagua*. La diferencia es grande, inmensa, entre la circulación de mi primera y única novela, y la excepcional difusión de *Los de abajo*, que se ha reproducido y se sigue imprimiendo en infinidad de ediciones. Sólo una persona que haya vivido dentro de la Revolución puede escribir en la forma clara, valiente, acertada y terrible como lo hace Mariano Azuela, en su narración de las campañas del guerrillero Demetrio Macías. Yo pude ver muchas de las espantosas escenas que vivió Azuela; pero no alcancé a contarlas con la fuerza y el dramatismo que él emplea. Me place ser admirador entusiasta de don Mariano, ya que no me fue dable emularlo.

Los de abajo atraen y entusiasman desde la primera hasta la última página. He aquí un fragmento del libro, al principio: "Todo era sombra todavía cuando Demetrio Macías comenzó a bajar al fondo del barranco. El angosto talud de una escarpa era vereda, en-

tre el peñascal vetado de enormes resquebrajaduras y la vertiente de centenares de metros, cortada como de un solo tajo”.

Veamos estos renglones de mitad del libro:

“Su sonrisa volvió a vagar siguiendo las espirales del humo de los rifles y la polvareda de cada casa derribada y cada techo que se hundía. Y creyó haber descubierto un símbolo de la Revolución en aquellas nubes de humo y en aquellas nubes de polvo que fraternalmente ascendían, se abrazaban, se confundían y se borraban en la nada.”

Al finalizar hay renglones como éstos: “Arboles, cactus y helechos, todo parece acabado de lavar. Las rocas, que muestran su ocre como el orín las viejas armaduras, vierten gruesas gotas de agua transparente”.

“El humo de la fusilería no acaba de extinguirse. Las cigarras entonan su canto imperturbable y misterioso; las palomas cantan con dulzura en las rinconadas de las rocas, ramonean apaciblemente las vacas”.

“La sierra está de gala; sobre sus cúspides inaccesibles cae la niebla albísima, como un crespón de nieve sobre la cabeza de una novia.”

*

* *

Sin tiempo para extenderme sobre otros libros de Azuela, me detendré, así sea brevemente, en su biografía novelada *Pedro Moreno el insurgente*. La prócer ciudad de Lagos tiene el orgullo de contar entre sus glorias regionales a cuatro varones ilustres, que son honra de la patria mexicana: don Pedro Moreno, el insurgente que dio su segundo nombre a Lagos; el padre Agustín Rivera, sacerdote liberal que se distinguió como historiador y por sus narraciones de la vida pueblerina; Francisco González León, notable poeta provinciano, como López Velarde y Martínez Valadez, que cantó a la tierra natal y nos dejó un libro subyugante y evocador: *Campanas de la tarde*; y Mariano Azuela, el médico rural que llegó a ser el mejor maestro de la novela en México.

Con entusiasmo y simpatía, Azuela escribió el bosquejo biográfico de su conterráneo don Pedro Moreno. La obra atrae por su estilo original y su lectura provoca gran admiración hacia el héroe legendario, que en un período difícil para las fuerzas insurgentes, sostuvo el pendón de la Independencia en el centro del país. Compenetrado del carácter del esforzado libertador don Pedro Moreno, el escritor

de Lagos lo define en estas palabras concretas: "Quienes sientan la fascinación de los costosos entorchados, de las rumbosas marchas guerreras, gestos bellos, frases altisonantes y otras payasadas de los grandes generales, en vano quieran saber quién fue el insurgente Pedro Moreno".

*

* *

Conocí al doctor Mariano Azuela en los últimos años de su vida. Lo traté poco, pero tuve la oportunidad de visitarlo en su hogar de la colonia Santa María. Su casa era de un solo piso y recordaba a las de provincia. Hubiese podido estar en alguna población del interior: en Aguascalientes, León, Irapuato, o en la propia Lagos. Los muebles seguramente habían sido traídos desde el solar nativo, las sillas eran austriacas, de bejuco, y había rinconeras y consolas de las que se usaron mucho a principios del siglo. Se advertía desde luego que el señor Azuela gustaba hacer vida provinciana, a un paso del corazón de la gran ciudad. Me halagó mucho oír a don Mariano, cuando fui recibido por él con esta deferente exclamación:

—Yo lo he leído mucho, desde *Sonot*. Conozco todo lo que ha publicado.

*

* *

Me atrajo de don Mariano Azuela su manera de ser: un hombre independiente, que no pedía nada a nadie, que vivía de su trabajo intelectual y se mostraba orgulloso de ser un rebelde. Llegó a pertenecer al Seminario de Cultura y al Colegio de México. Tengo para mí que esos puestos no los obtuvo por solicitud suya: se le concedieron por sus merecimientos. No fue académico de la Lengua ni le preocupó nunca pertenecer a otras instituciones o sociedades científicas. Lo único que le interesaba era su propia vida: decorosa, sencilla, apacible ¡Fue un rebelde! Así lo demuestran sus libros y así lo exhibió en su trato diario.

*

* *

Cuando en los primeros años de los cuarentas estuve como secretario del P.E.N. Club, varias veces fui comisionado para invitar al doctor Azuela a nuestras sesiones-comidas. Casi siempre teníamos algún visitante distinguido. En la mayor parte de los casos, don Mariano me decía:

—A esa sesión no voy. Es inútil que insistan en llevarme. No iré.

Y no iba.

Sólo en dos ocasiones accedió a presentarse en el P.E.N. Club: cuando recibimos a su amigo Rómulo Gallegos, y con motivo del homenaje que rendimos a un viejo prócer de las letras españolas: don Antonio Zozaya.

Entonces sí asistió el señor Azuela, fue puntual y se empeñó en cubrir el importe de su cubierto. ¡Así era él!

SEGUNDA PARTE
EL SESQUICENTENARIO
del
SITIO DE CUAUTLA



SRIA. DE COORDINACION
INST. DEL REINTEGRACIONISTAS
de la
REVOLUCION MEXICANA
BIBLIOTECA

Por su importancia histórica, su benigno clima y sus manantiales que brindan agua saludable, Cuautla es una ciudad que atrae a numerosas personas del valle de México y de los Estados circunvecinos. En sus cercanías hay pueblitos con templos suntuosos de la época colonial, como el de Yecapixtla, que visitan constantemente turistas y viajeros a quienes asombra con sus ricos adornos y la grandiosidad de su emplazamiento. Es una iglesia digna de una ciudad tanto o más importante que la misma Cuautla. Así como hay otros templos soberbios en otras aldeas humildes.

A la vista de Cuautla están nuestros grandes volcanes, el Popo y la Izta; el primero, sobre todo, se levanta airoso para dominar el valle de Amilpas que comienza al bajar de Nepantla, cuna de Sor Juana Inés de la Cruz. En la vecindad de Cuautla, además de veneros convertidos en balnearios, hay numerosos parajes dignos de la fotografía. Así se explica que Cuautla sea, entre las ciudades cercanas a la capital de la República, la que en más ocasiones ha dado escenarios para la producción cinematográfica. Es popular entre los directores, artistas y fotógrafos que laboran en la industria del celuloide.

Se acercaban los 150 años de la portentosa hazaña histórica del Sitio de Cuautla y no se había iniciado la formulación de un programa formal para celebrarse. Mi amigo el ingeniero Jesús Amaya Topete, distinguido hombre de letras y notable historiador, comenzó a mover el asunto entre los miembros de la Sociedad Amigos de Cuautla, de la que es animador y dirigente. A moción del propio Amaya, me propuse tratar el sugestivo tema en mis artículos de colaboración a Excélsior. Con cuatro de aquellas notas he formado la relación de los festejos del Sesquicentenario.

Cuando todavía no sabíamos en Cuautla cómo serían los festejos para recordar los hechos ocurridos en esa población, del 19 de febrero al 2 de mayo de 1812, solicité audiencia del señor gobernador del Estado, para ofrecerle espontáneamente mi colaboración; pero, a pesar de haber sido citado en dos ocasiones, el señor gobernador

no me recibió. La segunda vez me dejó recado, para que tratara mi asunto con el señor secretario de gobierno y al expresar a este señor las opiniones del ingeniero Amaya y mías, en el sentido de que las celebraciones deberían comenzar en la fecha del primer asalto de Calleja a la ciudad, el distinguido funcionario me advirtió:

—El 19 de febrero no será celebrado.

A pesar de tan autorizada advertencia, insistimos en que se recordara la jornada decisiva que dio lugar al sitio y tuvimos la satisfacción de ver en Cuautla, precisamente el 19, al señor Comandante Militar del Estado de Morelos, al señor gobernador constitucional y al propio secretario de gobierno. El acto se verificó en el hemiciclo de Morelos, en la antigua alameda y frente al fuerte de San Diego, que fue baluarte y cuartel del intrépido insurgente Hermenegildo Galeana. ¡Con qué emoción constatamos el interés y cariño del pueblo de Cuautla, hacia los héroes y sus acciones bélicas! ¡Con qué entusiasmo asistieron los niños de las escuelas y sus profesores! ¡Cómo se aplaudieron los cuadros plásticos, especialmente cuando aparecía el estudiante que caracterizaba a Morelos, serio y muy poseionado de su papel y con el paliacate rodeando su cabeza, sobre la frente, en la forma como se nos presenta al caudillo en todas sus fotografías!

Pocas semanas después de aquellos festejos, algunos ciudadanos del Estado de Guerrero, me pidieron que diera una conferencia sobre su conterráneo, el valiente guerrillero suriano don Hermenegildo Galeana. Acepté el encargo y en seguida pude darme cuenta de la escasez de datos sobre la vida de tan ilustre insurgente. Me habían ofrecido una biografía del héroe; pero no la encontraron. Consulté libros de Historia y a personas enteradas de los sucesos más notables de nuestra guerra de independencia y al fin pude bosquejar el intento de biografía de Galeana, que presentaré en las siguientes páginas. Pido mil perdones a los lectores por la deficiencia de mi trabajo y solicito al mismo tiempo que se le vea con benevolencia, en gracia de la buena intención que lo animó.

A 150 AÑOS DEL SITIO

Casi en la misma fecha del centenario de la gloriosa batalla del 5 de mayo, va a celebrarse el sesquicentenario del no menos memorable sitio de Cuautla. El 2 de mayo de 1812, a las órdenes del intrépido Morelos, los insurgentes rompieron el sitio impuesto por el feroz Calleja a la ciudad que desde entonces adquirió la categoría de histórica. El nombre de Cuautla se une al de Morelos al recordar la gloriosa hazaña en que se puso a prueba el valor, la entereza y el talento militar del genio de la Independencia. Cuautla es grata a los mexicanos desde que Morelos la inmortalizó con el heroísmo de las tropas insurgentes, que asombraron al mundo con su denuedo, patriotismo y espíritu de sacrificio. Los nuestros lucharon como espartanos y pusieron en ridículo al más famoso de los generales realistas.

UNA PEQUEÑA CIUDAD

No obstante ser tan vieja, Cuautla es todavía una ciudad pequeña. No ha perdido su aspecto pueblerino, a pesar de que ya cuenta con calles asfaltadas, drenaje y servicio de agua potable. Su alumbrado eléctrico es deficiente, como el de cualquier pueblo alejado de la civilización. Cuautla vive de la agricultura. En sus campos bien cultivados prosperan el arroz y la caña de azúcar; varias plantas tropicales, como el plátano y la papaya; el melón, la sandía, el tomate y las hortalizas. Fuera de dos ingenios azucareros, hay pocos establecimientos industriales. Su comercio es activo, pues abarca a varios pueblos vecinos y se encuentra en el cruce de carreteras importantes. El turismo deja a Cuautla algunos ingresos, pero no tantos como merece. El clima es benigno por más que algunos lo encuentren caluroso, porque no han estado en poblaciones de la frontera norte del país ni en Monterrey. Su altura sobre el nivel del mar es de las más apropiadas para vivir a gusto: 1,300 metros. Es decir, está 250 metros más abajo que Cuernavaca y a 1,000 metros abajo de la ciudad de México.

EL TURISMO EN CUAUTLA

Para los investigadores de nuestra Historia, esta ciudad tiene todavía mucho que descubrir, algunos hechos que dilucidar, fechas y nombres por corregir. Nuestro dilecto amigo el historiador Jesús Amaya Topete, enamorado de Cuautla se dedica actualmente a desentrañar su pasado y acaba de integrar un mapa completo de la ciudad, sus suburbios y sus límites con pueblos o propiedades vecinas, que será útil a los estudiosos y para los turistas. Los nombres de las calles de Cuautla se refieren a los hechos más relevantes de la ciudad; hay una con el de *El niño artillero*, otra se llama *Defensa del agua*, otra más lleva la fecha inolvidable del *19 de febrero*, otra es de *Galeana*, la de más allá de los *Bravo*, la de *Ayala*, etcétera. Los turistas tienen para visitar el antiguo convento de San Diego, el viejo hospital, los restos del acueducto, el río histórico, la casa que sirvió como cuartel a Morelos, el mercado típico y muchos lugares de interés en los alrededores de la población. Hay un campo de golf en Cocoyoc, a 7 kilómetros de Cuautla.

AGUAS MEDICINALES

Por estar situado en las estribaciones del Popocatepetl el valle de Amilpas, en que se asienta Cuautla, abundan ahí los manantiales de aguas termales. El gran balneario de Agua Hedionda, que recibe varios millares de capitalinos durante los fines de semana; los más calientes baños de Atotonilco, situados a veinticinco minutos por la carretera a Matamoros Izúcar; los baños de río en Las Estacas, a treinta minutos; y las numerosas albercas de la propia ciudad, con aguas a la temperatura del cuerpo humano. Las de Agua Hedionda son sulfurosas y todas las demás tienen en mayor o menor grado propiedades radiactivas. Esto significa que yendo a Cuautla se está en medio de muchos manantiales de aguas curativas y de baños en que pueden practicarse los deportes acuáticos.

EL 19 DE FEBRERO

Tan importante en los fastos históricos de Cuautla es el 19 de febrero de 1812, que es necesario recordarlo ahora que se aproxima el 2 de mayo. Ese día de febrero fue escogido por Calleja para

apoderarse de Cuautla. Al frente de cinco mil hombres y muchas piezas de artillería, realizó un incontenible avance hasta el centro de la ciudad. Había invitado a su esposa —la generala— a comer en Cuautla. Pero los insurgentes no cedieron. Armados con rifles unos cuantos, los más con machetes, flechas y hondas, a golpes de todas clases y a pedradas fueron rechazadas las brillantes tropas de la división del Centro, traídas desde San Luis Potosí, en son de triunfo, por el ingeniero y general Calleja. Hubo un momento en que el jefe realista, que se encontraba a poca distancia del cuartel de Morelos, se dio cuenta de que las balas de cañón que caían a sus pies procedían de su propia artillería. Ante aquella confusión. Calleja no tuvo otro remedio que ordenar la retirada. El ímpetu de los insurgentes subió de punto y en pocas horas los realistas fueron lanzados hasta más allá de Cuautlixco. El héroe directo de aquella gloriosa jornada había sido don Hermenegildo Galeana, el del valor temerario y las resoluciones imprevistas. El enemigo nunca pudo adivinar hasta dónde llegaría la intrepidez de aquel bizarro jinete de las costas de Guerrero, cuando entraba furiosamente al combate. Galeana fue el brazo derecho de Morelos en la inolvidable gesta de Cuautla.

AMIGOS DE CUAUTLA

Porque estiman el gran valor histórico de la pequeña ciudad y disfrutan de sus encantos atraídos por su clima, un grupo de mexicanos de otras regiones del país se ha unido a viejos cuautlenses para constituir una sociedad desinteresada y espontánea, que han llamado “Amigos de Cuautla”. Su nombre lo dice todo.

CUAUTLA DE MORELOS

Parece como si las ciudades tuvieran alma. Si así fuera encontraríamos que ninguna fue más grata a Hidalgo que Dolores; seguramente que Morelos preferiría a Cuautla; Juárez y Carranza votarían por Veracruz y para Obregón no habría otra como Celaya.

Morelos era ya un gran general cuando fue a atrincherarse en Cuautla y en esta ciudad adquirió mayor prestigio y renombre. Con el sitio de Cuautla la gloria de Morelos cundió por el mundo. Desde entonces el cura inmortal pasó a la Historia con un título que nadie puede disputarle: ¡el genio de la guerra de Independencia!

LA EPOPEYA DE 1812

Es verdad que la fecha que más recordamos es el 2 de mayo, cuando el intrépido cura Morelos rompió el sitio y burló a Calleja, el infatuado general realista. Digno de remembranza es también el 19 de febrero, cuando los españoles fueron rechazados de Cuautla por los insurgentes. El más distinguido general en los combates de ese día fue el bravo suriano don Hermenegildo Galeana, quien defendió heroicamente el templo y el convento de San Diego. El sitio se prolongó desde el 19 de febrero hasta el 2 de mayo, sin que Calleja pudiera rendir la plaza. Cuando se piensa en que los soldados de Morelos carecían de armamento y tenían que defenderse a machetazos o con las piedras que lanzaban por medio de hondas; en que carecían de alimentos y por temporadas hasta de agua para beber; en que era imposible proveerse de artículos de primera necesidad y la tropa comía no sólo iguanas sino sabandijas, se tiene que considerar la clase de jefe que era Morelos, su personalidad arrolladora y su carácter inflexible. Lo adoraban sus hombres y lo seguían sin vacilaciones. Era el primero en acudir a los sitios de mayor peligro. Resistía las más grandes privaciones. Fue un hombre entero, abnegado y capaz de resistir todos los sacrificios, en su lucha por el ideal de libertad. Al conjuro de su nombre, Morelos pudo lograr que cada uno de los defensores de Cuautla fuera un héroe.

Durante la guerra de independencia, que duró once años, no hay un hecho tan glorioso ni tan conmovedor como el sitio de Cuautla. Es éste un episodio que levanta los corazones y enorgullece a los mexicanos. Los defensores de Cuautla nos enseñaron a ser patriotas. ¡Qué manera de entregarse a la nación, aportando todo, hasta sus vidas, para conquistar el honor de ser libres! Faltan historiadores y poetas que repitan y ensalcen las hazañas de estos gladiadores inmortales. ¿Cuándo tendremos una Oda a Cuautla y un Canto a Morelos dignos de la grandiosa epopeya?

Pasarán los años y, en vez de borrar el recuerdo del sitio de Cuautla, el tiempo terco hará resaltar, cada vez en caracteres más claros y precisos la trascendencia de aquellas jornadas en que un grupo de mexicanos resueltos defendieron con honor y gloria un jirón de nuestro suelo y la dignidad de una patria nueva que surgía.

CIUDAD EVOCADORA

Muy pocas ciudades de México tienen tantos lugares de evocación como Cuautla. Aquí casi todas las calles y hasta las casas con-

servan episodios del sitio famoso. Es que la ciudad en 1812 ocupaba una área pequeña y las distancias entre los barrios parecían muy largas. Como a todas partes se iba a pie, se tenían por muy alejados unos lugares de los otros. Durante el sitio se habló mucho de estos pueblos o parajes cercanos a Cuautla: Santa Inés, Cuautlixco, Juchitengo, la Gualupita, Amilcingo, la Barranca Hedionda, las lomas de Zacatepec, Buenavista, el Hospital, el Calvario, San Diego... Una relación, así sea incompleta, de los nombres de las calles que recuerdan hechos históricos, la presento en seguida: de los Bravo, Galeana, del Padre Sámano, del sureño Carranza, callejón de la Esperanza, Fin de Rul, callejón de Bolas sin Cabeza, callejón de la Traición, del Temor, callejón del Castillo, de Ayala, del Padre Matamoros, de la escolta de Morelos, del Cañoncito Niño, de la Retirada de Calleja, Angustias de Calleja, de Trujano, de la Defensa del Agua, calle del 19 de Febrero, del Segundo Viernes y la calle del Fortín (que construyó Galeana, para defender el manantial de Juchitengo).

Lo asentado demuestra que Cuautla merece que a su nombre se anteponga la H. Le corresponde por derecho legítimo que se le llame la Heroica Cuautla.

PARA EL 19 DE FEBRERO

Hemos tenido el gusto de conocer en Cuautla a un grupo numeroso de hombres que nacieron en esa región y que se consideran honrados por descender de los patriotas que defendieron heroicamente a la pequeña ciudad que adquirió categoría histórica desde el sitio de 1812. Entre esos hombres celosos del nombre y del prestigio de su terruño hay maestros de escuela, agricultores y comerciantes, quienes han estudiado con cariño todo lo que se ha escrito sobre Cuautla: por los antiguos historiadores como Bustamante, Alamán, Zavala y Montero y por los modernos entre quienes se cuentan Frías, Teja Zabre, Urquizo y Chávez Orozco.

Los cuautlenses y algunos amigos avecindados en Cuautla, habían propuesto varios puntos de programa para conmemorar los 150 años del 19 de febrero. Entre esas proposiciones figuraban las siguientes:

1. Que la noche del 18 de febrero se llevase desde Jantetelco —la tierra de Matamoros— una antorcha que se colocaría al pie de la estatua de Morelos, en Cuautla, para servir como lámpara votiva hasta el 2 de mayo.

2. Que en los lugares históricos de Cuautla y pueblos circunvecinos se colocaran placas reseñando en forma breve los hechos ocurridos en cada uno de ellos. Establecer después la costumbre de visitar esos sitios, por orden, con el fin de que los turistas y los estudiosos hicieran un recorrido que pudiera llamarse "la ruta del patriotismo".

3. Lograr que durante todos los días correspondientes al sitio de Cuautla se hicieran honores a la bandera, en los momentos de ser izada y cuando se le arriara.

En estos actos se procuraría que, además de los soldados de la guarnición, participaran los niños de las escuelas. Una de las banderas sería colocada en la casa de Morelos, que le sirvió como cuartel general durante el sitio.

4. Que del 19 de febrero al 2 de mayo, se dieran conferencias en las escuelas de Cuautla y en lugares públicos, para que todos los habitantes de la ciudad estimen la significación del sitio que tiene en nuestra historia y la obra portentosa del insigne prócer don José María Morelos y Pavón.

PARA EL 2 DE MAYO

Tomando en cuenta el papel preponderante que Morelos tiene en la Historia de México, los actos que se celebren el próximo 2 de mayo deberían alcanzar proporciones de festividades nacionales. Morelos no fue solamente un gran caudillo militar, sino un ciudadano esclarecido que tuvo la visión de lo que sería la patria mexicana. Su afán de dar a la nación una carta constitutiva lo hizo declararse protector y guía del primer Congreso Constituyente de México, que dictó la Carta Magna de Apatzingán en 1814. Morelos fue también el primero de nuestros caudillos que luchó por la redención del indio y por que cada campesino tuviera su parcela para trabajarla en su bien y en provecho de la patria. Morelos fue un visionario y un verdadero estadista. Nació en Valladolid, ciudad que ahora lleva su nombre; pero más le corresponde ser de Cuautla, porque en esta tierra conquistó el triunfo más resonante y el respeto de los adversarios realistas. Cuautla es de Morelos tanto o más que Valladolid.

EN ESTADO DE SITIO

Para responder al hecho histórico que merece ser recordado con toda su grandeza, el honorable Ayuntamiento de Cuautla decretó

que la ciudad permanezca en estado de sitio, simbólicamente, del 19 de febrero al 2 de mayo del año en curso. Así ha comenzado a celebrarse el CL aniversario de la jornada de la Independencia, aquella lucha que duró once años y no tuvo acción de armas más gloriosa que el sitio de Cuautla.

Se había anunciado que la conmemoración del sitio iba a concentrarse en el 2 de mayo, la fecha en que Morelos lo rompió burlando al feroz Calleja. Sin embargo, el comandante militar de la zona del Estado de Morelos, general Pascual Cornejo Brun, solicitó de la Secretaría de la Defensa Nacional que se le proporcionase una batería de cañones para hacer salvas de artillería el 19 de febrero, en celebración del sesquicentenario del sitio y con objeto, además, de rubricar los festejos del Día del Ejército. A la iniciativa del general Cornejo Brun se unieron las de algunos ciudadanos cuautlenses, quienes pedían no dejar inadvertido el 19 de febrero, que fue la fecha en que se inició el sitio con una victoria estruendosa de los insurgentes.

A las puertas de Cuautla había llegado el infatigable general Calleja, con tropas escogidas y con los laureles todavía frescos de sus victorias en Puente de Calderón y en Aculco. Llegaba seguro de aplastar a Morelos en unas cuantas horas. Disponía de un ejército muy superior en número y en elementos de combate. Iba bien abastecido, llevaba buena artillería y sus hombres tenían a su alcance provisiones de boca y municiones en abundancia. Todo estaba en favor del general realista; pero al otro lado lo esperaba don José María Morelos y Pavón.

*

* *

El 18 de febrero Morelos hizo un reconocimiento del terreno, hasta cerca de Cuautlixco, y estuvo a punto de ser reconocido por los realistas que lo rodearon sin advertir que era el general en jefe enemigo. Don Hermenegildo Galeana acudió en su auxilio y con sus lanceros de la costa pudo rescatarlo y lo escoltó hasta sus posiciones de Cuautla. El día 19, a la salida del sol, avanzaron sobre la población que era su objetivo las cuatro columnas que Calleja había organizado para tomar la plaza en unas cuantas horas. El jefe realista estaba seguro de poder almorzar en el centro de Cuautla, hacia donde ordenó que lo siguiera su esposa en un carruaje especial. Se creía que el primero de los reductos defendido por los insurgentes, o sea el convento de San Diego, se rendiría en menos de 2 horas. Todo fue

en vano. Exactamente San Diego fue la fortificación que lanzó más fuego de fusilería y de metralla sobre los realistas y de donde salió un mayor número de combatientes a enfrentarse a los invasores, cuerpo a cuerpo. Era que Galeana, precisamente don Hermenegildo, mandaba en aquella fortaleza. El impetuoso general guerrerense, siempre en la línea de ataque, dirigió con tal acierto la defensa del convento de San Diego, que al poco tiempo pudo tomar la ofensiva en vez de esperar que los realistas los atacaran. Calleja tuvo que ordenar la retirada, al darse cuenta de la confusión en que se encontraban sus hombres, los cuales habían comenzado a disparar sus cañones con tal desconcierto que sus balas iban a estallar entre las mismas tropas atacantes. En El Calvario y por Buenavista fueron derrotados también los invasores, quienes tuvieron que replegarse hasta Santa Inés y Cuautlixco. Aquella jornada del 19 de febrero demostró a Calleja que no iba a ser fácil tomar la plaza de Cuautla, defendida por un jefe de la talla de Morelos.

Los cuautlenses de ahora, que conocen muy bien la historia del sitio, lograron que la recordación de tan brillante victoria se celebrara dignamente el 19 de febrero. A las 6 de la mañana se escuchó la primera salva de los cañones. A las 6.30 la segunda. La tercera, en momentos de dar principio la ceremonia cívica ante la estatua del generalísimo, poco después de las 7 horas. El acto que se desarrolló en el hemiciclo de Morelos fue solemne y conmovedor. Primero tocó la banda. Después entraron los corredores, con las antorchas llevadas de estas cuatro poblaciones: de Valladolid-Morelia, tierra del gran caudillo; de Tecpan, aldea de la costa guerrerense, de donde vinieron los Galeana; Chilpancingo, cuna de los hermanos Bravo; y Jantetelco, de donde vino el intrépido Matamoros. Los corredores que llevaron las antorchas, haciendo servicio de estafetas, se formaron a los lados de la estatua de Morelos y lucieron sus trajes blancos de deportistas. Con el fuego de las cuatro antorchas el gobernador del Estado, teniente coronel López Avelar, encendió la lámpara votiva colocada en el centro del monumento.

Los números literarios fueron cuatro: sendos mensajes de los gobernadores de Michoacán y de Guerrero, licenciados Franco Rodríguez y Martínez Adame, en los que expresaron en términos entusiastas y cordiales su simpatía por el acto que celebraba su colega de Morelos; en seguida la respuesta del gobernador de Morelos, López Avelar, en que también con frases bien cuidadas agradeció los saludos de los primeros mandatarios de Michoacán y de Guerrero, y exaltó la figura del ilustre cura de Carácuaro como héroe y artí-

fice de nuestra nacionalidad; por último, el doctor Estrada Sánchez, presidente municipal de Cuautla, leyó el acta del cabildo en que se declara que la ciudad se halla en estado de sitio, simbólicamente, del 19 de febrero al 2 de mayo de 1962.

A las 11 de la mañana, en el mismo hemicycleo de Morelos, se llevó al cabo otra función cívica, en que tomaron parte principal los niños de las escuelas. En este acto hubo una numerosa concurrencia, interesada en oír y pregonar todo lo que se relaciona con el sitio de Cuautla. Además de los números musicales y dos discursos, se presentaron varios cuadros plásticos, sobresaliendo un simulacro del asalto de Calleja, la acción del niño artillero y la presentación de los tres más notables paladines de la jornada: Morelos, Galeana y Matamoros.

*

* *

Hay que reconocer que las conmemoraciones de Cuautla se deben, sobre todo, a los profesores de las escuelas, entre quienes hay algunos historiadores bien enterados de las luchas por nuestra independencia, y un grupo de personas a quienes interesa dar a conocer todo lo bueno que pueda decirse de Cuautla. Citaremos entre éstas al incansable escritor, geógrafo e historiador Jesús Amaya Topete; al presidente municipal, doctor Fernando Estrada Sánchez; al señor Pedro Benítez Hernández, al profesor Solís, al señor Menchaca, ex presidente municipal; al señor Ceferino Sánchez Yáñez, al señor Juan Peña Chávez, al profesor Gallegos, director de la escuela "Plan de Ayala"; al general Javier Ordóñez y al señor Eugenio López Guerra. También el señor coronel, jefe de la guarnición de Cuautla, ha mostrado gran interés y apoyo para la celebración de los actos de recordación del glorioso sitio.

En resumen, podemos afirmar que los cuautlenses están mostrando devoción y cariño, en prueba de gratitud hacia los hombres que defendieron este jirón de la patria, a las órdenes del incommensurable Morelos.

LOS PROFESORES DE CUAUTLA

—El día 4 de abril de 1962 hubo una fiesta cívica muy importante.

—¿En dónde?

—En la sitiada, simbólicamente, ciudad de Cuautla.

Y mi amigo se entusiasma al relatar la ceremonia, efectuada junto a la estatua colosal de Morelos, en el parque Allende. Lo triste es que estos esfuerzos del profesorado cuautlense no trasciendan. Todo se queda en casa. Hasta hoy las fiestas del sesquicentenario sólo han interesado a la buena gente de Cuautla y los homenajes a Morelos no han tenido resonancia. Fiestas cívicas lugareñas de las que sólo unos cuantos se enteran.

El tema desarrollado fue el siguiente: “Los realistas atacan el baluarte; pero son rechazados, con pérdidas considerables para los insurgentes”. El baluarte había sido construido entre las balaceras del enemigo, por el intrépido general Hermenegildo Galeana. La lucha por el agua fue tremenda. Varias veces lograron cortarla los españoles y otras tantas fue recuperada y puesta de nuevo en servicio por los insurgentes. Es que los jefes de los ejércitos combatientes sabían lo que significaba la sed para el hombre, sobre todo en tierra caliente. Se puede aguantar el hambre; pero la sed es algo que desespera y hace desfallecer. Calleja se propuso no dejar que entraran víveres en la ciudad sitiada y lo logró. En cambio, no pudo impedir que el manantial de Amilcingo siguiera siendo la principal fuente de abastecimiento de agua, para los defensores de Cuautla. El «héroe del agua» fue el decidido señor don Hermenegildo Galeana”.

Merecen un aplauso los organizadores de este festival cívico, en el que participaron los alumnos de las escuelas “Plan de Ayala” y “José María Morelos”. Es encomiable el afán de los directores de las escuelas de Cuautla, de inculcar en la niñez sentimientos patrióticos y el culto a los grandes héroes de México. Debemos conservar los nombres de esos señores profesores, con gratitud: Arturo J. Gallegos María, Teodoro Sánchez Pineda, Abraham Rivera Sandoval, Francisco Palacios Ramírez, Rebeca Gutiérrez Panduro, Ernesto Carreño Monsalvo y Agustín Rebolledo Mávil. A tan distinguido magisterio han dado impulso y apoyo estos tres caballeros: Pedro Benítez Hernández, presidente de la H. Junta de Mejoramiento; el presidente municipal de Cuautla, doctor Fernando Estrada Sánchez y el inspector de la zona escolar, profesor J. Dolores Magdaleno Vega.

En el programa, desarrollado ante una gran concurrencia, explicó la significación del acto el profesor Francisco Galeana y después se presentó un simulacro de la defensa del agua. Los siguientes números del programa muestran la significación y objeto que tuvieron:

a) corriente de agua que abastecía a Cuautla; *b)* desviación de la corriente por Llano, llevando el ejército Lovera; *c)* reconstrucción del canal y la corriente por el general Hermenegildo Galeana; *d)* construcción del fortín; *e)* defensa del agua en constante lucha; *f)* bailables de la época, en medio de la fusilería enemiga; *g)* mujeres de todas las clases sociales, ayudando al ejército insurgente; y *h)* coronación de los héroes: Morelos, H. Galeana, L. Bravo y Mariano Matamoros.

En medio de la alegría de aquella fiesta infantil se oían los suaves disparos de unos cañoncitos atacando las débiles trincheras enemigas, y se cuidaba de no destruir el simulado canal del agua, improvisado con cajones y pinturas plateadas. Digna de alabanzas fue la actitud del señor Morelos, representado por un muchacho chaparro, regordete, con bastante parecido al cura de Carácuaro. Este Morelos se toma muy en serio y ha figurado en todas las celebraciones relacionadas con el sitio de Cuautla.

*
* *

Es penoso que haya todavía en México gente que no sepa la significación del Sitio de Cuautla, en el que Morelos demostró su extraordinario valor como general y caudillo. Además de ser la hazaña más heroica, el Sitio de Cuautla es seguramente la jornada más brillante en la lucha por la independencia, iniciada por el Padre Hidalgo en 1810. Hay tal desconocimiento de este hecho relevante, que hace pocos días un señor me preguntaba:

—¿Dónde murió Morelos, en Ecatepec o en Cuautla?

Tuve que responderle así:

—En San Cristóbal Ecatepec. ¡Válgame, señor!

HERMENEGILDO GALEANA

Comienzo por agradecer a la Dirección de Acción Social del Departamento del Distrito Federal, el haberme invitado a sostener esta plática sobre Hermenegildo Galeana, uno de los héroes más preclaros en nuestra guerra de Independencia, cuyo segundo centenario de nacimiento se cumplió recientemente, pues vino al mundo el 13 de abril de 1762. Autorizado para sostener una conversación con ustedes sobre Galeana, he de confesar que no pude obtener suficientes datos de su vida, a pesar de que en la búsqueda me ayudaron gentes del Estado de Guerrero. Hace unos días se presentó en mi oficina un joven estudiante, con tarjeta de recomendación de un buen amigo mío. Al interrogarlo le pregunté dónde había nacido. Me contestó que en Tecpan. Cuando le pedí que me dijera su nombre, contestó: Ignacio Morales. Al pedirle su segundo apellido, me dijo sencillamente: Galeana.

—¿De Tecpan y Galeana? Vaya, no puede usted traerme mejores recomendaciones. Diga a mi amigo que su tarjeta no le sirvió.

Y ha sido precisamente Ignacio Morales Galeana, uno de mis mejores colaboradores en este pequeño estudio. Otro de los guerrerenses que me ayudó con interés, fue el ingeniero Fernando López.

El estado de Guerrero, tan cercano a la capital de la República, ha sido uno de los de menor población y más olvidados de México. No tiene grandes extensiones de tierras para el cultivo y en sus montañas sólo esporádicamente se han explotado metales preciosos. Es árido y agreste. Sus moradores son gente emprendedora y de acción. Abundan en Guerrero los hombres inteligentes y ávidos de cultura. Desde tiempos remotos han figurado en la Historia, por sus hazañas bélicas o por su participación en la política nacional. Cuando el gran Morelos recibió del padre Hidalgo instrucciones para insurreccionar el sur, marchó a Guerrero, donde pudo aumen-

tar considerablemente su ejército, pues entre los moradores de la costa había muchos patriotas, decididos a luchar por la causa sagrada de la libertad. La primera población de importancia que encontró Morelos fue Tecpan, que significa tierra del rey. Antes había estado en la hacienda de las Balsas, donde cruzó el río del mismo nombre y siguió hasta Coahuayutla, donde se le unió el capitán Rafael Valdobinos; continuó hasta Zacatula, pasando a Petatlán, donde se le incorporó el sargento Bautista Cortés. Pero Morelos no se detuvo en trabajos de organización hasta llegar a Tecpan, después de pasar por San Luis de los Boberanes (La Loma). En Tecpan se encontraba al frente de la guarnición el teniente coronel Juan Antonio Fuentes, jefe de la tercera división de las milicias de la costa, quien no se atrevió a combatir a Morelos por temor a la familia Galeana, nativa del lugar, que simpatizaba con los insurgentes y que gozaba de gran influencia en toda la Costa Grande.

Tecpan es una aldea como a ocho kilómetros del mar, entre Acapulco y Zihuatanejo. Rivaliza con Atoyac por su agricultura y comercio. Pertenece a la tierra caliente y se halla apenas a veinte metros sobre el nivel del mar. Sufre de calor durante todo el año, especialmente en los meses de mayo al de agosto. La cruzan un río bienhechor y el camino real, que actualmente es carretera magnífica entre el opulento Acapulco y el pintoresco Zihuatanejo. La sierra comienza a diez kilómetros de Tecpan. Seguramente que a fines de 1811, cuando alojó a Morelos, la pequeña población no tenía ni un millar de habitantes. En el censo de 1960 apenas pudo contar 5,855 moradores.

Como pueblo alejado de la urbanística moderna, en Tecpan casi todas las casas son de adobe y tienen corredores (o portales) al lado de la calle; en las orillas las chozas son de zacate; pero en el centro se encuentran cinco o siete casas ya de tipo moderno, con azoteas de loza y muros reforzados de concreto. Sus calles son de tierra y algunas han sido empedradas, parcialmente. Tecpan fue elevada al rango de ciudad por el propio Morelos, cuando la hizo capital de la provincia que creó con el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, en homenaje a los hermanos Galeana, que se entregaron a él como esforzados capitanes y amigos leales.

Todavía ahora Tecpan tiene un aspecto triste y de abandono, tanto por lo viejo de sus construcciones, como porque no cuenta con ninguna otra riqueza. Sus raquíticos medios de vida abarcan

la agricultura, que produce poco maíz, frijol, copra y café; y en menor escala ajonjolí. En sus pobres talleres se fabrican machetes de buena calidad, huaraches cómodos y sillas de montar artísticas, famosas en el contorno. En Tecpan es conocida la casa que fue de don Hermenegildo Galeana: no tiene placa para identificarla y la habita una familia que no sabe quién fue su dueño.

Hay que pensar en lo que sería la vida en este pueblo tan apartado del mundo, en los días de la dominación española. ¡Cómo sería la vida rural en la Colonia, cuando todavía hoy, al acercarnos a los indios con deseos de servirles o para ofrecerles ropas o alimentos, desconfían de nosotros y con frecuencia rehúsan nuestras dádivas! ¡Con cuánta ferocidad serían castigados, que a pesar de todos los cambios habidos en el agro mexicano, los indios temen aproximarse al blanco y conservan una actitud de esclavos y una mirada de espanto, llena de terror! ¡Ignominiosa esclavitud, de la que pudimos salir sólo porque en nuestro suelo surgieron valerosos paladines y esforzados luchadores del ideal!, a quienes no podían atemorizar ni las bayonetas, ni los cañones, ni los uniformes de aquellos soldados realistas que servían al virrey. Frente a los pretorianos, los insurgentes tuvieron caudillos para levantar los corazones y vencer en la lid por la libertad y la patria. La lista es larga: Hidalgo, Allende, Morelos, Matamoros, los Bravo, los Galeana, Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Mina, Pedro Moreno, el patriota Torres, el cura Tapia, Ayala, López Rayón, Trujano. . .

En aquel rincón apacible y olvidado había hombres que soñaban con ser libres y tener una patria feliz. Eran sueños que parecían irrealizables. Sin embargo, a veces les llegaban de muy lejos voces de aliento, que les decían cómo otros pueblos habían logrado su emancipación. Un anhelo latente de luchar para ser libres, envolvía a los hombres que habían leído un poco o que estaban en contacto con viajeros que llegaban del norte y de la capital. Esto explica por qué, cuando el cura Morelos se presentó en Tecpan, el pueblo entero se puso a su servicio. Lo acogieron como a un salvador. Le entregaron todo lo que tenían: cosechas, mercancías, familiares para convertirse en soldados, caballerías, armas. Entre los primeros en ponerse al servicio de Morelos estuvieron los tres hermanos Galeana: Juan, José Antonio y Hermenegildo. Pronto sabría el genio de la guerra, la clase de contingente que le entregaba Tecpan.

Don Hermenegildo Galeana fue hijo de inglés y de mestiza. Era casi blanco, bien plantado, como de un metro y setenta y cinco centí-

metros de altura, de complexión normal y de naturaleza fuerte. Como buen hombre de campo, entendía del manejo de caballos, sabía mandar a la gente y podía interpretar los cambios del cielo para predecir la lluvia, el viento o las variaciones de la temperatura; y en las noches sabía orientarse por la posición de las estrellas en el azul del firmamento. Durante algún tiempo manejó la hacienda del Zanjón, de un primo suyo, que daba rendimientos para que todos sus familiares vivieran desahogadamente, sin privaciones. Los Galeana eran gente acomodada; pero al propio tiempo servicial y muy inclinados a favorecer a los pobres. Por eso fueron populares en Tecpan, lo cual favoreció a Morelos, quien gozó también de todas las simpatías de los tecpanenses, pudiendo así aumentar su contingente de guerreros, para las campañas que se proponía realizar.

Entre los materiales de guerra que los Galeana pusieron a disposición de Morelos en Tecpan, figuró un pequeño cañón al que, por sus dimensiones, le pusieron "el Niño". Este cañoncito fue usado por los insurgentes en muchas batallas, estuvo en los ataques al puerto de Acapulco y tomó parte en la defensa de Cuautla, durante el sitio famoso; y cayó en poder de los realistas cuando Morelos se decidió a romper el sitio, la madrugada del 2 de mayo de 1812.

Hay que imaginar cómo serían las marchas del ejército insurgente, en aquellos tiempos en que no había caminos, ni vehículos, ni mapas para orientarse; en que se tenían que cruzar los ríos sin embarcaciones apropiadas y remontar las más altas montañas, sin saber lo que encontrarían al otro lado. Todo se hacía intuitivamente, unas veces con éxito y otras yendo sin querer a la derrota. De ahí viene que nuestra admiración por héroes como Morelos y Galeana no tenga límites. En ellos había voluntad, resolución, firmeza y un valor espartano. Luchaban con armas primitivas: machetes, lanzas, hondas y con frecuencia los combates eran cuerpo a cuerpo. Usaban también rifles primitivos que sólo alcanzaban a herir de muerte a menos de cien metros de distancia. Para su artillería usaban balas metálicas, esféricas, que se cargaban por la boca de los mismos cañones. En caso de no tener balas, se cargaban con piedras bolas, del mismo tamaño que las balas de metal.

Y cuánta resignación y heroísmo se requerían para recorrer las distancias por veredas casi impenetrables y caminos intransitables. En jornadas de sol a sol el promedio de los recorridos era de diez a doce leguas y sólo en casos extraordinarios se alcanzaban de 60 a 70 kilómetros. En estos eventos sólo los muy buenos caballistas re-

sistían el trote largo de sus jamelgos. Ni fatigas ni privaciones afectaban el ánimo de los insurgentes, que no eran soldados de paga sino luchadores por un ideal. Los voluntarios de Tecpan siguieron a Morelos.

Con las intenciones de apoderarse del puerto, Morelos dejó a Juan Galeana en Pie de la Cuesta, al frente de un destacamento y a la vez situó una fracción de sus fuerzas en El Veladero, donde estableció su cuartel general. Otros contingentes fueron enviados a las siguientes posiciones, para intentar el ataque combinado sobre el puerto: el Aguacatillo, la Sabana, las Cruces, Llano Largo y Puerto Marqués.

En los ataques al puerto de Acapulco descolló el valor temerario del patricio don Hermenegildo Galeana. Sabedor el Virrey Venegas de que los insurgentes estaban a punto de apoderarse de Acapulco, ordenó al comandante París, que se encontraba en Oaxaca, ponerse al frente de la 5ª división para dirigirse rumbo a la Costa Grande y defender el puerto. París estableció su cuartel general en San Marcos (Costa Chica) y operó desde allí, mandando combatir a los insurgentes en los puestos que ocupaban. Para reforzar estas operaciones de París, salió de Chilapa don Joaquín Guevara, capitán de "patriotas de Chilapa", mientras tanto, también el jefe de la 3ª división de milicias de la costa, Juan Antonio Fuentes, hacía intentos por desembarcar en Puerto Marqués.

Dándose cuenta Morelos de las maniobras de los realistas, envió tropas a combatirlos: en contra de don Joaquín Guevara, de Chilapa, a los capitanes Marcos Martínez y Bautista Cortés; y a impedir el desembarco de Fuentes al capitán Miguel Avila. Los capitanes Martínez y Cortés, mandados para combatir a Guevara, fueron derrotados cerca de Chilpancingo.

Tecpan representa en la Historia de México la cuna de un gran insurgente: en ella vio la luz primera su hijo excelso, Hermenegildo Galeana. Es en la revolución de independencia en el sur, un asilo de seguridad y consuelo para el gran Morelos, cuando por desgracia e infortunadamente, el español José Gago lo traicionó, poniendo a tiro de fusil al ejército insurgente, que recibió una nutrida descarga.

Después del descalabro frente a Acapulco, en vano fue que Morelos tratara de impedir que su gente huyera; el desconcierto era tremendo y la desmoralización completa. Fue entonces cuando Morelos situó a sus tropas en la Sabana, y, como se sentía enfermo, se retiró hasta Tecpan, en tanto que sus hombres eran duramente

combatidos por los realistas de Cosío. Entonces fue —un 29 de marzo— cuando la revolución de independencia tuvo la revelación de otro gran caudillo para su causa: Hermenegildo Galeana. En aquella hora de prueba para los insurgentes, Galeana era el encargado de la administración de justicia; pero viendo el desaliento de la tropa y la inminencia de una derrota, se hizo cargo de toda la situación y dando ejemplos de entereza y de bravura, arremetió sobre las fuerzas realistas hasta hacerlas retroceder. En esos momentos faltó Morelos; pero los insurgentes tuvieron en Galeana a un sustituto que supo estar a la altura del famoso caudillo. Aquel fue un día memorable, en que a punto de ser derrotados, los insurgentes tuvieron a otro gran jefe que, con su ejemplo, supo inyectarles valor y ánimos para conquistar la victoria.

Restablecida su salud, Morelos decidió emprender otras campañas y dejó en el cerro del Veladero a don Julián Avila, para que siguiera amagando al puerto de Acapulco, y marchó rumbo a Chilpancingo. En la hacienda de Chichihualco, propiedad de la familia Bravo, se le unieron los hermanos don Leonardo, don Miguel, don Máximo y el hijo del primero, don Nicolás Bravo. Ya de antemano los Bravo habían sido invitados a sumarse al movimiento, por don Hermenegildo Galeana, quien se anticipó a la llegada de Morelos.

El día en que los Bravo se incorporaron al movimiento de independencia, atacó su hacienda el comandante español Garrote, precisamente cuando los soldados de Galeana se bañaban en el río. Sin perder tiempo alguno, los insurgentes tomaron sus armas y combatieron desnudos, derrotando a los realistas con la oportuna ayuda de los Bravo.

Con la serie de operaciones en el camino de Chilpancingo, Tixtla y Chilapa, los insurgentes se aprovisionaron de pertrechos de guerra para la toma de Acapulco. Una vez liquidado el realista en el puerto, Morelos deseaba apoderarse de Valladolid, para establecer allí su congreso e invadir después Guanajuato, Guadalajara y San Luis Potosí. Con las fuerzas de Morelos estaban los jefes surianos, principalmente don Hermenegildo Galeana con sus hermanos y don Nicolás Bravo con sus tíos. Desgraciadamente Morelos no pudo tomar Valladolid.

Habiendo recibido del Congreso la misión de dismantelar el castillo de San Diego, Morelos decidió volver a atacar al puerto de Acapulco, llevando como su segundo en jefe a don Hermenegildo Galeana. Otra vez la fortuna le fue adversa y Armijo lo derrotó.

Al abandonar la plaza, Morelos se dirigió hacia Tecpan, con intenciones de llegar a Zacatula para reorganizar mejor sus tropas. Galeana había quedado al frente de la posición del Veladero con un puñado de valientes; pero tuvo que abandonarla ante la arremetida de los realistas. Después, con la ayuda de don Juan Alvarez y de Montes de Oca, empezó a recuperar nuevamente el territorio de la Costa Grande.

Galeana había dado en todas partes pruebas evidentes de su valor indomable, de su intrepidez al combatir y de su poderoso don de mando. La tropa lo seguía entusiasmada porque sabía que con él se iba al triunfo. No era un soldado profesional sino un hombre de campo a quien las circunstancias lo habían hecho entrar en la guerra. No pasó por ninguna escuela militar; pero tenía el instinto natural del soldado que lucha por ideales y no por un sueldo mezquino. En una época en que era forzoso pelear cuerpo a cuerpo para ganar batallas, a Galeana no arredaban ni la condición física ni las armas con que se le presentara el enemigo. Don Hermenegildo manejaba con soltura su machete preferido y hacía filigranas con la lanza. Con sus brazos hercúleos lograba lo demás.

A pesar de todas las pruebas de resolución firme y de valor asombroso que dio en los combates de las costas de Guerrero, hemos de convenir en que su intervención en la defensa de Cuautla, en los días del sitio legendario, alcanza proporciones asombrosas, difíciles de interpretar. Ni los más exaltados ditirambos podrían dar idea de la conducta de don Hermenegildo, en los setenta y dos días de sufrimientos, batallas y zozobras que junto con el ínclito Morelos y sus heroicos compañeros soportaron en Cuautla de Amilpas. Esta hazaña de Morelos y Galeana es, sin lugar a dudas, la jornada más gloriosa de los insurgentes a lo largo de los 11 años que duró la gesta de la independencia. Y he colocado el nombre de Galeana en seguida de Morelos con toda intención. Lo considero el segundo defensor de Cuautla en 1812, a pesar de que junto al maravilloso cura de Carácuaro se contaron paladines de la talla de los Bravo, Matamoros, Ayala, Trujano, Tapia y muchos más.

En Cuautla se encontraron dos hombres y dos ejércitos diferentes. Morelos era un general improvisado que había hecho campañas muy penosas en Tierra Caliente, obteniendo algunas victorias y quizás mayores descalabros. Se le admiraba y se le temía, porque era un genio de la guerra. Calleja era un general de escuela, un ingeniero competente, que acababa de derrotar a Hidalgo y a Allende

en los estados de Guanajuato y Jalisco; y a López Rayón en Zitácuaro. Era un soldado de fortuna, engreído y fanfarrón. Las tropas de Morelos estaban mal armadas, habían sufrido mucho y no sabían disciplinarse. El ejército de Calleja era selecto, podía lucirse en un desfile y contaba con armamento moderno para su época.

Calleja estaba tan seguro de que iba a comer pichón en Cuautla, que invitó a su esposa al banquete que le sería ofrecido, el mismo día en que iba a atacar la plaza: el 19 de febrero de 1812. Precisamente ese día la señora generala tuvo que devolverse precipitadamente del camino de Cuautla, cuando su marido ordenó la retirada.

Veamos ahora lo que sucedió el 18 de febrero. Como todos los grandes conductores de hombres, Morelos era desconfiado. A pesar de que tenía un buen servicio de espionaje y que desde el campo enemigo le llegaban valiosos informes, pues todos los campesinos le servían de agentes espontáneos, se le ocurrió ir a ver por sí mismo en qué estado venían los realistas y ensayar un golpe de mano por su retaguardia. A pesar de que sus capitanes se oponían a tan arriesgada maniobra, acompañado de su escolta Morelos dio un rodeo y se presentó más allá de Cuautlixco, donde estaba el cuartel general de Calleja. No obstante que tomó toda clase de precauciones para no ser sentido, a los pocos momentos se vio atacado por numerosas fuerzas españolas. Empeñado en desigual combate estaba Morelos, cuando al general Galeana le informaron de lo que estaba sucediendo. Inmediatamente se puso en marcha con un grupo escogido de sus lanceros de la costa y con su espada fiel y terrible se abrió paso entre los realistas, cuando se disponían a capturar al gran jefe. ¿Qué hubiera sido de la causa de la independencia, si en aquel combate cae prisionero Morelos? De seguro que Cuautla se hubiese perdido y con ello se habría retardado el triunfo de las armas insurgentes. Por esa circunstancia la hazaña del intrépido Galeana adquirió proporciones inconcebibles y fue celebrada con estrepitoso júbilo por los valerosos insurgentes que se aprestaban a defender a Cuautla hasta vencer o morir.

Los ímpetus de Galeana y la rapidez con que ejecutaba sus acciones de guerra, parecían ser las de un joven con una edad no mayor de treinta años. Pero por algo le decían don Hermenegildo. Cuando rescató a Morelos en las cercanías de Cuautlixco ya tenía medio siglo. Su vida de ranchero lo hacía aparecer mucho más joven, a pesar de las abundantes patillas que le bajaban de la espesa y negra cabellera. Eran unas patillas típicas de insurgente,

decidido a todo. Su rostro era sereno y agradable, la frente alta, la mirada penetrante y el mentón enérgico, que denotaba una voluntad férrea. Hermenegildo Galeana se alistó en las fuerzas insurgentes en plena madurez de su vida, cuando se tienen experiencias y seguridad en los actos. Su valor no tenía límites. No conocía el miedo, ni en sombra. Era oportuno y certero en sus decisiones y cuando tomaba una resolución nada ni nadie podía detenerlo. Por eso salvó a Morelos con tan pasmosa seguridad. Por eso Morelos le confiaba las misiones más difíciles. Por eso conquistó en Cuautla el papel de segundo de Morelos, puesto de gran honor y más grande todavía en responsabilidades. En Cuautla Galeana ganó la inmortalidad.

Y eso no fue todo; encargado por Morelos de la defensa de la posición clave de Cuautla, que lo fue el convento e iglesia de San Diego, el hombre de Tecpan se hizo fuerte en esos edificios y desde ellos dirigió los movimientos para repeler la agresión de los realistas. La lucha más encarnizada, que se empeñó el 19 de febrero, tuvo lugar en las cercanías del convento y allí murieron varios de los jefes principales del ejército español, como el conde de Rul y uno de los coroneles más estimados de Calleja, a quien venció en lucha personal el propio Galeana, arrastrando su cadáver hasta el interior de la trinchera defendida por los insurgentes, para presentarlo a sus tropas como un trofeo. Por una de las calles que desembocan en la alameda de San Diego (llamada ahora Parque Galeana) los españoles iniciaron un peligroso avance, cuando el grueso de los insurgentes estaba empeñado en combatir por otro rumbo y hubiesen llegado a colocarse frente al convento si a un muchacho que vio un cañón apuntando hacia los sitiadores, pero abandonado a media calle, no se le ocurre encender la mecha para producir un disparo formidable, que causó muchas bajas a los realistas, obligándolos a iniciar su retirada. Al oír la detonación, el general Galeana se acercó al jovenzuelo y al enterarse de su hazaña, lo elevó en sus brazos llamándolo héroe y salvador de Cuautla. Desde entonces aquel muchacho es conocido en las páginas de nuestra historia como "el Niño Artillero". Se llamaba Narciso Mendoza y su nombre ha pasado a la inmortalidad.

Los defensores de Cuautla, además de batirse con valor espartano, soportaron los terribles estragos del hambre y de la sed, que trajeron enfermedades infecciosas y contaminaciones a los pobladores de la heroica ciudad. Hubo días en que los sitiados tuvieron por alimento lagartijas y otros bichos dañinos que en épocas normales

causan asco, y como carecían de cereales, comieron hierbas y zacate que sólo el ganado puede digerir. Pero la sed les traía tormentos más espantosos. Por eso gran parte del sitio fue una lucha por la posesión del agua. Los españoles cortaron y se apoderaron varias veces del canal de Juchitengo y otras tantas los insurgentes lo recuperaron.

El canal, que nacía en Amilcingo, requería ser defendido más eficazmente, pues el español Lovera, que lo tenía bajo su custodia, lo cortaba con frecuencia. En vista de la escasez del precioso elemento, Galeana propuso a Morelos un plan muy atrevido para apoderarse y retener la toma de agua. Con algunos de sus hombres más escogidos, el guerrerense hizo que se construyera un baluarte, a la vista del enemigo, sin importarles los disparos de fusilería que llovieron sobre ellos. El baluarte era un torreón cuadrado, con un espaldón artillado con 3 cañones, para asegurar la defensa eficaz de la toma. Tal proeza se realizó el 3 de abril y el baluarte fue inexpugnable durante el resto del sitio de Cuautla. Los defensores no volvieron a sufrir de sed, hasta que Morelos resolvió romper el sitio, dejando a Calleja burlado y sin saber que hacer. En esta forma tan brillante quedó demostrado que Galeana, durante el sitio de Cuautla, había sido el brazo derecho de Morelos.

Al abandonar a Cuautla, la madrugada del 2 de mayo de 1812, Morelos tomó con sus diezmadas fuerzas el rumbo de Yecapixtla, Ocuituco y Chietla, yendo rumbo al estado de Oaxaca. De Yanhuatlán se fue camino de Tehuacán y de allí enfiló hacia Orizaba, plaza que tomó sin resistencia. Posteriormente hizo una larga caminata para ir hasta Oaxaca, ciudad que sí le resistió, pero que pudo ocupar, derrotando a los españoles que la defendían. Después decidió volver sobre Acapulco. Salió de Oaxaca con tres mil hombres y al presentarse frente a la bahía de Acapulco llevaba sólo mil quinientos soldados. A fines de febrero de 1813 inició el asedio del castillo de San Diego y durante largos meses tuvo a raya a sus defensores. Al cabo de mil peripecias y de grandes actos de heroísmo, Morelos pudo ocupar el puerto del Pacífico, el 20 de agosto de 1813. A fines de agosto se resolvió a marchar sobre Chilpancingo, para instalar ahí el Congreso de Anáhuac. Sabido es que tal congreso fue una pesada impedimenta para Morelos y que por defenderlo, el gran caudillo perdió tiempo y arrestos en su afán de luchar por la independencia.

En todas las gloriosas campañas de Morelos, uno de sus hom-

bres de mayor confianza seguía siendo Galeana y cuando el caudillo se sentía desfallecer o enfermaba, volvía sus ojos a Tecpan y hacia la tierra de don Hermenegildo dirigía sus pasos. Sobre Galeana escribió un historiador de la época:

“Tenía sobre los negros un ascendiente poderoso. Llamábanle *Tata Gildo* y lo que él decía se cumplía irremisiblemente y sin repugnancia. A su nombre siempre acompañó como correlativa la idea de un hombre de bien y aun el mismo Calleja siempre lo tuvo en este concepto.

“Amó a Morelos hasta la idolatría y lo respetó tanto, que jamás le habló sino con el mayor comedimiento...”

El año 1814 fue lleno de penas y sinsabores para Morelos. Tuvo varios fracasos militares y durante algún tiempo se retiró a la Costa Grande, que era para él un refugio reparador. A principios de ese año sufrió la pérdida del valeroso general Mariano Matamoros, un eximio cura que en reñidas batallas había dado pruebas de una gran entereza y de amor incontenible por la causa de la libertad. Aquel Matamoros que había roto las trincheras de Calleja, por el frente de Buenavista, para ir en pos de víveres para las fuerzas de Cuautla, víveres que no pudo introducir a la plaza sitiada, por el descabro que sufriera en la Barranca Hedionda, en compañía de Miguel Bravo, tío de don Nicolás.

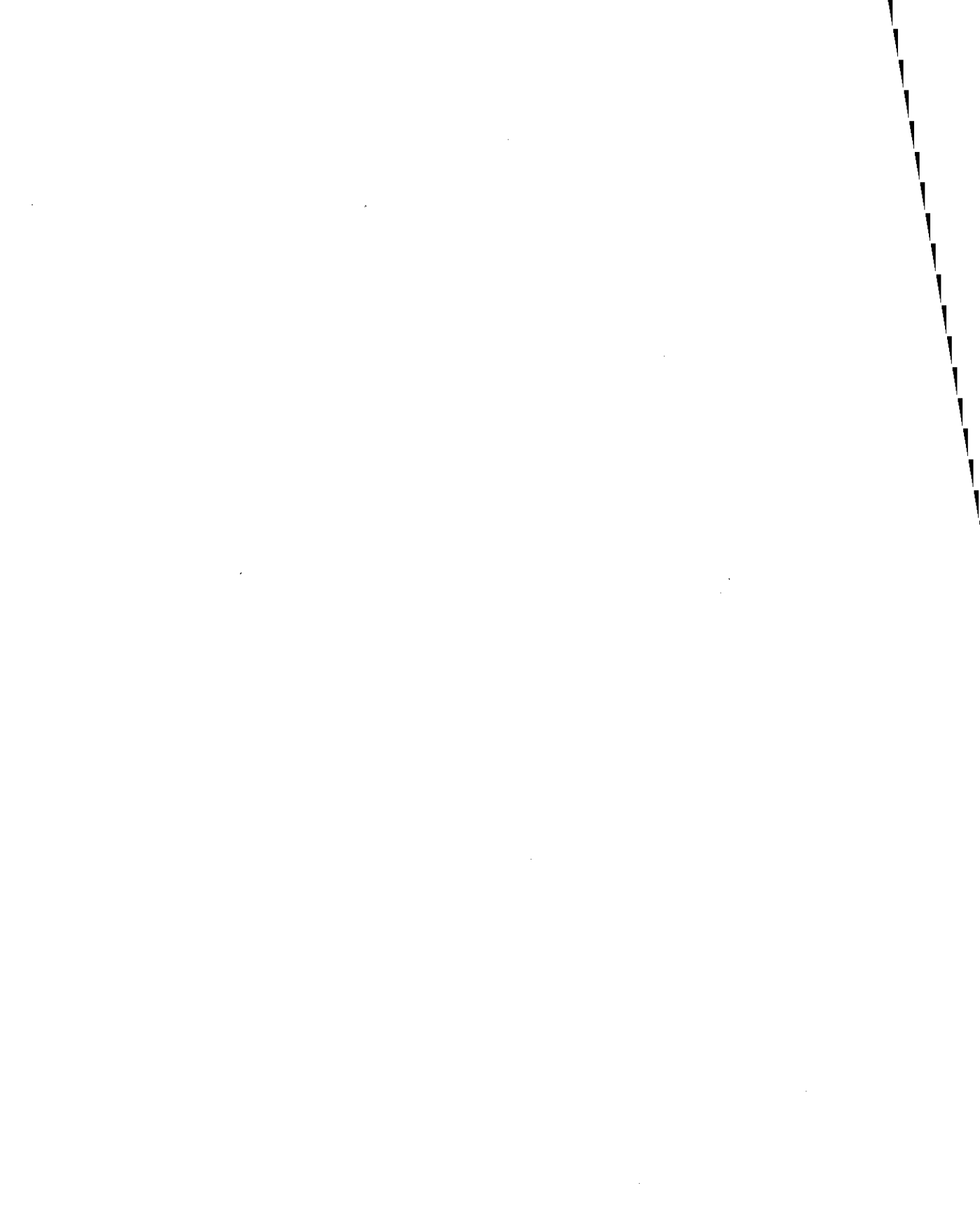
Otra de las grandes pérdidas sufridas por Morelos en aquel año aciago de 1814, fue la del propio insurgente Hermenegildo Galeana. El hecho ocurrió cerca de Coyuca de Benítez, el 27 de junio. Cuenta la Historia que en el puente del Salitral fue sorprendido por una emboscada que le tendió el enemigo, cuando su gente se retiraba en desbandada. Entonces Galeana procuró ponerse a salvo y al atravesar un paraje boscoso, sufrió un golpe en la frente que lo hizo caer del caballo. Rodeáronle los dragones de Avilés, sin que ninguno se atreviera a herirlo, hasta que un soldado del sur, un tal Joaquín León, le disparó a quemarropa, atravesándole el pecho. Herido de muerte y cubierto de sangre Galeana hacía desesperados esfuerzos por blandir la espada que tantas veces brilló vencedora, y el mismo desalmado que lo había herido, se le acercó ferozmente y le cercenó la cabeza. No satisfecho del todo, el energúmeno ensartó la cabeza con una pica, que enarboló en señal de triunfo. Después la colocaron sobre una ceiba de la plaza de Coyuca. Como algunos insensatos se dedicaron a mofarse de aquel ultraje, se indignó el realista Avilés por tan cobarde acción y regañó a los imbéciles, diciéndoles: “Esta

cabeza es de un hombre honrado y valiente.” En seguida hizo que se le diera sepultura en la puerta de la iglesia. Pocos días después dos soldados de Galeana enterraron el mutilado cuerpo de su general, en un bosque, cercano al sitio en que cayó herido.

Al saber Morelos la muerte de su fiel compañero, y sin duda acordándose de Matamoros, exclamó lleno de dolor: “Acabáronse mis brazos; ya no soy nada.”

Y cuenta la Historia que después Morelos se fue al campo, en las cercanías de Tecpan, para que nadie pudiera verlo prorrumpir en llanto. Fue así como, hace más de siglo y medio, el gran Morelos estuvo a la altura del poema sublime, de un excelso poeta de la hora actual, Enrique González Martínez:

*No turbar el silencio de la vida,
ésa es la ley;
y sosegadamente llorar, si hay que llorar,
como la fuente escondida.*



TERCERA PARTE
ASPECTOS DEL MEXICO ACTUAL

A MANERA DE PROLOGO

En las páginas que siguen, me ocupo de problemas nacionales y me complazco en hacer referencias de la provincia, que nunca ha dejado de interesarme. Quizás no haya relación entre los temas que trato; pero hay que tomar en cuenta que se escribieron al calor de los acontecimientos. Son asuntos que se fueron presentando en el trajín diario de la vida. Espero, sin embargo que, como a veces llevan ideas dignas de ser tomadas en cuenta, sirvan cuando menos como fuentes de información.

Hubiera querido referirme a todas y cada una de las entidades de la República, porque las conozco suficientemente para presentarlas con decoro; pero no me fue posible hacer referencias de otros Estados en un plazo determinado y me propongo seguir en la tarea, hasta integrar una descripción completa de las partes que constituyen nuestra República.

Presento mis excusas por la forma desordenada en que expongo estos escritos. Les ha sucedido igual que a los bosquejos biográficos de la primera parte de este libro.



SERIE DE CENSO
ESTADÍSTICA DE LA
REVOLUCIÓN MEXICANA

NUESTRA POBLACION EN 1950 Y EN 1960

Los datos que se anotan a continuación, fueron tomados del Censo General de Población, que llevó a cabo la Dirección General de Estadística el año 1960. Son útiles en todo momento, para conocer la realidad de nuestro crecimiento demográfico y las razones de por qué no alcanzan todos los esfuerzos de producción para satisfacer las demandas de alimentos de todo el país.

Por más que se le quiera negar, va resultando que el señor Malthus estaba en lo justo.

El incremento de la población mexicana en los últimos diez años es digno de conocerse y comentarse. Con los datos definitivos de 1950 y los provisionales de 1960, haremos algunas consideraciones sobre el crecimiento demográfico de nuestras ciudades principales. Al comparar los datos, no solamente fijaremos el porcentaje del aumento sino que vamos a reflexionar sobre la significación que tiene en el desarrollo de la vida nacional.

Es significativo, desde luego, que los incrementos mayores de habitantes correspondan a ciudades de la frontera norte del país. Dos circunstancias han favorecido el crecimiento de las poblaciones fronterizas: la primera es el progreso de la agricultura, en los distritos de riego de Ciudad Juárez, Mexicali y Hermosillo; la segunda ha de abonarse a que en el norte hay más garantías para las personas y la propiedad. Allí se vive con mayor libertad y se repudian los caciquismos. Veamos en qué proporción crecieron esas ciudades: Mexicali tenía 64,609 habitantes en 1950 y aparece con 171,648 en 1960, es decir, con un incremento de 166 por ciento; Tijuana tenía 59,952 almas en 1950 y llega a 149,867 en 1960, es decir, tiene un aumento de 150 por ciento; Ciudad Juárez contaba con 122,566 habitantes en 1950 y aparece con 294,373 en 1960, es decir, su incremento llega al 140 por ciento; y Hermosillo, la capital de Sonora, tenía en 1950 una población de 43,519 almas y llega en 1960 a 94,383, o sea un aumento de 117 por ciento.

*
* *

Dijimos ya que en el crecimiento de Ciudad Juárez, Mexicali y Hermosillo influyó el importante desarrollo agrícola de esas regiones; en el caso de Tijuana el incremento se debió al turismo. Importa observar también que en los tres centros agrícolas citados, lo mismo que en Matamoros, es donde se ha fomentado más el cultivo del algodón, con resultados favorables para nuestro comercio internacional. El algodón de Baja California es de los mejores del mundo, y de muy buena calidad son también los que se producen en Ciudad Juárez, Matamoros y Hermosillo. Pero el Estado de Sonora es triguero por excelencia.

*
* *

Otras ciudades de la República de alto incremento demográfico en los últimos diez años, son: Acapulco, que tenía 28,512 habitantes en 1950 y aparece con 58,870 en 1960; su aumento es de 106 por ciento. Ciudad Obregón, Sonora, tenía 30,991 almas en 1950 y ha llegado a 64,551 en 1960, es decir, creció en un 108 por ciento. Ciudad Victoria, Tamaulipas, que contaba con 31,815 en 1950, llega a los 50,438 habitantes en 1960, es decir, con un aumento del 59 por ciento. Culiacán, Sinaloa, de 48,936 almas que tenía en 1950, pasó a 82,045 en 1960, o sea que subió en un 68 por ciento, Chihuahua contaba 87,000 habitantes en 1950 y tiene 144,653 en 1960, es decir ha crecido en un 66 por ciento. Durango contaba en 1950 con 59,407 almas y llega en 1960 a la cantidad de 94,257, es decir creció en un 59 por ciento. Guadalajara, la segunda ciudad de la República, tenía 377,016 habitantes en 1950 y ha llegado a 734,346 en 1960, lo que significa un crecimiento del 95 por ciento; León, la metrópoli de los zapatos, tenía 122,726 almas en 1950 y llega en 1960 a la suma de 226,245, es decir, creció en un 84 por ciento. Mazatlán pasa de 41,754 a los 72,687 habitantes. Monterrey, la tercera ciudad del país, tenía en 1950 la cantidad de 333,422 almas, y alcanza ahora a 600,609, o sea que su incremento fue del 80 por ciento. Morelia subió de 63,245 a los 101,395. Nuevo Laredo, de 57,668 a los 92,994. La capital de Nayarit, o sea Tepic, ha sido de las más progresistas: de 24,595 en 1950 pasó a tener 53,499, con un aumento del 118 por ciento. Torreón subió de 128,971 a

181,274. Veracruz tenía 101,221 en 1950, y en el año 1960 llega a los 137,413 habitantes. Por último, Villahermosa, Tabasco, de 33,578 ha pasado a los 53,528.

La relación anterior demuestra que en casi todas las regiones del país se ha operado un incremento demográfico bastante considerable, paralelo al progreso agrícola, comercial y económico registrado en México durante la década 1950-1960.

*
* *

Veamos ahora cuál ha sido el crecimiento de la capital de la República.

El perímetro que tradicionalmente se ha considerado ciudad de México y que abarca las antiguas comisarias, alcanzó a tener para 1950 una población de 2.234,795 habitantes, que en los últimos diez años, es decir, para 1960, llegó a 2.697,994 almas. El incremento de la población fue del 21 por ciento. En cambio, el Distrito Federal, que en 1950 tenía 3.050,442, llegó en el año 1960 a 4.829,402 almas, con un aumento de población equivalente al 58 por ciento. En los últimos tiempos ha sido muy difícil demarcar hasta dónde llega la ciudad y en qué puntos pueden señalarse los límites del Distrito Federal. Ahora todas las dependencias territoriales de la administración pública del Distrito Federal se llaman delegaciones y por ello no es fácil saber cuáles son exclusivas de la ciudad.

Lo que acontece a la ciudad de México ha sucedido con todas las ciudades grandes del mundo. Su crecimiento desorbitado ha hecho que se piense en considerarlas comprendiendo toda el área metropolitana que abarcan. El nombre que se da entonces a la ciudad extendida es el de grande. Así se tienen la gran Londres, la gran París, la gran Nueva York, la gran Chicago. Indudablemente nosotros ya tenemos la gran México, con una población aproximada a los cinco millones de habitantes.

*
* *

No se crea que el hecho del extraordinario desarrollo de la capital de la República sea motivo de orgullo para todos los mexicanos. Para muchos éste es un motivo de preocupación grave. La gente que abandona la provincia cree encontrar mayores posibilida-

des de triunfo en la metrópoli, atraída por la propaganda que se hace a la vida capitalina. Las oportunidades no son mejores en el centro de la vida política y comercial de México y la competencia es muy fuerte, entre los aspirantes a obtener una posición con mejores perspectivas. Hay provincianos que abandonan su patria chica, por falta de garantías en los lugares donde triunfan autoridades abusivas o se tienen que sufrir los desmanes del caciquismo. Para esa gente la capital es un refugio. Examinando el crecimiento de las ciudades mexicanas, se ve que ha sido mayor en las entidades en que hay más libertad política y donde la vida puede llevarse sin sobresaltos.

La provincia mexicana envidia las atenciones y el esmero con que se cuida a la capital de la República y considera que muchos de los fondos que se invierten en sus obras provienen de los Estados y que deberían gastarse allá mismo. Quizás en ello exista un poco de razón. Sin embargo, tenemos ya en México otras ciudades progresistas, con magníficas perspectivas. Allí están, por su industrialización, Guadalajara y Monterrey; por su turismo, Acapulco y Tijuana; por su agricultura, Mexicali, Matamoros, Ciudad Juárez y Hermosillo.

El caso de Guadalajara es ejemplar. Su crecimiento se había estacionado. El ferrocarril primero y la carretera después, la hicieron convertirse en la metrópoli del noroeste. Ahora es centro agrícola, progresan sus industrias, se multiplica su comercio y tiene magníficas escuelas; es un centro universitario de importancia y sus profesionales invaden los Estados de la costa occidental. Guadalajara ha superado al tequila y al mariachi, para ser una señora ciudad con todos los adelantos modernos y cultura superior.

LA VIDA BREVE DE LA AGENCIA ANTA

En 1935 Eduardo Villaseñor y yo hicimos un esfuerzo para fundar una agencia de noticias. Con este objeto nos asociamos en París a los señores Leon Rollin y Julio Alvarez del Vayo. Primero como HAVAS-ANTA, y después como ANTA sola, nuestra agencia sirvió durante diez años a México. Nunca se había hecho cosa igual en nuestro país. A establecerla nos ayudó el Presidente Cárdenas y a sostenerla el Jefe del DAPP, Arroyo Ch. En 1945 le dio muerte Maximino Avila Camacho.

Hay expresiones corrientes que no pierden su actualidad. Una de ellas es esta: *Parece que fue ayer*. A muchos de nuestros actos puede aplicarse la misma frase. Creemos que alguna cosa sucedió hace unos cuantos meses y al reconstruir los hechos nos resulta que pasaron ya varios años del suceso. Se sorprende uno al recordar el tiempo transcurrido entre aquello que tenemos presente y lo que en la actualidad está pasando. Los años se van rápida, inexorablemente. Nada los detiene. Encierra una gran verdad el pensamiento de Rubén Darío: el tiempo es terco.

Ayer nomás participé en la organización de una empresa que hubiera sobrevivido indefinidamente, de no tropezar con obstáculos que resultaron insuperables. No tanto por ser un negocio sino principalmente para cubrir una necesidad, me metí en la organización de una agencia mexicana de noticias, cuya importancia había palpado yo cuando serví a mi país con representaciones diplomáticas en el extranjero.

La primera agencia mexicana de noticias, surgida el año 1935, se llamó ANTA y llegó a figurar en los diarios más importantes en la capital y en los estados de la República, al lado de las más poderosas agencias mundiales que dan servicio a la prensa nacional. Por ser de justicia hemos de mencionar también a la agencia *Trens*,

que con un programa más limitado que el de ANTA, fue de las primeras en usar el radio como medio de difusión informativa.

Los servicios de noticias. En todas las naciones, comenzando por las más adelantadas, las agencias noticiosas desempeñan un papel de primer orden. Subvencionadas o no, estas agencias sirven para difundir lo que más interesa a los países en que actúan. Es natural que así suceda ya que, por medio de las informaciones que se difunden, puede hacerse propaganda o defender a la nación de origen. Se cumple así un deber patriótico. Son de sobra conocidas las grandes agencias de información que trabajan en el mundo. Las principales están en los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania.

Nace la ANTA. Durante mis viajes al Viejo Mundo, tomé contacto con periodistas y corresponsales de periódicos de gran competencia y actividad. Sería largo enumerarlos. Me referiré sólo a dos, que participaron en la fundación de ANTA. El primero fue León Rollin, representante del famoso diario de París *Le Temps*, en la capital de España. Rollin era un intelectual francés muy estimado en Madrid. Conocedor como pocos de la política española, sus corresponsalías para *Le Temps* tuvieron resonancia en París. Era amigo de escritores, poetas, novelistas y toreros. Hablaba el español como un madrileño y tenía expresiones y arranques castizos. El segundo fue Julio Alvarez del Vayo, corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires. Por su sensibilidad periodística y sus conocimientos de la política europea y americana, Alvarez del Vayo era uno de los mejores hombres de *La Nación* en Europa. Tenía relaciones con escritores mexicanos y conocía bastante sobre nuestro país.

Con los periodistas citados y algunos consejos de Luis Araquistáin, nos reunimos Eduardo Villaseñor y yo, en París, el año 1929. Villaseñor era nuestro agregado comercial en Londres y tenía también inclinaciones al periodismo. A Eduardo le preocupaba, además, que México careciera de una agencia nacional de noticias, para contrarrestar lo malo que de nosotros se decía en el extranjero.

De aquella reunión en París surgió el propósito de formar la agencia mexicana de noticias, en la sociedad que iniciamos León Rollin, Julio Alvarez del Vayo, Eduardo Villaseñor y yo. En esos días Rollin había sido designado inspector general de la Agencia HAVAS y se proponía ayudarnos desde su nuevo encargo, para llevar adelante nuestro propósito. Después, Rollin vino dos veces a México y seguimos madurando el programa de la agencia.

De la correspondencia que sostuve con Alvarez del Vayo surgió

el nombre de ANTA (Agencia Noticiosa Telegráfica Americana) entre cuatro o cinco que me propuso él.

HAVAS-ANTA. Nuestra agencia no apareció sola en 1935. Tuvimos que aceptar el padrinazgo de HAVAS, la famosa y eficiente agencia francesa. Durante varios años el servicio que dimos a la prensa nacional apareció con esos nombres: HAVAS-ANTA. Por su parte, HAVAS presentaría en Francia noticias de México signadas ANTA-HAVAS.

Los triunfos de ANTA. Durante los nueve años que duró ANTA, proporcionó informaciones a tres de los diarios más importantes de la capital, a cuarenta y cinco de los estados y a varias estaciones radiodifusoras. Algunas veces nuestras noticias ocuparon la primera plana, con cabezas a ocho columnas. Entre las informaciones más sensacionales que ganamos, se contaron: los avances de Rommel hasta El-Alamein; la toma de Roma por el general Clark; y, sobre todo, la invasión de Rusia por los alemanes.

Colaboradores. Tuvimos un buen cuerpo de redactadores en ANTA. Diremos algunos nombres: Francisco Armand, Alfonso Rosado Avila, Francisco Rojas González, Julio Necoechea, Antonio Regagnon, Leopoldo Ramos, Alfonso Rovalo, Benigno Corona Rojas, Miguel D. Martínez Rendón y Mariano Méndez Castro.

Cómo lamento no recordar a todos nuestros radiotelegrafistas, que, capitaneados por Ramón Clavijo, fueron nuestros más estimados colaboradores, por el interés y entusiasmo que pusieron para captar las noticias de HAVAS, que a veces nos venían entrecortadas o en claves difíciles de descifrar.

ANTA se acaba. Porque hubo un secretario de Estado que pretendió hacerse de ANTA para futuras campañas presidenciales, sufrimos la embestida de la Dirección de Telecomunicaciones, que no entendió nuestra misión. Se acabó ANTA, a pesar de que el Presidente Avila Camacho parecía decidido a que subsistiera.

Comentario. Pero nada se pierde. Aquel esfuerzo inicial, un día dará frutos. Vendrán otros hombres, con mayores energías y mejor apoyados, que podrán establecer y sostener, contra viento y marea, la gran agencia mexicana de noticias, con proyecciones internacionales. No hay que desesperar. ¡Ese día vendrá!

EN HONDURAS SE QUIERE A MEXICO

Sostengo que, de Centroamérica, Honduras es la nación en que más quieren a México. Los hondureños tienen muchos puntos de semejanza con los mexicanos. Díganlo si no algunos de los que pasaron por aquí: Matías Oviedo, Aljonso Guillén Zelaya, Rafael Heliodoro Valle y el tribuno revolucionario Ricardo D. Alduvín.

Los mayas llegaron hasta Honduras: allá están las ruinas de Santa Rosa de Copán.

La tierra de Francisco Morazán es afín a la nuestra. De allá nos vino José Cecilio del Valle, sabio eminente y defensor decidido de las libertades americanas, en los días en que comenzaba a forjarse nuestra nacionalidad. Como a héroes hondureños veneran allá a Hidalgo, a Morelos y a Juárez. Ser mexicano en Honduras es el mejor título y el galardón más digno de mostrarse en aquella tierra hermana, que tiene tantos puntos de contacto con la nuestra.

Conocí a Honduras hace muchos años, cuando estuve en Centroamérica formando parte de la primera delegación comercial mexicana que visitó los países del Istmo. La he visto también en tres o cuatro viajes posteriores; pero no olvido mi entrada marina por el Golfo de Fonseca. Fuimos en lancha de motor desde la bahía salvadoreña de la Unión y tocamos el pintoresco puerto de Amapala, de la isla del Tigre. Entramos por los esteros de la costa hondureña, una noche en que los peces lanzaban sus fosforescencias multicolores para alumbrar la ruta de agua. La gasolinera tenía que entrar entre los manglares y sólo porque la conducía un experto de los esteros no perdimos el camino para llegar a San Lorenzo. El atracadero era primitivo y los recursos de la aldea costera sólo permitían ofrecer un remedo de hotel. Pero la comida era buena y mejor todavía la conversación de mamá *Lencha*, quien nos sirvió sabrosas tortillas de maíz y un café negro de olla que caía bien.

A la mañana siguiente emprendimos el viaje en automóvil, por la carretera del sur, recién inaugurada. Cruzamos pueblos de nombres raros, como Pespire y Nacaome, oímos hablar de Choluteca y nos detuvimos a almorzar en un paraje llamado el Sauce, donde había un balneario rudimentario. Casi al llegar a Tegucigalpa, cruzamos por Toncontin y la quinta Germania, propiedad de una señora doña Rosa. Atravesamos Comayagüela, el puente sobre el río Grande y entramos en la capital de Honduras. Por su configuración geográfica, y como se asienta en la falda de las montañas, Tegucigalpa parece ser un mineral de los nuestros, es decir, una ciudad dedicada a la minería, como Zacatecas y Guanajuato, o con mayor parecido, como Pachuca.

*
* *

La segunda vez que estuve en Honduras fue para permanecer allá durante un año, con la representación diplomática de México. Me tocó entonces ser testigo de los trabajos realizados para lograr la unión de tres repúblicas centroamericanas: El Salvador, Guatemala y Honduras. La sede del Congreso Constituyente de aquella república mayor fue Tegucigalpa, donde comenzó a funcionar un Consejo Federal, presidido por don Vicente Martínez, delegado de Guatemala, y duró muy poco tiempo. Era difícil que se sostuviera, pues carecía de un ejército para imponer sus decisiones y el espíritu de unión no había arraigado suficientemente entre los guatemaltecos y los salvadoreños. Los únicos unionistas sinceros eran los de Honduras, que conservaban la tradición del más grande de sus héroes: Francisco Morazán.

La gente de Honduras es buena, noble, campechana e inspira simpatía. Es, además, inteligente y culta. En su historia han tenido generales valientes, hombres de empresa y de empuje e intelectuales de nota. El más notable de sus poetas, Juan Ramón Molina, fue contemporáneo y amigo de Rubén Darío. Dejó muchos poemas inspirados en las bellezas de su patria y un soneto que se recita en todas las naciones de habla española: *Péscame una sirena, pescador sin fortuna*. Durante algún tiempo traté a un escritor hondureño muy conocido: Froylán Turcios. Era un hombre entrado en edad, un poco áspero y solterón. Todo lo escribía con tinta morada. Sus trozos literarios se reproducían mucho en los periódicos mexicanos. Conocí también a Luis Andrés Zúñiga, un poeta que produjo valiosa

colección de fábulas en prosa; y traté un poco al gran periodista Paulino Valladares, respetado y temido en la América Central.

De Tegucigalpa recuerdo su Parque Morazán, que tiene una estatua ecuestre del héroe nacional y un arbusto de sombra acogedora llamado Napoleón. Enfrente estaban el Casino Internacional y la casa comercial de don Santos Soto. Había un hotel Agurcia y después apareció el hotel Palacio. Conocí mucho la cervecería, donde íbamos las noches de los sábados, con el padre Hombach, a jugar boliche alemán. Estuve en la inauguración de la moderna Casa Presidencial, que está sobre la margen izquierda del río Grande. Fui amigo de don Policarpo Bonilla, de don Juan Angel Arias —cultivador de tabaco en Santa Rosa de Copán—; del general Rafael López Gutiérrez —mi compadre—; y de otros personajes de la época: don Rómulo Durón, el señor Uclés, rector de la Universidad; Mejía Colindres, Ernesto Argueta, Antonio Lardizábal, José Angel Zúñiga Huete, Ignacio Agurcia, los hermanos Callejas, Saturnino Medad, Salvador Corleto, don Juan Letz, Samuel Laynez, y muchos amigos más que dejé allá, en Honduras, que se han ido perdiendo para el mundo y en mi memoria.

*
* *

No me cansaré de repetir que el mexicano tiene la sensación de volver a su casa, cuando llega a Honduras. ¡Qué manera de parecerse a nosotros! ¡Qué ambiente tan acogedor y cuánta sinceridad en los actos y en las palabras de los hondureños! Allá hizo grandes negocios y se volvió millonario en dólares un mexicano que fue de Nuevo León: don Manuel M. García. Este señor, rico ya y con hijos grandes, vino a radicarse a su pueblo: Sabinas Hidalgo, al que donó varias escuelas y un molino harinero. Pretendió, además, construir una presa para su pueblo; pero no le aceptaron el proyecto. Como sintiera la nostalgia de Honduras —su segunda patria—, para allá se volvió con su familia, y falleció en San Pedro Sula, cerca de las propiedades rurales que levantó con su trabajo.

Es larga y digna de conocer la lista de hondureños distinguidos que han vivido en México y amaron a nuestro país como al suyo. Vamos a recordar unos cuantos nombres representativos: Ricardo D. Alduvín, médico mexicano, que fue líder, secretario y el mejor orador del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, en 1910, Ra-

fael Heliodoro Valle, de larga y brillante trayectoria en el periodismo mexicano. Matías Oviedo, luchador de la época maderista y redactor de *Nueva Era*. Los poetas Alfonso Guillén Celaya y Martín Paz Soto. Martín Paz fue miembro activo del Bloque de Obreros Intelectuales y dejó en diarios y revistas una vasta producción literaria. Los ingenieros Celaya, Membreño y Pineda, este último distinguido mucho como caminero, especialmente en la construcción de las supercarreteras de Cuernavaca y de Puebla. Y entre otros hondureños que vinieron a estudiar a México, cuando el presidente Obregón donó doce becas a cada uno de los países de Centroamérica, destacó José Angel Ulloa, de Comayagua. Ulloa es abogado, especializado en derecho industrial y cuestiones económicas. Posee una vasta cultura y en la actualidad sirve con acierto en el Cuerpo Diplomático de su patria: es el embajador en México. Ulloa ha figurado en las luchas políticas de su tierra y como amante de la libertad sufrió una larga e injusta condena durante una de las últimas dictaduras padecidas por Honduras. Su fortaleza física se impuso a pesar de todo y José Angel conserva facultades para seguir prestando valiosos servicios a su patria.

*
* *

Además de buenas personas, ¿qué otra cosa produce Honduras? Desde luego plátanos o bananos, cuyos derechos de exportación son básicos para el presupuesto nacional; minerales y maderas preciosas; caña para fabricar azúcar y una especie de ron que llaman guaro; tabacos, en la región de Copán; café, en los límites con Nicaragua; y otros varios productos del trópico, en menor escala. Su carretera a la costa norte está bien pavimentada y por ella o por ferrocarril se llega a los tres puertos del Caribe: La Ceiba, Tela y Puerto Cortés. Hay una zona ganadera importante en el norte y otra en el Departamento de Olancho, que tiene por capital a Intibucá. Honduras tiene buenas escuelas primarias, una prestigiada Universidad y el gobierno actual atiende, con la mayor eficacia posible, los servicios de prevención y previsión social, realizando una meritoria labor de asistencia, que tiene como mira principal velar por la niñez.

NUESTROS AMIGOS LOS GUATEMALTECOS

De vez en cuando me acuerdo de mis amigos de Guatemala, donde traté a muchos intelectuales de valer y conocí a uno de los más grandes poetas de América: Rafael Arévalo Martínez. Guatemala ha tenido siempre notables literatos. Del siglo pasado recordamos a Batres Montújar y de los albores del siglo veinte al maestro de la crónica Enrique Gómez Carrillo. En la capital guatemalteca traté a José Rodríguez Cerna, exquisito prosador y a los bardos Alberto Velásquez, Carlos Wyld Ospina y César Brañas. Sobre la intelectualidad guatemalteca se podrían escribir muchas páginas; pero aquí sólo le dedico un recuerdo.

Hace casi cuarenta años que dejé a Guatemala, después de haber representado a México, con carácter diplomático, durante 30 meses. Me dolió salir de aquel país hermano, donde tuve tantos amigos y se me guardaron tantas consideraciones. Ha pasado mucho tiempo desde aquella despedida y, sin embargo, la amistad sigue en pie. Cuando he tenido ocasión de volver a la tierra del quetzal, encuentro vivos los afectos que antaño cultivé y son los viejos amigos de siempre los que me hacen gozar del ambiente cordial que se respira en esa tierra de volcanes agresivos y de ríos rumurosos que riegan los cafetales del trópico.

Sus anhelos de libertad los guatemaltecos los hallaron simbolizados en un pájaro de plumaje policromado, de larga y brillante cola, que el hombre no ha logrado domesticar. Esa ave rebelde fue evocada en un bello poema de nuestro gran poeta Efrén Rebolledo:

Y venero a los quetzales que se mueren en la jaula.

Confieso que no tuve ninguna condición especial para hacerme estimar por los *chapines*, que son los guatemaltecos de la capital.

Lo que pude advertir, desde luego, es que no encontraba diferencia entre el medio en que me movía allá, con el de cualesquiera de las provincias de México o con el de nuestra metrópoli. Ni el idioma, ni los gustos, ni las costumbres son diferentes. Una vida muy semejante a la que se disfruta en nuestro país y las mismas aspiraciones o inquietudes. Tuve amigos en las altas esferas de la administración pública, como entre los obreros y los estudiantes. Recuerdo que cada vez que daba una recepción diplomática, al final invadían la legación numerosos grupos de universitarios, que llegaban cantando su himno en boga, "la chalana":

*Matasanos practicantes,
del emplasto fabricantes,
huizachines del lugar,
¡estudiantes!
en sonora carcajada
prorrumpid: ja ja.*

Política de intercambio. Mi mayor preocupación fue lograr que en Guatemala se conociera mejor a los mexicanos y que en México se estimara más a los guatemaltecos. Así fue como obtuve que durante mi gestión aumentara el número de estudiantes guatemaltecos en las escuelas de México, que hombres de estudio y artistas de renombre, mexicanos, fuesen a Guatemala, y que se iniciara un provechoso intercambio de valores deportivos. En mi tiempo estuvieron allá Virginia Fábregas con su gran compañía de drama y comedia; las empresas de zarzuela y revistas de Sánchez Wimer, de Ortega, Prida y Castro Padilla y de Roberto Soto; Mario Talavera, Carmen G. Cornejo y Jesús Mercado; la notable Banda de Estado Mayor, que dirigía Melquíades Campos; el pianista Conrado Tovar y el conferenciante Daniel Cosío Villegas. Entre los deportistas tuvimos allá al club de fútbol *América*, el equipo de basquetbol *Cooperación*, en que figuraban los hermanos Rojo de la Vega, y a tenistas como Manuel Llano y Félix del Canto. Es decir, lo mejor de entonces. En correspondencia vinieron a México varios campeones del tenis de allá y el club de fútbol *Guatemala*.

En materia cultural, recuerdo haber dado a conocer en Guatemala las obras de nuestros más distinguidos escritores y poetas, tanto a los consagrados como de los que empezaban a figurar en primera línea. De los primeros se conocían ya Díaz Mirón, Urbina, Nervo, González Martínez, Rafael López, Núñez y Domínguez...

De los segundos se estimaban las obras de Azuela, López Velarde, Othón Robledo, Martín Gómez Palacio, Gorostiza, Pellicer...

Mutuo entendimiento. Las relaciones entre México y Guatemala fueron de un mutuo entendimiento, que dio los mejores frutos a fines de 1923 y en 1924, cuando en México estalló la rebelión delahuertista. Aquella situación puso en relieve la gran simpatía que el Presidente de Guatemala, general José María Orellana, sentía por México. Por Guatemala entraron todos los elementos de guerra necesarios para sostener a las fuerzas del Ejército mexicano, leal al Gobierno, que se sostenía en el Istmo de Tehuantepec y en Chiapas. No carecieron de nada las tropas de los generales Donato Bravo Izquierdo y Juan Domínguez: dinero, armas, provisiones de boca, medicinas y petróleo para mover los trenes, que se pasó por un oleoducto llevado a través del río Suchiate. Sin esa ayuda decidida y eficaz del Presidente Orellana, la situación de las fuerzas del sur hubiese sido difícil.

Los tiempos actuales. Aunque han pasado por algunos escollos nuestras relaciones con Guatemala, no creo que sean menos cordiales que en los años referidos. Los vínculos de raza y la gran semejanza en nuestra conformación étnica, hacen que mexicanos y guatemaltecos nos sintamos unidos cada vez más. Las pequeñas diferencias no amenguan el mutuo entendimiento. Cada vez son mejores las comunicaciones por tierra y por aire, y el intercambio comercial tiende a intensificarse.

Un viaje placentero. Acabo de ir a Guatemala por tres días, con la ilusión de revivir la temporada larga que pasé en los años veintes. Estoy asombrado, perplejo. Como en un sueño transcurrió este viaje. Lo que vi y lo que oí me parece una leyenda. Algo que no podía imaginar que llegara a repetirse.

Desde que pasé por la embajada de Guatemala a solicitar la visa de mi pasaporte, recibí la grata impresión de lo que sería el viaje. Su Excelencia García Gálvez me dio toda clase de facilidades y me aseguró el buen éxito.

He realizado esta excursión con el programa previsto, sin que fallara un solo detalle. He ido en *jet*, es decir, a una velocidad increíble. En una hora y treinta y cinco minutos he llegado a Guatemala. Una recepción cordial. Me atendió el coronel jefe del aeropuerto y en unos cuantos minutos estaba ya en un céntrico hotel.

Visitas cordiales. Durante los breves días que pasé en la tierra *chapina*, recibí o visité a viejos y nuevos amigos, con quienes departí

agradablemente. Los voy a mencionar, como en el teatro, por orden de aparición: Antonio Chocano y Batres, hijo de mi amigo el poeta de América, José Santos Chocano; Eugenio Silva Peña, a quien conocí como diputado cuando se hizo el intento de Unión Centroamericana, en 1921; al paisano y viejo amigo Miguel Ravelo, quien llegó con una de las hijas de don Celso Zepeda, de Comitán; al hondureño Toño Castillo Vega, siempre en plan de rebeldía; y a Rafael Arévalo Martínez y su esposa, a quienes visitamos en su casa de la 10ª avenida.

Arévalo Martínez sigue siendo el primer poeta de Centroamérica y uno de los más notables de la América Hispana. Quizás no se completen cinco de su talla en el Continente. La mejor definición de él figura en el libro de sus *Obras escogidas* que se publicó en 1959 para celebrar sus bodas de oro con las musas. Dice: “es algo así como un triste y enjuto caballero romántico, más espíritu que cuerpo, expresión de lo irreal, de sutil poesía, de ultraterrenidad...” De Arévalo Martínez recuerdo su celebrada *ropa limpia* y varios trozos de las poesías que le han dado mayor fama. El autor de *El hombre que parecía un caballo*, es un novelista consagrado y sobresale como psicólogo y filósofo. Escribió estos dos versos:

*Cuando uno está tan cansado
que ya no puede descansar.*

Y como tiene muchos años de creerse un moribundo, y mientras más tiempo pasa aparece en mejores condiciones físicas, demuestra que no tiene miedo a la muerte al torearla así:

*Entrégate por entero
hasta que caigas inerte
en el momento postrero;
y cuando venga la muerte
¡entrégate por entero!*

Saludamos en Guatemala a quien fuera ministro de Relaciones en tiempos del Presidente Orellana, don Adrián Recinos, escritor indigenista muy distinguido, y en Quezaltenango al doctor López Herrarte, ministro de Salubridad.

Muy grata y evocadora fue la visita que hicimos en su despacho al licenciado Unda Murillo, ministro de Relaciones, un viejo amigo

de los añorados días de cuando estuve al frente de nuestra legación en Guatemala.

Otro gran amigo que nos recibió jubilosamente fue David Vela, hermano de Arqueles y director de *El Imparcial*. Con David departimos largamente, almorzamos dos veces y recorrimos su periódico, donde tuvimos el gusto de saludar al culto escritor César Braña y al gran poeta quezalteco Alberto Velázquez, admirador y amigo de Carlos Pellicer.

De los encuentros que he referido fue testigo el escritor y periodista Agustín Arroyo Ch., quien regresaba de un fabuloso viaje aéreo por las principales ciudades de Sudamérica. Nuestro amigo Arroyo Ch., quedó gratamente impresionado de la cordialidad con que nos recibieron los guatemaltecos y seguro de que su simpatía por México es sincera y grata.

LA SUGESTIVA TIERRA CHIAPANECA

Chiapas es sorprendente por la feracidad de su suelo, por sus numerosos ríos y sus opulentos bosques, por su café del Soconusco y por sus ruinas de Palenque y Bonampak. También lo es por sus indios lacandones y sus lagos de Comitán. Por su cañón del Sumidero, por el Grijalva y el Usumacinta y por la altitud de su ciudad colonial San Cristóbal Las Casas.

Chiapas es un Estado virgen, inexplorado, en que cabrían muchos millones de campesinos migratorios del norte del país.

El Estado de Chiapas se me presentaba, en la Escuela de Agricultura, como uno de los más interesantes del sur del país. Su gente tenía un sello especial, que la diferenciaba de todos. Comenzando con el subdirector de la escuela, que era un hombre gordo y bondadoso. Don Virgilio Figueroa ganó nuestra simpatía con su don de gentes y porque en los conflictos interescolares se ponía siempre del lado de sus alumnos. Hermano del gran poeta chiapaneco Rodolfo Figueroa, don Virgilio era un hombre de entraña blanda, a quien se vio a todas horas dispuesto a luchar en favor de los estudiantes de San Jacinto, que lo quisimos entrañablemente. Don Virgilio era uno de los profesores que más se interesaban por el adelanto intelectual de los "verduleros", que nos preparábamos a servir a México en sus campos de cultivo. En los días difíciles de la huelga de Agricultura, en 1911, el ingeniero Figueroa fue el defensor más decidido de los estudiantes, que desde entonces se preparaban a luchar dentro de la Revolución por las reivindicaciones populares y la redención de los campesinos, inicuaamente explotados en las antiguas haciendas.

Un sobrino de don Virgilio, llamado Ezequiel Betanzos, fue de los primeros alumnos de Agricultura que se lanzaron a la Revolución. Con Enrique Estrada, de la Escuela de Minería; Nemesio

Vargas, de San Jacinto, y dos o tres escolares más marchó a Texcoco, donde se hicieron de algunas armas y de un vehículo en que siguieron al Estado de Veracruz, donde se incorporaron a las fuerzas del general Rafael Tapia, uno de los maderistas de primera hora. Encontré después a Betanzos, apodado el *Cheque*, con las fuerzas del general Abraham Cepeda, cuando el general Alvaro Obregón recuperó la plaza de Puebla, en 1915. Después Betanzos entró a formar parte del Cuerpo Especial "Reforma", integrado por estudiantes y bajo el mando del teniente coronel Juan C. Zertuche. El *Cheque* fue de los oficiales del "Reforma" que más se distinguieron en los combates de Celaya y de Trinidad. Pasado algún tiempo y después de trabajar en la Comisión Local Agraria de Sonora, el *Cheque* Betanzos fue designado agente del Banco de Crédito Ejidal en la región del Yaqui. Su labor al frente de ese organismo de crédito fue tan eficiente que al cabo de varios años se le reconoció como el mejor representante del Banco Ejidal en la República y los campesinos del Yaqui le otorgaron una medalla de oro en premio a su fructífera labor. Posteriormente el *Cheque* estuvo como agente del mismo banco en Tapachula y en Chetumal. Murió con el grado de teniente coronel efectivo, dejando entre sus amigos y compañeros un recuerdo grato por su hombría de bien, su reconocida honradez y su valor a toda prueba.

*

* *

Tuvimos muchos otros compañeros chiapanecos en Agricultura; pero en esta vez sólo recordaré a Rodolfo Ruiz, que fue uno de nuestros principales gimnastas. De una constitución hercúlea, fue de los atletas más respetados; con gran facilidad y sin darle mayor importancia al hecho, realizaba a perfección el Cristo en las argollas.

Los chiapanecos de San Jacinto, presididos por don Virgilio Figueroa, llevaron a la escuela la primera marimba que conocimos. Nos deleitaban las melodiosas notas de aquella "sonante escalera", como fue llamada en forma poética por Alfonso Cravioto. Siempre he sido un entusiasta gustador de la marimba y me tocó aplaudirla durante mucho tiempo, en Guatemala, cuando allá era la música obligada en todas las reuniones, desde el acto cívico hasta el baile popular. Por eso me parecía algo así como atentatoria la frase con que un compatriota definía al sonoro instrumento: "marimba sediciosa del arte musical".

Los Figueroa y Betanzos eran originarios del Valle, es decir,

del prodigioso Valle de Cintalapa, que, además de ser bello y acogedor, posee tierras de cultivo y agua en abundancia, para hacerlo figurar como una zona agrícola de la mayor riqueza. El valle produce mucho maíz, caña de azúcar, frutas tropicales, cacao, aguacates, ajonjolí, algodón, café, maderas preciosas. Como esta región tan bien dotada para la agricultura, hay otras varias en Chiapas: la Frailesca, Villa Flores, el Soconusco... El Estado posee todos los climas y a eso se debe que sea tan rico en agricultura. Tiene varias zonas ganaderas, en las que se explotan los ovinos, los caprinos y el ganado caballar. En la costa hay varias pesquerías y en los esteros de Chiapas se explotan la mojarra y el camarón. Para que nada le falte, esta entidad cuenta con valiosas joyas arqueológicas, de fama mundial: Palenque y Bonampak.

La ciudad más importante de Chiapas es Tapachula: metrópoli del café, cercana a las estribaciones del Tacaná: volcán que es mojenera para señalar los límites con Guatemala. El comercio del café de Tapachula es el de mayor importancia en México. El café de Soconusco figura en todos los mercados internacionales y es el que más fama ha dado a Chiapas. Tapachula tiene un gran movimiento comercial y es el centro de negocios más importante en el sur de México. Es una ciudad limpia, progresista y la más poblada en el territorio chiapaneco. Otros lugares de renombre en el Estado son: la capital, Tuxtla Gutiérrez, con su paraje del Sumidero que recorre el río Grijalva; San Cristóbal Las Casas, tan alta como la ciudad de México y colonial como Puebla; Comitán, casi en la frontera guatemalteca y con un aguardiente que quema; Chiapa de Corzo, antigua capital bañada por el Grijalva; Huixtla, con su piedra; Arriaga, centro ferrocarrilero y de negocios, y Pichucalco, que ve hacia Tabasco y ha dado muchos hombres notables, como el general Carlos A. Vidal.

*

* *

Tierra tropical, con abundantes lluvias y ríos caudalosos, Chiapas es un territorio privilegiado en que la lujuriosa vegetación asciende hasta las más altas montañas. Su riqueza forestal es asombrosa y, por más que se le explote, sus reservas cubren prontamente los destrozos de los rapamontes. Chiapas tiene una población laboriosa para trabajar en el campo. Sus indígenas son dignos de atención y de estímulo: chamulas y lacandones viven todavía lejos de la civilización y han dado tema a célebres escritores para novelas y

películas de gran interés. El más famoso de los escritores que se han ocupado de los indios chiapanecos, Bruno Traven, vivió y murió en el más impenetrable de los misterios.

Por su temperamento romántico, entre los chiapanecos abundan los poetas y los literatos. En Tuxtla Gutiérrez y en Tapachula hay muchos periódicos y revistas y son numerosos los redactores y reporteros que los llenan con noticias o relatos fantásticos. Las obras de algunos escritores chiapanecos han trascendido; pero la inspiración y el recuerdo de Rodolfo Figueroa persiste en el sudeste. El poeta Figueroa fue el cantor de las bellezas chiapanecas: de las mujeres y de los encantos naturales de Chiapas, la tierra en que todo es exuberante.

Si Figueroa es el poeta de Chiapas, la Sandunga es su himno. La Sandunga es la mujer chiapaneca, que reúne la belleza, el candor y todas las virtudes femeninas, exaltadas con la música tropical de la linda canciónailable que llega a todos y conmueve gratamente. La Sandunga viste el traje de chiapaneca, para aumentar su embrujo. Por algo el poeta de Cintalapa, al hacer el elogio de la Sandunga, termina su poema así:

*La Sandunga tocad: si no despierto
al quejoso rumor de esa armonía,
dejadme descansar, que estaré muerto.*

CHIHUAHUA, CIUDAD PROGRESISTA

Uno de los estados más atrayentes de México es el de Chihuahua, que tiene una población laboriosa y batalladora y muchas fuentes de riqueza. Es importante su minería, que cuenta con la gran fundición de Avalos; es próspera su agricultura, que tiene al valle de Juárez y la región de Delicias; son ricos sus bosques y notables sus frutales; es impresionante su desarrollo industrial y próspera su ganadería.

Dan ganas de vivir en Chihuahua, para ver a muchas gentes felices y contentas con su suerte.

He volado veintinueve veces a Chihuahua, en el término de dos y medio años. Este no será un *record*; pero sí una prueba de que conozco el camino, por el aire. Cuando la tierra se presentaba rojiza, sabíamos ya que estábamos a punto de cruzar sobre Avalos. La chimenea alta. Las casas bien alineadas del mineral. En seguida venía el Coronel: un cerro boludo, cabezón. Por ahí entrábamos a la capital del Estado más grande de la República. El caserío, las plazuelas y dos o tres rascacielos. Al norte el aeropuerto provisional, cerca de la Quinta del Gobernador, construida por Foglio Miramontes. Eso era antes. En la actualidad, el puerto aéreo se encuentra a dieciocho kilómetros de la ciudad. El terreno es plano, en una extensión considerable. Las pistas amplias, bien pavimentadas, son aptas para el aterrizaje de los más grandes aviones.

En tiempos remotos Chihuahua se llamó San Felipe el Real. Como todas las viejas ciudades coloniales, comenzó por ser un presidio. Estaba en la margen izquierda del Chuvíscar, un río tranquilo en el estiaje y escandaloso en sus grandes avenidas. Ahora lo más importante de Chihuahua, su centro comercial y el Palacio de Gobierno, están en la margen derecha del río. La mayoría de la población vive en este rumbo; pero hay la tendencia a colonizar el lado

izquierdo, es decir, la parte norte de la ciudad. Ha sido notable el crecimiento de Chihuahua en los últimos años. Su población sobrepasa los ciento cincuenta mil habitantes.

El clima y la gente. ¿Qué es lo que más atrae de Chihuahua? Yo diría que son su clima y su gente. Muy pocos días del año baja tanto la temperatura que para salir a la calle se requieran el abrigo, la bufanda y los guantes. Esos momentos son fugaces y se presentan sólo en los inviernos crudos. En cambio, la temperatura agradable, sin frío ni calor, predomina casi siempre. Por los meses de julio a septiembre, cuando quiere subir el termómetro, baja de la sierra un vientecillo fresco, juguetón, que evita el sudor y produce bienestar. El céfiro combate al bochorno.

El carácter de los chihuahuenses es serio, circunspecto y atractivo. Saben ser amigos. Son sociales y no tan ruidosos como los habitantes costeros de Sonora y Sinaloa. Son gente de trabajo, emprendedores y amantes de su terruño. Abundan las mujeres hermosas, que triunfan en los saraos y en los convites que periódicamente se celebran en los clubes de postín. Hay buenas orquestas para llevar serenatas y una banda que deleita a la población en la plaza principal.

Los ganaderos. A pesar de que la agricultura y la minería se han desarrollado bastante bien en Chihuahua, quizás la industria ganadera sea la predominante en esta región. El orgullo del chihuahuense es tener un buen rancho, con potreros bien cercados, pasto abundante y agua a discreción. Donde no hay río o manantial, se han perforado pozos para que el agua nunca falte en la propiedad. Estos rancheros se esmeran en tener los mejores ganados de la comarca en que viven. Los "Herefords" o caras blancas se ven por todas partes, pues en Chihuahua saben que estas reses son las que dan mejor carne. En los potreros se experimenta la cría de otras muchas variedades de ganado y para producir leche se tienen vacas suizas, holandesas y "Jerseys".

En Chihuahua hay varias empacadoras y la principal está en la capital. Es famosa por la cantidad de carnes que prepara y vende enlatadas, en embutidos y al natural. Contagiados con los métodos que mormones y menonitas emplean para preparar los productos pecuarios, los chihuahuenses son maestros en la presentación de jamones, quesos, mantequilla, carnes frías y muchos otros derivados de la carne y de la leche. Esta industria de Chihuahua ha logrado imponerse en varios mercados de la capital de la República.

Fruticultores. Es admirable la manera como los chihuahuenses aprendieron a cultivar sus huertas. Nunca me he cansado de elogiar sus plantíos de manzana por Temósachic, Yepómera y otros lugares de la sierra. Trazaron las hileras de árboles en forma tan precisa, que a las claras se advierte la comodidad con que darán los riegos y las labores necesarias para que la tierra permanezca mullida y no compacta. Luego hay que ver el cuidado que se tiene con los arbolillos. La esbeltez y la rectitud con que crecieron. La facilidad con que se recogen los frutos, sin maltratar la planta. Hasta conocer a estos fruticultores de Chihuahua, pude alcanzar todo lo que en esta rama de la agricultura es susceptible de hacerse en México. Yo aconsejaría a mis paisanos de Sonora, que habitan las faldas de la Sierra Madre por el lado occidental, que pasaran a Chihuahua para aprender cómo trabajan los hombres del lado oriental; o bien, que llevaran a Sonora cultivadores de manzana de Chihuahua, para que éstos enseñen a los sonorenses la manera de sembrar, cuidar y aprovechar los árboles frutales. ¡Cómo agradeceríamos esa lección!

La agricultura. El vasto Estado de Chihuahua tiene zonas agrícolas de primera: el valle de Juárez, con su algodón famoso; el vergel de Delicias, con sus inmensos viñedos; los campos menonitas, desde Cuauhtémoc hasta Bavícora, con su avena y su frijol; y otras regiones maiceras o trigueras, en la sierra y en los planes.

Pero, además de los cultivos que requieren del esfuerzo humano, Chihuahua tiene una riqueza de valor inapreciable: sus extensos pastizales: tierras y tierras cubiertas de buenos pastos, que nacen espontáneos al conjuro de la más leve lluvia. He visto transformarse el campo en menos de dos meses: lo que antes fueron terrones, arena y pedruzcos, en seis o siete semanas se transforma en una campiña verde, cubierta de succulento zacate que ha de ser muy sabroso por el gusto con que lo come el ganado. Zacate para engordar, ¡y gratis!

La industria. Hay una industria poco adelantada pero muy productiva, con que Chihuahua también supera a Sonora: la explotación de sus bosques. Desde hace varios lustros la explotación maderera de Chihuahua ha sido fuente de grandes riquezas. En Sonora, fuera del general Yocupicio, a nadie se le ha ocurrido marchar a la sierra a establecer un aserradero. Esperemos que en un futuro próximo los sonorenses se den cuenta de todo lo que pueden extraer de la Sierra Madre Occidental.

En Chihuahua se ha establecido una poderosa empresa para producir celulosa, hay cervecera, cementera, empacadoras de avena

y otras industrias más; pero falta todavía que se funden muchas nuevas empresas para fortalecer el campo inexplorado de la gran industria.

El nuevo ferrocarril. A Chihuahua le faltaba una vía que lo llevara al mar. Lo tiene ya. Por ferrocarril pueden ir ya personas y mercaderías hasta el mar Pacífico, a un puerto magnífico por su conformación física, pero pobre porque todavía no se le explota en todo lo que puede dar. Topolobampo ha permanecido como puerto de cabotaje, cuando puede ser el de mayor altura a lo largo de nuestras costas del Gran Océano.

Nota final. Para que no se vaya a pensar que menosprecio a mi tierra natal —¡Sonora!—, cuando la comparo con Chihuahua, necesito decir que, al hacer estas referencias, no me guió otro deseo que estimular a mis paisanos para que aprovechen mejor los recursos de su territorio, siguiendo el ejemplo de nuestros vecinos del oriente, quienes nos llevan ventaja en la explotación de la Sierra Madre Occidental, que también pertenece a los pueblos que viven en sus faldas y estribaciones occidentales, hacia el Golfo de California.



SERIAL DE GUANAJUATO
INST. N. L. DE EDUCACION-OS
de la
REVOLUCION MEXICANA
BIBLIOTECA

GUANAJUATO EN EL CORAZON DE MEXICO

Soy ferviente admirador de Guanajuato: por sus reliquias históricas, por haber sido la cuna de la independencia, por su agricultura del Bajío, por lo que fueron sus minas, por la cantidad de ciudades de primera importancia que lo pueblan y por la calidad de sus habitantes. Tenemos que reconocer que Guanajuato es una de las entidades con mayor número de personas cultas y que se han distinguido en todas las luchas de México por la fuerza de pensamiento de sus intelectuales. ¡Loor a Guanajuato!

Cuando se ha buscado el centro geográfico de la República, el encuentro ha sido en un punto del Estado de Guanajuato. Si se pretendiera localizar el foco de la cultura y de mayor adelanto político y económico, también se tendría que desembocar en Guanajuato. Esta entidad de la altiplanicie es el cruce de los caminos más importantes de México, figura entre las más densamente pobladas y tiene tradiciones y leyendas que han llenado muchas páginas de la Historia patria.

En la época colonial Guanajuato figuró como uno de los reales más ricos: sus minas compitieron con las de Zacatecas y de Pachuca. Fue fabulosa la cantidad de plata que produjo para el tesoro español. Tuvo siempre varias poblaciones de primera importancia y en su capital hubo escuelas bien atendidas y cenáculos en los que se reunían intelectuales de valer y espíritus de selección. Tradicionalmente la gente de Guanajuato ha tenido representantes de gran capacidad científica y literaria. No es nada extraordinario el hecho de que, a fin de preparar la lucha por la Independencia, hayan sido guanajuatenses los iniciadores. Hidalgo nació en Guanajuato y fue en el propio Estado donde dio el *Grito* de Dolores. Sus primeros lugartenientes fueron también de Guanajuato: Allende, los Aldama, Santos Villa, Abasolo, el padre Balleza... Los insurgentes obtu-

vieron sus primeras victorias en San Miguel el Grande, en Celaya y en la Alhóndiga de Granaditas. Durante las luchas de la Reforma, Guanajuato dio a Juárez muchos hombres de valer: don Ignacio Ramírez, Manuel Doblado, Juan Bautista Morales, Sóstenes Rocha... En la Revolución de 1910 figuraron muchos guanajuatenses ilustres y fue notable su participación en los combates del Bajío, en el Constituyente de Querétaro y en los gobiernos revolucionarios que siguieron a la promulgación de la Carta Magna de 1917.

Los hombres de Guanajuato se han distinguido en los últimos tiempos por su cohesión y por su habilidad política. A veces se han formado grupos que luchan allá en su Estado, por el predominio en el gobierno local; pero cuando se trata de servir en la Federación, se presentan fuertemente unidos y se apoyan unos a otros con inteligencia y tino. A eso se debe que en los últimos gabinetes presidenciales, en las Cámaras legislativas y en otros puestos de primera importancia, figuren siempre guanajuatenses que son buenos como funcionarios, por su inteligencia y su preparación intelectual.

El tipo más representativo del guanajuatense apto y capaz es Agustín Arroyo Ch., hábil político, con grandes simpatías en todos los centros sociales de la metrópoli: a su innegable talento une un exquisito don de gentes y se distingue por su afán de servir al prójimo, desde los puestos que desempeña. Sin buscarlos y sin que él lo advierta, los amigos de Arroyo aumentan incesantemente y forman legión.

*
* *

Para figurar en primera línea entre las entidades de la República, Guanajuato tiene: una población numerosa, que sólo han alcanzado Jalisco, Veracruz, Puebla y el Estado de México; agricultura floreciente, sobre todo en la región del Bajío; minería en regular escala; ganadería considerable y próspera; una magnífica red de caminos vecinales; y grandes atractivos turísticos, que le dan sus ciudades antiguas, de arquitectura colonial, y los sitios históricos gratos al mexicano y dignos de estudio para el visitante extranjero.

Una descripción somera de algunas poblaciones de Guanajuato, servirá para apreciar lo que es y lo que vale este portentoso Estado de nuestra República.

Guanajuato. Joya colonial de gran interés. Sus calles serpenteantes, de diferentes anchuras, forman un laberinto difícil de entender.

Las hay tan angostas como la del “Callejón del beso”. Muchos recuerdan episodios de épocas lejanas y tienen edificios centenarios, que han resistido al tiempo y los desgastes naturales. Hay iglesias fastuosas, como la de la Compañía y la capilla de la Valenciana. Hay una presa que sirve para regar y para la práctica de deportes acuáticos: se llama “De la Olla” y en sus riberas se realizan ferias típicas, con diversiones populares y fuegos de artificio.

Guanajuato tiene una buena universidad, varios edificiosuntuosos, la antigua Alhóndiga y un museo extraño, de momias, que se conservan entre los muros calizos. Cerca de la ciudad está Marfil, un pueblo muerto, en que sólo quedan los muros incompletos de casas derruidas. Cuando se desee visitar verdaderas ruinas, hay que ir a Marfil, que antaño fuera el emporio de las haciendas de beneficio.

Irapuato. Centro ferrocarrilero en el que algunas veces se pensó como posible capital de la República, por estar en el centro del país y ser el cruce de muchos caminos ferroviarios y de carreteras importantes. Irapuato es pródiga en agricultura y son famosas sus fresas. En los últimos tiempos se ha venido transformando en ciudad industrial, con halagadoras perspectivas.

Celaya. En 1915 fue el teatro de los combates de mayor trascendencia para la Revolución. Del 5 al 7 y del 13 al 15 de abril se libraron las batallas que llevan su nombre. En ellas se puso de manifiesto la capacidad guerrera del general Obregón, sobre las calidades que como guerrillero tenía el general Villa. Obregón triunfó por su estrategia, su inteligencia y su sagacidad.

Es famosa Celaya por sus cajetas y por su templo del Carmen, notable obra colonial. Es un centro agrícola, comercial e industrial de primer orden.

San Miguel de Allende. Antigua ciudad que encierra bellezas arquitectónicas y edificios históricos: el viejo cuartel del Regimiento de la Reina, convertido en Instituto de Bellas Artes; las casas de Allende y de los Aldama y la pétrea mansión del Conde de la Canal; la iglesia de singulares torres y arcos ojivales. San Miguel tiene grandes atractivos para el turista y se ha escogido como sitio de reposo por muchos visitantes extranjeros. Es una ciudad construida sobre un lomerío, con calles empinadas y desniveles que permiten admirarla en diversos ángulos. Es la tierra de la numerosa familia Zavala, que viene de don Braulio, el acucioso coleccionista de las

Efemérides de San Miguel, hasta el abogado Leovino, quien ha dado nombre y fama al popular portalira "Margarito Ledesma".

León de los Aldamas. Es la ciudad más populosa de Guanajuato. Famosa por sus fábricas de calzado, con numerosos talleres a domicilio, por algún tiempo se había quedado estancada. Quizás aguijonada por los adelantos de las zapaterías de Guadalajara, en los últimos años León presenta un aumento considerable de población y un acelerado desarrollo industrial. Su comercio es vigoroso y la explotación agrícola de sus tierras vecinas se ha incrementado. León tiene vida propia y nada le detendrá ya en su marcha hacia el progreso. Su influencia se extiende a los Estados de Aguascalientes y de Jalisco.

Otras ciudades importantes. Tendríamos mucho qué decir sobre otros centros de población de Guanajuato, que tienen interés económico, histórico y social; pero por brevedad necesaria nos limitamos a enumerarlas, nada más: Acámbaro, Salvatierra, Péjamo, la opulenta Salamanca, San Francisco del Rincón, Valle de Santiago, Morelón, Dolores Hidalgo, San Luis de la Paz y San Felipe Torres Mochas.

*
* *

Hemos de volver a la gente de Guanajuato que ha dado lustre a tan notable entidad, porque sobre ella habría para escribir nutridas páginas. Recordemos a sus historiadores, comenzando por don Pedro González, autor de la mejor documentada Historia de Guanajuato; a Nicolás Rangel, el querido *Nika*, colaborador del Archivo de la Nación y de la Antología del Centenario; al notable estudioso Alfonso Teja Zabre y al maestro Fulgencio Vargas, especializado en estudios históricos.

Entre sus hombres de ciencia, Guanajuato tuvo a uno de origen francés, al biólogo Dougés, de cuya obra se encuentran muestras en el museo del Estado. Varios profesionales muy distinguidos surgieron de Guanajuato: los ingenieros Ponciano Aguilar y Vicente Cortés Herrera; los abogados Antonio Alcocer, Enrique Colunga y Fernando González Roa, economista, diplomático e internacionalista de fama, respectivamente. Poetas de indiscutible inspiración y reconocido talento fueron los guanajuatenses Agustín Lanuza, Alfonso Sierra Madrigal y Jesús S. Soto. Glorias de Guanajuato fueron también Rafael López y Rubén M. Campos. Durante mucho tiempo

he lamentado que tengamos en olvido a Rafael López, uno de los poetas mayores de México, que fue constante y admirado profesor de literatura, con discípulos muy considerados. A honra tuvieron llamarlo maestro los vates Ramón López Velarde, José D. Frías y Samuel Ruiz Cabañas. A Rubén M. Campos habría que recordarlo como poeta, escritor y divulgador del folklore mexicano. Entre otras obras, a Rubén Campos se deben una antología sobre Chapultepec y un documentado libro acerca de la canción mexicana. Fue un hombre de buen humor y sus viejos amigos recuerdan su risa y sus "puntadas", en los tiempos del maestro Elorduy, otro bohemio jovial.

Como otra prueba de su nacionalismo, recordemos que Guanajuato ha sido uno de los Estados que produce más canciones populares. Del más famoso de los corridos, "el de Cananea", fue autor un minero guanajuatense. Entre los compositores de más bellas melodías están Francisco J. Navarro, Zúñiga, Arroyo Ch., y el prolífico Justino Sánchez. Pocos Estados de la República rivalizan con Guanajuato en mexicanidad.

AGUA PARA LA CIUDAD DE MEXICO

Varias veces me he ocupado del problema del agua para la capital de la República. He llegado a las siguientes conclusiones:

1. *Hay que restaurar, en serio, el lago de Texcoco. Ninguna gran ciudad vive sin estar cerca del agua: mar, río o lago.*

2. *No seguir entubando ríos, como si aquí nos faltaran espacios para trazar bulevares.*

3. *No traer agua de otras cuencas. La necesaria para los pobladores del Valle está en el subsuelo; pero hay que extraerla a una profundidad no menor de ochocientos metros.*

4. *No hay que tenerle miedo al agua; hay que saber aprovecharla.*

Al iniciarse la estación de lluvias en el Valle de México, resulta oportuno volver a ocuparnos del problema vital del agua para el Distrito Federal, íntimamente ligado al de las tolvaneras que nos invaden cuando las sequías son más intensas en los ex lagos circunvecinos. Hace algún tiempo traté el asunto y voy a insistir en él porque la situación no ha variado y se siguen cometiendo los mismos errores.

Contra la naturaleza. Cuando cursé agronomía en la Escuela Nacional de Agricultura, el profesor de la materia nos hizo que, para no olvidarla nunca, repitiéramos esta frase: “No hay que ir nunca contra la Naturaleza; por lo contrario, hay que seguirla”. Si en una región se dan bien determinadas frutas, hay que dedicarse a explotar esos frutales en ella. Si sabemos hasta dónde llega la zona del trigo, no hay que empeñarse en producirlo fuera de sus límites. Si tenemos la experiencia de que una gramínea no puede resistir las heladas, hay que buscar la manera de cosecharla antes de que venga el frío. Y así, sucesivamente.

Si el Valle de México fue una región lacustre, con mucha hume-

dad en su atmósfera, no debemos dedicarnos a que se seque y se transforme en una zona desértica, en que peligre la vida humana. Desde los viejos tiempos de la Colonia hasta nuestros días, hemos estado empeñados en acabar con el agua del lago de Texcoco, que cubre una extensión cada vez más exigua, con una capa de 15 a 20 centímetros de profundidad. Se habla de reconstruir el lago, pero no se ha emprendido una obra seria para lograrlo.

Las tolvaneras. Sabemos que la única forma de impedir las es cubrir una mayor extensión de tierras con las aguas de lluvia, que antiguamente formaron los lagos. Sin embargo, continúa la sed de tierra y persiste el afán de ganársela al lago. Esa tierra no sirve para la agricultura y no hay dinero con qué transformarla en productiva. Sólo sirve para cubrirla de chozas y jacales, para la población más pobre del Valle, que puede subsistir a pesar del polvo y de los embates de las furiosas tolvaneras, que son enemigas del género humano. El día que creamos en las virtudes del agua y seamos capaces de incrementarla y aprovecharla racionalmente, acabaremos con las odiosas tolvaneras, para bien de la salud de los sufridos pobladores del Distrito Federal.

*
* *

Agua en el subsuelo. Sostengo que en el subsuelo del Valle de México se encuentra un inmenso manto de agua que todavía no hemos comenzado a aprovechar. Ni siquiera lo hemos explorado. Hasta ahora los pozos perforados en la capital sólo han servido para extraer aguas subálveas, es decir, aguas de lluvia superficiales. Conviendría hacer estudios del subsuelo, por medio de pozos pilotos que se perforasen a más de un mil metros de profundidad. Realizando este trabajo en diferentes rumbos del Valle, se llegaría a conocer la constitución del subsuelo y podríamos medir las dimensiones del manto de agua que tenemos a nuestros pies.

Para tener una idea de la magnitud del manto de agua que se encuentra en las profundidades del Valle de México, hay que considerar la precipitación pluvial de esta región privilegiada: a pesar de la incua deforestación y de que han ido en aumento las superficies ganadas para el desierto, el volumen de lluvias que recibimos anualmente no ha decrecido. Es igual el que hemos recibido en los últimos cincuenta años. Esto significa que, a pesar de los esfuerzos

del hombre por tener en el Valle de México un clima seco, sigue persistiendo la humedad. Los lagos y los opulentos árboles desaparecieron; pero la lluvia no.

Horror al agua. Parece que le tenemos horror al agua. Las inundaciones parciales que algunas veces padeció la ciudad, han hecho que se prohíba al agua circular por nuestras calles. La que cae por las Lomas se ha entubado para que vaya a llenar la presa de Guadalupe. Esta presa riega después tierras del Estado de México, más allá de Cuautitlán. Las aguas negras son arrojadas al Estado de Hidalgo, para que toda la materia orgánica que llevan se aproveche en la agricultura estatal, en vez de que, sujetadas a un tratamiento, pudieran ser utilizadas en el propio Distrito Federal.

Ríos entubados. La ciudad de México tiene un campeonato: es la única en el mundo que ha entubado sus ríos. Estos ríos incipientes del Valle: Churubusco, Becerra, de la Piedad, del Consulado, etc., tenían una misión que cumplir. Al través de sus lechos arenosos, las aguas de lluvia penetraban al subsuelo, para aumentar el caudal del manto de agua que la Naturaleza nos ha donado, para que alguna vez sepamos aprovecharlo en la superficie. En vez de hacer costosísimos tubos de concreto, para encarcelar el agua, debieron hacerse muros suficientemente altos para impedir ser escalados, y dejar los ríos a cielo abierto para que por ellos siguieran corriendo las aguas de lluvia, en sus temporadas, o aguas de las presas de las Lomas, cuando la sequedad fuera más rigurosa. Morelia: con mucho menor gasto, se hubiese hecho un bien mayor.

*
* *

Netzahualcóyotl. El rey-poeta de Texcoco, quien cuenta con tan bello y merecido monumento en Chapultepec, no le tuvo miedo al agua, cuando los aztecas lo consultaron para impedir que las aguas dulces de la laguna de México se mezclaran con las aguas salobres del lago de Texcoco. El rey sabio dio en seguida la panacea: "Hagan un albarradón que divida los aguas". La obra fue muy costosa y tardó muchos años en construirse; pero el consejo de Netzahualcóyotl sirvió para salvar a la ciudad. Nuestro hidrólogo aborigen no aconsejó la expulsión del agua, sino su mantenimiento, dividida, para utilizarla de acuerdo con sus propiedades.

Otros ríos. Traer el agua de otras cuencas puede seguir siendo

peligroso. Vimos ya lo que sucedió con el Lerma: una desecación de extensas zonas antes fértiles y una laguna a punto de desaparecer: nuestra laguna mayor, la romántica de Chapala. Torciendo el rumbo de los ríos se va en contra de la Naturaleza y sabemos ya que esta señora es muy celosa. Pensemos en otras fuentes de aprovechamiento de aguas para la ciudad.

Los grandes centros de población. Conviene recordar que no hay en el mundo ningún centro de población de gran importancia que no esté cerca de una gran masa de agua: llámese río, mar o lago. ¿Qué ciudad de más de un millón de habitantes se ha formado lejos de un lago, de un río o del mar? Hagamos un examen. Podría darse un premio a quien la encuentre. Las grandes ciudades cuidan y mantienen el caudal de agua que tienen cerca. Recordemos el caso de Berlín: la cruza un río pequeño, pero bien controlado. Para aprovecharlo mejor, los berlineses hicieron con el río un lago y en éste tienen playa y deportes acuáticos.

LAS GRANDES CIUDADES DE MEXICO

Metiéndonos otra vez en los aspectos de la población de México, nos place señalar las ciudades de mayor importancia, que han tenido un rápido crecimiento.

Conforme a los resultados del Censo de 1960, las ciudades que más sorprendieron por su crecimiento son: la capital de la República, Guadalajara, Monterrey, León, Mexicali, Ciudad Juárez, Hermosillo, Matamoros, Chihuahua y Ciudad Obregón.

Aquella frase tan popular a principios del siglo, que muchos tenían por evidente: “saliendo de México, todo es Cuautitlán”, ha perdido fuerza y ha caído en desuso en los últimos años. En realidad, entonces no había en la República otra gran urbe que la ciudad de México, pues las que le seguían en importancia —Puebla y Guadalajara—, apenas pasaban de los cien mil habitantes. Poblaciones que en la actualidad se han convertido en verdaderas ciudades, apenas eran pueblos grandes, con deficientes servicios municipales. En este grupo se contaban Mérida, Veracruz, Torreón, Tampico, León, Chihuahua y otras de semejante categoría. Entonces la vida provinciana transcurría en el aislamiento dentro de un mundo reducido y de alcances limitados. Las comunicaciones eran malas y nadie podía pensar en que alguna vez íbamos a tener radiorreceptores para enterarnos de lo que pasa en todas partes; ni aviones, para hacer viajes redondos a Ciudad Juárez en un mismo día. Nos ha invadido el progreso y nada nos conmueve ya: ni siquiera los jets o la televisión.

¡Qué lejos estamos de los viajes en diligencia, de los fonógrafos de auriculares y de las vistas fijas que presentaban como “panoramas” los precursores ambulantes del cine! Fueron los tiempos de las patillas de Landa y Escandón, las simplezas de Frá Diávolo y las ilusiones de Zúñiga y Miranda, en que el chisme era casero y

los mejores chascarrillos se quedaban entre unos cuantos. Para venir de Sonora a la capital se hacían cinco días, vía Benson-Arizona y El Paso-Texas, por ferrocarril; y no menos de ocho días para venir por agua, vía Guaymas-Manzanillo. A los provincianos nos tenían por payos en la metrópoli y se hizo popular en 1910 un anuncio en que se presentaba a un fuereño consultando a un “cuico” capitalino, de esta manera: “Dispénsame, señor gendarme, yo vengo de Sonora a comprarme un traje en...”

*
* *

Entre otras novedades que trajo a nuestro país el movimiento revolucionario iniciado en 1910, destaca el afán de viajar que se despertó en los mexicanos, provocándose una verdadera amalgama de gentes llegadas de lugares apartados. Actualmente nos conocemos mejor y a nadie extraña encontrar guanajuatenses en Baja California o tapatíos en Yucatán.

Después de los años cruentos de la contienda armada, hemos tenido en México un acelerado incremento de población (excepto en el censo efectuado en 1921), que se registró en todos los censos de los años terminados en cero. Como grandes ciudades ya no tenemos solamente una, sino tres: México, Guadalajara y Monterrey. La capital de la República tiene más de cuatro millones de habitantes y el Distrito Federal cerca de los cinco millones. Guadalajara anda por los 750,000 habitantes y Monterrey pasó de los 600,000.

La gran ciudad de México cuenta con muchos adelantos y puede codearse con las principales capitales del mundo. Su movimiento comercial, su tránsito urbano, sus servicios aeronáuticos y su vida cultural y teatral son de primer orden. Tiene una plaza de armas o *zócalo*, de tipo colonial y grandes dimensiones, para competir en belleza con cualesquiera de las más famosas en ambos mundos. La surcan modernos viaductos para tener comunicaciones rápidas entre barrios apartados y ha comenzado a usarse un anillo periférico con ese mismo fin. Tiene hoteles y edificios dignos de cualquier centro turístico y restaurantes para competir con los de mayor renombre. Le dan realce su Ciudad Universitaria y su Instituto Politécnico. Tiene un bosque secular, Chapultepec, con una fuente original que admiran quienes la visitan: la de Netzahualcóyotl. La adornan varios artísticos monumentos. Aunque ha perdido un poco en los

últimos años, su clima es excepcional, porque permite usar la misma ropa en todas las estaciones. En fin, la ciudad vale porque es México: la misma que antes de la llegada de Cortés fue la gran Tenochtitlán.

*
* *

Guadalajara está a 1,500 metros sobre el nivel del mar. Tiene clima ideal y muy bellas mujeres. Es la tierra del mariachi y de su anexo el tequila. Tiene una catedral y otros templos famosos. Fue modernizada en los últimos tiempos y presenta amplias avenidas y edificios artísticos. Tiene todavía pollos de Valentina y birria de Tlaquepaque. Bonito campo de golf. Alrededores pintorescos: Zapopan, la Barranca, San Rafael, Juanacatlán, Chapala...

Monterrey es diferente. Moderna toda ella, a pesar del palacio de gobierno, que es viejo. Su gigantesca fundición. Su cervecería matriz. Su cerro de la Silla. Su Sierra Madre y el paraje de Chippinque. Su Cola de Caballo. Su cerro de la Ventana. Su Topo Chico. Su obispado. Tiene muchos detalles para distinguirse; y una vida muy activa, especialmente industrial. Comercio fuerte. Hombres de empresa atrevidos. Sentimientos de cooperación entre los regiomontanos, que les permite acometer grandes negocios. A pesar de Tlalnepantla y Naucalpan, la industriosa Monterrey sigue siendo la ciudad que produce más artículos y maquinaria para los mercados nacionales. No pudo alcanzar en población a Guadalajara, pero quizá lo consiga en 1970.

Por su historia y porque tiene un acentuado sabor colonial, la ciudad de Puebla sigue en importancia a las tres señaladas arriba. Sobre todo desde el momento en que se acercó más al Distrito Federal, por medio de la supercarretera. Puebla está subiendo mucho. Los domingos vende todos sus camotes, y los otros dulces que fabrica, a los turistas que van desde la metrópoli. El centenario del 5 de mayo ha venido a revivirla y Puebla será muy pronto otra de las grandes ciudades de México.

*
* *

Entre las poblaciones que han llamado más la atención por su crecimiento demográfico figuran las que mencionaremos en seguida, con algunos datos someros: León, de Guanajuato, la zapatera, "don-

de la vida no vale nada"; la fronteriza Ciudad Juárez, engrandecida con la explotación agrícola del bajo Río Bravo; Mexicali, productora de trigo y de un algodón de gran calidad; Hermosillo, que también creció con la explotación agrícola: la de su distrito de riego de la costa; Ciudad Obregón, llamada a ser el gran centro agrícola del noroeste, con la intensa producción de 400,000 hectáreas de tierras de primera, todas con riego permanente. Chihuahua, por su ganado, su agricultura y por las grandes industrias que se han establecido en o cerca de esa capital. Tampico, anteriormente emporio petrolero, que tiende a fortificarse con su movimiento comercial; San Luis Potosí, llamada a ser el medio universitario más importante del centro de la República. Veracruz, el puerto que debe su auge al turismo interior, que atrae por su historia y por las poblaciones que tiene cerca. Mérida, la blanca Mérida, capital del henequén y de la famosa tribu maya, grata a todos los mexicanos. Yucatán nos atrae por su música y con la inspiración de sus poetas. La bella Durango, la ancestral Oaxaca con su cantera verde y Morelia con sus ates y sus guarecitas.

Después de haber hecho este recorrido sin libros ni otras referencias a mano, podemos concluir que por el interés que ofrecen sus ciudades principales, México es una gran nación. Por eso vivimos orgullosos de ser mexicanos.



SRIA. DE GOBIERNO
INST. NAL. DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
de la
REVOLUCIÓN MEXICANA
BIBLIOTEC

ESPIGANDO EN SONOT

Mi iniciación en las lides periodísticas data del año 1915, en que con Carlos Roel y Arturo Saracho fundamos El Sector, escrito a máquina en las oficinas del Estado Mayor del general Obregón. El Sector fue publicado, en imprenta, varias veces en Guadalajara, una en Colima, otra en Mazatlán y en varias ocasiones en Hermosillo.

Con artículos de El Sector y otros que publiqué en la Reforma Social y en Orientación, pudo el vate Samuel Ruiz Cabañas formar Sonot, mi primer libro. Sonot salió en Hermosillo en 1917, con carátula arreglada por el mismo Ruiz Cabañas en Los Angeles, California.

De Sonot reproduzco pequeños párrafos.

Sonora se llamó Sonot, según una versión relacionada con su origen.

En la página inicial escribí lo siguiente:

“Werther, para Carlota.

“Pensativo, sin un centavo en la escarcela, pero con la mente enferma repleta de ilusiones, iba Werther en busca de su amigo Guillermo, cuando, para ahuyentar la «eterna preocupación» de su espíritu, hizo alto frente a un escaparate para contemplar las joyas que ahí se exhibían.

“Y al pasar revista a los precios de aquellos preciosos brillantes, muchos de los cuales ostentaban con orgullo su valor hasta de dos y cuatro mil pesos, el buen Werther sonrió pensando en Sor Juana Inés, y recordando con la Décima Musa que la vida: es ceniza, es polvo, es viento, es nada. . .

“Meses más tarde, y cuando ya su desolación era muy grande y su desesperanza mucha, Werther volvió a sonreír, también pensativamente, dolorosamente, al ver la dicha que los jóvenes mostraban en sus rostros, paseando por un jardín lleno de poesía y de amor.

“Y entonces, para consuelo de sus muchas penas, don Pedro Calderón vino a su oído y, en secreto, siniestramente, le dijo: «No saben que la vida es sueño». Y Werther rió, con sarcasmo y con dolor, de su triste corazón. . .

“Es que el pobre no tenía ni un centavo de felicidad”.

*
* *

Sobre Cruz Gálvez, un héroe de la Revolución, publiqué algunas referencias para luego hablar de la forma en que murió en campaña. Mi relato se inicia así:

“Cuando me he acercado a los soldados para preguntarles quién fue Cruz Gálvez, he obtenido siempre la misma contestación: «¡Ah, Cruz Gálvez!», y los ojos se llenan de lágrimas y las gargantas se oprimen.

“He oído al coronel García referir las hazañas del héroe, con calor, con emoción. He visto el llanto en la mirada del buen mayor Ochoa, cuando me decía: «¡Pues sí anduve con él; fuimos compañeros!»

“Los hombres superiores que han alentado en esta época de luchas intensas, han sido todos grandes corazones. Han tenido almas de niño. Han pasado por la vida llevando un fondo de infantilismo y de bondad y de ternura.

“Esta gran Revolución de mi patria tiene episodios y hombres dignos de figurar en *El Tumulto*, de Georges d’Escarbés. El estoicismo tiene mucho de mexicano. Aquí se marcha al sacrificio con la sonrisa en los labios: reposadamente, tranquilamente. Así, no es raro oír de los soldados anécdotas macabras, hechos espeluznantes, acciones inverosímiles”.

*
* *

De una semolanza que hice sobre el dinámico artista revolucionario, el doctor Atl, tomo estas líneas:

“Antes de que se tocara el Himno de la Libertad, apareció un calvo, casi chaparro, de ojos vivos y barba puntiaguda, e hizo un desembuche. Se le aplaudió hasta patear. El demostró no ser de repetición.

“Al siguiente día, un yaqui me pregunta: «¿Quién es aquel hombre que salió disfrazado y habló tan bien?»

“—Se llama el doctor Atl.

“Vivir entre las nieves, del otro lado de las nubes: posiblemente para transformar el amor a la mujer en amor al pueblo.

“Andar descalzo cuando se presenta la oportunidad y hay piedras y espinas que «apachurrar». Pintar volcanes con tinta colorada y azul. Triunfar en París, para vender unos cuadros y empeñar la mayor parte. Pensar alto. Sentir hondo. Decir la verdad. Trabajar día y noche por la causa. Hombre guía. Hombre raro: extra-mexicano. Hombre original. Tal es el doctor Atl”.

*
* *

Al referirme al pueblecito en que nací, me brotaron estas frases de amor y de ternura:

“Mi tierra es un pueblo de labradores. Quien no sepa manejar el arado y el azadón, no es digno hijo de Horcasitas. De ahí han salido también muy buenos vaqueros, que cuentan sus hazañas en la esquina o se divierten pintando «fierros» con el dedo índice. Tomando el sol, en cuclillas, es muy común ver cómo los hombres de mi tierra chupan displicentes su cigarro, mientras alguno de la reunión habla de la vaca, pinta con este fierro (y lo dibuja); o del caballo alazán con esta señal (y la dibuja); o del toro gacho con esta venta (y la dibuja) . . .

“El amor filial que tengo por mi pueblo, hace que siempre lo recuerde con cariño. Allá transcurrieron años de mi vida en los que no me daba cuenta del «mundanal ruido». Pasé la época de la bendita inconsciencia infantil. Allá caminé los primeros pasos. Aprendí las primeras letras. Tuve en mis manos el primer silabario . . .

“¿Cómo no recordar amorosamente el solar de mis mayores?”

*
* *

He aquí unas reflexiones que hice sobre el circo:

“¡El circo! ¿No os entusiasman los recuerdos del ayer? ¿No vais al circo para vivir la vida que pasa? ¿No aplaudís al payaso

por las risas que os proporcionó? ¡Yo sí! Bueno o malo. Rico o pobre. Yo miro con respeto al circo. Por eso en Guadalajara voy de vez en cuando al *Circo Vázquez*.

“Es una compañía modesta. Buena carpa. Buen alumbrado. Buenos artistas.

“Una noche. Aquella noche estaba triste. Lúgubremente triste. Me acordaba de mi tierra. Fui al circo”.

*

* *

Me place mucho recordar al jefe militar, con quien anduve durante las azarosas jornadas de 1915. A grandes rasgos digo cómo fue Lino Morales:

“Alto. Grueso. Risueño. De maneras enérgicas. El general Morales es una de las columnas del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Todos los jefes constitucionalistas lo estiman y buscan su amistad. Es decididor. Tiene muchos amigos. Y, cariñosamente, sus compañeros le llaman Lino.

“Lino ha combatido mucho. Desde 1912 anda con el general Obregón y casi nunca ha estado separado del Manco de León. Tiene a sus órdenes un gran batallón de puros yaquis: el Veinte. Tiene también muchas simpatías. Es inteligente, con inteligencia natural. Es sociable. Y posee una gran virtud: sabe enorgullecerse de ser indio. «Yo no soy más que un pobre indio; pero no me hacen tonto. Muchos han pretendido separarme de mi general Obregón; pero nada han conseguido. El general Obregón es un gran hombre y por eso ando con él. Yo no valgo nada. Si he hecho algo, ha sido por mis soldados yaquis»”.

*

* *

Al recordar a un gran amigo, el poeta jalisciense Salvador Escudero, hago de él esta descripción:

“Este vate Escudero es un sentimental. Lleva en la espalda, y por eso anda encorvado, el peso de muchos sinsabores y «debe, como las almas resignadas, un premio merecer a sus fatigas». La primera impresión que la vista del vate produce, es de tristeza. Por la mirada torva y dormida, parece un dipsómano y, sin embargo, nunca prueba «el néctar». Su melena es digna, grande, noble. En su cerebro

bullen muchas ideas de concordia, de amor, de paz, de amistad, y en su corazón caben todos los sufrimientos, todos los desengaños, todas las nostalgias. . .”

*
* *

De las crónicas que publiqué sobre algunos pueblos de Sonora, tomo estas líneas que dediqué a Ures, la que fuera capital del Estado hace muchos años:

“En el hotel, la música. Campesinos amigos había en el zaguán. El presidente Béjar, de la Asociación Obrera, Fuentes Frías y Rivera, entre otros. Sonó la orquesta. Tocó *Magdalena*, la pieza de Miguel Villaescusa. Después *El Guango*, y luego, como despedida, otra pieza alegre. . . como el día aquel. El auto salió pausadamente, despacio, muy despacio. . . y sentí que mi alma aún no quería dejar el pueblo, abandonar la querida y olvidada Atenas. . . ¡Ures, la vieja; Ures, la legendaria! . . .”

EL EMBRUJO DE MICHOACÁN

Entre los Estados de la República más pintorescos y dignos de visitarse está Michoacán, que tiene de todo: tradiciones, indios, edificios coloniales, lagos, cultivos de todas clases, obras de irrigación y plantas eléctricas. Es una entidad romántica, con ríos que cantan, como Cupatitzio, y lagos que sirven de espejo a Dios: el Sirahuén. También tiene la Tzaráracua y leyendas como las de Calzonzin y la Eréndira, y huertas modelos como la Quinta Ruiz.

Hay mucho que ver en Michoacán: Pátzcuaro, Uruapan, Tacámbaro, Paracho, Apatzingán...

Hay entidades de la República que nos atraen por su nombre, por sus gentes, sus ríos, sus montañas y por la diversidad de climas que nos ofrecen, desde el nivel del mar hasta el altiplano. Del Golfo podríamos citar a Tamaulipas y a Veracruz. Del Pacífico, podemos considerar a Jalisco y a Michoacán. Como no sería posible ocuparnos de todas a la vez, por ahora voy a tratar solamente de los encantos de la tierra tarasca. O purépecha, expresión que gusta más a los michoacanos.

Por dondequiera que penetremos en Michoacán, hemos de encontrar motivos que nos atraen o bellezas que despiertan admiración y simpatía. Alguna vez llegué por agua, en una gasolinera que me condujo de Ocotlán a La Palma. Por cierto que cuando pregunté a un muchacho, el ayudante del motorista, cómo eran las gentes de aquella región, me respondió con orgullo y dignidad:

—En Michoacán sabemos “cautivar” la tierra.

A caballo fui de La Palma hasta Sahuayo, cruzando parte de la ciénega de Chapala, que es terreno de buena calidad para todos los cultivos y tiene agua en abundancia. En Sahuayo nos agasajaron los Picazo, porque era el día de San Juan y así se llamaba uno de los jefes de esa familia. De Sahuayo a Jiquilpan la carretera es de primera; pero yo hice el viaje a pie, para ver si se me bajaba una

comida sabrosa y pesada, que me hicieron devorar en casa de los Picazo. En el estómago me brincaban uchepos y corundas, que con numerosos y ricos platillos había tenido que ingerir. En Jiquilpan conocí a las Méndez, bellas muchachas lugareñas que sabían dar conversación, tañer la vihuela y entonar las canciones en boga. Vida simpática la de Jiquilpan, que es población acogedora y agradable. Después fuimos a Zamora, donde floreció el cabezón Nájera y tuvo muchos amigos mi querido compañero el general Múgica.

Otra vez entré en Michoacán por ferrocarril. Dando vuelta en Celaya, el tren llevaba un *pullman* directo hasta Uruapan. No había necesidad de hacer escala en Morelia o en Pátzcuaro. Cerca del lago se ofrecían al viajero succulentas tortas de pescado blanco, preparadas por una famosa Güera. Al pasar junto al bello lago Sirahuén, se nos explicaba que esa palabra significa “espejo de Dios”.

*
* *

Hicimos una excursión memorable por tierras michoacanas, cuando el Presidente Ortiz Rubio, casi con todo su gabinete, se internó por entre arboledas y montañas, para descubrir la que sería después carretera a Morelia. Atravesamos por lugares en que no había ni veredas, en automóviles grandes, no aptos para caminos malos; sin embargo, el viaje fue grato y sin tropiezos. Por primera vez contemplamos el agreste e inusitado panorama de Mil Cumbres. ¡Qué bien nos trataron en Morelia, en Copándaro y Cuitzeo, así como en Quiroga, Pátzcuaro y Uruapan!

Muchas veces crucé el territorio michoacano en avión, divisando desde las nubes los lagos de Cuitzeo y de Pátzcuaro, el mineral de Angangueo y el verde paisaje entre cañadas que cubre las cercanías de Zitácuaro. Por avión fui una vez de México a Morelia y de ésta hasta la costa: Coalcomán. Entonces pude admirar la altura y la extensión que abarca el Tancítaro, cerro que merece la categoría de volcán. En otra ocasión el piloto nos llevó a dar dos vueltas al volcancito que tenía unos cuantos meses de entrar en erupción y que había adquirido renombre internacional: el Parícutin. Esta cumbre, nueva también, entró en los dominios del Dr. Atl, quien la incorporó a su pinacoteca vulcanóloga. También por tierra fuimos a visitar al Parícutin y el propio doctor nos sirvió de guía, más allá de San Juan de las Colchas o sea Parangaricutiro.

Nos place Michoacán por muchas razones. Sea la primera lo eufórico de sus nombres autóctonos. Algunas tienen raíces indígenas y otros vienen desde la Colonia. De pasada he mencionado varios. Veamos estos tres: Cotija, famosa por sus quesos y por lo andariego de sus gentes. (Cada vez que yo encontraba en Centroamérica a un cirquero o a un varillero, al preguntarle de dónde era, me respondía invariablemente: de Cotija, Michoacán); Tingüindín, nombre que no se puede dar sin pedir permiso y donde nació uno de los revolucionarios más puros e íntegros de 1910: Francisco J. Múgica; y Chavinda, voz grata al oído, famosa por sus reatas y otros artefactos de cuero de res.

Cerca de Zamora están Jacona, que vio estudiar a Nervo; Tangancícuaro, que es poblado y montaña; y Camécuaro, un pequeño lago de agua fría y clarísima, donde prosperan opulentos sabinos. (Los sabinos son los ahuehuetes que viven en la humedad). Más allá está La Piedad de Cabadas, que es un pueblecito de aspecto europeo, coquetón y limpio, con baño ruso y un club social de polendas (¿lo dirigirá todavía la señora Guerrero?) La Piedad se asienta junto al río Lerma, que es uno de los padres de la región del Bajío.

*
* *

No conozco a Puruándiro, que parece es la tierra de Zíncúnegui; ni me he detenido en Tirepítio, donde se fundó la primera universidad de México. Me atraen el valle de Zitácuaro y el balneario de San José Purúa y me duele que haya acabado con el nombre de Tajimaroa, aunque le hayan llamado Ciudad Hidalgo. Es fuerte el argumento que suprimió el nombre indígena, porque Tajimaroa quiere decir "tierra de bandidos".

De Pátzcuaro he ido, por buena carretera pavimentada, hasta el vergel que se llama Tacámbaro, que es un espléndido balcón para contemplar la tierra caliente, sin las molestias de la alta temperatura. Desde Tacámbaro se divisan o columbran: la Alberca, Ario de Rosales, la Huacana, Necupétaro y Carácuaro, del gran Morelos, y mucho más lejos la tórrida Huetamo.

En Uruapan, donde había unas bellas señoritas López, de ojos verdes, están las floridas quintas de Hurtado y de Ruiz, ésta convertida en parque nacional, y el fabuloso río de agua azul y blanca espuma que se apellida Cupatitzio. Desde que se obtuvo que sirviera

de base para una planta hidroeléctrica, este simpático surtidor no será ya solamente “el río que canta” sino también “el río que sirve”.

Rumbo hacia Apatzingán se encuentra la progresista región de Lombardía y Nueva Italia, descubierta por un señor cuyo primer nombre era el de Dante y que ahora, gracias al impulso revolucionario, se ha convertido en un centro de progreso y civilización. El Cóbano tiene, además de un gran puente de ferrocarril, una planta eléctrica cuyos beneficios llegan hasta Guadalajara. Más allá está el puente de ferrocarril más grande de México: el “del Marqués”. Se llega a Apatzingán, que también ha progresado mucho. Adelante están Buenavista y Tepalcatepec. Me quedo con las ganas de ir hasta “el Infiernillo” y a la desembocadura del Balsas. Vendrá el día en que pueda ir.

Y antes de terminar, evoquemos a Eréndira, la princesa legendaria.

Así es, poco más o menos, la tierra michoacana. Sobre todo lo descrito habría que poner su comida, su música, sus trajes regionales y las atractivas manifestaciones de su folklore. Por algo se ha popularizado tanto esa canción que encierra una gran verdad: “¡Qué lindo es Michoacán!”

ELOGIO DE VERACRUZ

Veracruz tiene elementos de sobra para llamar nuestra atención. Rico y petrolero por excelencia, es además una de las entidades más potentes por su producción agrícola. Tiene buenos puertos y es marinero. Es cuantiosa su riqueza pesquera. Triunfa su desarrollo industrial, por Orizaba y por el puerto.

Tiene gran personalidad el Estado de Veracruz: por la calidad de sus hombres, por su música popular, por su gente ranchera, que tiene gracia, buen humor y talento.

Veracruz ha sido la gran puerta de entrada al país, para los viajeros del viejo mundo. Atrae por su ambiente, por la simpatía de los jarochos y el encanto de las mujeres veracruzanas. Veracruz es grato a los mexicanos desde el Pánuco hasta Coatzacoalcos, desde Perote hasta el mar. Y, sobre todo, ¡tiene a Fortín!

Entre los estados que forman la Federación Mexicana, quizás el más rico sea éste de Veracruz, que se extiende desde la margen derecha del río Pánuco, que lo limita por el norte con Tamaulipas, y la barra de Tonalá, que es el lindero Sur, colindante con el Estado de Tabasco. El territorio veracruzano es largo y angosto. En sentido transversal tiene poca extensión, desde la Sierra Madre Oriental hasta las playas del Golfo de México. Esta configuración orográfica permite a Veracruz tener todos los climas y lograr que en sus montañas y sus valles se produzcan toda clase de plantas y que sus tierras sirvan para los más diversos cultivos. La Naturaleza ha sido pródiga con Veracruz y ya veremos que no solamente por su agricultura ocupa un lugar prominente.

Comenzando por el Pánuco, río que por mitad pertenece a Veracruz y es navegable desde aproximadamente cien kilómetros de su desembocadura, Veracruz posee, de norte a sur, varios ríos caudalosos, cuyas aguas son aprovechadas en la agricultura y la ganadería; algunos de ellos comienzan a ser utilizados para la generación de energía eléctrica. He aquí los principales: el Pantepec, en la zona

petrolera, que va a desembocar en el pintoresco puerto de Tuxpan; el de Tecolutla, que baña las tierras aledañas de Gutiérrez Zamora; los que desembocan en las barras de Nautla y de Chachalacas; la corriente que va a parar en Boca del Río; más al sur, uno de los ríos más grandes y maravillosos: el Papaloapan, que tiene como afluente principal, bajando del Estado de Oaxaca, al río Tonto. Otras corrientes de menor importancia van al mar de la región de los Tuxtlas y allá en el Istmo de Tehuantepec, tenemos otro río navegable, que se está convirtiendo en centro de progreso industrial: el Coatzacoalcos.

Veracruz es bello y rico. A la belleza de sus ríos podemos agregar la de sus montañas: la Sierra Madre Oriental, que en sus estribaciones presenta vallecillos, cañadas y caídas de agua cristalina. ¡Dígalos si no Naolinco! En lo alto de la sierra hay pinares, que brindan continuamente maderas para la construcción. Más abajo abundan los árboles frutales y las flores de ornato. Bajo la sombra de las gravíleas prospera el café. En los terrenos costeros se produce abundantemente la caña de azúcar. Muchos jardines, hortalizas y cultivos indispensables para la vida humana. No hay en todo el Estado de Veracruz un lugar en que alguien pueda morir de hambre. Hasta los más holgazanes tienen la comida al alcance de sus manos. (Pero empecé con la belleza y la mezclé con lo rico que es Veracruz. No importa: a cada momento coinciden la una y lo otro).

*

* *

Veracruz tiene la montaña más bella, la cumbre más enhiesta, el pararrayos más elevado de México: el Citlaltépetl (cerro de la estrella) o pico de Orizaba. Este volcán les ganó a todos en estatura y tiene la cabellera cana más blanca y resplandeciente. Desde muy lejos de la costa, los marinos que se acercan a Veracruz lo primero que divisan es el pico de Orizaba, que se yergue entre las nubes y sobresale en el firmamento. En sus laderas el Orizaba tiene una lujuriosa vegetación. Son de distintos verdes, desde el claro que abrillanta el sol, hasta los más oscuros de las cañadas y vericuetos de las estribaciones inferiores. Abajo está Fortín, el risueño paraje que es un don de la Naturaleza. Fortín es un pedazo del paraíso que vino a acurrucarse junto al volcán. En Fortín hay tantas flores que en vez de baluarte, el lugar debería llamarse Floreal.

Entre sus riquezas, Veracruz tiene el petróleo. Es el Estado que

más petróleo ha producido en México, aun en los días en que nuestro país ocupó el primer lugar en producción, en todo el mundo. Sus pozos más notables fueron fabulosos. Se recuerda al “Juan Casiano”, al “Cerro Azul”, al “Potrero del Llano”, a Zacamixtle y aquel enorme géiser de petróleo que acabó entre llamas: “Dos Bocas”. Todos ellos tuvieron fama internacional y figuraron en las estadísticas de los países petroleros. Ahora mismo Veracruz tiene a Poza Rica, sin duda alguna, el más importante centro petrolero de la República. Y tiene a Minatitlán, con instalaciones modernas en que va a refinarse la producción del vecino Estado de Tabasco. No es necesario reproducir las cifras, para imaginarse el volumen del oro negro que rinden los pozos veracruzanos y la cantidad de millones de pesos que representa esa explotación. Pensemos, además, en los rendimientos del azufre, que en forma asombrosa se ha presentado en la región del Istmo, correspondiendo a Veracruz. Los domos de este azufre son otra riqueza incalculable del prodigioso Estado.

*

* *

Y vayamos a la industria. La región de Orizaba ocupaba el primer lugar por sus fábricas de hilados y tejidos. Todavía la población obrera de esta zona tiene la mayor importancia. Orizaba es famosa por sus telas, sus sacos de ixtle y su cerveza. Cerca del puerto hay grandes instalaciones para trabajar el acero y San Juan de Ulúa se transforma en un astillero de categoría. Son famosos los tabacos veracruzanos, especialmente los de los Tuxtlas. El empaque de frutas es también industria próspera en Veracruz. Díganlo las piñas de Tres Valles y los mangos de Chiacaltianguis. De las industrias derivadas de la agricultura, ahí están los grandes ingenios azucareros que son de los más importantes de la República; y en cuanto a la ganadería, Veracruz tiene varias zonas de gran interés, como la de las Huastecas, que es una de las proveedoras de ganado para el Distrito Federal.

Veracruz tiene tres puertos de importancia: el de su mismo nombre, Coatzacoalcos (que se llamó Puerto México) y Tuxpan. El puerto de Veracruz ha sido nuestro mirador a Europa: la entrada y salida de los barcos al Viejo Continente. Coatzacoalcos y Tuxpan han sido puertos petroleros, aun cuando por ellos se exportan también café y plátano, en cantidades respetables. El azúcar sale por los tres puertos veracruzanos. Nuestros puertos no alcanzan todavía

la importancia que merecen; pero pronto estarán en servicio activo, tanto en el transporte de mercaderías, de cabotaje como en el tráfico de altura. Para allá vamos a gran prisa.

*

* *

Es natural que, teniéndolo todo, la gente de Veracruz sea optimista. Los veracruzanos están siempre de buen humor, son amigables y comunicativos y hablan a gritos. En algunos de sus pueblos, como el famoso Alvarado, emplean expresiones de color subido para dar énfasis a su conversación. De todas maneras son simpáticos y caen bien. Los veracruzanos son alegres, aun cuando no hayan recurrido a brebajes para estar eufóricos. Sus hombres más representativos son los del puerto y lugares circunvecinos: los jarocho. Amantes de la fiesta y del jolgorio, los jarocho gustan de la música juguetona y de las coplas intencionadas, que dedican a las muchachas de su predilección. Cuando dan serenatas, improvisan versos para recitar o los adaptan a melodías de canciones populares. De la tierra jarocho salió "La Bamba", y ese compositor estridentista que tiene metido a Veracruz en su alma: Agustín Lara. Buen jarocho fue mi amigo Toribio Beltrán, llamado "el Kilómetro" por su estatura y porque se iba de largo en la agudeza de su charla. Otro representativo del modo de ser del veracruzano fue Mario Talavera: compositor de melodías románticas y orador espontáneo, capaz de ganarse al auditorio más reacio, cuando se metía a referir anécdotas picarescas o le daba por lanzar grandes tiradas de palabras sin sentido; pero también sin mala intención.

Y ¿qué decir de la mujer veracruzana? A su gran simpatía une una belleza singular. Por sus dotes atrayentes son famosas las del puerto, las de Jalapa, Tuxpan, Córdoba, Coatepec y las istmeñas de Minatitlán y Acayucan. Yo modificaría la expresión popular que dice: "Sólo Veracruz es bella", sustituyéndola de esta manera: "Todo Veracruz es bello".

Y para terminar, vaya la primera cuarteta del soneto que el poeta de Papantla, el ilustre José de J. Núñez y Domínguez, dedicó a su tierra natal:

*Veracruz: en tus playas y bajo tus palmares,
un espíritu heroico te ha dado lustre y prez:
tu mar meció los sueños homéricos de Juárez,
tu cielo guarda el grito triunfante de Cortés.*

26 DE MARZO

Hace muchos años que ansiaba conocer la hacienda de Guadalupe, donde don Venustiano Carranza adoptó el título, que lo hizo famoso, de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. En ese lugar, que he venido a visitar después de tanto tiempo, Carranza dictó el notable documento que pasó a la historia como el Plan de Guadalupe. Cuando me fue dable examinar el sitio histórico, cumplía medio siglo la clarinada constitucionalista.

Se acaban de cumplir los cincuenta años del día en que don Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, enarboló la bandera de la legalidad y del decoro nacionales, para promover la lucha armada contra el usurpador Victoriano Huerta, quien había llegado hasta la ignominia, al asesinar a los más altos mandatarios de la nación: don Francisco I. Madero y don José María Pino Suárez. Estamos a medio siglo del momento aquel en que Carranza, en un documento sencillo y escueto, desafió a los reaccionarios de México, quienes creían tontamente que iban a imponer su autoridad, cuando las mayorías ciudadanas protestaban por el atropello y se disponían a vengar la muerte del apóstol, que acababa de romper las cadenas de una dictadura larga y cruel.

En la hacienda de Guadalupe, que es como un oasis en medio del desierto coahuilense, Carranza y sus más adictos amigos se reunieron a discutir un plan, que en pocas palabras explicaría al pueblo los motivos del levantamiento y la necesidad de acabar en el menor tiempo posible con los pretorianos y sus secuaces que, en conjunto, no eran sino traidores de mayor o menor cuantía.

*
* *

El Plan de Guadalupe es la voz de un ciudadano ilustre que, haciéndose eco del clamor popular, invita a sus compatriotas a lu-

char por la dignidad de la nación. En él se desconocen los tres Poderes espurios: el Ejecutivo, en manos de un generalote criminal; y el Legislativo y el Judicial, que habían secundado en forma pasiva las tenebrosas maniobras de los residuos del porfirismo, que creían llegada su hora.

*
* *

El Plan de Guadalupe se firmó en una vieja hacienda, modelo de lo que fueron las haciendas explotadas por los favoritos del tirano: una casa grande y cómoda para el patrono, rodeada de viviendas inhabitables, donde vegetaba la peonada. En un recinto tan grato a los hombres del ayer, se reunió el varón fuerte con representantes de la nueva ciudadanía: casi todos muchachos dispuestos a luchar; jóvenes que habían entendido a Madero; campesinos y empleados del gobierno local que sabían el valer de su jefe.

El Plan de Guadalupe fue propiamente una proclama. Pero ¡qué proclama! Unos cuantos ciudadanos decididos invitaban a la nación entera a luchar contra Huerta y a sustituir su vergonzoso mandato, con un gobierno digno de la patria mexicana. De aquel Plan surgieron: un ejército, el Constitucionalista; y un jefe, nada menos que el Primer Jefe.

*
* *

Cuando la mayoría de los Estados de la República habían reconocido al usurpador, Carranza y el puñado de hombres que lo acompañaba comenzaron a organizarse y tuvieron los primeros reveses al chocar con las fuerzas federales. Pero el movimiento siguió. Pronto los constitucionalistas ocuparon parte de la frontera norte del país: en Coahuila, por Piedras Negras; en Sonora, por Nogales y Agua Prieta. El movimiento arreciaba y crecía: Chihuahua, Sonora, Coahuila, Tamaulipas... Carranza era ya el Primer Jefe de un gran ejército, ¡el constitucionalista!

*
* *

Como una enorme marejada, la Revolución avanzó de norte a sur y dondequiera que los federales presentaban combate eran de-

rotados por los soldados del pueblo, los carrancistas. Los territorios ocupados por las fuerzas de la Revolución comenzaron a ser organizados con un nuevo sentido de la vida: habían comenzado a ponerse en práctica medidas de carácter social y medidas económicas para mejorar la existencia de las clases más pobres. Se daban facilidades para la organización de los sindicatos obreros y comenzaba a restituirse a los pueblos la tierra que les había sido arrebatada: surgían los ejidatarios.

*
* *

Cuando Carranza pudo legislar para la mayor parte del país, lanzó sus ideas sobre la nueva legislación social y son dignos de recordación: su discurso del 24 de septiembre de 1913, pronunciado en el H. Ayuntamiento de Hermosillo; su decreto de Adiciones al Plan de Guadalupe, dictado en Veracruz el 12 de diciembre de 1914; y su famoso decreto del 6 de enero de 1915, que lanzó en el propio puerto de Veracruz.

*
* *

Así fue creciendo la figura de Carranza, el gobernador de un Estado fronterizo con limitados recursos económicos, que el 26 de marzo de 1913 se atrevió a lanzar el Plan de Guadalupe, para escarmiento de traidores y como un alerta amenazante a los reaccionarios de todos los tiempos, que no escarmentaron, a mediados del siglo XIX ¡ni con el Cerro de las Campanas!

*
* *

Al conjuro del Plan de Guadalupe, en todo el país brotaron contingentes de ciudadanos que pedían armas para combatir a Huerta y en el transcurso de pocas semanas casi no hubo Estado de la República donde no hubiesen ocurrido levantamientos. Así se produjo la verdadera lucha guerrera, que determinó el cambio radical de las condiciones político-sociales de México. La de 1910 había sido sólo la iniciación y con los tratados de Ciudad Juárez únicamente se había obtenido una tregua. En esta vez la contienda iba a adquirir ca-

racteres más enérgicos y trágicos. Entonces se produjeron los combates decisivos, desde Santa Rosa y Santa María, en Sonora, hasta los de Torreón y San Pedro de las Colonias, en Coahuila; meses después vino la culminación con la sangrienta batalla de Zacatecas y las de Orendain y La Venta, que determinaron la toma de Guadalajara.

*
* *

Victorioso en todas partes, el Ejército Constitucionalista se presentó a las puertas de la capital y en Teoloyucan logró la rendición de la ciudad de México y la disolución del Ejército Federal. El Primer Jefe Carranza, que en 1911 se había opuesto a los tratados de Ciudad Juárez y al licenciamiento del Ejército Libertador, levantado por Madero, fue intransigente con el viejo Ejército Federal, coludido con Huerta en la Decena Trágica y en la pretendida administración pública del país por el elemento conservador.

El 13 de agosto de 1914 se dio fin al odiado ejército de la época porfiriana y surgió el nuevo instituto armado, que se formó en los campos de batalla de la Revolución.

*
* *

Los nuevos soldados de México, que gustaban de llamarse a sí mismos ciudadanos armados, son elementos que responden a la organización social surgida de la Revolución, cuando el programa de los libertadores tomó forma concreta y se inscribió en las páginas de la Constitución de 1917. Nuestra nación se adelantó en varios lustros a los países hermanos de Hispanoamérica, en la implantación de reformas sociales en su régimen de gobierno. Así se explica que México se desarrolla actualmente en un plan de paz y de trabajo, cuando en otras naciones de nuestro Continente hay perturbación e inquietudes que amenazan la estabilidad de sus instituciones. Con grandes sacrificios y con la pérdida de muchas vidas, México alcanzó la paz orgánica de que disfruta. En la medida de las posibilidades, México tiene en su Constitución Política una serie de adelantos de carácter social que le permiten encauzar su desarrollo económico por sendas de superación, en que se atienden con todo interés las condiciones de vida de las clases humildes. Los campesinos y los

obreros tienen con el apoyo en la Carta Magna, garantías y facilidades para aprovechar mejor los frutos de su trabajo.

*

* *

En el calendario cívico mexicano, figura con caracteres resplandecientes esta fecha crucial: el 26 de marzo. Sabemos que será conservada con devoción y cariño, cerca de las otras fechas históricas que no debemos olvidar nunca: el 16 de septiembre, el 5 de febrero y el 20 de noviembre.

HA NACIDO LA UNIDAD REVOLUCIONARIA

Fue un verdadero acontecimiento el poder reunir, en un desayuno concurrendo, a los revolucionarios mexicanos de todos los matices. Hombres que en 1915 se hubieran recibido a balazos, fueron llegando cargados de años y de sonrisas, a recordar pasados días en derredor de largas mesas en que se sirvieron platillos nacionales. Había carrancistas, villistas, obregonistas, zapatistas, gonzalistas y hasta algunos residuos del huertismo. Fue una reunión fraternal en que se demostró que los años no pasan en balde. Sobre todos los ismos se imponía la Constitución de 1917 y la paz orgánica de México.

Tácitamente —sin ruido, sin estridencia, sin recoger firmas, sin pactos privados o públicos— acaba de nacer la unidad entre todos los revolucionarios. No más ismos ni istas. Ahora no hay más partido que el de la Revolución, cuyos ideales fueron convertidos en leyes redentoras y forman el texto de la Carta Magna de 1917. Adelantándose a otros pueblos, en que la revolución social llegó después, México encontró el camino para alcanzar la paz orgánica en su Constitución, que ha servido para unir a los revolucionarios de tendencias diferentes y distintos matices. La unificación de los revolucionarios mexicanos ha venido en forma natural, sin que mediaran ni la propaganda ni la coacción. La unidad cayó como un fruto maduro, cuando los hombres de algo más de sesenta años se dieron cuenta de que el momento era propicio a la cohesión. Se acabaron las banderías que nos tuvieron divididos. Por encima de la política y del interés material por apoderarse del poder, está el hecho de pertenecer a la gran Revolución Mexicana, que lucha por engrandecer a México, atendiendo primero a las clases laborantes, que son las más numerosas y dignas de ayuda y estímulo. Es grato consignar que la gran mayoría de los hombres que se lanzaron a la lucha, en los diferentes períodos de la Revolución, iba a comba-

tir la tiranía y el despotismo, llevando en la mente lograr que todos los mexicanos tuvieran una vida mejor. El bienestar de los trabajadores del campo y de la ciudad, ha sido uno de nuestros grandes anhelos. De entre los primeros hombres que siguieron al apóstol y mártir Francisco I. Madero, menciono algunos que son figuras señeras del movimiento libertario iniciado en 1910: Aquiles Serdán, Abraham González, Juan G. Cabral, Ramón F. Iturbe, Alfredo Robles Domínguez, Francisco Cosío Robelo, Torres Burgos, Camerino Z. Mendoza, Ambrosio Figueroa, José María Pino Suárez, Gabriel Hernández, Juan Sánchez Azcona y Enrique Bordes Mangel.

*
* *

Durante la lucha armada, tuvimos algunos períodos sombríos que a veces parecía iban a dar al traste con el proceso revolucionario. Afortunadamente no fue así. A pesar de las traiciones, las desviaciones y otros accidentes peligrosos, el concepto claro de la Revolución se mantuvo en pie. Hasta las mismas traiciones sirvieron para dar más fuerza y consistencia al movimiento revolucionario. Los choques violentos entre las fuerzas que entendían la Revolución de manera distinta, fueron terribles y sangrientos. Costó muchas vidas esta contienda entre hombres que no podían ponerse de acuerdo sobre las verdaderas finalidades de la Revolución. Por otro lado, hubo jefes que se metieron a “la bola” tan sólo por hacer gala de su hombría y de su habilidad en el manejo de las armas. No fueron muchos, por fortuna, los que pelearon por pelear. Había un número arrollador de revolucionarios que se preocupaban por obtener un pedazo de tierra, un trabajo mejor remunerado y con prestaciones adecuadas, o un cargo en la administración pública para llevar a la práctica las conquistas logradas por la Revolución en los campos social y político.

Durante la lucha armada, que fue más cruenta en los años 1913, 1914 y 1915, surgieron las grandes figuras militares, cuyas hazañas permitieron acelerar el triunfo de la Revolución: Carranza, Obregón, Diéguez, Villa, Alvarado, Maclovio Herrera, Hill, Lucio Blanco, Caballero, Carrasco, Angel Flores, Murguía, Pablo González, Villarreal, Jara, Cándido Aguilar, Pedro C. Colorado, Eulalio Gutiérrez, los Arrieta, Isabel Robles, Gustavo Elizondo, Jesús Carranza, F. Zuazua, Francisco R. Serrano, Melitón Albáñez y muchos más. Por algún tiempo quedaron vivos los rescoldos de la guerra entre

hermanos; pero poco a poco se fueron borrando las pasiones y los resentimientos. Se han olvidado las ofensas y los viejos pleitos. En la actualidad nadie piensa ya en banderías: se es o no se es revolucionario.

*
* *

Mucho más lenta ha sido la penetración de los conceptos libertarios, entre las gentes que vinieron después o en quienes figuraron siempre en el campo reaccionario. Sin embargo, nadie ve con desprecio a la Revolución y se le estima hasta por personas que la combatieron con las armas en la mano. Se explica el cambio operado, porque a todos consta la forma en que México ha progresado, desde 1917 hasta nuestros días. Aumentó la población considerablemente, crecieron las áreas de cultivo y las tierras regadas, incrementándose la producción agrícola y ganadera; han mejorado las comunicaciones en forma inesperada; prosperan la industria y el comercio, crecen las ciudades y las instalaciones públicas y de asistencia social en todo el país; mejoran los sueldos y las condiciones de vida de los trabajadores de la ciudad y del campo; se fomentan los deportes y México figura en los torneos internacionales; se aprecian la labor y los esfuerzos del gobierno en pro del adelanto material y moral de las poblaciones; y se ha colocado a México en condiciones envidiables, tanto en su situación interior como en sus relaciones internacionales. Todo este clima de bienestar y de paz orgánica se debe en gran parte a la obra que realiza el Presidente de la República. Con fino tacto, trabajo incesante y comprensión absoluta de los problemas nacionales, el licenciado Adolfo López Mateos ha logrado unir a todos los mexicanos, en esta hora difícil para la Humanidad. Ha sido en el sector revolucionario donde mejor se palpa el resultado de la gestión presidencial, cuando se ha visto convivir a ciudadanos que pertenecieron a partidos que hasta hace poco tiempo parecían irreconciliables. Convencidos de que el Ejecutivo de la Nación realiza una labor revolucionaria, especialmente en materia agraria, los hombres que ayer combatieron por "la causa" en diferente forma y muy distanciados, se acaban de unir en una manifestación de solidaridad para felicitar al Presidente López Mateos por su obra y ofrecerle su adhesión y simpatía. Lo que ahora deseamos todos es que el Bloque de Unidad Revolucionaria siga siendo un haz apretado de voluntades y que perdure.

Entre los verdaderos veteranos que estuvieron con el presidente

López Mateos el día 28 de agosto de 1962, recordamos a Roque Estrada, a Díaz Soto y Gama, a don Pascual Ortiz Rubio, al general Nicolás Fernández, al licenciado Aarón Sáenz (un poco más joven), a Roque González Garza, a Emilio Portes Gil (de menor edad) y a don José Inocente Lugo (que no asistió). Los ciudadanos que he mencionado, pasan de los ochenta años. Los concurrentes venidos de la Revolución, oscilan todos en la edad de setenta años. Un colega me proponía que acumuláramos los años de los sobrevivientes. Me negué a realizar una adición así. ¡Hubiera sido demasiado!

INDICE

	Pág.
Las Tres Etapas	7

PRIMERA PARTE

HOMBRES DEL MEXICO NUEVO

Aficionado a los estudios biográficos	11
Luis Encinas, senior	13
Rafael R. Romandía	17
Felipe Salido	21
Los Constituyentes. 1916-1917	25
Esteban B. Calderón	29
Angel Flores	32
José Domingo Ramírez Garrido	36
Juan G. Cabral	40
Miguel M. Antúnez	44
La Gesta Heroica de Jesús García	48
Adalberto Tejeda	52
Recuerdos de don Venustiano	56
El General Francisco T. Contreras	60
Salvador Escudero	64
Teófilo Alvarez Borboa	69
Miguel Othón Robledo	73
Fernando Lizardi	77
Juárez y Lincoln	81
Cayetano Andrade	85
Juan C. Zertuche	89
Enrique G. Nájera	93
Dos Próceres Hermosillenses	97

	Pág.
La Marcha de los Constituyentes	101
Rafael López	106
Los Fieles Difuntos del B.O.I.	110
José de Jesús Ibarra	116
La muerte de Madero, Apóstol y Mártir	120
La hazaña de Aurelio Manrique	124
Alfonso Rosado Avila	129
Adrián Recinos, Amigo de México	133
Evaristo Araiza	137
Enrique Díez-Canedo	142
Mariano Azuela	148

SEGUNDA PARTE

EL SESQUICENTENARIO DEL SITIO DE CUAUTLA

Por su importancia histórica	155
A 150 años del sitio	157
Hermenegildo Galeana	168

TERCERA PARTE

ASPECTOS DEL MEXICO ACTUAL

A manera de prólogo	183
Nuestra población en 1950 y en 1960	185
La vida breve de la agencia ANTA	189
En Honduras se quiere a México	192
Nuestros amigos los guatemaltecos	196
La sugestiva tierra chiapaneca	201
Chihuahua, ciudad progresista	205
Guanajuato en el corazón de México	209
Agua para la ciudad de México	214
Las grandes ciudades de México	218
Espigando en Sonot	222
El embrujo de Michoacán	227
Elogio de Veracruz	231
26 de marzo	235
Ha nacido la Unidad Revolucionaria	240

Este libro se terminó de imprimir en TALLERES
GRÁFICOS DE LA NACIÓN en el mes de octubre de
1963, y su tirada fue de 3,000 ejemplares.